"A beautiful love story, full of joy from beginning to end!"
—*New York Times* bestselling author SARAH ADAMS

Hannah Bonam-Young

Author of *Next of Kin*

Out on a Limb

A Novel

HANNAH BONAM-YOUNG

Querido CosmicLover ♥ esta es una traducción de Fans para Fans, la realización de esta traducción es sin fines lucrativos. Prohibida su venta, Apoya al escritor comprando sus libros ya sea en físico o digital.

TE DAMOS LAS SIGUIENTES RECOMENDACIONES PARA QUE SIGAMOS CON NUESTRAS TRADUCCIONES:

1. No subas capturas del documento a las redes sociales.
2. No menciones que lo leíste en español ni menciones a los grupos traductores en tus reseñas de Goodreads, Tiktok, Instagram u otros sitios de la web.
3. Tampoco etiquetes a los autores o pidas a ellos la continuación de algún libro en español, ya que las traducciones no son realizadas por editorial.
4. No pidas la continuación de un libro a otro grupo o foro de traducción, ten paciencia, ya que el libro será traducido por quién te brindo las primeras partes.
5. No modifiques el contenido. Contamos con versión PDF, EPUB y MOBI.

Cosmos Dreaming in Space

Queremos que cuides este grupo para que nosotros podamos seguir llevándote libros en español.

Sin más por el momento…

¡DISFRUTA EL LIBRO Y NO OLVIDES RECOMENDARLO A TUS AMIGOS!

Out on a Limb

HANNAH BONAM-YOUNG

Índice

Staff
Sinopsis
Nota del autor
Advertencia de contenido
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Epílogo
La boda de Bo y Win
Sobre la autora

Cosmos Dreaming in Space

Out on a Limb

HANNAH BONAM-YOUNG

Staff

Traducción y corrección:

August

Ladyb

Ana

Revisión final:

Scarlett

Diseño:

∞

Out on a Limb

Cosmos Dreaming in Space

HANNAH BONAM-YOUNG

Sinopsis

Winnifred «Win» McNulty siempre ha sido muy independiente. Win ha pasado la mayor parte de su vida intentando demostrar que puede hacerlo todo sola. Y, con algunos pequeños ajustes, lo ha hecho muy bien.

Hasta que tiene una aventura de una noche con el increíblemente encantador Bo, un perfecto desconocido. Y esa noche lo cambia todo.

Mientras que Bo está sorprendentemente encantado de dar un paso al frente, Win se siente insegura sobre si puede manejar este nuevo reto por sí misma o si necesitará una mano amiga.

Juntos, Win y Bo deciden conocerse como amigos y nada más. Pero, como ambos deberían saber a estas alturas, la vida rara vez sale según lo planeado.

Cosmos Dreaming in Space

Out on a Limb

HANNAH BONAM-YOUNG

Nota del autor

Cosmos Dreaming in Space

Solo cinco días después de que naciera mi primer hijo, publiqué el siguiente pie de foto en Instagram…

«Lo único que siempre he pensado que no podía hacer con una sola mano era ser una buena madre. Puede que no sea racional, pero cada vez que oía algún comentario tópico sobre que las madres necesitan un *par de manos extra*, se me revolvía el estómago. Al crecer, a menudo los adultos no me dejaban cargar a sus bebés por miedo y, en algún momento, me lo tomé muy a pecho. Me he aferrado a esta inseguridad y no la he abordado hasta esta semana. Ahora, me gustaría decir que los diez dedos están sobrevalorados, porque este niño y yo tenemos algo bueno hasta ahora».

Hacía menos de una semana que había sido madre y, sin embargo, me sentía como si hubiera experimentado todas las emociones humanas posibles bajo el sol. Me estaba recuperando física y mentalmente de un parto traumático y un embarazo difícil. Me dolían los pezones, me dolía el cuerpo y estaba convencida de que mi vagina nunca volvería a ser la misma. Y sin embargo… era tan, tan ridículamente feliz.

No solo por el bebé que habíamos traído a casa (que es estupendo), sino porque me equivoqué al tener miedo. Porque ellos estaban equivocados. Yo era absolutamente capaz de ser una buena madre.

Yo, como Win, nací con mi extremidad diferente. Tengo una mano derecha menos desarrollada que es idéntica a la de Win, como se describe en este libro. Y aunque he hecho todo lo que he podido a lo largo de mi vida para que esto no me frene, lo cierto es que me ha supuesto un reto. Siempre he intentado hacer en privado cosas que

se espera que haga en público. Cosas tan pequeñas como abrocharme un pantalón nuevo o teclear para tomar apuntes en clase. He pasado horas y horas pensando en los obstáculos diarios, ideando pequeños ajustes y planificando mis días con agonizante detalle para evitar cualquier torpeza o fracaso. Entonces me enteré de que estaba embarazada y, de repente, me sentí total y completamente desprevenida. Sabía que nada podía prepararme para lo que vendría después, y estaba aterrorizada…

Quería escribir un libro para cualquiera que haya dejado que el miedo al fracaso lo frene. No solo para los que decidimos tener hijos o para los discapacitados, sino para todos los que se han visto empujados a algo nuevo que les ha llevado tan lejos de su zona de confort que ya no reconocen su yo pasado y temeroso. Quería escribir algo sobre dos personas que se aman tanto que son capaces de cambiar los patrones de pensamiento negativos a los que se habían aferrado y aceptar plenamente sus diferencias. El amor se muestra como algo que valida, amable, considerado, alegre, paciente y gentil.

En este libro, Win emprende un viaje hacia la maternidad a través del embarazo. Como su embarazo es totalmente inesperado, decidí incluir conversaciones entre Win, su equipo médico y su sistema de apoyo sobre la opción del aborto. Cabe señalar que este libro está ambientado en Canadá, donde el derecho al aborto no está tan amenazado como en otros lugares y, por tanto, sus opciones son menos limitadas. En última instancia, Win opta por quedarse con su bebé, pero se consideró necesario incluir esas discusiones, dado que el derecho fundamental a acceder a abortos seguros y legales está siendo cuestionado casi constantemente. La elección de Win no es superior, ni se la presiona para que lo haga. La decisión de Win es solo eso. Su elección.

Para terminar esta nota, solo quiero decir que sé que el embarazo en las novelas románticas es un tema candente. No es para todo el mundo, y eso está perfectamente bien. Pero este libro es mucho más que una aventura de una noche convertida en un bebé. Trata de aprender a dejar que alguien vea tus partes más sucias y necesitadas. Es aprender a que te quieran tal y como eres y a aceptar ayuda. Es

desafiar las expectativas y superar los obstáculos. Es alegría discapacitada. En mi opinión, todos necesitamos ver más.

Espero que quieras a Bo y a Win tanto como yo.

Con todo mi cariño,

Hannah Bonam-Young

HANNAH BONAM-YOUNG

Advertencia de contenido

Contenido sexual gráfico, embarazo y síntomas de embarazo, breve discusión sobre el aborto (postura a favor del aborto, no se realiza), capacitismo en referencia a una diferencia de extremidad, expareja verbalmente abusiva (no reaparece), muerte de un padre (pasado, fuera de la página), depresión y suicidio (pasado, fuera de la página), cáncer (pasado, no reaparece), amputación (pasado, fuera de la página).

Cosmos Dreaming in Space

Out on a Limb

HANNAH BONAM-YOUNG

Para Ben, por ser siempre mi mano derecha.

Siento que nunca ganes al piedra, papel o tijera.

Te quiero.

Cosmos Dreaming in Space

Out on a Limb

Capítulo 1

—¿Sabías que esta canción podría ser sobre una orgía? —le pregunto a la bruja que está junto a la ponchera, señalando hacia el altavoz.

—¿Qué? —grita, usando unas garras negras como el alquitrán para apartarse la peluca plateada de la oreja.

—La canción: *Monster Mash*.

Vuelvo a señalar hacia el altavoz.

—¿Qué pasa con eso? —pregunta, más alto.

—¡Una orgía! —grito justo cuando la música se detiene bruscamente, mi amiga y anfitriona de la velada, Sarah, salta a una silla de comedor para dirigirse a sus invitados.

—No, gracias…

La bruja me lanza puñales mientras se da la vuelta lentamente y camina, curiosamente, hacia el arco decorado con armas ensangrentadas.

—Tendrías tanta suerte —murmuro en voz baja mientras lleno mi vaso con una sustancia verde neón no revelada, evitando con éxito los globos oculares confitados que flotan.

Sarah, mi mejor amiga de toda la vida, está dando las gracias de cada año «gracias por venir a mi fiesta de Halloween; es lo único que me importa hablar», mientras me debato sobre si alguien está llevando la cuenta en secreto de cuántos perritos calientes de momias, me he comido hasta ahora.

Nah. Así que agarro otro.

—¡Hey, capitana Winnifred!

Mierda, me han visto. Dejo caer la momia en mi bebida y cubro la parte superior del vaso con la mano.

—¿Estás bien? —pregunta Caleb, el marido de Sarah, mirando mi vaso con desconfianza.

—Nunca he estado mejor —digo con dulzura.

—Es otro año de éxito —digo, admirando su casa, decorada con precisión profesional.

Caleb hace lo mismo, y cuando su expresión se torna en sutil orgullo y admiración por el trabajo de su mujer, apuesto al universo que las cuatro siguientes palabras que saldrán de su boca serán…

—Lo que Sarah quiera —decimos al unísono.

Sonríe con una pizca de timidez culpable, pero sobre todo con determinación. Sarah y Caleb se conocieron en noveno curso. Desde entonces, él lleva sus libros de texto, literalmente y metafóricamente.

Amo a Caleb. Es como un hermano para mí. Un cuñado si Sarah y yo fuéramos hermanas como solíamos afirmar (ver: mentira) en el colegio. Resulta que, según una prueba de ADN que nos hicieron hace unos años, somos primas en cuarto grado por línea directa. Ahora Sarah simplemente dice que somos primas, cuando se da la oportunidad.

—Sabes, mi amigo Robbie está aquí. Pensé que podría presentártelo —dice Caleb tras un largo sorbo de su cerveza.

Sí, absolutamente no.

He estado evitando con éxito a los chicos con los que Caleb quiere emparejarme desde mi cita con su colega del trabajo. Winston lloró mientras describía a su madre, *muy viva*, y el «hermoso vínculo» que compartían. También me trajo una orquídea, lo que podría haber sido un gesto dulce, me encantan las plantas. Por desgracia, estaba en una gran maceta de cerámica con piedras y corteza, y pesaba una

tonelada. No podía dejarla en el suelo, no fuera a ser que un camarero tropezara con ella y tuviera una muerte prematura, así que tuve que colocarla en la mesa entre nosotros, impidiéndonos vernos. Después de una cena aburrida, tuve que llevármela a casa, aferrándome a ella en la parte de atrás del taxi mientras escribía un texto amable pero firme: «No volvamos a hacer esto».

En todo caso, esa cita no hizo más que consolidar mi deseo de seguir siendo informal y ceñirme a las aplicaciones de citas, en las que podía investigar a los hombres por mí cuenta.

—Tal vez más tarde —le respondo a Caleb—. Estoy esperando a hablar con nuestra anfitriona.

Inclino la barbilla hacia Sarah, que va vestida como la princesa Buttercup del Westley de Caleb.[1]

—Bien, bien. Aunque este es diferente. Incluso tiene una madre muerta —añade Caleb demasiado emocionado.

—¡Oh, un extra! —digo, igualando su energía—. Me encanta cuando su madre está muerta. Hace las cosas mucho más fáciles durante navidad.

Caleb se ríe y se gira para llenar un vaso con ponche de lima.

—Toma. —Me la tiende antes de tomar mi bebida momificada y tirarla a la papelera—. Come todo lo que quieras, Win.

Tomo el vaso, inclinándome hacia él.

—Puede que sea lo más sexi que me has dicho nunca, Caleb.

Justo entonces, alguien me da una palmada en el trasero.

—¿Está flirteando contigo otra vez? Dios, se los he dicho a los dos tantas veces, si van a tener una aventura, al menos sean discretos.

—¡Buttercup! Qué bien que te unas a nosotros —digo sonriendo ampliamente.

[1] **Buttercup, personaje de la película la princesa prometida.**

HANNAH BONAM-YOUNG

—Me encanta el disfraz… otra vez —Sarah suspira, señalando con una muñeca flácida mi elaborado atuendo de pirata.

—Hasta que me crezca una mano, esto seguirá siendo comedia de primera.

Le pincho una teta con el garfio hasta que suelta una risita y me aparta de un manotazo.

—Tenemos que ir a hablar con un montón de gente, pero ¿quieres quedarte a dormir esta noche? He preparado el dormitorio de invitados y…

—Sí, ayudaré a limpiar. Lo hago todos los años, nena —interrumpo—. ¡Vete! Entretén a tus masas.

Sarah mezcla las palabras, «gracias, eres la mejor», en una larga secuencia mientras tira de Caleb como si fuera un cachorro muy dispuesto atado a una correa.

—Bonitos disfraces —me dice una mujer muy borracha vestida de crayón rojo.

El crayón azul que está a su lado añade:

—Creo que podrían ganar el concurso de parejas.

«¿Yo? ¿Disfraz de pareja? ¿Winnie, la soltera? Pooorfavor».

Deben haber confundido a Caleb con un pirata y mi prometido. Westley era el temible pirata Roberts, después de todo. Así que no es una presunción descabellada. Pero mi estilo pirata es mucho más el clásico de prostituta. Mis tetas son prácticamente pendientes a esta altura, y mis medias de red están rasgadas por sus años de uso, lo que les da el perfecto aspecto de zorra accidental. Me ciño la cintura con un cinturón ancho de cuero y me he atado un pañuelo rojo alrededor del pelo negro que me llega hasta los hombros. El sombrero pirata que me acompañaba se perdió durante el desenfreno del año pasado. Que descanse en paz.

Seguiré llevando este disfraz hasta que la broma se haga vieja. No era mentira. Pero también es porque, seamos realistas, me queda

muy bien. Además, estoy demasiado arruinada para comprarme algo nuevo. Pero no hablemos de eso.

Hay otro nivel del genio de Sarah. Consigue al informático más guapo lo antes posible, haz que se enamore locamente de ti y espera a que se haga asquerosamente rico. Ahora Sarah es la amiga divertida a tiempo completo. Anfitriona de fiestas, organizadora de eventos, lectora voraz, ama de casa sin hijos y con criada. En estos momentos está tratando de decidir entre los temas para mi fiesta de cumpleaños número treinta, que aún no es hasta dentro de dieciocho meses.

—¿Perdón? —me llama una voz grave y sardónica desde detrás de mí, haciéndome girarme.

«Ahí está». El otro pirata con el que he sido emparejada sin saberlo. Aunque a este, ciertamente no lo haría caminar por la plancha.

¿Mi primer pensamiento? Es alto. Realmente alto. Como si le hubieran estirado el cuerpo con un rodillo antes de meterlo en el horno mágico de los chicos dorados. Tiene el pelo despeinado, como de chico de los noventa, con raya en medio, que de repente vuelve a estar de moda. Es rubio oscuro, lo cual puedo perdonar. Tiene una sonrisa torcida que dice «vete mientras puedas», bajo una nariz no torcida pero robusta y unos ojos suaves. La yuxtaposición de todo ello es sorprendentemente adorable.

—Lo siento mucho —dice sin sinceridad—, pero uno de los dos tiene que cambiarse.

—No puede ser —digo, alisándome la falda antes de apoyar las manos en la cintura—. Esto es tan vergonzoso… ¿Cuáles son las probabilidades?

—¿Verdad? Quiero decir que no hay manera de que ninguno de los dos gane el concurso de disfraces de solteros de esta manera y… —Se inclina para susurrar doblándose por la cintura, y sigue siendo más alto que yo—. No llevo nada debajo.

Lucho contra la risa, no quiero que esto termine. Rara vez tengo un nuevo retador. Nunca uno tan lindo.

—Bueno, eso es desafortunado. Deberías haberlo planeado mejor. Tengo unos cuantos disfraces debajo de este.

La comisura de su labio se tuerce, pero parece resistirse a darme alguna reacción más allá de eso. Reto aceptado.

—¿Como qué? —pregunta cruzando los brazos sobre el pecho.

—Un vikingo —respondo.

—Ahora que lo dices, veo un cuerno asomando un poco.

Me señala un lado de la cabeza con un dedo doblado.

—En realidad, eso es lo habitual para todos los engendros de Satán, pero entiendo que te confundieras.

—En cuanto a eso, ¿Qué más?

—Una criada sexi, por supuesto —digo, pestañeando.

—Bueno, eso tengo que verlo —responde demasiado rápido.

Aquí, creo, es donde gano la partida de risa que pretendemos no tener. El valor del shock siempre gana.

—Pero debo insistir en conservar el disfraz de pirata, me temo. Verás…

Suelto el mango interior del garfio y me lo quito con la mano izquierda, dejando al descubierto mi mano derecha, más pequeña y menos desarrollada.

—Necesito un garfio.

Le hago un gesto burlón con los dedos pequeños y enroscados, más cortos que el primer nudillo, agitándose lo mejor que pueden.

No se rompe como yo quiero. Pero sonríe con picardía. Sus ojos chisporrotean de humor, atrayéndome a una velocidad preocupante. Me sentiría frustrada si su expresión no fuera tan intrigante. Hay algo en su diversión que me indica que, tal vez, va un paso por delante de mí.

—Oh, ya veo. Bueno, entonces… tal vez podamos llegar a algún tipo de compromiso.

Pone un pie entre nosotros.

«Tienes que estar bromeando».

HANNAH BONAM-YOUNG

Capítulo 2

Cosmos Dreaming in Space

Tiene una pierna ortopédica. Está cubierta, sin apretar, con una pegatina de vinilo que parece madera, del tipo que se utiliza para forrar las estanterías de la cocina, y que da la impresión de ser la pata de un pirata bajo unos pantalones negros que lleva atados a la rodilla con una fina cuerda de cuero.

—¡Maldita sea! —grito. Lo que finalmente lo hace reír. Y es una gran carcajada. Un sonido fuerte, profundo y bullicioso que sale de su garganta y lo hace tensar la mandíbula y mover el cuello. Desinhibido. Y, me atrevería a decir, sexi.

—Realmente sentí que iba a ganar esta ronda —digo, con voz inestable.

No ha parado de reírse, más que yo, de hecho. No estoy acostumbrada a eso y, sinceramente, es refrescante. Me han dicho que me río a carcajadas. Algunos han llegado a compararme con una cría de foca llamando a su madre. Más de una persona, en dos casos distintos, me ha dicho exactamente lo mismo.

—Este es un disfraz de pareja. Los lápices de colores tenían razón —digo entre jadeos de alegría.

Se agarra el pecho como para tranquilizarse, y su risa empieza por fin a apagarse. Entonces veo una sonrisa juvenil y ladeada y unos ojos sinceros que me recorren de pies a cabeza y viceversa.

Me pregunto si le gusta lo que ve. En realidad, espero que le guste lo que ve. Porque ciertamente me gusta lo que tiene. Cuanto más me mira de arriba abajo, más considero que aprueba mi aspecto.

HANNAH BONAM-YOUNG

Mi pelo negro, no muy liso pero tampoco muy rizado, que me llega hasta los hombros. Mis cejas finas, depiladas sin piedad en mi adolescencia. Mi nariz afilada, con un simple piercing dorado en la fosa nasal izquierda, entre unos ojos azul glaciar. Mi cuerpo está metido en este traje para realzar mis tetas y encoger mi cintura, pero es más que nada una ilusión.

Describiría mi complexión como bastante normal. Disfruto dando largos paseos, nadando y bailando, pero también me encantan los días lluviosos pegada al sofá, los pasteles y los cafés demasiado azucarados. Mis brazos y mi espalda son fuertes y están esculpidos por años de entrenamiento en las brazadas de mariposa y pecho, pero mis caderas y mi estómago guardan el placer de una mujer bien alimentada y cómoda. No intento obligar a mi cuerpo a ser algo, ni privarlo de placeres. Simplemente *es*. Y me gusta, lo *suficiente*, tal como es.

Pero, ¿qué aspecto tiene en un día normal este espécimen aparentemente perfecto que tengo ante mí? Me parece alguien que creció hermoso. La pequeña inclinación de arrogancia de su barbilla combinada con la ingenua dulzura de su sonrisa que ojalá no fuera tan desarmante. Probablemente mide medio metro más que yo, y no puedo evitar preguntarme con qué fuerza tendría que tirar de su camisa de pirata plisada para acercar sus labios a los míos.

—Soy Bo.

Extiende su mano izquierda que mi cuerpo escucha como «¿quieres que te folle?». Porque no hay nada más incómodo que dar la mano con la derecha y nada más atractivo que un hombre que podría haberlo previsto.

Le doy la mano con entusiasmo.

—Win.

—¿Es un diminutivo de algo? —pregunta, soltando la mano y metiéndosela en el bolsillo del pantalón.

Cosmos Dreaming in Space

Out on a Limb

—Winnifred, pero en realidad nadie me llama así. ¿Y tú? —Hago hincapié en el estiramiento de mi cuello, mirándolo como si fuera un gigante de cuento de hadas—. ¿Eres alto por algo?

Ahora no puede parar de reír. No puedo dejar de querer que lo siga haciendo.

—¿Qué? —pregunta, con los ojos encendidos de placer.

—En serio, ¿cuánto mides? ¿Tres metros de alto?

—Un metro…

—¿Pero un metro qué?

—Noventa y ocho.

—Salvajemente innecesario para la vida diaria. ¿Juegas al baloncesto?

—Eh, solía.

Su sonrisa vacila solo un poco, pero me doy cuenta.

También me doy cuenta de qué quizá inconscientemente se frota la rodilla, justo por encima de donde empieza la prótesis.

Hago una mueca de dolor.

—Lo siento —le digo sin rodeos—. Nací con esta mano. Así que estúpidamente olvido a los demás…

—No te preocupes —me interrumpe, sonriendo con la barbilla levantada.

—Arruiné esto. Pero esto era bonito antes, ¿no?

Aparta la mirada, sonriente pero visiblemente tímido, sus ojos se mueven y su cuerpo se balancea suavemente.

—Todavía puede ser agradable. ¿Podría igualar el marcador? ¿Burlarme de tu mano, si quieres? —ofrece, claramente poco serio.

—Sí, por favor. Eso ayudaría mucho —le digo, pretendiendo como él.

Se vuelve hacia mí, mirándome fijamente con ojos de media luna y una sonrisa cada vez mayor que hace que la sangre se me suba a la piel. Levanto una ceja en señal de desafío cuando parece estar calculando sus próximos pasos y ladea la cabeza.

—De acuerdo. —Bo extiende la palma de la mano, luego dobla dos dedos, haciéndome un gesto para que me acerque—. Déjame verla entonces.

Entrecierro los ojos juguetonamente mientras le tiendo mi mano más pequeña, colocándola en su palma abierta, que es casi el doble de grande que la mía. Trago saliva, el roce de nuestras pieles me hace saltar chispas por las venas.

—Mierda… —susurra en voz baja, dándole la vuelta con un apretón de muñeca que me encanta—. Es adorable —dice, estudiándola atentamente.

Luego hace un gesto y la suelta, prácticamente tirándola a un lado.

—¿Qué se supone que tengo que decir?

—¿Verdad? —Estoy de acuerdo, levanto los brazos—. Es imposible reírse de ella. Es demasiado linda. Es oficial. He arruinado la velada.

—Lo mejor que tuve fue un sarcástico «buena mano, *Buscando a Nemo*», pero eso es como entrañable, ¿no?

—Es un icono —estoy de acuerdo.

—Me encantaba ese pececito. —Se frota la nuca, mirando más allá del arco y el pasillo a nuestra izquierda—. ¿Quieres sentarte?

Asiento con la cabeza y me dirijo al sofá amarillo de dos plazas del estudio de Sarah. Las paredes están cubiertas de libros de Sarah y mapas de varios lagos del norte de Ontario. Es una habitación inspirada en una casa de campo. Porque la gente rica tiene fiestas y habitaciones temáticas.

—Entonces, ¿de qué conoces a Sarah y Caleb? —pregunto, curvando las piernas debajo de mí para mirarlo.

Tan cerca de Bo, puedo ver que sus ojos son de color avellana con una pequeña mancha de verde. Tiene más barba de lo que me había fijado, pero es porque es más clara que su pelo. También huele muy bien. A canela y algo más, almizclado, cálido y delicioso. Como alguien que podría encender una hoguera y hacerme un pastel de cumpleaños.

Sigo estudiándolo sin pudor. No puedo evitarlo, así que no me resisto. Y, finalmente, cuando mis ojos abandonan su sorprendentemente atractiva colección de anillos de fantasía bajo sus uñas pintadas de negro, me doy cuenta de que está mirando directamente por debajo de mi blusa. Él también está admirando descaradamente.

Sonrío para mis adentros, el orgullo me levanta los hombros y, a su vez, el pecho. Le concedo unos segundos más de miradas lascivas antes de aclararme la garganta con delicadeza.

—Lo siento. —Se sacude—. ¿Qué has dicho? —Parpadea como un hombre atrapado y culpable.

—¡Sinvergüenza! —grito, riendo—, me has mirado.

Se ríe nerviosamente.

—Lo sé, mierda, lo siento. Nunca… bueno, nunca me había olvidado de fingir que no estoy mirando a alguien.

Se encoge tímidamente, con la comisura de los labios aún levantada.

—Este disfraz tiene un propósito.

Me encojo de hombros, jugueteando con el dobladillo de la falda.

—De verdad que lo siento. Yo no…

—¿Qué aspecto tienen? —pregunto, interrumpiéndolo.

Mira al techo como si buscara a alguna deidad que le ayudara a manejarme. Eso me gusta mucho.

Observo cómo esboza una lenta sonrisa, con la comisura del labio inferior entre los dientes.

—Al igual que el resto de tu cuerpo, están estupendos —dice despacio.

Ahora le toca a él aclararse la garganta cuando me quedo sonrojada con los ojos clavados en su cara.

—Pero… ¿qué has preguntado?

Tanteo, olvidando todo lo que he dicho. Pero cuando miro alrededor de la habitación, parpadeando hasta centrarme en lo que me rodea, recuerdo en casa de quién estoy y, por tanto, lo que he preguntado.

—¿De qué conoces a Sarah y a Caleb?

Bo se arrastra hacia atrás contra el sofá, su mano juega sin pensar con el cuello suelto y erizado de su camisa, tirando de él lejos de su cuello.

—Caleb y yo nos conocimos a través de una conocida en común hace unos seis años. Nos reencontramos a principios de este año por un asunto de trabajo. Es un buen tipo. ¿Y tú?

—Conozco a Sarah de toda la vida. Nuestras madres eran mejores amigas en el instituto y ambas se quedaron embarazadas accidentalmente durante su último año. Nos criaron juntas como pseudohermanas.

—Maldita sea, así que conoces a Caleb desde…

—Noveno curso, sí —interrumpo—. Todos fuimos al mismo instituto. He sido la tercera rueda, desde entonces.

—Tercera rueda —repite—. Entonces, no estás… —Su sonrisa se inclina hacia un lado—. Iba a preguntarte si estabas aquí con alguien, pero déjame reformularlo. ¿Hay alguien que me echaría la bronca por mirarte de la forma en que lo acabo de hacer?

—Nop. —Cubro mi sonrisa con un dedo índice curvado, trazando mi nudillo a lo largo de mi labio antes de reunir confianza una vez más—. Nadie. Ni aquí, ni en *ninguna* habitación.

Eso ha sonado mucho más sugerente de lo que pretendía, pero juega a mi favor cuando noto que vuelve a sonreír y sus ojos se desvían hacia mis labios por un segundo.

—Ninguna habitación —asiente, con la barbilla inclinada hacia arriba—. Tomo nota.

—¿Y tú? ¿Tienes una novia de la que debería saber? —pregunto antes de tragar saliva.

Parece ofendido de que le sugiera algo así, con las cejas levantadas.

—¡No!

—No serías el primer chico no disponible, que actúa totalmente disponible —argumento. Mi ex, por ejemplo, lo hacía a menudo.

—Justo. —Se acomoda—. No, sin novia. Ni aquí ni en *ninguna* habitación —se burla.

—Bien. —Me pongo cómoda, apoyada en el sofá, juntando mis pechos, de lo que Bo toma nota brevemente—. Entonces… háblame de ti. ¿Quién eres?

—¿Por qué esa pregunta siempre resulta tan intimidatoria?

Se roza la mejilla con los nudillos y pasa su pulgar por la mandíbula.

—Porque la experiencia humana no se puede resumir en unas pocas frases —ofrezco—, pero no deja de ser educado intentarlo.

Asiente con la cabeza, mirándome de reojo de una forma totalmente curiosa y conmovedora que parece no suponerle ningún esfuerzo a pesar de que me hace palpitar el corazón.

—Me parece justo —empieza—, tengo veintinueve años. Soy analista financiero. —Levanta una mano, como para impedir que lo

interrumpa, cosa que iba a hacer—. Lo sé, es una elección de carrera fascinante, pero la verdad es que me encanta.

Se rasca la nariz con el pulgar y mira de reojo a través de la habitación.

»Soy hijo único —añade—. Mi padre vive en Francia, así que no lo veo muy a menudo. Pero, por desgracia, es mi mejor amigo. Mi madre falleció cuando yo era joven.

Se ríe secamente, como si tal vez no estuviera seguro de estar compartiendo demasiado.

—Trabajé de camarero en la universidad y eso me convirtió en un pretencioso del café. Cuando era adolescente, leí un libro sobre hábitos cerebrales saludables, y ahora hago un sudoku todos los días porque me da paranoia que se me pudra el cerebro. Mis animales favoritos son los perros, pero nunca he tenido uno como mascota. ¿Mi color favorito es el morado…? —pregunta como si no supiera dónde parar.

—Ha sido genial, gracias —digo.

—¿Sí? ¿Aprobé?

—Sí, muy informativo. Aunque tengo algunas preguntas de seguimiento.

—¿No tienes que hablarme de ti, primero? —pregunta Bo, levantando una ceja.

—Ah, claro, bien —digo, agarrando el vaso que he colocado en la mesa frente a nosotros.

Bo espera a que hable, con la mirada fija en mí mientras se apoya más en el respaldo del sofá.

—Tengo veintiocho años. —Doy un sorbo a mi bebida—. Trabajo en una cafetería, así que también soy un poco snob del café. Trabajo como socorrista por temporadas, lo que me encanta. Me pasaría la vida al aire libre si pudiera. Mi madre me llamaba cariñosamente su ardilla mascota por eso y porque tiendo a acumular cosas.

Actualmente, son plantas. Mi madre vive ahora en Florida con una serie de novios que son bastante simpáticos… Intento visitarla una vez al año, pero no somos muy unidas. Nunca conocí a mi padre. Y…

Intento pensar en una última cosa.

—Oh, mi color favorito es el verde.

—Bueno, encantado de conocerte, Fred.

—Por favor, no me llames así —digo forzadamente, medio en broma.

—¿Por qué no? —Parece cómicamente ofendido.

—No es un nombre especialmente sexi —digo—. Winnifred ya es malo, ¿pero Fred? Sueno como el tío espeluznante al que no invitas para Acción de Gracias.

—De acuerdo en no estar de acuerdo.

—Imagina gritar «Fred» en el dormitorio.

Su sonrisa crece, y lo fulmino con la mirada, decidiendo dejar claro mi punto de vista.

—Oh, Fred —gimo—. ¡Sí, Fred! —grito, probablemente demasiado alto, con falsa pasión—. Es horrible.

Algunos de los otros invitados a la fiesta, confundidos y quizás un poco ofendidos, se vuelven hacia nosotros. Los saludo antes de que vuelvan a sus propias conversaciones, con los ojos clavados en Bo.

Es un cliché, pero su sonrisa es radiante, mucho más brillante que el sol. Siento que florezco con ella, como si fuera mi versión personal de la fotosíntesis.

—¿Por qué me miras así? —pregunto, sintiéndome repentinamente tímida.

—Eres graciosa —dice con naturalidad, manteniendo la expresión.

Uf.

Hago todo lo posible por mirar alrededor de la sala, fingiendo que los demás invitados y sus disfraces me resultan de repente mucho más interesantes. Soy muy consciente de que me sonrojé por el cumplido y deseo desesperadamente poder parar.

Cuando por fin miro hacia atrás, la atención de Bo se centra en el respaldo del sofá emplumado. Con la mano alrededor de la parte superior de mi asiento, la punta de su pulgar recorre uno de los botones de tela con un pequeño movimiento circular una y otra vez.

No debería afectarme, y lo negaré si me lo preguntan, pero hay algo inherentemente sexual en ese movimiento. Observo, demasiado embelesada, cómo rodea el botón con ternura. Se me hace un nudo en la garganta y separo los labios al imaginarme su pulgar acariciándome de forma similar. Hacía meses que una cita no me salía tan bien como para permitir que un hombre me tocara así, y no es que me gustara tanto cuando lo hacía. Aun así, a juzgar por el traqueteo de respiraciones entrecortadas en mi pecho, creo que dejaría que Bo lo intentara.

—Así que —dice Bo, arrastro mi mirada del botón hacia su cara—, no estás aquí con nadie…

—¿Es una pregunta? —inquiero, recuperando la voz con una notable aspereza.

Pone los ojos en blanco. Eso también me gusta.

—Supongo —alarga la palabra—, que la pregunta es: ¿por qué?

—Oh, ¿así que hemos llegado a la parte de cuáles son tus defectos? —pregunto.

—Pensaba más bien en cómo es que alguien como tú, está soltera… pero claro —dice.

—Ah, bueno, gracias.

A pesar de mi sarcasmo, siento que mi cara se calienta de nuevo y me maldigo por ello. ¿Tres rubores en una noche? Tiene que ser un récord. Uno que espero no batir nunca.

—Sinceramente, la respuesta no es tan interesante. No busco nada permanente. Sarah me ha dicho que soy muy independiente.

Lo que no digo es que crecí viendo a mi madre traer a casa a un perdedor tras otro, sabiendo muy bien que todos estaríamos mejor sin ellos. A las pocas semanas de salir con sus novios, éstos empezaron a actuar como si tuvieran algún tipo de autoridad sobre ella y *nuestra* vida.

Normalmente empezaban por algo pequeño, como cambiar la marca de café preferida de mi madre por la suya. Luego, poco a poco, la cosa iba a más. Nuestras maratones nocturnas de telenovelas se convirtieron en «bueno, cariño, el juego ha empezado. ¿Por qué no te vas a terminar los deberes a tu habitación?» o «no, no vamos a comer tacos esta noche a —inserte nombre del novio—, no le gustan». Entonces, eventualmente, se irían, y volveríamos a empezar. Sarah, su madre y yo disfrutábamos del breve intervalo antes de que llegara el siguiente hombre de mamá, y luego cuidábamos de mamá cuando inevitablemente se volvía a ir a la mierda. Debido a esto, aprendí rápidamente que para preservar la vida que quería, tenía que evitar invitar a un hombre.

Pero, como la mayoría de las idiotas románticas sin remedio, olvidé mi autoproclamada regla de oro a los veinte años y me fui a vivir con mi novio Jack, que quería todo a su manera y no le importaba cómo tenía que actuar para conseguirlo. Eso, por supuesto, también terminó terriblemente. Desde entonces me he estado recuperando. Mi autoestima y mis planes de vida siguen siendo, en su mayoría, un caos.

—¿Y tú? —pregunto—. ¿En busca de esposa?

—No. —Bo se ríe, sus ojos parpadean hacia el techo momentáneamente—. No.

—Bueno, eso es ciertamente… compatible.

Me muerdo el labio inferior, esperando que capte mi sugerencia no tan sutil.

La capta, sí, y se me queda mirando demasiado tiempo. Hasta el punto en que empiezo a sentir los latidos de mi corazón palpitando en mi cuello. Yo quería esta respuesta, seguro, pero por alguna razón, de parte de Bo, se siente un poco abrumador. Tal vez es la forma en que sus ojos buscan mi cara como si estuviera tratando de ubicarme. Como si nos conociéramos de antes. O tal vez como si no pudiera creer que no lo hayamos hecho.

Sea lo que sea esta mirada, necesito que pare. Me sube demasiada sangre a la cabeza, me acalora, me pone nerviosa y me marea.

—Me gusta tu pierna de pirata —digo en un intento verdaderamente horrible de quitarme la atención de encima—. Me refiero a tu disfraz. No solo la pierna, obviamente. A todo —digo, titubeando.

—Oh, bueno, bien. Me preocupaba que solo me quisieras por mi pierna por un segundo —bromea.

Decido ignorar su frívolo uso de las palabras «quisieras» y doy un brusco giro para alejarme de mi metedura de pata.

—¿Te ha pasado? —pregunto, tomando mi bebida, rezando para que me refresque—. La semana pasada recibí un mensaje en Instagram. Reese24 me dijo que su polla se vería enorme en mi mano de bebé.

—Increíble.

La cara de Bo se distorsiona mientras ríe horrorizado.

—Sí.

—Eso tiene muchas capas de jodido.

—De verdad.

—Pero… —Bo levanta las dos palmas, imitando una balanza basculante.

—No —digo, interrumpida por una carcajada sorprendida—. No. No te atrevas.

—Quiero decir —sus ojos se vuelven burlones mientras se encoge de hombros—, tiene razón. Probablemente la tendría.

—Oh, Dios mío.

—Haría mucho por el ego. Reese24 puede estar en algo.

—Horrible —balbuceo entre risas—, los dos son horribles.

Arrugo los labios hacia mi nariz como si la habitación apestara mientras Bo se sienta cómodamente, con el brazo apoyado de nuevo detrás de mí.

Seguimos charlando durante el tiempo suficiente para que la lista de reproducción de Sarah haya reproducido *Monster Mash* dos veces. Bo se ríe de mi teoría sobre la canción, a diferencia de la bruja, y finalmente decide que tendrá que hacer su propia investigación con un análisis reflexivo de la letra una vez que llegue a casa. La fiesta empieza a apagarse cuando también lo hace nuestra conversación.

Pero, por extraño que parezca, nuestra pausa en la conversación no es incómoda. He estado en muchas citas en las que las bromas dejan de fluir y es más fácil dar por terminada la conversación o volver al apartamento de alguien que esperar a que surja la siguiente ocurrencia. Pero esta noche no hay escasez de temas ni miedo a una conversación forzada y sin sentido del humor.

Estas tranquilas pausas parecen más bien intermedias. Como si actuáramos el uno para el otro. Turnándonos para ser el entretenimiento y los entretenidos. Haciéndonos reír. Manteniéndonos expectantes. Es divertido, y una parte de mí desearía que tuviéramos más tiempo antes de que Sarah y Caleb decidan echar a todo el mundo por esta noche. Pero tal vez podría convencerlo de quedarse un poco más.

Dado todo lo que he aprendido sobre Bo hasta ahora, voy a tener que tomar la iniciativa. Es tan completamente inconsciente de su propio encanto que es cómico. Es casi tímido. Me lo imagino pidiéndome mi número, pero dudo que se atreva a invitarme a su casa. Que, he decidido, es lo que quiero hacer.

—¿Esto es una peluca?

No me doy cuenta hasta que siento el dorso del dedo de Bo rozándome la mejilla, pero está sujetando un mechón de mi pelo entre el pulgar y el índice, jugueteando con él sin pensar.

—No, eso es todo mío.

Trago saliva cuando su pulgar roza la parte inferior de mi barbilla.

Sigue retorciéndome el pelo entre los dedos, enroscándolo en el dorso de los nudillos como si fuera una serpiente a la que ha encantado. Me resisto a meterme en su regazo y ronronear.

—Lo siento —susurra humedeciéndose los labios. Pero noto que no me suelta.

—No me importa —respondo en voz baja. Lo que debería decir es: «sigue tocándome. Donde quieras».

—Es precioso —me dice, mirándome con una inestable falta de humor.

Me suelta el pelo y se echa hacia atrás, dando un largo suspiro que ensancha sus fosas nasales.

—He bebido demasiado ponche, probablemente.

—Realmente, no me importaba.

Me inclino hacia él, intentando captar su mirada. Intento suplicarle, en silencio, pedirle más. Pero es inútil. Es tan guapo que no se da cuenta de ello. Es tan entrañable como frustrante.

Así que decido que ya es suficiente. Puedo tomar las riendas. Soy una mujer moderna, maldita sea. Puedo ir por lo que quiero, aunque no practique exactamente ese concepto en mi vida diaria. Puedo *hacerlo*.

—Bo, ¿te gustaría subir conmigo? —pregunto, con la voz un poco más alta de lo previsto después de forzarme a hablar con confianza.

Sus ojos se abren de sorpresa y ladea la cabeza.

—¿Subir?

No contaba con tener que repetirlo. O aclararlo. Tengo ganas de taparme la cara con un cojín del sofá, pero al diablo. Estoy en esto ahora.

—¿Te gustaría, tal vez, tener sexo conmigo? Tengo una habitación aquí —le explico, haciendo lo posible por mantener la columna recta para no encogerme sobre mí misma.

La ilusión de confianza es la clave.

—¿Aquí? —Su ceño se frunce en señal de confusión.

—¿Sí?

—¿Vives aquí?

—No, es que me quedo mucho por aquí.

Espero unos segundos, con la esperanza de que me saque de dudas, pero parece alejado y un poco aturdido.

¿Realmente estaba malinterpretando todo esto? Ya me he equivocado antes, pero nunca tanto. Esto parecía algo seguro.

Se ríe nerviosamente, con la cabeza colgando.

—Oh, en realidad, um…

«La culpa es del ponche de neón», me digo.

—Lo siento. Olvida lo que he dicho.

Me mentiré a mí misma para superar esto. «Bo es virgen. Célibe debido a su voto solemne de por vida. He sido la oferta más tentadora que ha tenido, pero debe mantenerse fuerte. No soy yo. ¡No soy yo! No soy…».

—No —dice con demasiada fuerza—, no lo olvidemos. Lo siento, es que… —sacude la cabeza—, no lo he hecho desde…

Sus ojos se posan en la rodilla, justo encima del comienzo de la prótesis.

«Ah».

Debería pensar. Debería pensar antes de hablar. Pero no lo hago. Rara vez lo hago, por desgracia.

—¿Le ha pasado algo a tu…? —Termino la frase que no debería haber dicho señalando su regazo.

«Winnifred June McNulty, no puedes preguntar a la gente si su cosa está rota. ¿Qué te pasa?».

—Oh, no. Nada. Está en plena forma.

Hace un gesto de dolor por las palabras elegidas. O tal vez solo la conversación en general.

Tengo que arreglar esto. Yo no soy esa persona, la que se precipita y tantea y hace que alguien se sienta incómodo con su cuerpo o sus diferencias. No puedo ser esa persona. Eso me convertiría en una *gran* hipócrita.

Me acerco suavemente, apoyando mi mano sobre la suya.

—Entonces seguro que no es tan diferente. —Dudo, esperando a que establezca contacto visual conmigo—. Estoy dispuesta a intentarlo, si tú lo estás. Podría ser muy divertido.

Se vuelve para mirarme y sus ojos se oscurecen, con las pupilas dilatadas y el ceño fruncido.

—¿Por qué eso fue tan sexi? —pregunta susurrando, con la voz casi incrédula.

«Ahí está», creo. Una pizca de mi orgullo regresa.

—En el momento en que me diste la mano con la izquierda, estaba lista para hacer esto. —Contengo mi sonrisa—. ¿Me imagino que es algo parecido? ¿Sabes que entiendo el retraso, hasta cierto punto?

Sus ojos vuelven a bajar hasta mis labios mientras asiente, con ojos embelesados y brillantes.

—¿Y qué será? —pregunto, inclinándome lo bastante para poder contar el número exacto de pecas de sus mejillas que se extienden por

su nariz como un puente entre ellas—. Porque si tengo que preguntar otra vez, puede que intente ahogarme en la ponchera.

Sin dudarlo, Bo acorta la distancia que nos separa y me besa, tierna y brevemente, con la mano en la mandíbula. Sus labios son suaves y cálidos, casi embriagadores.

—Sí —dice, inhalando hambriento, con la frente pegada a la mía.

Se ríe por lo bajo y me pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja antes de dejar que la misma mano me recorra el cuello, el hombro y el brazo.

—Vamos —dice, tomándome la mano mientras se aparta para levantarse.

—Espera —le digo, tirando de él hacia atrás—. Voy a subir primero. Me aseguraré de que nadie más haya tenido la misma idea y esté profanando el dormitorio de invitados. Tú ve a la cocina y tráenos agua o algo. Es la última puerta a la izquierda.

—De acuerdo.

Asiente con impaciencia, demasiadas veces para mi gusto. Me recuerda al complaciente cachorro de Caleb, causando un rápido estremecimiento de pánico a través de mí.

No puedo soportar que otro chico sea demasiado *bueno* en la cama. Necesito saber que toda esta química que hay entre nosotros no se desvanecerá en cuanto lleguemos arriba.

—Bo, ¿puedes prometerme algo? —le pregunto.

Su labio inferior sobresale mientras asiente de nuevo, con menos ganas.

—¿Seguro?

—Necesito que me prometas que *ambos* disfrutaremos esta noche. Este año he tenido una serie de ligues pésimos, y si tengo que fingir otro orgasmo, creo que la ley me obligará a hacerme monja o algo así.

Me muerdo el labio, temerosa de estar pidiéndole demasiado a un desconocido casi perfecto.

No pestañea, pero su sonrisa infantil vuelve con toda su fuerza brutal.

—Win, si sales de esa habitación con las piernas más firmes que yo, no estaré contento.

¿Una broma de piernas? «Quédate quieto, corazón palpitante».

Me tapo la boca mientras jadeo, una risa singular se abre paso.

—No lo hiciste.

—Lo hice —dice, relajándose de nuevo en el sofá. —Vuelve a llevar su mano a mi pelo, jugando con él mientras sus ojos se posan de nuevo en mis labios con la misma intensidad de deseo y diversión—. Ahora… sube y espérame.

Capítulo 3

—Qué bien se siente—suspiro feliz, dejando caer el cinturón al suelo del cuarto de baño.

Abro el cajón que Sarah tiene bajo el lavabo con una cantidad obscena de artículos de tocador y encuentro todo lo que necesito para refrescarme.

Tomo hilo dental, enjuague bucal, desodorante y unas toallitas desmaquillantes para una rápida limpieza de abajo. Puede que me desequilibre el pH, pero eso es un problema de Win del futuro.

Oigo un golpe suave, seguido de una puerta que cruje al abrirse y cerrarse en la habitación contigua.

—¡Saldré en un minuto! —llamo, quitándome parte del maquillaje oscuro de los ojos que me unté antes de la fiesta.

—¿Esta es la habitación de invitados? —pregunta Bo desde el otro lado de la puerta, claramente impresionado.

—Te dedicas a las finanzas, ¿verdad? ¿Cuánto crees que vale esta casa? —pregunto, antes de tomar un trago de enjuague bucal y pasármelo por la boca, para luego intentar escupirlo en silencio.

Se ríe, pero no me sigue la corriente.

Echo la cabeza hacia delante y me recojo el pelo con el antebrazo y el hueco de la muñeca junto a la mano izquierda. Me quito la falda de cuero y las botas, pero me dejo la blusa blanca con los botones desabrochados y las medias de rejilla.

Respiro entrecortadamente, me aplico un poco de brillo de labios, aprieto los labios e intento reunir toda la confianza necesaria para abrir la puerta del dormitorio.

La habitación de invitados de Sarah está decorada con papel pintado gris y suelos oscuros y una pequeña lámpara de araña en el centro. Disminuí la intensidad de todas las luces hasta conseguir un resplandor suave y favorecedor antes de correr como una loca hacia el cuarto de baño. En el centro de la habitación hay una cama de matrimonio cubierta con un edredón de lino blanco, mantas de punto de color topo y cojines.

Bo se sienta en el borde de la cama, frente a la puerta de la que aún no me he movido. En cuanto me ve, baja automáticamente la mano a su regazo y se ajusta los pantalones. Lo cual es muy bueno para mi ego.

—Maldita sea —dice, con la mandíbula desencajada.

Se inclina hacia delante y ríe para sí mismo de forma agónica y agridulce antes de mirarme con los ojos encapuchados. Me impresiona la ilusión de poder que nace de la mirada ansiosa de Bo, que me dice que preguntaría a *qué altura* si simplemente le dijera que *salte*.

—Me quité algunas de las… cosas —digo, agarrándome al marco de la puerta para mantener el equilibrio.

—Ya lo veo. —Bo se moja los labios. Sus manos frotan arriba y abajo sus propios muslos como si buscaran fricción de cualquier tipo—. Es una buena vista. —Se aclara la garganta, sentándose lentamente—. Genial… estás… genial.

Sonríe, pero sus ojos no lo hacen y permanecen embelesados mirándome.

Doy cinco pasos hacia él en puntas de pie y me detengo entre sus rodillas separadas. Sus manos me tocan la parte posterior de las piernas, justo debajo del trasero. Están tensas mientras recorren mi piel cubierta de medias de red fina. Incluso con él sentado, mi cara está apenas por encima de la suya.

—Supongo que estabas de broma con lo del disfraz de sirvienta sexi —dice, y sus manos recorren desde la parte de atrás de mis rodillas hasta el pliegue bajo mi trasero, sus pulgares jugando con las cuerdas que entrecruzan mis muslos como un arpa.

—¿Decepcionado? —pregunto, inclinándome hacia delante.

La punta de mi coleta cae sobre el hueco de su mejilla. Bo inclina la nariz hacia ella y sus ojos se cierran brevemente mientras inspira.

—Solo un poco.

Mueve una mano de la parte posterior de mi muslo a la nuca y me acerca, inclinando la mandíbula hacia arriba para presionar sus labios contra los míos.

—Quizá el año que viene —susurro justo antes de que nuestras bocas choquen.

Nuestro beso es exploratorio al principio. Suave pero intencionado. No es hasta que la otra mano de Bo llega a mi cintura cuando se calienta: dientes que tiran, manos que tiran, bocas que chocan. Me subo a su regazo, con las rodillas a horcajadas sobre sus caderas, y gimo sin darme cuenta cuando se inclina hacia mí mientras se echa hacia atrás, sintiéndolo justo entre mis muslos.

—Maldita sea, me encanta Halloween—prácticamente gruñe contra mis labios, sonriendo aún.

Todo lo que pienso es *apagar*.

Quítame la ropa.

Vamos a venirnos.

Ayúdame a apagar mi cerebro.

—No puedo desabrochar los botones de los demás —le digo, dándole besos a lo largo de la mandíbula hacia la oreja, con la voz ronca—. Quiero decir, puedo hacerlo pero… lentamente.

—Tómate todo el tiempo que necesites —me responde, separando sus palabras con tiernos besos en el cuello que hacen que se me cierren los ojos, agobiada por la embriagadora lujuria.

Muevo la mano izquierda hacia el centro de su pecho y encuentro el primer botón de su camisa. Desciendo desde ahí, uno a uno, desabrochando lo mejor que puedo.

Bo empieza a desabrocharme la blusa. Al principio, creo que me está tomando el pelo al desabrochar lento y seductor. Pero luego me doy cuenta de que está siguiendo mi ritmo a propósito, claramente más despacio de lo que es capaz para mi beneficio. Lo cual es tan sexi como si me estuviera tomando el pelo. Puede que incluso más.

También es, trágicamente, uno de los mayores gestos románticos de mi vida.

Una vez abierta su camisa, se la quito de los hombros y se la bajo por los brazos, besándonos febrilmente mientras avanzamos.

Una vez me quita la blusa, me echo hacia atrás y dejo que mis manos recorran su pecho mientras mis ojos lo absorben. Tiene pecas en la parte superior de los anchos hombros y el pecho, que se extienden por los bíceps antes de desvanecerse en unas pocas manchas en los antebrazos.

Las trazo con la mano, como si dibujara constelaciones en el cielo nocturno, mientras me inclino para besarlo de nuevo. Me detiene agachando la cabeza y succionando la parte superior de mi pecho, que se ha desbordado por encima de la copa del sujetador.

Gimo y empujo las tetas hacia él. Me mira y observa mi reacción mientras me besa el pecho. Mi respiración se entrecorta y se vuelve superficial cuando me aprieta la carne entre los dientes y me agarra las caderas con más fuerza.

Le pongo la mano derecha en la nuca, intentando desesperadamente agarrarle el pelo y mantenerlo en su sitio. Entonces me invade la vergüenza. Suelto mi mano más pequeña de su cabeza y paso por encima de su hombro, oyendo las palabras de mi ex con fuerza en mi oído. «No lo hagas. No, usa la otra mano».

—Me ha gustado —dice Bo, con la boca y la nariz pegadas a mi clavícula mientras me besa el cuello.

Me devuelve la mano donde estaba, entre su pelo. Hago lo que puedo para pasar mis cortos dedos por él, juntando todo lo que puedo entre el pulgar y el lateral de la palma de la mano para tirar.

Bo gime en respuesta, así que lo hago de nuevo mientras él me chupa el punto del pulso bajo la oreja, su pelo rozándome suavemente la barbilla.

—Me encanta cómo hueles —digo, consciente de que las respiraciones jadeantes entre nosotros se hacen cada vez más urgentes.

—Tú también. Como manzanas confitadas.

Aprieta su nariz contra mi pelo, sus labios contra el borde de mi mandíbula.

—Me dan ganas de… —Se tensa, abre la boca y sus dientes me rozan la barbilla—. Mier-da —rompe la palabra en dos sílabas, riendo sin humor.

—Te deseo —digo sin aliento.

—¿Te tumbarás para mí? —pregunta con tono suave contra mi mejilla—, quiero verte toda.

Asiento con la cabeza, salgo de su regazo y me arrastro hacia el centro de la cama. Tumbada, siento la lujosa ropa de cama en la espalda y los brazos desnudos. Es tan suave que me excita aún más. La sensación de las sábanas contra mi piel y el sonido de las almohadas rellenas de plumas me envuelven.

Bo se mueve a los pies de la cama, de pie, solo con sus pantalones negros. Observo cómo se quita tres anillos sin apartar los ojos de mi cuerpo. Los anillos caen al suelo a sus pies, pero a él no parece importarle dónde caigan.

Me levanto sobre los codos y sonrío satisfecha al ver que el pelo de Bo ya sobresale por todos lados. El pelo se desordena cuando vuelve a pasárselo por las manos.

Está perdiendo la cabeza por mí.

—Win —dice, mi nombre una súplica angustiada, sacudiendo la cabeza—. Guau, mírate.

—¿Sí? —pregunto fingiendo inocencia mientras mi sonrisa no hace más que crecer.

Ni siquiera le he dicho que no puede tocarme ni acercarse, pero está angustiado. Está usando todo el autocontrol que tiene para hacer que esto dure tanto como los dos queremos.

Admito que me encanta esta sensación. El poder que he aprovechado mientras estaba tumbado boca arriba. La forma en que mi cuerpo puede volver loco a alguien. Es la sensación de mayor control que he tenido nunca, después de estar en la torre de salvamento de la playa.

Me señala las rodillas con ambas manos:

—Ábrelas para mí, cariño.

«¿Cariño?». Hmm, creo que me gusta.

Clavo los talones en el colchón y levanto las rodillas mientras separo las piernas.

—¿Así? —pregunto dulcemente.

—Sí —responde Bo, con los dientes enseñados alrededor de los nudillos—. Justo así —dice lentamente antes de apartarse el pelo de los ojos.

Deslizo los dedos por la banda de las mallas que rodea mi cintura y sigo la costura lateral hasta las caderas. Luego trazo un cordón que corta la parte más gruesa de mi muslo.

—¿Quieres quitármelas? —pregunto, jugueteando con ellas.

Bo asiente como un poseído y se inclina sobre la cama para alcanzarme la cintura. Me baja las mallas con un movimiento fuerte y fluido hasta que las quita y descansan sobre su hombro. Pensé que había sido un accidente y que pronto las tiraría al suelo, pero las mantiene cerca con un fuerte apretón mientras sube la mano contraria por el interior de la pierna.

—Win —dice, casi lloriqueando—. ¿Quién eres tú?

Estoy más excitada de lo que he estado en años, y el tipo ni siquiera me ha tocado todavía.

—Bo —susurro anhelante, con las manos aferradas a la manta que tengo debajo.

Lo que quiero decir es: «deja de acariciarme la pierna y acerca tu mano, tu boca, tu pene o cualquier parte de ti».

—Ven aquí, por favor —digo en cambio, mordiéndome el labio inferior.

Bo camina alrededor de la cama y solo se quita mis medias cuando se sienta para desvestirse. Luego las tira al suelo.

Me arrastro hacia el lado derecho de la cama mientras Bo se quita los bóxer. Sin pantalones ni traje, puedo ver mejor su pierna ortopédica. Parece más futurista de lo que esperaba: metálica, con bisagras y articulaciones plateadas bajo un encaje de plástico gris.

Entonces recuerdo lo que dijo abajo sobre no haber tenido sexo desde… desde lo que sea que haya pasado. Quiero que se sienta totalmente seguro para elegir qué hacer a continuación, pero esto es territorio desconocido para los dos.

—Puedes quitarte la prótesis o dejártela puesta. Lo que te resulte más cómodo —le ofrezco, tratando de mantener mi voz indiferente, haciendo un esfuerzo por mantener la respiración entrecortada para que no piense que estoy menos excitada de lo que estaba hace un momento.

Bo asiente dándome la espalda antes de ayudarse con los brazos para girar sobre la cama. Se levanta y se acomoda hasta que la

espalda queda recta contra el cabecero y las dos piernas extendidas delante de él.

No pierdo el tiempo y vuelvo a ponerme a ello, moviendo mi boca desde su bíceps hasta la parte superior de su hombro y a través de él. Cuando levanto la pierna por encima de su regazo y vuelvo a sentarme a horcajadas sobre él, nos animamos. La gloriosa sensación de que nada nos separe salvo dos finas capas de algodón negro a juego es estimulante.

—Llámame cariño otra vez —le digo, apretándome contra su dureza.

—¿Te ha gustado? —musita, con voz arrogante—. Como que se me escapó.

No contesto. Bueno, lo hago. Pero no con palabras.

Volvemos a besarnos intuitivamente. Ásperos y codiciosos, pero coordinados, sin chocar las narices ni resbalones incómodos de la lengua contra los dientes. Solo dos personas que se elevan cada vez más con la esperanza de caer, estrellarse y arder.

Sigo retorciéndome contra él, agradecida de que no parezca tener demasiada prisa. La follada en seco está tan infravalorada.

Empiezo a sentir cómo mi cuerpo flota hacia ese borde perfecto cuando me rodea la espalda y me desabrocha el sujetador. Dos manos grandes me tocan las tetas de inmediato y juegan con ellas hasta que jadeo y me muevo para él como una marioneta. Bo deja caer sus labios sobre mi pecho mientras arqueo la espalda para él. Se mete el pezón entre el pulgar y el dedo antes de chuparlo y acariciarlo con la lengua.

—Sí —siseo, el ritmo de mis caderas se acelera.

Gimiendo a mi alrededor, Bo extiende sus dedos por la parte baja de mi espalda, apretándome contra él con su boca pasando entre mis pechos con avidez.

—Levántate —dice, su voz enérgica a través de los dientes, su mano colocada en la base de mi cuello.

Me arrodillo sin rechistar y me levanto de su regazo. Se desliza suavemente por el colchón hasta quedar tumbado boca arriba, con la cara perfectamente colocada entre mis muslos.

—Bien —dice, rascándome la cara interna del muslo con su barba incipiente mientras me aparta las bragas hacia un lado con una aspereza inesperada—. Ahora siéntate para mí… cariño. —Añade «cariño» al final, como si quisiera endulzar el trato. No necesito más persuasión.

Antes de que me dé tiempo a bajar del todo, Bo me agarra por las caderas y me arrastra hacia su cara. Sus dedos se clavan en mis costados hasta casi hacerme daño.

—Relájate —exhalo mientras se hunde en mí.

Pero mi suficiencia no dura mucho. Jadeo cuando su boca empieza a trabajar contra mí. Me tiemblan las rodillas y luego ceden por completo hasta que me siento sobre su cara y me agarro al cabecero para salvar mi vida mientras él presiona con su lengua exactamente donde yo quiero.

—Sí, sí, sí —susurro, con voz áspera.

Levanta ambas manos, toma las mías de la cabecera y me las pone detrás de la espalda, uniéndolas en un puño fuerte e implacable. Mi cuerpo está completamente a su merced, y no me importa.

Tararea contra mí en respuesta a cada sonido que sale de mis labios. Un gemido gratificante y orgulloso retumba en su garganta cada vez que jadeo, gimo o grito.

He tenido un buen número de hombres que me han comido. Pero ninguno lo ha hecho así. Como si estuvieran realmente hambrientos de mí. Como si lo disfrutaran tanto como yo.

El placer crece y crece y crece hasta que por fin me deshago, soltando un largo gemido de agradecimiento mientras llego al orgasmo. Me invaden una cascada de alivio y placer a partes iguales.

Bo me suelta suavemente las manos mientras sigue lamiéndome, provocándome escalofríos con cada lánguido lengüetazo. Me limpio

el sudor de la frente con la muñeca y me estremezco mientras me lame con delicadeza.

—No puedo —susurro, intentando levantarme y apartarme de él.

Bo sacude la cabeza entre mis muslos, gimiendo de disgusto cuando intento moverme. Intenta sujetarme con una mano por detrás de la rodilla, pero me suelto.

Me muerde, no mordisquea, sino que muerde, la parte más suave de la cara interna del muslo cuando levanto una pierna para apartarme de él. Pego un grito, me río por la sorpresa y al instante se me pasa la borrachera, cayendo sobre mi trasero junto a las almohadas.

—¡Señor! —grito en estado de shock. «¿Cómo te atreves?».

Lo miro y me quedo pasmada. Los labios entreabiertos de Bo brillan húmedos y ligeramente hinchados, y sus ojos están saciados.

—Oh, claro que sí —suelta una carcajada—, definitivamente me gustaría que me llamaras *señor*.

Pongo los ojos en blanco, aunque no puedo evitar sonreír.

Intento recuperar el aliento y me tumbo a su lado. Se aparta un mechón de pelo de la cara antes de apoyarse en el antebrazo para suspenderse sobre mí y besarme sin prisas. Me excita sentirme en sus labios y, por la forma en que sigue rozando los míos con su lengua, a él también.

No mucho después, rastreo su dureza a través de sus bóxer.

—¿Puedo? —Deslizo la punta del pulgar bajo el dobladillo—. *Señor* —le respondo con una pizca de sarcasmo.

—Hazlo, cariño —bromea, con voz arrogante, mientras cae de espaldas con las manos detrás de la cabeza.

HANNAH BONAM-YOUNG

Capítulo 4

La polla de Bo es enorme. Debería haberlo adivinado, dada su altura y lo que sentí a través de sus bóxer. Pero no tuve mucho tiempo para pensar en el futuro.

—¿Has pensado en el porno? —pregunto, maravillada.

—¿Vas a seguir mirándola? —pregunta Bo, con voz tensa.

—Ya tuviste tu turno de mirar. Este es el mío —argumento.

—Es un poco vulnerable. —Extiende las manos a los lados—. Simplemente desnudo y tumbado aquí.

—Podría atarte —le ofrezco—. Eso me ha ayudado antes con parte de mi timidez en la cama. —Miro a mi alrededor—. Tendría que encontrar alguna alternativa a la cuerda.

—*No* soy tímido —dice señalándose—. Pero ahora te imagino atada.

Se acerca a mí con una mano en la nuca, pero me alejo de él, aún insegura de qué hacer con esta sorpresa.

—Calla, mientras intento calcular cómo va a encajar esto.

Me pongo de rodillas y me siento junto a su regazo.

Suspira y se lleva una mano a la frente, medio tapándose los ojos.

—Hay tantas cosas que no he hecho, ¿sabes? —digo.

—¿Qué? —pregunta, riendo exasperado y pasándose una mano por el pelo.

—Quería viajar, quizá tener hijos, aprender a hacer mis propias velas. Aún no he visto las nueve temporadas de *The Office*. Creía que tenía más tiempo.

—¿Estás insinuando…

—¿Que está polla me va a asesinar? Sí —interrumpo.

—Por favor —gime.

—¿Se te cansan las manos de sujetarlo mientras meas?

—Me voy a ir —murmura—. Me voy a ir —dice definitivamente cuando aprieto mi antebrazo junto a su regazo para comparar.

—Lo siento. Bien, lo siento. No te vayas. Lo resolveré.

—No es un cubo de Rubik; es mi pene.

—¿Puedes no decir pene? No es una palabra especialmente sexi.

—Claro, porque el resto de esta conversación desde que me desnudé ha sido muy sexi.

—Entiendo lo que quieres decir.

—Gracias —responde, con voz indignada.

—Solo… muy rápido… cómo… —murmura en voz baja, se acerca a mi nuca y tira tan fuerte que me vuelvo masilla en sus manos.

—No más preguntas.

Me pasa el pulgar por la boca hasta que separo los labios para él. Luego me mete el pulgar entre los labios y me empuja la lengua, abriéndome la mandíbula.

—Mejor —dice inhalando con fuerza.

«Dios mío».

—¿Preparada? —me pregunta con los ojos fijos en los míos. Asiento con la cabeza y enrosco la lengua en su pulgar. Su sonrisa malévola se vuelve más feroz antes de empujarme hacia su regazo. Me agarra por la coleta y me pone la otra mano en la mejilla.

Bien, entonces *sí* encaja.

Y Bo no es demasiado dulce.

Y posiblemente voy a tener que considerar la única parte del término *rollo de una noche.*

Gime temblorosamente mientras me lo trago.

—Mucho más tranquila —dice burlonamente, aún sin aliento.

Lo fulmino con la mirada, pero, extrañamente, no tiene el mismo efecto mientras su polla me golpea la garganta.

Sigo acariciándolo, apretando la lengua contra él y recorriendo las venas de su pene. Cuando ahueco las mejillas, todo su cuerpo se tensa y me tira del pelo con demasiada fuerza hasta que gimo.

—Mierda, lo siento —dice, soltándome el pelo casi por completo.

Lo suelto de mi boca con un chasquido húmedo, sin dejar de acariciarlo con la mano.

—No lo hagas. —Sonrío como el diablo mientras lo lamo de la base a la punta—. Puedo manejarlo.

Lo que quiero decir es que estoy harta de que los hombres me traten como si fuera delicada por mi mano. No soy quebradiza. Definitivamente no estoy rota. Úsame. Déjame llevarte al punto en que harías cosas *indecibles*. Déjame tener ese poder sobre ti. Soy capaz de ello.

Pasan minutos de rítmicos empujones y tirones. Con mi boca envolviéndolo, Bo parece estar en el cielo, gritando mi nombre y susurrando alabanzas implacables, como si estuviera dispuesto a poner su vida a mis pies.

La mano de Bo pasa de sujetarme el pelo a tocarme el trasero, amasando y agarrando mi carne. Arqueo la espalda para él, levantando el trasero.

—Maldita sea —susurra, agarrándome las bragas y tirando de ellas hacia abajo.

Me ayuda a quitármelas y, una vez que se han perdido en el montón de ropa del suelo, Bo se mete entre mis piernas y me abraza de una forma posesiva y llena de deseo. Se lo agradezco zumbando alrededor de su polla mientras aumento la velocidad y la intensidad de mi boca.

Se estremece con una larga exhalación, siseando cuando subo tras las arcadas. Bo pasa un dedo por mi húmeda entrada y al instante siento que me estremezco de anticipación.

—Para —dice Bo enérgicamente, apartándome de él con una mano en la nuca.

Se sienta, acercándose a mí.

—Te necesito.

Con las dos manos en mi cintura, me levanta y me deja caer sobre su regazo. Suelto una risita y mi pecho choca contra el suyo.

—Impaciente —digo, enarcando una ceja mientras miro entre nosotros hacia donde su reluciente y húmeda dureza se aprieta contra su abdomen.

—Enloquecedora… —Se ríe lentamente, girando el cuello—. Eres enloquecedora.

Me muerdo el labio, intentando no sonrojarme ni sonreír mientras me inclino hacia la mesilla de noche. Mis pechos llaman la atención de Bo mientras rebusco en el cajón de la mesilla. Mientras me lame y mordisquea los pezones, meto la mano distraídamente en la caja de condones. Luego vuelvo a hacerlo. No encuentro… nada.

«No… No. No. ¡No!».

—Mierda.

Me enderezo, obligando a Bo a dejar mis tetas mientras miro dentro de una caja completamente vacía.

—¿Qué? —pregunta, con los ojos desviados entre mi mirada de incredulidad y el cajón de la mesilla de noche.

—¿Tienes un condón? —pregunto.

Se frota el hombro derecho con la mano contraria, haciendo que su bíceps se tense frente a su pecho, lo que no ayuda en absoluto a mi concentración.

—No. Mierda, lo siento. Yo, eh, no pensé exactamente que esto pasaría.

—Maldita sea —gimo, poniéndome de rodillas junto a él en la cama. No puedo pensar bien mientras estoy en su regazo.

Podría ponerme algo de ropa y cruzar corriendo el pasillo hasta la habitación de Sarah y Caleb… pero me juré no volver a entrar en su cajón después del *traumático* descubrimiento de la colección de juguetes sexuales de 2019. Me muerdo nerviosamente la uña pequeña del pulgar derecho, evaluando nuestra siguiente mejor opción.

Con los ojos de Bo clavados en mí con preocupación, hace lo inesperado. Aparta mi pequeña mano de mis dientes y se la lleva a los labios. Luego besa cada uno de mis deditos, uno por uno.

Nadie lo ha hecho nunca.

Nunca me molesté en imaginar que alguien me tocaría ahí tan íntimamente.

El remolino en mi pecho me dice que no estoy segura de si este nivel de vulnerabilidad está bien. Sin embargo, no lo detengo. No quiero hacerlo. Me quedo mirando con asombro y confusión a partes iguales.

Bo me roza con los dientes la palma de la mano y me besa la muñeca con delicadeza, sin dejar de mirarme a los ojos. Estoy un poco aturdida. Y consciente de cómo el ritmo de mi corazón se ha acelerado y se ha hinchado en un afecto olvidado que no había sentido en años. Posiblemente nunca.

—¿Tenemos que parar? —pregunta en voz baja.

«No», todo en mí responde.

—Tomo la píldora —me ahogo.

Asiente pensativo.

—Me han hecho pruebas desde la última vez. Todo limpio —dice Bo con una inconfundible desesperación en la voz.

—Yo también. —Me acurruco contra su cuello mientras él me rodea la cintura con las manos y vuelve a ponerme sobre su regazo—. No quiero parar —le digo mientras me besa la clavícula.

—Yo tampoco —responde.

Arrullada por esos besos de adoración, acabo bajando sobre él completamente desnuda. Al principio, los dos permanecemos inmóviles mientras me acostumbro a sentirlo dentro de mí. Lo siento más profundo de lo que creía posible y, aunque no es exactamente incómodo, me roba el aliento y me produce un escalofrío. Un dolor palpitante que necesita ser saciado.

Hacemos algo entre follar y hacer el amor. Algo nuevo y un poco desconcertante, distinto a cualquier sexo casual que haya experimentado. No es suave, pero tampoco es del todo hedonista.

Encajamos perfectamente. Yo, con mis piernas rodeando su espalda. Él, un pilar de fuerza sentado en el centro de la cama. Las manos de Bo suben y bajan por mi columna vertebral, agarrando la carne de mis caderas, mi trasero y mi cuello. Mis manos se deleitan en su pelo, trazan su mandíbula, agarran sus hombros.

Seguimos besándonos apasionadamente. Nos mordemos cuando es demasiado, labios, hombros y mandíbulas. Intercambiamos jadeos y gemidos sin aliento, respirando en la piel enrojecida y el pelo del otro.

Al final, acabamos juntos, con su pulgar en mi clítoris y sus dientes duros contra mi mandíbula diciéndome, *exigiéndome*, que me corra. Es increíble.

Y, sin embargo, cuando vuelvo de asearme en el baño, Bo está a medio vestir y buscando en la oscuridad sus pertenencias desechadas por descuido.

—Toma —le digo, entregándole uno de los anillos que tan despreocupadamente tiró al suelo al final de la cama.

—Gracias —dice, sonriendo tímidamente al suelo mientras se lo pone.

No es que esperara que se quedara después. Los dos teníamos claro lo que buscábamos. Yo, aún más. Nada serio ni permanente. Nada a largo plazo. Y todavía me siento así.

Pero… no puedo evitar la sensación de hundimiento que se inicia en mi pecho y recorre mi columna vertebral ante la idea de dormir sola después de compartir un momento tan vulnerable juntos. No puedo evitar preguntarme si no fue tan único para él experimentar tan buen sexo. Si yo no fui tan buena para él como él lo fue para mí.

Me cubro con una sábana y veo cómo se abrocha la camisa sin esfuerzo.

Una vez vestido, se queda quieto. Se palpa los pantalones en busca del teléfono, las llaves o la cartera, y asiente para sí mismo. Al final, me mira con una gran vacilación en sus facciones.

—Gracias —me dice, sujetando mi mano izquierda.

Se inclina para besarla y me mira a los ojos.

—No puedo explicar del todo lo que esto significa para mí —traga grueso—, pero gracias, Win…

Asiento con la cabeza, sin saber qué decir. Nerviosa por si se me escapa la palabra, «quédate», si le contesto. Bajo a sentarme en el colchón mientras él toma una última cosa de la silla que hay en la esquina más alejada de la habitación y se dirige hacia la puerta sin mirar atrás.

Después de apagar las luces, me dejo caer sobre las almohadas y empiezo a convencerme de que esto es definitivamente lo mejor. La última vez que sentí este tipo de conexión inmediata con alguien, el ir y venir sin esfuerzo, el subidón de excitación seguido de buen sexo, acabé en un lugar horrible.

Jack también había sido amable al principio. Dulce. Divertido. Generoso en la cama. Si hubiera sido totalmente horrible, no le habría dado la oportunidad de machacarme como lo hizo. Así es como los hombres te atrapan. Una falsa sensación de comodidad, y luego boom, diez meses más tarde estás diciendo a la gente que tienes alergias para evitar explicar tus ojos enrojecidos *de nuevo*.

Y, como mi madre, tengo un corazón demasiado blando. A menudo demasiado ansiosa por ver lo mejor de la gente. Demasiado apegada para irme cuando debería. Demasiado asustada de estar sola.

Y lucho con la idea de estar sola para siempre. Pero esa es aún más razón para seguir así, creo. ¿Qué hay peor que una mujer que no puede disfrutar de su propia compañía? La independencia es una virtud, y se aprende mejor sin demasiadas lecciones duras.

Mi lógica siempre tendrá que reconciliarse con mi insensato e indefenso corazón. Y creo que al final ganará la lógica. Puedo estar segura de ello.

Así que cierro los ojos y quiero dormir bien. Decidida a no perder el sueño por ningún hombre. No importa lo maravilloso que pueda parecer.

Capítulo 5

Seis semanas después

—¿Embarazada? —pregunto entre risas histéricas. La doctora Salim me mira con creciente preocupación a medida que avanzo en espiral—. No puede ser. No. No, no, no. Compruébelo otra vez. Vuelvan a poner las cintas. Vuelvan a contar los votos. Algo está mal aquí.

La doctora respira hondo y se sienta más erguida, como la mujer impresionante que es. Al menos finge volver a mirar los papeles que tiene en la mano, la carpeta que debe de haber confundido con la mía.

—Win, los análisis de sangre no mienten. Si tu última regla fue el 16 de octubre, estás de ocho semanas.

—Winnifred McNulty. —Señalo la parte superior del informe del laboratorio—. Es un nombre más común de lo que cree. —Trago saliva nerviosa—. Probablemente los del laboratorio cambiaron mis resultados con los de otra persona.

Eso es. Tiene que ser eso.

Nos interrumpe el sonido de un golpe rápido, seguido de la llegada de una mano incorpórea a través de la rendija de la puerta, probablemente la de la enfermera que me hizo orinar en un vaso. Me entregan otra hoja de papel. Esos no son mis amigos de hoy.

—La muestra de orina también ha dado positivo en embarazo —dice la doctora, añadiendo otro papel a mi carpeta cada vez más grande—. Win.

Deja la carpeta sobre el escritorio y coloca una pierna sobre la otra antes de apoyar las manos apretadas sobre la rodilla.

—Supongo que es una sorpresa.

—Tomo la píldora —digo, con la voz lejana.

Tal vez mi voz está en algún lugar con mi cuerpo. Mi cuerpo no embarazado. El que tenía hace solo unos minutos.

—Ningún anticonceptivo es 100% eficaz contra el embarazo.

—También uso preservativos —añado.

—¿Siempre?

Mierda, *cierto*.

—Bueno, una vez… no.

Antes de Halloween, tenía un récord perfecto. Luego Bo. El tipo que he intentado apartar de mis pensamientos desde entonces.

—¿Una vez hace unas cinco o seis semanas? —pregunta la doctora Salim, que pierde momentáneamente la paciencia.

—Algo así, sí —respondo, más sarcástica de lo que pretendía—. Mierda, lo siento —susurro entre las palmas de las manos, tapándome la cara—. Me dejó embarazada un pirata… —digo, con la voz amortiguada por las manos.

—Perdón, ¿qué?

El tono de la médica me alerta de lo poco habitual que acabo de decir.

La miro a través de los dedos.

—Era Halloween. Él iba disfrazado de pirata.

—Oh —suspira—. ¿Intimaste con alguien más ese mismo mes o poco después?

—No, solo él.

—¿El pirata?

—Sí —gimoteo suavemente.

Me mira con una expresión de «no es el momento», que hasta ahora solo había recibido de mi madre.

—Bueno, tienes la suerte de saber exactamente cuándo fue la concepción, lo que sitúa tu fecha de parto en torno a…

Agarra un dispositivo circular de cartón de su escritorio y gira entre las fechas.

—Veinticuatro de julio.

—De acuerdo.

Asiento con la cabeza, mis ojos encuentran un punto en la pared para estabilizarme. Un pequeño trozo de pintura desconchada se convierte en mi punto focal mientras las paredes se engrosan y se inclinan a mi alrededor.

Veinticuatro de julio. Es un día bastante discreto. ¿Qué hago normalmente el 24 de julio?

Suelo pasar los veranos haciendo de socorrista en la playa del camping local, Westcliff Point. El año pasado trabajé turnos extra en la cafetería para pagarme un viaje a Florida para visitar a mamá al final del verano. Todas las noches cenábamos al aire libre mientras yo estaba allí, con el sonido de las palmeras silbando y las ranas vocalizando agresivamente. Su piel parecía de cuero, y mi preocupación por sus hábitos de tomar el sol aumentó. Pero no pasó nada importante. Nunca había pasado nada tan importante.

No puedo ser socorrista estando embarazada de nueve meses.

No puedo visitar a mi madre con un recién nacido.

¿Qué puede hacer alguien embarazada de nueve meses aparte de… esperar?

—La buena noticia es que, en esta fase del embarazo, tienes todas las opciones a tu alcance. Tenemos tiempo para decidir cuál es la mejor manera de avanzar.

«Bien» es la única palabra de la que parezco disponer.

—¿Hay alguien a quien puedas llamar para que te ayude a procesar esta noticia? ¿A un amigo? ¿Al padre, quizás?

—Sí —murmuro, sacando mi teléfono para enviarle un mensaje a Sarah.

No es que lo llamaría ahora si lo tuviera, pero no tener el número de Bo de repente se siente humilde por decir lo menos.

—¿Por qué no concertamos otra cita dentro de una semana? Si te decides antes, llámanos y seguimos adelante. Si no, podemos discutir tus opciones un poco más.

—Sí, bien —digo, y mis ojos se fijan en la pequeña báscula que hay en un rincón de la habitación, debajo de una colección de panfletos y anuncios con fotos de bebés gorditos en el frente.

—También voy a programar una ecografía para dentro de unas semanas, ya que se llenan rápido. Si ya no estás embarazada, la cancelaremos, por supuesto. Pero así podrás hacerte la ecografía del primer trimestre como te recomendamos.

—Ecografía, claro.

Me lo imagino, la pequeña mancha negra y gris en una pantalla. El sonido de un latido, como los que se oyen en la televisión. Excepto que ahora sería el habitante de mi vientre en el monitor de algún técnico. La sonda presionada contra mi vientre.

Levanto la mano izquierda del regazo y la aprieto contra el mono de pana que me cubre el estómago. No hay ningún cambio perceptible en su forma, tamaño o dureza. Sin embargo, todo ha cambiado.

Mi teléfono suena con un mensaje. Es Sarah, haciéndome saber que ya está en camino. Sin vacilar y sin hacer preguntas. Como nos enseñaron nuestras madres. «Ve primero; pregunta después», siempre decían.

HANNAH BONAM-YOUNG

Pienso en nuestras madres juntas en aquel pequeño apartamento hace casi treinta años. Eran tan jóvenes, mucho más que yo, cuando nos tuvieron a Sarah y a mí. Nos pasábamos horas sentadas en nuestro viejo y maltrecho sofá granate, hojeando álbumes de fotos mientras nos contaban historias. Innumerables libros llenos de fotos de nuestras madres vestidas a la horrible moda de los noventa, con sus barrigas creciendo en cada foto bajo jerséis de colores pastel de estampados recargados. Pienso en el color verde pálido con el que pintaron la habitación infantil que Sarah y yo compartimos. En el techo que forraron de papel pintado con patos de dibujos animados. En cómo tuvieron que hacerlo todo ellas solas y *aun así* lo hicieron especial para nosotras.

A diferencia de ellas, yo estoy en una etapa de la vida en la que muchas de mis amigas han decidido quedarse embarazadas. Solo este año he asistido a tres *baby showers*. Y, en secreto, he deseado tener mi propio bebé. Un deseo de algún día. Un sueño una vez que haya sentado cabeza.

Pero la verdad es que no puedo evitar preguntarme… ¿alguien está preparado alguna vez para tener un hijo?

Incluso con esa pizca de consuelo, creo que nunca me había sentido tan juzgada como ahora. No por la doctora Salim, claro, sino por el mundo exterior. Casi puedo sentirlo: millones de ojos invisibles puestos en mí.

Cosmos Dreaming in Space

No pasa un día sin que se debata, se difunda y se luche de un modo u otro sobre la opción del embarazo. Aun así, nunca me había planteado lo que sentiría al estar en primera fila. Es como si me encontrara con periodistas fuera, intentando predecir lo que voy a hacer a continuación.

Manifestantes y políticos esperando entre bastidores para descifrar si estoy moralmente bien o mal. Demasiadas opiniones para este pequeño despacho.

Así que los alejo lo mejor que puedo.

Aquí, solo estamos la Doctora Salim y yo. Como debe ser.

Out on a Limb

—Entonces, los síntomas que podrías esperar antes de nuestra próxima visita…

La doctora Salim empieza a enumerar las posibilidades que suenan más horribles. Dolor de tetas, náuseas, aumento de saliva, irritabilidad, agotamiento.

—Pero lo que no quieres ver es…

Cosas aún peores. Sangrado, calambres intensos, visión borrosa, ataques extremos de depresión.

—… entonces me llamas, ¿de acuerdo?

Asiento con la cabeza, sintiéndome completamente vacía.

—Si no estás segura de cuál es el siguiente paso, te sugiero que trates esto como un embarazo viable.

Se levanta y busca en el armario sobre su escritorio.

—Vitaminas prenatales una vez al día. Te recomiendo que no fumes, bebas, ni consumas drogas. En la sala de espera hay un folleto sobre los alimentos que se deben evitar. —Sonríe suavemente y me entrega un frasco de vitaminas—. Aunque te diré que yo disfruté del sushi y de una copa de vino de vez en cuando con mi segundo embarazo, y todo fue bien. La moderación es la clave.

¿De qué habla? ¿Sushi? ¿Qué tan delicados son los bebés que no puedes comer un maldito rollo maki?

—De acuerdo —digo, poniéndome en pie mientras la doctora Salim me abre la puerta.

—Te veré dentro de una semana, pero no dudes en llamarme antes —me recuerda.

La abrazo. Estoy segura de que no es apropiado, pero lo hago. Ahora mismo, ella y yo somos las únicas personas en el mundo que conocen este secreto, y siento como si hubiéramos formado una especie de vínculo.

La doctora Salim acepta el abrazo demasiado apretado y me da unas palmaditas en la espalda antes de cerrar la puerta. Nos quedamos de pie en el pasillo vacío mientras veo cómo su máscara profesional se desvanece un poco y una compasión suave y cansada se apodera de sus facciones.

—Sé que esto puede no servir de consuelo, pero mis pacientes que planifican el embarazo también se sienten abrumadas. Todo esto es mucho que procesar. Pero eres muy capaz, Win. Decidas lo que decidas, será lo mejor. Tienes todo mi apoyo para cualquier elección.

Estoy a punto de volver a darle las gracias y, tal vez, de darle otro abrazo, cuando oigo que me llaman desde el vestíbulo y la preocupación en la voz de Sarah es evidente.

Me doy la vuelta y se me cae una lágrima al ver a mi amiga. Parece medio desarreglada, con pantalones de chándal y un moño desordenado recogido con una pinza. Lo ha dejado todo para venir enseguida.

—Gracias por venir —le digo, posiblemente solo para mí, mientras ella corre hacia mí con los brazos abiertos a los lados.

Nos abrazamos.

—¿Qué pasa? —me pregunta en voz baja por encima del hombro, con voz cautelosa, como si temiera oír mi respuesta.

Inmediatamente pienso en su madre, Marcie, que, en muchos sentidos, también era mi madre. Cuando se acercaba el final de su vida, cada noticia que recibíamos de sus médicos era como un nuevo golpe.

—Estoy bien —la tranquilizo—. Te lo prometo —digo, dando un paso atrás—. ¿Podemos hablar en tu coche? —Me limpio las lágrimas con la manga.

—Por supuesto, nena. Vamos.

Sarah me arrastra hacia la salida, con su mano enredada en mi muñeca. Le doy las gracias en silencio por encima del hombro mientras salimos.

Capítulo 6

—Te mudas con nosotros.

Sarah aprieta aún más mi antebrazo.

Se toma la repentina noticia como lo hace normalmente: intentando tomar el control. Es nuestra manera.

—Sar, estás siendo ridícula. Tengo mi propio apartamento. Caleb y tú ni siquiera quieren tener sus propios hijos —suspiro por la nariz, mordiéndome el labio—. Además, ni siquiera sé lo que voy a hacer todavía.

—Te lo vas a quedar, Win. Ambas lo sabemos.

Probablemente tenga razón.

En cuanto salí de la consulta, antes incluso de armarme de valor para decírselo a Sarah, me tomé una vitamina prenatal y añadí el recordatorio a mi teléfono.

Pero podría borrar ese recordatorio. Fácilmente. *Podría*.

—Debería considerarlo, ¿verdad?, ¿un aborto? —pregunto.

—¿Lo has hecho? —pregunta Sarah, su tono libre de juicio.

—Todavía no.

Nos sentamos en silencio, mirándonos distraídamente.

Empiezo a redactar en mi cabeza una lista titulada razones para no tener este bebé. Y aunque Sarah no debería ser tan snob, tiene razón. Mi edificio es una basura. Ha habido casi todo tipo de bichos

imaginables, y cuando consiguen deshacerse de uno, siempre aparece otro.

Mis vecinos son ruidosos y desconsiderados. El tren pasa a las cuatro cada mañana, tan fuerte que las paredes tiemblan. Y bajo el fregadero de la cocina crece moho que, según mi casero ausente, son bacterias sanas como el yogur.

Pero los niños han crecido en peores condiciones. Sarah y yo lo hicimos. Y salimos bien… más o menos.

También añado mi trabajo a la lista de cosas que no debo hacer con el bebé. La cafetería paga un poco más que el salario mínimo, y estoy bastante segura de que el permiso parental en Canadá es aproximadamente el 50% de tus ingresos normales. No sé si podría vivir razonablemente de eso. El dinero ya escasea. Si tuviera que cambiar de piso, probablemente tendría que pagar más por el alquiler, y entonces tendría aún menos dinero con el que trabajar. Además, tendría otra boca que alimentar, un segundo cuerpo que vestir y pañales que comprar.

Pero nuestras madres siempre se las arreglaron con casi nada. Y crecer sin dinero forma el carácter. Eso creo. Eso espero.

Por supuesto, está el factor del otro progenitor. Bo, incluso desde nuestra breve noche juntos, no me pareció el tipo de hombre que deja a la madre de su hijo en la estacada. Pero en última instancia, no lo conozco en absoluto. Y realmente no tenía intención de llegar a conocerlo. Ese es el objetivo de lo que hicimos. Aun así, ¿tal vez me ayudaría? Tendría que decírselo primero. Lo que significaría tener que verlo de nuevo. Algo que tal vez no le interese.

Algo, que es otro motivo de preocupación, que me interesa.

Me cuesta pensar en razones que no pueda descartar tras pensarlo un poco. Y, evidentemente, sé de qué lado del debate está mi corazón cuando me desespero por no pensar en otra razón en contra de mantener el embarazo.

Vacilante, incluso en la intimidad de mis propios pensamientos, me permito decirlo. «Quiero tener este bebé». En el fondo, como si lo

sintiera dentro de mis huesos, lo siento así. Así que vuelvo a pensarlo. Una y otra vez. Probando cada vez mi reacción. Esperando una pizca de pánico o una oleada de miedo. Pero no aparece nada. Solo… determinación. Una pequeña chispa de excitación, en realidad.

Siempre he sabido que quería un hijo o dos. Era el compañero de vida del que no estaba tan segura desde Jack. Tal vez esta es la manera de obtener lo mejor de ambos mundos. Un bebé accidental para una vida intencionalmente independiente.

—Me lo quedo —digo en voz alta, esperando que me parezca bien. Asiento con la cabeza y lo repito, un poco más segura—. Voy a tener el bebé.

—¿Estás segura? —pregunta Sarah suavemente.

—Sí.

La miro, sonriendo por primera vez desde que recibí la noticia, aunque todavía tengo lágrimas en los ojos.

—¿Win? —pregunta, torciendo los labios de una suave sonrisa a inquietud—. Intento encontrar una forma delicada de preguntar esto, pero… ¿quién es el padre?

Ah, sí. El elefante en la habitación. Bueno, en el coche. El elefante en el coche.

—Tengo una confesión que hacer —digo, haciendo una mueca de dolor.

Se sienta más erguida y aprieta el volante con los puños, aunque el coche sigue estacionado.

—¿Qué has hecho? —susurra, con los ojos encendidos de traviesa curiosidad—. ¿Es una aventura? ¿Es mucho, mucho mayor? ¿Un mafioso? ¿Tu mejor amigo de la infancia? Oh, espera, esa soy yo.

Lee demasiado, y eso le adormece el cerebro.

—Ocurrió en Halloween —confieso.

—No puede ser.

Toda su cara se anima.

—¿Te follaste a alguien en mi fiesta? —jadea—. ¿Tu bebé fue concebido en mi casa?

Se ríe, echando la cabeza hacia atrás como si fuera demasiado.

—¿Cómo colaste a un tipo allí? ¿Lo sacaste a escondidas? ¿Es así como se sentían nuestras madres cuando estábamos en el instituto? Estás metida en un buen lío, jovencita.

—En la habitación de invitados no había condones —gimoteo, echando la cabeza hacia atrás contra el reposacabezas del asiento del copiloto.

—Ves, te burlas de mí, pero por eso me tomo tan en serio la reposición.

—Quizá la próxima vez te centres en los artículos de aseo que te cambian la vida y no en los seis botes extra de champú tamaño viaje que tienes en el cajón.

—A Caleb y a mí nos gusta jugar ahí dentro a veces y fingir que estamos en un hotel… demándame. Espera, esto significa que el padre del bebé es otro amigo nuestro. ¿Quién es?

Se inclina hacia delante y sus ojos intensos intentan atravesarme el alma.

—Un amigo de Caleb que no conocía. ¿Bo?

—¿Quién diablos es Bo? Caleb no tiene amigos que yo no…no puede ser —jadea de nuevo—. ¡Te acostaste con un intruso!

La fulmino con la mirada.

—Escucha, dijo que conocía a Caleb a través de un amigo común y…

Me siento culpable, sabiendo que esto es similar a cómo me han identificado en el pasado y no amando ese hecho, pero es la característica identificable más fácil.

—Tiene una pierna ortopédica.

—Espera —se ríe secamente—, ¿Robbie?

—¡No! —grito—. ¿El amigo con el que Caleb quería que me enrollara?

—Esto le va a encantar. —Sarah sonríe—. Ni siquiera he conocido al tipo.

—¿Me follé a un tipo llamado *Robbie*?

—Vas a tener un *hijo* con un tipo llamado Robbie, nena.

—La parte *con* es provisional.

—Vas a tener que decirle a Robbie. Lo sabes, ¿verdad?

—Deja de llamarlo así.

—Sabes que vas a tener que decírselo a Bo, ¿verdad?

Sarah dice con severidad.

—Sí —refunfuño.

—¿Pronto?

—Claro. —Levanto las manos antes de cruzarlas delante del pecho.

Las dos nos dejamos caer en nuestros asientos y exhalamos un largo suspiro al mismo tiempo. Miro por el techo corredizo y observo cómo el viento agita las ramas marchitas y vacías de un árbol que hay sobre nosotras. Mañana nevará, pero mi cerebro está atrapado en julio. Es decir, en el próximo julio.

—Estoy programada para el 24 de julio —digo con timidez.

—Tenemos tiempo de sobra —dice Sarah, sosteniéndome la mano por la consola central, tirando de mí hacia ella y bajando la cabeza hasta mi hombro.

Dejo caer mi cabeza sobre la suya. Ninguna de las dos aparta la vista de lo que tenemos encima.

—Apuesto a que llegará el primero de agosto —dice Sarah solemnemente.

Lo admito, había olvidado el día exacto en que falleció la madre de Sarah, Marcie, hasta que Sarah habló. La echo de menos casi todos los días, así que puede que ese día en concreto haya perdido todo su significado.

—A mamá le hubiera encantado que ese día fuera bueno —añade cuando no contesto—. Le habría encantado tener una nieta a la que mimar.

—A mí también me encantaría. —Le beso la coronilla—. Pero no sabemos si es una niña.

—Si es una niña, deberías llamarla Sarah.

—¿Y si es un niño? —pregunto.

—Sa-rah-yan —tantea.

—Precioso —digo.

—Le llamaremos Ryan para abreviar.

—¿Puedes ir a casa y quedarte embarazada también? —susurro, medio en serio.

—No, definitivamente no.

Se acurruca en mí.

—Grosera —resoplo.

—No estoy hecha para ser madre. Ya lo hemos hablado. —Me da unas palmaditas en la mejilla y se sienta, sus ojos amables me tranquilizan—. Pero voy a ser la mejor tía del mundo.

Me golpea de nuevo. Una sensación de vuelco en las tripas, como los segundos previos a la llegada de una ola alta. Un pico anticipatorio de conciencia.

—Voy a tener un bebé, Sarah.

—Eso parece.

—Hay un niño flotando por aquí. —Señalo mi estómago—. Un ser humano.

—Deberíamos descargar una de esas aplicaciones para averiguar qué está pasando.

—¿Eh?

—Ya sabes, de qué tamaño es. Como si es una semilla de manzana o una papaya.

—Probablemente sea muy pequeño a estas alturas.

Pensar en eso me llena de una persistente sensación de temor. ¿Cómo de pequeño? ¿«Cómo de frágil»? Intento alejar esos pensamientos, pero persisten en silencio. Me doy cuenta de que, aunque decida tener este bebé, puede que no se quede.

—Lo averiguaré —dice Sarah, sacando su teléfono.

Exhalo un suspiro, trinando los labios.

—Tomaba la píldora, que conste —comento, aunque Sarah está preocupada y no me escucha del todo.

Mi rodilla empieza a rebotar cuando pienso en todas las cosas que he hecho en las últimas semanas y que una mujer embarazada no debería hacer en absoluto. Me tomé una copa en casa de Sarah el fin de semana pasado, comí carne misteriosa del camión de comida que hay fuera del supermercado, me senté en la sauna de mi gimnasio después de nadar la otra noche, me fumé un porro después de un largo turno hace unos días. Hoy ni siquiera he bebido agua. De hecho, puede que me haya dejado la botella de agua en el autobús, ahora que lo pienso.

Esto *podría* explicar la intensa niebla cerebral que he estado sintiendo durante las últimas semanas.

Sarah resopla sarcásticamente, como diciendo, «ajá, claro».

—Te he visto olvidarte de tomarte la pastilla cada vez que tu teléfono está muerto antes de las nueve de la noche.

—Estaba mejorando —digo a la defensiva.

Se gira hacia mí, mirando a propósito entre mi estómago y mi cara en una secuencia lenta y sarcástica.

—Claramente.

—Ahora tienes que ser amable conmigo. Estoy embarazada —digo, alzando dramáticamente la nariz.

—¡Eh! —Sarah señala su teléfono—. Es del tamaño de un grano de café —dice, con la voz llena de adoración, mostrándome la pantalla de su teléfono—. Vas a tener que tomar menos cafeína. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí —respondo con sorna.

—Sigo sin querer que vivas en tu casa. ¿Podrías considerar mudarte?

—Escucha, Papá Warbucks, agradezco la oferta, pero mi apartamento está bien.

—Se fumigó hace dos meses —argumenta Sarah.

—Lo que significa que el problema debería haber desaparecido.

Me pongo el cinturón de seguridad detrás del hombro y me lo abrocho.

—Piénsalo.

Sarah se pone el cinturón de seguridad y deja caer el teléfono en el portavasos que hay entre nosotras.

—¿Adónde vamos ahora? —pregunta.

—Donde sea. Me tomé todo el día libre en el trabajo para esto. Me convencí de que me moría cuando se me retrasó la regla.

—Ah, sí. Mucho más probable que un bebé.

Luego se queda quieta.

—Espera, ¿cuánto tiempo llevas preocupándote por esto? ¿Por qué no dijiste nada?

—Solo una semana. No quería que te estresaras.

Sarah frunce el ceño. Ella y yo discutimos a menudo sobre esto. Desde que Marcie murió hace nueve años, me siento aún más responsable de ella. Solo soy tres meses mayor que ella, pero al crecer asumí el papel de hermana mayor que la cuidaba.

Claro, ahora tiene más dinero que yo y un marido cariñoso con quien compartir la carga, pero Sarah es pura. Es extrovertida, un poco ingenua y tiende a meterse en situaciones en las que la gente se aprovecha de su amabilidad. También ha sufrido mucho. Demasiado. No quiero que se preocupe nunca. Y menos por mí.

—La próxima vez, déjame a mí. —Gira el contacto y empieza a salir de su lugar de estacionamiento.

—Espera, ¿a dónde vamos? —pregunto.

Sonríe, comprobando su ángulo muerto mientras cambia de carril.

—Mi casa. Caleb va a enloquecer.

Durante el breve trayecto en coche hasta casa de Sarah, leo folletos en voz alta hasta que ambas estamos seguras de que el embarazo y los bebés son completamente aterradores y, a partes iguales, mágicos.

También, en silencio, pienso en Bo.

Me pregunto dónde estará hoy y cómo será su jornada laboral normal. Qué aspecto tendría sin el disfraz de pirata, pero no desnudo. En su línea de trabajo, los trajes podrían ser necesarios. Me gustaría verlo.

Me pregunto si le horrorizará o le alegrará saber que va a ser padre o, más probablemente, si oscilará entre ambas cosas.

Me pregunto si aparecerá por el bebé, a diferencia de mi padre o el de Sarah.

Me pregunto si quiero que lo haga él, o si prefiero hacerlo todo yo. Disminuir la posibilidad de decepción, el golpe del rechazo para mí o para este chico más adelante.

Cuando llegamos, le concedo a Sarah el honor de contarle mis noticias a su marido. En el *momento* en que Caleb entra en la cocina para recibirnos, las palabras de Sarah salen de sus labios y lo dejan en estado de shock.

—Está congelado.

Me vuelvo hacia mi mejor amiga, que se ríe en su teléfono, tomando fotos de su marido estupefacto.

—Lo has descompuesto —le digo.

—No, *tú* lo hiciste.

Se ríe de nuevo.

—Solo se está reiniciando. Lo hace a veces.

Sarah desliza su teléfono en el bolsillo trasero.

—Caleb —canta su nombre—, vuelve con nosotras, cariño.

—¿Por qué nadie más está en shock? —pregunta, bajando a un taburete de la cocina.

—Creo que aún no me he dado cuenta del todo.

Me encojo de hombros, tirando un poco de queso rallado de una bolsa en su nevera.

—Tuve la premonición de que esto pasaría algún día. —Sarah hace esto. Le encanta afirmar que nada en la vida la atrapa por sorpresa, debido a su muy poco confirmada capacidad psíquica que proclama tener. Lo encuentro extrañamente reconfortante.

—¿Qué… qué hacemos? —pregunta Caleb—. ¿Qué vamos a hacer? —pregunta casi histérico.

—Pues no haces nada —respondo—. Por muy incestuoso que esto pueda parecer a menudo, tú no eres el padre.

—Esto es tan extraño. Siempre hemos estado los tres solos. —Se pellizca el puente de la nariz, con el codo apoyado en la encimera.

—Oh, cariño… —dice Sarah, su tono mezclado con falsa amabilidad—. Siempre serás nuestro primer bebé. Te queremos tanto.

—¿Quién es el padre? —pregunta Caleb, ignorando a su mujer y volviéndose hacia mí mientras cierro la nevera con el brazo lleno de un surtido de aperitivos.

—Díselo —dice Sarah con suficiencia, poniéndose al lado de Caleb.

La fulmino con la mirada y dejo caer mi botín sobre el mostrador.

—Bo —respondo sin rodeos.

—¿Quién demonios es…?

—Robbie —interrumpe Sarah, estallando—. ¡Robbie!

—Oh… *mierda* —dice Caleb, haciendo una mueca.

Sarah y yo nos volvemos la una hacia la otra con urgencia, terror en la expresión de ambas.

—¿Qué? ¿Por qué, mierda? ¿Es algún tipo de… delincuente? —pregunta Sarah, girándose para mirar a Caleb.

—¡No! Él es solo… Bueno, él es…

—Querías presentarnos, Caleb —digo, con mi rabia picando en cada sílaba—. ¿Qué quieres decir con «oh mierda»?

—¡Pensé que se divertirían juntos! —dice levantando las manos, su voz alcanza un tono increíblemente alto—. ¡No pensé que esto pasaría!

—¡Escúpelo, hombre! —Sarah grita.

—Es el ex de Cora.

Sarah jadea como si estuviera en una de nuestras telenovelas favoritas.

—¿Qué? —pregunto, mortalmente bajo.

Cora, la hermana mayor de Caleb, es el engendro de Satanás. A menudo hemos bromeado diciendo que Caleb es tan bueno porque

no le quedó ADN maligno una vez que ella salió del vientre materno. Cora le dijo a Sarah que parecía *cansada* el día de su boda. También me pide que le recuerde mi nombre cada vez que estamos en el mismo evento, a pesar de que he sido una parte adyacente de su familia durante la mayor parte de quince años.

Aparte de su seductora personalidad, todo lo que he oído sobre ella en los últimos años es que hace poco estuvo prometida y la dejó plantada un hombre llamado… *Robert*.

—¿Por qué usa tantos nombres? —pregunta Sarah lo que yo me pregunto en voz alta, su voz apenas audible.

—¿Por qué me hablaste de un *Robbie* y no de un *Robert*?

—Robert es Robbie y Bo —aclara Caleb, como si no hubiéramos atado cabos—. Cora insistió en llamarlo Robert. Mi padre empezó a llamarlo Robbie, así que yo también lo hice. Creo que la mayoría de las veces le llaman Bo.

—¿Así que Robert es quien dejó a su prometida de la nada? ¿Ese Robert? —pregunta Sarah, caminando en pequeños círculos.

Caleb hace una mueca pero asiente.

—Genial, genial, genial. Así que lo que estoy oyendo es que el papá de mi hijo es conocido por enamorarse de mujeres que aparentemente disfrutan cazando niños por deporte —inhalo bruscamente, mi voz se corta—, ¿y luego procede a dejarlas abandonadas como si fueran escoria?

—Bueno, quiero decir —dice Sarah, agachándose más cerca de mí al otro lado del mostrador—, algunas mujeres son escoria.

—¡Es mi hermana! —Caleb protesta.

—Ya sabes quién es —responde Sarah con los dientes apretados.

—¿Cómo no lo sabías? —le grito.

—Evito a Cora como a la peste. ¡Ya lo sabes! ¡Ni siquiera conozco al tipo!

—Siento que voy a vomitar —digo, con las náuseas subiendo.

Pero nadie me escucha. Sarah y Caleb están enfrentados. Sarah le toca el pecho mientras él retrocede lentamente.

—¿Por qué carajos intentarías emparejar a Win con el ex de Cora?

—No es tan malo como suena. Robbie es un buen tipo. Él es…

—¡Por eso tienes que consultar todas tus decisiones con tu mujer!

—Espera… —digo, en voz demasiado baja para que me oigan, mientras me aprieto la piel húmeda de la frente con la palma de la mano.

—Ni siquiera pensé que vendría a la fiesta. Pero él y Win son muy parecidos. Está claro que tenía razón.

—Oh, ¿porque ambos son discapacitados? Imbécil.

Nadie más parece darse cuenta de que la habitación gira sobre un eje inclinado. Me acerco al grifo e intento echarme agua fría en la cara.

—¡Obviamente no solo eso!

—¿Y qué? ¿Qué te poseería para hacer esto?

«En realidad, de verdad voy a vomitar».

—Como dije; ¡es un buen tipo! Es solo lo de Cora. No es…

El sonido de mi vómito en el fregadero de la cocina los interrumpe.

Capítulo 7

Cuando salí de casa de Sarah, Caleb seguía en la cuerda floja y se había visto obligado a contarnos todo lo que sabía sobre Robert, Robbie *y* Bo.

Según él, Bo y Cora se conocieron cuando ambos hacían prácticas en una empresa financiera. No llegaron a conocerse hasta que, un año más tarde, se enfrentaron por un puesto fijo. Sinceramente, parecía el comienzo de una de las novelas románticas de Sarah, lo que no hizo más que aumentar mi enfado. Sé que no tengo nada que decir sobre el tipo, pero no me gusta especialmente que tenga un encuentro de enemigos a amantes con el Anticristo.

Salieron durante varios años, de forma intermitente. Caleb dice que parecían tener muchos altibajos hasta que, de la nada, anunciaron su compromiso. Eso fue hace poco menos de dos años. Al parecer, estaban planeando la boda cuando, unos meses después, Cora contó a su familia que Bo la había dejado. Caleb aparentemente nunca preguntó más. Porque él es lo *peor*.

Bo y Caleb se reencontraron por total coincidencia en el trabajo la pasada primavera. Caleb tenía toneladas de información, que ni Sarah ni yo queríamos, sobre el proyecto para el que Bo había sido contratado como consultor. Desde entonces han sido amigos en un sentido más o menos amplio, aparentemente se veían en el gimnasio, algo sobre lo que Caleb fue muy vago y nunca han hablado de Cora ni de la ruptura.

Los hombres son más que extraños.

Caleb tenía muy poco más que decir. No tenía ni idea de lo que le había pasado a la pierna de Bo, por ejemplo. Caleb dijo que la última vez que vio a Bo con Cora, no llevaba prótesis. Luego, cuando empezó en el proyecto para la empresa de Caleb, sí la tenía. Pensó que sería grosero preguntar, y supongo que tiene razón. Pero significa que lo que le pasó a Bo fue bastante reciente. Lo cual, aunque apenas conozco al tipo, hace que me duela el corazón. Es un gran y dramático cambio al que someterse. Y Bo no tiene ni idea de los cambios que le esperan.

¿Podría ser demasiado para un solo hombre? Yo lo entendería. Ni siquiera me gusta cuando mi gerente añade un nuevo elemento de menú en la cafetería.

Después de subir los seis tramos de escaleras que conducen a mi apartamento, llego a la puerta sin aliento y con un poco de náuseas. Mis vecinos vuelven a discutir y las luces del pasillo parpadean como en una película de terror, pero mi apartamento es mi paraíso. Bueno… quizá sea más bien el purgatorio.

Este apartamento era el único lugar que podía permitirme por mi cuenta después de dejar a Jack y, en aquel momento, cualquier sitio me habría venido bien. Era una solución no tan perfecta para un problema mucho mayor. Aunque pensé que sería más bien una solución *temporal*. Definitivamente no pensé que estaría aquí cuatro años después. Aun así, lo he aprovechado al máximo.

Para hacer frente a los brutales inviernos canadienses, he conseguido más plantas de interior que la media de los invernaderos. Las considero excelentes inversiones. Un pasatiempo, decoración y purificadoras de aire, todo en uno. Bueno, no en uno. En docenas. La mayoría las tengo delante de la gran ventana cuadrada que hay detrás del sofá que hace las veces de cama. No es que duerma en un sofá, es un sofá plegable.

Ha. *Plegar-extraer.* Tal vez debería haber intentado eso.

Tiro las llaves sobre la mesa del comedor, que está medio cubierta de toallas bajo los platos secándose, y enciendo el interruptor que

hace funcionar la lámpara de la esquina más alejada de la habitación, encima de mi cómoda morada. Claro, el apartamento es una habitación más un baño en treinta metros cuadrados. Y las paredes están un poco amarillas por culpa del fumador que vivió aquí antes que yo. Y la alfombra debajo de mi sofá está permanentemente manchada con solo Dios sabe qué. Y supongo que estaría bien tener ventanas que se abrieran para que entrara aire fresco. Pero este lugar es mío. Eso cuenta para algo.

Es lo primero para lo que ahorré. El primer contrato de alquiler que firmé por mi cuenta. La primera casa en la que he vivido sola. Que tengo el control total.

Agarro un vaso de agua, me lo bebo de un trago y lo vuelvo a llenar antes de abrir la lista de reproducción del baño en mi teléfono y conectarme al altavoz de mi cuarto de baño. Sigo el sonido de la voz de Carole King, quitándome la ropa a medida que avanzo. Dejo tras de mí un rastro de calcetines hechos a mano, un jersey azul, un mono de pana naranja, ropa interior beige y un sujetador mal ajustado a juego.

«En caso de duda, dúchate», solía decir mi madre. «Si tienes problemas, báñate», añadía Marcie. Siempre hablaban así en dichos, pequeñas dosis de lecciones de vida superpuestas.

«Oh, mierda». Voy a tener que contarle a mi madre lo del bebé.

No. No voy a pensar en eso todavía. Primero, un baño.

Bueno, primero, varias cosas.

De hecho, las muchas cosas antes que contarle a mi madre.

Nunca sé muy bien cómo hablar con mi madre de lo que me pasa en la vida. En algún momento después de cumplir once años, me convertí más en amiga y confidente que en hija. Nunca había suficiente espacio en la conversación para dos tipos de problemas, y los de ella siempre parecían más importantes.

A decir verdad, creo que se sentía sola. Aparte de Marcie, no tenía muchos amigos ni familia. Sus padres no querían tener nada que ver

con ella desde el momento en que entré en escena, y ella es hija única. Además, creo que algunas personas tienen la soledad incorporada. A menudo parecía que no había suficiente atención en el mundo que pudiera llenar ese vacío dentro de ella.

Me preocupa que solo lo reconozca porque yo también lo tengo.

Y oí lo que la gente decía de ella. Los otros padres. La llamaban descarada, ruidosa, chillona. Hacían bromas sobre encerrar a sus maridos cuando ella se acercaba. Pero June McNulty siempre ha sido ella misma. Tengo que darle crédito por eso. Y la quiero de verdad.

Me habría gustado que me despertara menos tarde por la noche cuando volvía a casa tras una mala cita. De hecho, probablemente volvería atrás y le pediría que me hablara menos de las buenas citas, que son cosas que ninguna hija debería oír hablar de su madre. Pero sé que lo intentaba lo mejor que podía. Esa era su forma de comunicarse: compartir su vida conmigo y probablemente esperar que yo le devolviera el favor. Pero nunca sentí que pudiera. Tenía a Marcie para confiar en ella. Me daba espacio para dejar que mis pensamientos se filtraran, para acudir a ella cuando lo necesitaba. Y me escuchaba sin interrumpirme ni sacar conclusiones precipitadas.

En cualquier caso, siempre supe que me querían. Aunque quisiera que el amor de mi madre llegara de otra manera.

Enciendo una vela y espero a que se llene la bañera mientras me lavo la cara de la suciedad y la mugre del día en el lavabo. Me permito respirar hondo mientras el jabón de árbol de té se evapora con el vapor.

Bajo a la bañera, me llevo las manos al estómago y miro fijamente la zona que suelo evitar mirar durante demasiado tiempo.

No es que me disguste mi cuerpo, o mi barriga en particular. Es solo que me parece que hay menos riesgo de que la inseguridad aumente, en cuanto más actúo como si no tuviera cuerpo.

Yo, como la mayoría de las mujeres de mi edad, he aprendido a odiarme lo suficiente para apaciguar a los demás. Si te gusta demasiado tu aspecto, te dicen que serás antipática. Te tachan de

egocéntrica, egoísta o engreída. Pero es intencionado: nos enfrenta a los demás. El consumismo exige que sigamos insatisfechas con nuestra apariencia. Si todas nos gustáramos, decenas de industrias se desmoronarían como Babilonia. Para que esas fábricas sigan funcionando, tenemos que querer una solución para cualquier problema que nos aqueje. Para mantener el dinero en los bolsillos de los hombres.

¿Acné? Usar más maquillaje solo empeorará las cosas.

¿Estrías? Hay una crema para eso y otra más cara si hace falta.

¿Dientes manchados? No con estas tiras blancas. Pero no preguntes qué contienen.

¿Demasiado gorda? Aquí tienes un plan de dieta tan caro que ni siquiera podrás permitirte comer.

¿Demasiado delgada? Ponte este sujetador que te sube las tetas, porque aún necesitas unas tetas enormes.

De lo que me di cuenta, aunque probablemente demasiado joven, es de que algunas cosas no se pueden «arreglar». No había artículos de revistas sobre «diez maneras rápidas de hacer crecer más los dedos» para que las leyera cuando era adolescente. Ni cremas que difuminaran, arreglaran o corrigieran mi mano. Solo bolsillos profundos, mangas largas y poses estratégicas que mantenían mi mano fuera de la vista. Oculta, como deberían estar todos los defectos.

Y aunque en aquel momento fue mortificante, le debo mucho a Marcie por haberme llamado de la clandestinidad. Era mi decimocuarto cumpleaños y nos reunimos todos mis amigos en la piscina. Estábamos haciendo fotos con la cámara desechable de mi amiga cuando Marcie se acercó furiosa desde las tumbonas que ella y mi madre habían ocupado ese mismo día.

—Winnifred June McNulty, ¿qué estás haciendo? —rugió.

—Nada —respondí con una gran dosis de actitud.

HANNAH BONAM-YOUNG

—Nena… —Se rio sin humor—. El resto de estas chicas tienen las manos en alto. Dos brazos y dos manos. Sabes contar, ¿verdad? ¿Dónde están las tuyas?

Miré fijamente a Sarah, como diciendo que «fuera a buscar a su madre», cuando Marcie se interpuso entre una amiga y yo, me levantó el brazo derecho, sujetándolo como una garra.

—Esto es lo que eres, cariño. Y es precioso. —Dio un paso atrás, admirando la hilera de chicas con un cariño que aún siento en el corazón—. No puedes cambiar nada ocultándolo. Solo recordarás cosas y te darás cuenta de que intentaste suprimirte. Y qué triste sería eso.

Fue la forma en que dijo triste lo que me impactó. Que todavía puedo oírlo tan claramente hasta el día de hoy. «Triste» como «patético». Lo cual, para una adolescente, es un golpe que no se olvida.

Hasta entonces, no me había dado cuenta de que lo había estado haciendo. Ocultando pruebas de mi mano, como si algún día pudiera mirar atrás en mi vida y olvidar que yo era diferente. Después de aquello, intenté, poco a poco, dejar de ocultarme.

Al principio me costó mucho esfuerzo. Tenía que sorprenderme en el acto y reajustarme. Luego, poco a poco, con el tiempo, fue más fácil. Hasta el punto de que ya no tenía que recordarme que no debía esconderme, al menos por fuera.

La lucha interna fue más difícil de superar. El horrible juego de la comparación y las espirales de vergüenza me persiguieron durante la mayor parte de mi adolescencia y hasta los primeros años de la edad adulta. A menudo me impedía intentarlo porque tenía miedo a fracasar. Me decían que estaba bien esforzarse en tareas sencillas, pero también me contaban historias de esos… triunfadores.

La élite de los discapacitados, por así decirlo.

El surfista con un solo brazo, el alpinista sin piernas, un baterista con una sola mano.

Y, en el fondo, sabía que debía estar orgullosa de ellos. Eran mi comunidad, y solo estaban trabajando para borrar el estigma para el resto de nosotros. Pero no me sentía orgullosa. Me sentía amargada. También celosa. Enfadada porque no solo eran «grandes surfistas», «alpinistas que batían récords» y «bateristas con éxito». Para mí, eran un recordatorio de que el mundo siempre me vería de otra manera, me pondría en un grupo diferente, aunque me subiera a un pedestal.

No quería conseguir nada a pesar de mí misma. No quería desafiar nada. Solo quería sentirme normal. No sobre compensar cada día. Quería ser mala en las cosas y que la gente se riera de mí porque así es la vida. No quería lástima.

Y cuando era buena en algo como la natación, no quería sentirme alabada por lo que había superado. Quería simplemente ser buena.

Te jode competir contra expectativas bajas. Nada se siente como una victoria.

Pero, como la mayoría de la gente, hasta cierto punto superé mis inseguridades. Encontré mi propio ritmo. Averigüé quién era yo fuera de las ataduras y el resentimiento que guardaba. Empecé a construir mi identidad en cosas que aumentaban la confianza. Quién era yo, en lugar de quién no era o no podría llegar a ser. Dejé de esconder partes de mí misma.

Luego vino Jack.

Lo que sacudió mi confianza como ninguna otra cosa.

Jack había querido ser el héroe de mi historia. Al principio. Me tomaba la mano más pequeña en público, pero me sonreía de esa manera como diciendo, en silencio, «no tienes que darme las gracias». La verdad es que todas las cosas que haría un novio regularmente cosas que hacía por mí, como llevar bolsas o abrir puertas, nunca eran para ser amable. Siempre lo hacía con algún motivo oculto. Una fea actitud que no había querido reconocer por miedo a que todo se desmoronara.

Yo era su buena obra.

Me amaba *a pesar de*; nunca *porque*.

Al final, creo, todo se volvió demasiado pesado. Yo era incapaz a sus ojos. No me esforzaba lo suficiente. Entonces eligió convertirse en el villano. Y lo hacía bien, eso se lo reconozco.

Una noche, estábamos tarde para la fiesta de compromiso de su amigo, estuve jugueteando con la correa de mis tacones durante, supongo, un minuto de más.

—Inténtalo de una puta vez, Win —había gritado Jack, exasperado—. La gente no va a pasarse la vida pendiente de ti. Deja de ser tan malditamente inútil.

De repente, volvía a ser aquella niña de catorce años con la mano a la espalda. Deseando, desesperadamente, cambiar. Esconderme.

Intentando convertirme en una carga menos pesada, planificaba mis días con todo detalle, asegurándome de no tener que pedirle que hiciera nada por mí. Pero inevitablemente encontraría algo por lo que gritar.

E incluso después de que finalmente lo dejara, seguí sintiéndome agradecida por Jack en mis momentos más bajos e inseguros del año siguiente. Agradecida de haber aprendido que al menos alguien me quería. Que era capaz de ser amada.

Eso me asustaba mucho más que el temperamento de Jack. El poder que le había dado para validar mi atractivo. El poder que podía darle a alguien más, si era lo suficientemente tonta. Así que decidí que no le daría a nadie ese poder nunca más. No hasta que me amara lo suficiente como para que el favor o desfavor de alguien no cambiara las cosas.

Me ha llevado casi cuatro años volver a un lugar de neutralidad y vaga aceptación de mí misma. Algunos días, como en Halloween, pienso que soy hermosa. Por dentro y por fuera. Otras veces, oigo la voz de Jack en mi cabeza, la crueldad de su voz distante y melancólica, diciéndome lo inútil que soy… y me lo creo.

Pero aprendí a no confiar en esos pensamientos una vez, y puedo volver a hacerlo. Voy a tener que hacerlo de nuevo. Porque lo que viene a continuación es un desafío completamente nuevo. Uno que requerirá toda mi confianza. Lo mejor de mí.

Mañana, me daré permiso para intentarlo y fracasar. Empezaré a planificar y a darle vueltas a estrategias de maternidad adaptables. Empezaré a hacer acopio de ropa de bebé con cierres fáciles, investigaré sobre fulares y portabebés de manos libres y planearé probar cochecitos y sillas de coche.

Pero por hoy, fingiré que no será un problema en absoluto. Me permitiré sentirme como cualquier otra persona que acaba de descubrir que está embarazada de forma inesperada. Me sentiré mareada, aterrorizada y nerviosa por todas las razones habituales, sin añadir más equipaje encima. Puedo regalarme el día de hoy.

Al hacerlo, me hundo más en la bañera y sueño despierta. Con los ojos cerrados, el pelo fluyendo a mi alrededor como tinta en el agua. Mis oídos bajo la superficie bloquean los sonidos de los apartamentos circundantes, amortiguando *Songbird* de Fleetwood Mac hasta que no es más que una suave canción de cuna.

Imagino a un pequeño y dulce recién nacido tumbado sobre mi pecho aquí dentro conmigo. Pienso en los muchos baños que nos daremos juntos. En todas las cosas maravillosas que haremos juntos. Las noches sin dormir, las rabietas, la dentición y todas las demás cosas que preocupan a los padres. Pero, sobre todo, pienso en lo bueno. Los cuentos antes de dormir y las mañanas lentas y llenas de rayos de sol. Los paseos por el parque para recoger dientes de león o saltar piedras en la playa. Los mimos, el calor y la santidad de querer a alguien más que a mí misma.

Y me digo, una y otra vez, que puedo hacerlo. Hasta que, finalmente, siento que al menos es un poco cierto.

HANNAH BONAM-YOUNG

Capítulo 8

Nueve semanas de embarazo. El bebé tiene el tamaño de una uva.

Inhalar me resulta casi imposible mientras me acerco al final del mostrador para recoger mi pedido. Todo en el menú del café sonaba asqueroso. Igual que la mayoría de las comidas de la última semana. Aún mejor, cuando la comida es aceptable para mi cerebro, la vomito más tarde.

La doctora Salim lo llama náuseas matutinas, como si no ocurrieran cada hora del maldito día. Me ha dicho que lo más probable es que cesen en el segundo trimestre, y rezo para que tenga razón.

Pero las náuseas de hoy no se deben al pequeño bebé que crece dentro de mí. No, es el resultado de pasar una semana dándole vueltas a una conversación imaginaria y no estar segura de qué decir cuando llegue Bo. Es por no saber cómo responderá o cuál será mi reacción a su respuesta.

Es cierto que mis emociones han sufrido muchos altibajos, de nuevo, como era de esperar, pero esta conversación es de las que te revuelven el estómago y te hacen sudar la gota gorda.

Durante esta última semana, he empezado a intentar calmarme con una visualización pacífica totalmente sacada de mi imaginación. Yo, en la playa en julio. Con una barriga enorme que me sobrepasa el bikini, los dedos de los pies pintados de colores brillantes hundidos en la arena y una brisa cálida que me despeina la cara. Tengo las dos manos en el vientre, sintiendo cómo el bebé da patadas

mientras las gaviotas vuelan por encima de mí y las olas rompen contra la orilla.

Creo que, en el fondo, me estoy recordando a mí misma que, sea como sea, todo irá bien. Seguiré teniéndome a mí, a la playa y a este bebé cuando llegue el verano, aunque Bo reaccione mal. Incluso si no quiere saber nada de nosotros. Seguiré teniendo mi paz. Solo que tendré que trabajar un poco más duro para conseguirla.

Doy las gracias al camarero y me llevo mi London Fog [2]a una pequeña mesa redonda escondida en el rincón más privado de la cafetería. Me siento de cara a la puerta y espero a que llegue el gigante rubio, luchando contra el impulso de huir por la salida trasera o por una ventana del baño.

Fue un poco embarazoso tener que pedirle a Bo que tomara un café, teniendo en cuenta que la última vez que estuvimos juntos, se estaba vistiendo para irse momentos después de haber estado dentro de mí.

Estoy segura de que él tenía la misma impresión que yo: que no volveríamos a vernos ni a saber nada el uno del otro. No habría seguimiento, ni citas, ni mucho menos quedadas para tomar un café un domingo por la mañana al azar dos meses después. Pero aceptó quedar conmigo. Así que es un comienzo. Con entusiasmo, en realidad.

> ***Yo:*** *Hola Bo, soy Win. La otra pirata de Halloween… Me preguntaba si estarías libre para tomar un café este fin de semana.*
>
> ***Bo:*** *Win, hola. No tenías que dar esa referencia. Te recuerdo, obviamente. Y sí, me apunto a tomar un café. ¿Conoces Saints en Cosgrove Ave? ¿Domingo a las diez?*

Suena la puerta del café y entra el futuro padre sin saberlo. Y maldita sea, está aún más guapo cuando no va vestido de

[2] **Bebida de té caliente con leche.**

espadachín. Lleva un abrigo largo beige con bufanda y un jersey verde de punto debajo. Vaqueros negros con botas negras a juego. Tiene la barba un poco más larga que en Halloween y el pelo igual de rebelde. Me saluda desde la puerta mientras se quita la nieve de las botas con una amplia sonrisa. Luego señala el mostrador y pregunta en silencio: «¿Quieres algo?».

Levanto mi taza en respuesta. Me levanta el pulgar y se vuelve hacia el camarero para pedir.

El pobre no tiene ni idea de que su vida está a punto de cambiar.

De repente me doy cuenta de que soy la doctora Salim en esta situación. Tengo que intentar mantener la calma, los hechos y la compasión. Pero mierda, no sé si puedo hacerlo. Todavía estoy tambaleándome. Y estoy nerviosa cerca de él. Me he topado con ligues del pasado accidentalmente. La ciudad no es tan grande. Pero siempre he sido capaz de actuar como si nada. Esto, ciertamente no lo puedo disimular. No hay nada genial o casual en esto.

Al final, se acerca con una taza de boca ancha y un plato lleno de tres pasteles diferentes. Rechino los dientes, preguntándome si deseará haberlos comprado para llevar.

—Pensé que podríamos compartir esto —dice Bo, dejando el plato en la mesa entre nosotros—. Y, hola —dice con calidez, sentándose en el asiento frente a mí, desenrollando su bufanda marrón—. Ha sido una agradable sorpresa.

—Hola —digo a la fuerza. —Mi voz ya tiene el tono de «lo siento mucho»—. ¿Cómo estás? —pregunto.

—Estoy bien.

Bo ladea la cabeza y se pasa la lengua por la comisura de los labios, mirándome con escepticismo.

Me doy cuenta de que parezco nerviosa, así que no me sorprende que me observe con tanta preocupación. Mis labios se frotan contra mi voluntad y mis ojos se agitan ligeramente, probablemente

parpadeando demasiado. Además, parece que no puedo quedarme quieta.

Intento forzar una sonrisa, pero me doy cuenta de que es poco convincente cuando las cejas de Bo se juntan sutilmente.

Se aclara la garganta con un puño delante de la boca y continúa:

—He estado ocupado en el trabajo. Siempre aumenta cuando se acercan las vacaciones. Antes de parar un poco. Pero, sinceramente, no hay mucho más.

Se ríe a medias, estudiando un poco más mi expresión.

—Cierto —estoy de acuerdo.

Da un largo sorbo a su café, sus ojos se desvían hacia mi rodilla que rebota al lado de la mesa.

—Win, ¿estás…?

—Estoy embarazada —interrumpo en voz alta, todo el aliento abandonando mis pulmones al mismo tiempo que las palabras pasan por mis labios.

Bo palidece al instante. Sus hombros caen como si hubiera olvidado cómo soportar su propio peso.

—¿Qué?

—Lo siento —susurro—, no pude aguantar más.

—Estás… —Traga saliva y mira hacia la mesa que nos separa. Levanta las manos del regazo y apoya las palmas en la mesa mientras se encorva—. ¿Has dicho —se inclina para mirarme, con los ojos muy abiertos y sin pestañear—, que… estás embarazada?

—Sí. Lo hice.

Asiente. Luego, vuelve a hacerlo. Luego, tantas veces que parece que se va a romper el cuello.

—Okay. Está bien. De acuerdo. Y yo, eh, deduzco que me lo dices porque…

Inhala un largo y tembloroso suspiro, aun asintiendo para sí mismo.

—Sí, lo eres —respondo.

—Vaya.

Se pellizca el puente de la nariz y respira hondo. Luego se balancea suavemente en la silla, con la palma de la mano sobre la boca y los dedos apoyados en la mejilla.

—Bien —dice en su mano—, está bien —repite, dejándola caer.

—Sé que es mucho. —Me retuerzo las manos en el regazo, miro a la mesa de al lado y me pregunto cuántas veces en mi vida me he sentado al lado de conversaciones que han cambiado vidas y he permanecido felizmente ignorante—. Lo siento —vuelvo a decir.

—No, eh, yo… —Su respiración se agita un poco más mientras agarra su café y da otro largo sorbo—. Vaya —dice, tragando saliva.

—Sí —estoy de acuerdo.

Miro hacia el final del mostrador y veo una jarra de agua y cristalería.

—¿Quieres un poco de agua, tal vez? —le ofrezco.

Lo que más me apetece es levantarme de la mesa, aunque solo sea unos segundos.

—Oh. Uh, sí. Claro. Gracias.

Me pongo de pie y sirvo dos vasos, agradecida por la distancia momentánea que me separa de la bomba que acabo de soltar.

—Toma —digo, colocándolo frente a él y tomando asiento.

Se lo bebe todo de un trago.

—Mierda, lo siento. ¿Cómo te sientes? ¿Cómo estás?

—Estoy bien —respondo con sinceridad—. He estado muy mareada. Con náuseas. Pero estoy bien. Nosotros… estamos bien.

Me pongo una mano en la barriga por debajo de la mesa y fuera de su vista.

«Te presento a tu padre, bebé».

—Realmente no vi venir esto.

Los ojos de Bo finalmente dejan de rebotar por la habitación, y los mantiene en mí, con la confusión apoderándose de él. Se le cae la cara de concentración. Prácticamente puedo ver su cerebro repasando nuestra noche juntos y el momento exacto en que llega a los condones que faltan.

—Yo tampoco. —Me aclaro la garganta—. Yo… no mentía cuando dije que tomaba la píldora.

—No, no pensaba eso.

Sus cejas se fruncen mientras sacude rápidamente la cabeza.

—No intentaba… ya sabes… quedarme embarazada, ni nada.

—Bien.

—Estas cosas pasan, a veces.

Me encojo de hombros, tratando de actuar indiferente donde todo lo que siento no me concierne. Muy tranquila.

Bo se frota las dos palmas por la cara, arrastrando la piel a su paso.

—Entonces… ¿nos casamos?

—¿Qué? —Salto hacia atrás—. ¡No! ¿Qué? ¿Por qué íbamos a casarnos? Ni siquiera nos conocemos.

Se sienta más recto, exhalando un suspiro.

—Lo siento, no estoy seguro de lo que me pasó en ese momento.

—El fantasma de tu bisabuelo, evidentemente —le digo.

—Pero entonces, ¿qué hago? ¿Cómo puedo ayudar? ¿Qué puedo…?

—Bo, he decidido quedarme con el bebé —interrumpo—. No espero nada de ti, pero trabajaré contigo aquí. Me parece bien que te involucres como quieras, pero debes saber que espero que te quedes si aceptas estar en su vida. Esto no va a ser un juego del escondite del padre. ¿Quieres el bebé? También tienes que estar ahí para el niño, el adolescente y el adulto también. ¿Entiendes?

Esa fue la única parte que ensayé. Salió un poco diferente de lo que había planeado, pero siento que me he quitado un peso de encima al haber dicho lo que vine a decir. Al menos una parte. El resto, ahora, depende de él.

—Bien —dice, con los labios ligeramente entreabiertos y la mirada distante de nuevo.

Por alguna razón, esa expresión de perplejidad en su rostro me frena. Está tan triste, como si algo más le pesara. Más pesado que esto, de algún modo. Quiero preguntar, pero quizá no sea asunto mío. Después de todo, somos prácticamente desconocidos.

Aun así, siento simpatía por él. Lo está llevando relativamente bien y, por lo que sé hasta ahora, parece un buen tipo. Quizá fui un poco dura.

—No tienes que decidirlo ahora, obviamente —le digo con suavidad, intentando suavizar el golpe.

Vuelve de la tierra lejana, con la mirada fija y segura mientras enhebra los dedos delante de él sobre la mesa.

—No, estoy dentro. En lo que pueda estar. En lo que más pueda apoyarte, estoy dentro. Definitivamente.

—Oh —susurro involuntariamente—. Correcto —coincido.

—Lo siento —dice al exhalar.

—No es culpa de nadie. —Me muerdo el labio, recapacitando—. Bueno, en realidad, definitivamente es culpa nuestra. De los dos. Una culpa colectiva. Soy pésima tomando mis anticonceptivos a tiempo, ninguno de los dos tenía condones, y tú probablemente podrías haberte salido.

—No pensé… —Se detiene para dar un mordisco pitón a una especie de pastel de chocolate de su plato, masticando y asintiendo para sí mismo.

Luego otro bocado, en el que se lo acaba entero. Después, toma otro pastelito y hace lo mismo.

—Creía que no podía —dice con la boca llena.

—No podías, ¿qué? —pregunto. ¿Tener sexo? Dijo que no había sucedido desde que había perdido la pierna. Pero eso sí que pasó. Ya sé que por eso no llevaba preservativos, si se refiere a eso.

Se traga la comida de un gran trago.

—Win, hay algo que creo que debería decirte…

Bo toma otro pastel, limpiando el plato a una velocidad récord.

Decido que es un comilón nervioso cuando tira el último pastelito entero y lucha con él hasta que lo traga y toma un sorbo de café después para bajarlo.

—Las cosas en mi vida no iban según lo planeado hace unos años, y yo no…

Mira a un lado y a otro, como si prefiriera salirse del pellejo antes que decir lo que sigue. Es ahora cuando me doy cuenta de que apenas cabe en la silla de la cafetería. Para ser tan corpulento, ahora parece tan pequeño. Se ha encogido sobre sí mismo, su cara es más joven que antes. Cuando por fin deja de resistirse, gira el cuello y se sienta más erguido, con el pecho levantado por una respiración considerablemente larga.

—Tuve cáncer —dice bruscamente—. Cáncer de huesos. Estado tres. Me lo diagnosticaron poco después de cumplir veintiocho años y me operaron el pasado octubre. Ha sido una época oscura para mí. No congelé mi esperma antes del tratamiento. No pensé que estaría para usarlo y no pensé que querría hacerlo. Acababa de salir de una relación, y todo parecía bastante desesperado.

—Oh —digo, sobresaltada—. Lo siento mucho, yo…

Mi voz se desvanece en la nada. ¿Qué se puede decir? Nada útil. Nada que pueda captar lo mucho que desearía que no hubiera tenido que pasar por eso.

Intento encajar el cáncer en la línea temporal que he empezado a crear en mi cabeza, llena de información inútil de Caleb. Me doy cuenta de que fue en la época del compromiso repentino y la posterior ruptura con Cora.

Levanto los ojos de la esquina de la mesa hacia su cara.

—Bo, estoy tan…

—Es que… no creía que esto fuera posible —interrumpe, secándose una lágrima del vértice de la mejilla.

Su mejilla sonriente.

—Mierda, lo siento —dice, tosiendo—, es que…

Esta es una conversación mucho más importante de lo que había planeado. Se me rompe el corazón por el hombre que tengo enfrente y, al mismo tiempo, me siento recompuesta. Aliviada por la expresión prometedora y sorprendida de sus facciones.

Cruzo la mesa y apoyo la mano en su codo. Cuando siente mi contacto, retira la mano de la cara y toma la mía, se lleva la muñeca a la boca y presiona con los labios el punto del pulso.

No es nada sexual. Es para dar y recibir consuelo. Es porque ninguno de los dos sabe qué decir a continuación.

—Voy a ser sincera. No me esperaba lágrimas de felicidad —digo medio en broma, esforzándome por dedicarle una sonrisa tranquilizadora mientras deja caer nuestras manos a la mesa que hay entre nosotros.

La risa de Bo es agridulce.

—Yo tampoco. —Se aclara la garganta—. Lo siento, no quería hacer esto sobre mí.

—Tuve mi momento estelar en la consulta del médico. Y desde entonces, todos los días —digo.

—Pareces… ¿tranquila? —pregunta, más o menos.

—Um, sí. Creo que sí. Me siento bien. Cuando no estoy vomitando. Tenía mucho miedo de decírtelo, en realidad, pero aparte de eso, me siento extrañamente en paz con todo esto. Siempre quise tener un bebé, pero no pensé que sería tan inesperado.

Asiente, estudiándome como si memorizara mis palabras. Es demasiado. Casi. Me mira como si yo tuviera la respuesta a nuestra difícil situación.

—Además, en cuanto a padres de bebés, el mío tiene un ADN bastante bueno —digo, volviendo a centrar la atención en él mientras retiro la mano de la suya y la vuelvo a poner sobre mi regazo.

—Menos el cáncer —dice mansamente, con los ojos clavados en mí como si entre nosotros se susurrara una disculpa.

Entonces caigo en la cuenta. La razón de su mirada lejana de antes: su incertidumbre sobre si podría comprometerse con cada etapa futura.

—¿Sigues enfermo? —pregunto con cautela, con el corazón en la garganta.

—No. No lo estoy. Me hago las pruebas algunos meses y hace más de un año que no tengo nada. Pero… —Respira entre dientes y se remueve en la silla—. Siempre existe la posibilidad de que vuelva a aparecer en otra parte.

Las náuseas vuelven a aumentar.

—Lo siento —dice con el ceño fruncido e incómodo—. Sé que una garantía estaría bien.

—No, Bo… No lo hagas. —Sacudo la cabeza que cuelga entre nosotros—. No hay garantías para ninguno de nosotros. Solo tenemos que hacer lo mejor con el tiempo que tenemos —digo, inclinándome para mirarlo.

Su nariz se mueve, junto con sus labios, apareciendo una inesperada sonrisa.

—¿Ahora hablamos con clichés? —bromea.

Me burlo, a pesar de que mi propia sonrisa crece.

—Cállate —susurro, riendo—. Lo siento. No hay ninguna guía para descubrir cómo el sorprendido papá de tu bebé tuvo cáncer. No sé qué hacer aquí. Pensaba que hoy sería yo, la que tendría todas las noticias jugosas.

—No, te lo agradezco —dice sin sinceridad—, intenta añadir algo como que «todo pasa por algo».

Pongo los ojos en blanco.

—¡Ooh! O «eres tan valiente», siempre me gustó esa.

—Sabes, en realidad, todo esto fue una elaborada treta. No estoy embarazada. Ya me voy.

Cruzo los brazos, me reclino en la silla y sonrío satisfecha.

—¿No? —pregunta—, vaya, estás llena de sorpresas.

—Solo estaba aburrida, ¿sabes? Pensé que tal vez podría conseguir una taza de café gratis. Pero no vale la pena. Eres demasiado molesto.

Se relame los labios. El brillo travieso de sus ojos me dice que está pensando en su próxima ocurrencia. Espero impaciente, recordando lo divertida que es esta relación entre nosotros. Entonces parpadea y se sacude, borrando por completo la expresión de su cara.

—¿Cuándo te enteraste? —pregunta en voz baja.

Ah, claro. Supongo que tenemos cosas más importantes que discutir.

—La semana pasada. El bebé nacerá el veinticuatro de julio.

Miro el plato vacío que hay entre nosotros, cubierto de polvo de azúcar y migas.

—Y tengo una ecografía reservada para el próximo viernes.

—¿Viernes? —pregunta sacando su teléfono—. ¿A qué hora?

—Sí. A las cuatro.

—¿Dónde?

Levanta la vista, con los pulgares listos para teclear.

—La clínica de la Novena Oeste, es un edificio azul.

Lo teclea en su teléfono, asiente con la cabeza y se lo mete en el bolsillo delantero.

—¿Quieres que te recoja?

—¿Tú… tú vienes? —pregunto.

—Obviamente.

—No, nos vemos allí.

—Entonces… —Sonríe débilmente, tomando un respiro que parece calmarlo un poco—. ¿Qué pasa ahora?

—¿Puedes traernos más bocadillos? —Señalo el cementerio de pasteles—. Tengo hambre.

La brusquedad con la que se levanta y se dirige al mostrador para pedir me hace sacudir la cabeza y esbozar una pequeña sonrisa.

Un sentimiento peligroso irrumpe en mi pecho. Un tipo de afecto bobalicón y posesivo por este hombre. Lo reprimo y culpo a las hormonas, a alguna parte primitiva de mi ADN que me dice que me mantenga cerca del hombre con el que procreé.

Al menos, dado que tendremos que pasar, ya sabes toda la vida cerca, no es del todo intolerable.

HANNAH BONAM-YOUNG

Capítulo 9

Diez semanas de embarazo. El bebé tiene el tamaño de una fresa.

—¿Lágrimas de felicidad? —pregunta Sarah, volcando una silla sobre la mesa para que pase por debajo. Lleva años pasándose por la cafetería al final de mi turno. Vuelve como un gato callejero, sabiendo que los pasteles que sobran deben ir a alguna parte. Pero normalmente acaba limpiando a mi lado. Me gusta bromear con ella diciendo que se hace pasar por una mujer que tiene que pagar sus propias facturas. Ella me contesta bromeando, de forma inquietante, sobre cómo se gana la vida en el dormitorio.

—Lágrimas de felicidad, Sar.

La miro de reojo, con la mano apoyada en la punta de la escoba.

—Verdaderamente lo último que esperaba.

—Pero eso es bueno, ¿no?

Levanta la silla contraria, colocándola boca abajo sobre la mesa.

—Me sentí bien en el momento, pero…

—Pero te fuiste a casa y empezaste a darle vueltas —me interrumpe Sarah.

La fulmino con la mirada. Suspira, sus ojos reúnen cierta dosis de paciencia, pero su expresión está cansada.

—Win, a veces las cosas buenas son solo cosas buenas. Bo se alegró por el niño. Celebremos eso.

Lanzo un quejido escéptico desde el fondo de la garganta.

—Pensé que Jack era dulce al principio. Hizo todas las cosas correctas también.

Lo noto cada vez. El pequeño parpadeo de los ojos de Sarah cuando menciono a Jack. Realiza una rápida vigilancia de mi cara para determinar lo alterada que estoy solo con la mención de su nombre. Mi propia mención, claro.

—Bo no es Jack —dice con cuidado.

—Ni siquiera has conocido a Bo —señalo.

—Caleb responde por él, y yo confío en mi hombre —dice, alcanzando otra silla para apilarla para mí.

Dejo de barrer, pensando en lo equivocada que he estado antes. Lo bien que ocultan algunos hombres su lado feo y lo rápido que pueden volverse.

—Tengo que conocerlo más, ¿verdad? Como que quiere involucrarse y venir a todas las citas y esas cosas. Pero básicamente somos extraños. ¿Y si quiere estar en la sala de partos? Lo verá todo —digo haciendo una mueca.

—Bo lo vio todo. —Sarah hace un gesto salvaje con la palma abierta hacia mis caderas—. Así es como te has metido en esta situación.

Me quita la escoba, ya que aparentemente he perdido la capacidad de hablar y barrer al mismo tiempo.

—Creo que estarás bien.

Me estremezco.

—Hay una diferencia entre un dormitorio en penumbra después de unas copas y un apuesto desconocido de pie entre mis piernas y mirando al ojo de la tormenta.

—¿Acabas de referirte a tu vagina como el ojo de la tormenta?

—¿En esa sala de partos? Sí. Así será.

—No tiene por qué estar allí si tú no quieres. Pero que conste —hace una pausa y me pone una mano firme en el hombro—, te quiero, pero no estaré allí.

—Sarah, te desmayas con las hemorragias nasales. No dejaré que te acerques mientras estoy de parto.

—Hasta pensar en ello me pone enferma —susurra, con la atención perdida por encima de mi hombro.

—Sí, gracias —la miro sin comprender—, eso es muy útil.

Pone los ojos en blanco y me sigue hasta la mesa contigua, barriendo el mostrador de al lado mientras limpio la mesa.

—La ecografía es el viernes por la tarde, ¿no? Si está libre después, deberías invitarlo a nuestra casa. Haremos una noche de juegos. Si todos formamos un equipo, podemos ver cómo reacciona al perder. Es como una prueba fundamental de estabilidad.

—Probablemente esté de viaje este fin de semana por las vacaciones. Su padre vive en Francia.

—¿Ves? ¡Sí que sabes cosas de él! —Barre el desorden en un recogedor—. Solo invítalo. Si está ocupado, está ocupado. Pero dudo que diga que no a pasar un poco más de tiempo con la sexi mamá de su bebé.

Menea los hombros hacia mí, moviendo las cejas.

—Quizá intente dejarte embarazada otra vez.

—No habrá absolutamente nada de eso.

—¿Qué te preocupa? ¿Gemelos? No funciona así.

—Tenemos que… —digo, tratando de formular palabras mientras Sarah baila contra mí sugestivamente—. Tenemos que seguir siendo totalmente profesionales. Ahora somos colegas.

Deja de bailar, a medio empuje pélvico.

—¿Colegas?

—Bien, no colegas. Pero me entiendes. Tenemos que seguir gustándonos dentro de nueve meses. Demonios, tenemos que gustarnos durante los próximos dieciocho años. *Mínimo*.

Sarah asiente, se levanta despacio y cruza los brazos sobre el pecho.

—Pero —dice tímidamente—, ¿sería tan malo que tal vez fueran copadres con derecho a roce? Obviamente, tienen química. Y el sexo fue bueno.

—Nunca dije que el sexo fuera bueno.

Me señala la cara y apenas se detiene para pincharme con la punta de su uña acrílica.

—Pero eso sí. Cada vez que ha salido el nombre Bo, te ruborizas un poco. Te traicionan esas dulces y flexibles mejillas tuyas una vez más.

—No digas mierdas raras como mejillas flexibles mientras estás tan cerca de mí.

Aparto su mano de un manotazo.

—Bien —cedo—, el sexo fue bueno.

Posiblemente el mejor de todos. Aunque no lo digo en voz alta.

—Pero igual complicaría las cosas —argumento.

—¿O podría hacer las cosas divertidas? Desde mi punto de vista, Bo es un bombón con ropa bonita, lágrimas de felicidad, un gran sentido del humor, un buen trabajo y una casa propia. Todo eso lo dices tú, no yo.

Se pone más recta y levanta la nariz, actuando como un personaje de comedia de situación de los años cincuenta.

—¡Caramba, qué problema! Espero que no te enamores de un hombre así.

Resisto el impulso de sacudirle la nariz.

—Eres incorregible.

—Y no estás pensando en todas tus opciones, nena. —Se sube a la encimera y se limpia las manos—. Simplemente, no te cierres a conocerlo en más de un sentido —dice Sarah, sorprendentemente seria—. Te mereces cosas buenas. Veamos si él es algo bueno. Es todo lo que digo.

—Es algo bueno, Sar. Para el bebé. —Me levanto para sentarme a su lado en la encimera—. Se va a quedar, y eso es todo lo que necesito de él.

—Bien, te escucho. —Deja pasar unos segundos de silencio ponderado, pero sé que no ha terminado. Sarah rara vez se echa atrás—. Pero…

«Ahí está».

—Detenme cuando esté cerca del tamaño de su polla.

Pone las palmas de las manos juntas delante de ella y empieza a separarlas lentamente. Su boca continúa abriéndose más mientras sus manos se separan más.

—Sí, ya está —digo con una sonrisa de satisfacción.

—¿En serio? —susurra Sarah, con ojos juguetones.

—En serio —respondo, sintiéndome terriblemente orgullosa de mí misma por algo que, desde luego, no es un logro. Al menos, no es un logro mío.

—No me extraña que te quedaras embarazada. ¡El tipo tenía una línea de visión directa a tus ovarios! ¡Un tiro limpio!

—Te voy a comprar un libro de anatomía para Navidad.

—Culpo a la profesora de nuestra clase de salud —suspira Sarah.

—No metas a la señora Forestein en esto. Hizo lo que pudo.

Echo un vistazo a la cafetería, limpia y preparada para el turno de mañana. Sin embargo, no quiero irme todavía. A veces lo hacemos, nos quedamos hasta tarde. Hay que admitir que volver a casa puede ser duro. Es un poco solitario.

—Lo invitaré el viernes. —Intento y no consigo bajar con elegancia del mostrador y casi me ruedo un tobillo—. Pero no hagas nada. Nada de artimañas.

—Será puramente una misión de investigación en nombre de mi futura sobrina —dice Sarah, con las manos entrelazadas sobre el corazón.

—O sobrino —añado, tendiéndole la mano para ayudarla a bajar.

—Oye, uh…

Sarah se pone inusualmente tímida, mirando nuestras manos apretadas.

—¿Has pensado si también tendrá una manita?

—¿El bebé? —pregunto—. Oh, uh, no. Creo que es aleatorio. No genético.

—Correcto, pero, como, la teoría fue que se debió al útero de tu madre, ¿verdad? ¿Como si tu mano hubiera sido empujada contra su costado? ¿Su útero tenía una forma rara o algo así?

—Eso es lo que mamá siempre decía, pero… ¿quién sabe?

—Entonces, ¿los úteros son genéticos? —tantea.

—No lo sé —digo, murmurando por encima de su hombro—. No estoy segura.

La sonrisa de Sarah es pequeña pero tranquilizadora mientras se asoma.

—Tendrías unos apretones de manos secretos perversos.

Respiro hondo y vuelvo a la habitación. Así de sencillo, supongo. Nada de lo que preocuparse, porque no lo sabremos hasta que lo sepamos, y aunque así sea, no es nada malo… ¿verdad?

—Lo sabríamos —estoy de acuerdo.

—Vamos a casa. —Sarah me pasa el brazo por los hombros y me guía hacia la puerta trasera.

HANNAH BONAM-YOUNG

Capítulo 10

Tuve que salir pronto del trabajo para llegar a tiempo a la ecografía. Afortunadamente, la dueña del café, Lisa, está indiscutiblemente colocada la mayoría de los días y no se preocupa especialmente por la vida personal, los intereses o muy a menudo, los nombres de ninguno de sus empleados. No se molestó en preguntarme cuál era la naturaleza de mi cita cuando me mandó de camino.

Llevo trabajando en la cafetería el tiempo suficiente como para haberme ganado ese nivel de confianza. Al menos, lo suficiente como para dejarme salir antes al final de mi turno. Técnicamente no soy supervisora, pero he asumido algunas tareas adicionales aquí y allá cuando me lo han pedido.

Yo hago el horario, sobre todo para poder controlar quién cierra la noche antes de que yo abra. También formo a los nuevos empleados cuando Lisa no está. Pero no quiero el título de subdirectora, aunque ella me lo ha ofrecido varias veces. Ese título conlleva expectativas de permanencia. Nunca se supuso que fuera un puesto permanente. Tengo un pie fuera desde que empecé. No es que haya hecho nada para tener dos pies fuera.

Acaba de empezar a nevar cuando me bajo del autobús y empiezo a caminar hacia el gran edificio médico azul que hay al otro lado de la calle. Al cruzar la puerta principal, veo a Bo en el vestíbulo. Está de pie bajo una señal de dirección, mirando su teléfono. Tomo nota rápidamente de que la consulta de ecografía está en la segunda planta antes de mirarlo mientras me dirijo hacia él.

Lleva un abrigo de gamuza marrón y vaqueros azules. Mucho más informal que su atuendo de la semana pasada en la cafetería, pero más arreglado que yo, con mis pantalones negros de yoga y un jersey verde azulado que tejí el invierno pasado bajo la cremallera de mi chaqueta morada abullonada hasta las rodillas y una bufanda demasiado larga bajo la que casi me asfixio.

¿He mencionado que odio el invierno?

—Bueno, me alegro de encontrarte aquí —digo, desenrollando la bufanda que llevo al cuello.

Cuando Bo levanta la vista, ya está sonriendo.

—Eh, tú. —Se mete el teléfono en el bolsillo trasero—. Tenemos que dejar de encontrarnos así —dice, muy orgulloso de sí mismo.

—¿En serio? ¿Chocando?

Levanto una ceja.

Se encoge de hombros, con una sonrisa demasiado amplia para su cara. Su cara estúpidamente guapa.

—¿Listo? —pregunto, inclinando la barbilla hacia las escaleras.

Asiente con la cabeza y me sigue cuando empiezo a caminar hacia el segundo piso.

—Espera —dice Bo con urgencia, tomándome la mano.

Me tira de la muñeca y yo resoplo por la sorpresa de que me detenga bruscamente.

—Lo siento. Antes de que se me olvide.

Vuelve a sacar su teléfono del bolsillo y lo sostiene frente a nosotros, girando la cámara para que él y yo llenemos la pequeña pantalla.

—Tres, dos…

Clic.

Sonrío automáticamente al ver mi propio reflejo, pero sigo preguntándome por qué acabamos de hacernos una foto juntos en medio del vestíbulo cuando Bo se guarda el teléfono en el bolsillo y empieza a caminar hacia las escaleras como si nada.

—¿Qué ha sido eso? —pregunto, mi tono mitad diversión y mitad confusión. Bo pone mala cara, como si dijera: «Pobrecita»—. Un móvil, cariño.

—Sí, gracias. Me es familiar. Pero, ¿por qué nos hiciste la foto? —«Y probablemente no deberías llamarme cariño. Me revuelve el estómago. Como algo que me haría sentir una voltereta en el espacio».

—¡Estoy documentando! Estamos a punto de conocer a nuestro bebé. No quiero olvidar nada.

—De acuerdo.

Sonrío, a pesar de que mis ojos se entrecierran ante este extraño, extraño hombre.

—Me parece bien.

Subo los escalones y llego al primer rellano antes de que el miedo se apodere de mí, al darme cuenta de que Bo está medio escalón por detrás, caminando a su propio y necesario ritmo.

Lucho contra el impulso de disculparme y llamar más la atención sobre nuestra diferencia de velocidad, y en su lugar decido actuar como si estuviera fascinada por el mural de mierda del rellano hasta que Bo vuelve a estar a mi lado. Entonces camino más despacio, igualando su paso hasta que llegamos a la consulta del ecógrafo.

Doy mi nombre y mi documento de identidad a la recepcionista antes de sentarnos en una sala de espera junto a una mujer muy embarazada y su pareja. La sala tiene paredes de color azul brillante y una horrible iluminación fluorescente. Las paredes están decoradas con calcomanías de mariposas y animales del bosque, y en un rincón hay una pequeña selección de revistas que la mujer, mucho más embarazada, está hojeando.

HANNAH BONAM-YOUNG

Parece… engreída. Frotándose la barriga como si fuera la bola de cristal de un adivino. Sonríe con la nariz puntiaguda como si ella, y solo ella, mantuviera a la especie humana alejada de la extinción.

—¿Primera vez? —pregunta, con voz de azúcar hilado, mientras me señala el estómago.

Vuelve a colocar el dedo en su sitio y levanta los hombros con vertiginoso asombro.

Asiento con una sonrisa cortés de labios finos.

—Tu primera vez es tan especial. Oh, pero debes de estar muy asustada —hace un mohín fingido.

«No me digas».

—Pobrecita —arrulla, frunciendo el ceño.

¿Le contesté aquella vez? Lo compruebo con Bo, que de repente está fascinado con la inexistente pelusa de sus vaqueros, hurgándose en la rodilla. Su sutil mirada de reojo y su sonrisa ladeada me indican que también está oyendo lo ridícula que está siendo la fértil Myrtle. Aunque, por su tono, quizá prefiera «Madre María» como apodo.

Cosmos Dreaming in Space

—Probablemente sea nuestro último ultrasonido.

Coloca una mano con un anillo de diamantes tan grande sobre su vientre que me preocupa el peso de carga de su placenta.

—Estamos de treinta y nueve semanas.

Apoya la otra mano en el hombro de su marido. La mira con orgullo, con los ojos clavados en ella. Se parece mucho a Ned Flanders, con un bigote poblado y un aire de ¡Oh, cielos!

—Tendremos este bebé en cualquier día de estos —le dice Ned a Myrtle, lo bastante alto como para que lo oiga toda la sala.

—Vaya, y ni siquiera se te nota.

Señalo su estómago, con una sonrisa de comemierda que podría confundirse con amistosa.

—Vaya, es graciosa.

Myrtle me señala, mirando a Bo.

—Esperemos que sea genético.

—Esposa graciosa, vida feliz, eso es lo que siempre digo —añade Ned desde su lado.

Bo me lanza una mirada pequeña y breve en la que me pregunta un centenar de cosas. Asiento, en silencio, a todas ellas.

—Oh, no sabría decirte. Acabamos de conocernos en el vestíbulo. Quería ver por qué tanto alboroto, y ella me permitió seguirla —dice Bo, inexpresivo.

—Soy Guinevere, por cierto. —Presento mi mano para que la estreche—. Lo siento, olvidé presentarme antes.

—Lance —responde Bo, mirando a la pareja que tenemos enfrente—. ¿Y ustedes son?

—Melissa… —responde, extrañamente tímida de repente.

—Ted. —«Bastante cerca».

—Encantado de conocerlos a los dos. —Bo inclina la cabeza al otro lado del pasillo—. Y a ti —dice, guiñándome un ojo, fuera de la vista de nuestros nuevos amigos, para no descubrirnos.

—Entonces… ¿no eres el padre? —Ted (renombrado: Ned) pregunta.

—¿El padre de quién? —responde Bo, estupefacto.

—Su bebé. —Ted me mira, con los labios entreabiertos y señalando hacia otro lado. El pobre hombre no podría estar más confundido.

—¡Oh! ¿El bebé de Gwen? —Bo me señala con el pulgar.

Lucho contra una carcajada tan fuerte que me tiembla la nariz.

—Sí —aclara Ted, cada vez más desconcertado.

Bendito sea. Melissa solo parece molesta, mirándose las cutículas.

—No, no lo es—confirmo, con voz vacilante—. Pero —me dirijo a Bo—, si estás disponible, el trabajo puede ser tuyo.

—Oh, vaya. —Bo se pasa una mano por el corazón y me mira a los ojos. Me cuesta no esbozar una sonrisa—. Sería un honor…

Melissa se aclara la garganta, captando nuestra atención.

—Sabes, si no querías hablar, podías haberlo dicho. No tienes que ser grosera.

Ted, aparentemente ajeno, sigue embelesado con nuestra pequeña actuación.

—¿Así que no sabes quién es el padre?

—Me temo que es un poco la situación de *Mamma Mia* —respondo.

—Ya estamos otra vez —murmura Bo en voz baja mientras Melissa atrae a Ted hacia sí y empieza a susurrarle al oído.

Una vez ha terminado de decirle a su marido que deje de interactuar con nosotros, Melissa alarga la mano a su lado y abre una revista *People* de principios de la década de 2000 con un movimiento agresivo.

Bo y yo evitamos el contacto visual, pero siento que sus hombros tiemblan junto a los míos mientras reprime su risa hasta no ser más que unas cuantas respiraciones entrecortadas. Solo había sido tan tonta en público con Sarah, sabiendo que ella siempre me cubriría las espaldas. Supongo que puede tomarse como una buena señal que ser tonta al lado de Bo me resultara tan fácil.

Aunque me siento un poco mal por Ted. Dulce, simple Ted.

—¿McNulty?

La técnica llama desde la esquina, apareciendo solo cuando miro hacia la voz entrante.

—¡Sí!

Empujo para ponerme de pie y noto que mis piernas de repente se sienten mucho más débiles que cuando subí las escaleras. Sinceramente, agradezco a Melissa, Ted y Bo la distracción que me

han proporcionado hasta ahora. Estuve más que nerviosa en el trabajo todo el día y apenas dormí anoche.

No es que crea que le ha pasado algo terrible al bebé. Los síntomas han ido bastante bien, aunque sigo teniendo náuseas todos los días. La doctora Salim me recomienda tener que llevar una bolsa para náusea en el bolso y galletas al lado de la cama es una buena señal de que el bebé se está haciendo fuerte.

Creo que el miedo proviene de lo real que de repente parece todo esto. Como si cada paso más cerca de la mesa del paciente al final de este pasillo fuera un nuevo compromiso de elegir este camino. Un recordatorio de que he tomado esta gran decisión con muy poca lógica y mucho instinto. Quedarme con el bebé me parecía hasta cierto punto hipotético. Una vez que estemos en esa habitación, me quedaré con mi bebé. *Nuestro* bebé.

Bo camina más rápido de lo que mis piernas me permiten, delante de mí, junto a la técnica. Se gira sobre su hombro y me hace un guiño dulce y alentador, y me sonríe antes de dar media vuelta.

No puedo evitar preguntarme si él también siente esto. La seriedad de este momento. La inmensa presión. La sensación inminente, como si la gravedad hubiera sido absorbida de este edificio y estuviéramos flotando por este pasillo. A toda velocidad, en realidad, hacia esta nueva realidad.

Probablemente no.

Aunque cuando me encuentro tumbada sobre la mesa en medio de la habitación, subiéndome la camiseta para dejar al descubierto mi vientre aún inmutable, miro hacia él en busca de consuelo a mi izquierda. Y Bo me lo da, tendiéndome una mano.

—No pasa nada —me dice. Su voz me recuerda a la forma en que los padres consuelan a sus hijos antes de que despegue el avión. «Un montón de personas han realizado esto antes, no hay motivo para preocuparse», pero en el fondo subyace un pequeño atisbo de inquietud, como si dijera: «de nuevo, los accidentes aéreos ocurren».

—Lo prometo —dice, frunciendo las cejas mientras asiente con la cabeza, con una expresión más concentrada y firme.

Debo de parecer tan asustada como me siento para que él tenga que soltar una palabra como «lo prometo».

La técnica está hablando, mucho, a mi derecha. Y yo solo capto la mitad. No quito los ojos de Bo. Verlo escucharla atentamente y asentir con la cabeza me impide caer aún más en espiral. Al menos está presente. Se irá con la información que necesitemos.

La mano de la técnica en mi hombro derecho me hace girarme hacia ella y la máquina que tiene delante.

—Voy a aplicar el gel ahora, estará frío. Nos aseguraremos de limpiarlo todo cuando terminemos. —Me enseña un bote de gel y yo asiento con la cabeza, sonriendo débilmente.

Agarro con fuerza la mano de Bo. Él me devuelve el apretón rítmicamente, como si intentara igualar los latidos de mi corazón. Por un momento, deseo haber traído a Sarah conmigo. De ese modo, no estaría aferrada a este tipo para salvar mi vida.

Me cae gel frío en el estómago y siento presión cuando la técnica baja la sonda y presiona con más fuerza de la que esperaba. Está hurgando mucho ahí abajo. Después de unos largos y dolorosos segundos, empiezo a preocuparme de que no pueda encontrar al bebé. Que tal vez ya no haya bebé.

El miedo me sube por la columna vertebral como agua helada mientras un millón de escenarios de lo peor toman mi cerebro como rehén. Siento un escalofrío en la habitación que antes no existía, una brisa fresca que me recorre la piel, me eriza el vello y me pone la piel de gallina. Cada terminación nerviosa envía una señal de que ha llegado el momento de entrar en pánico. Pero el grito ahogado de Bo me hace retroceder.

Lo miro mientras él, con los ojos muy abiertos y la mandíbula floja, mira fijamente la pantalla que tengo detrás y a la que tengo demasiado miedo de mirar. Exhala temblorosamente y la alegría se apodera de sus facciones. Se inclina hacia delante y susurra algo que

no entiendo bien y que ni siquiera sé si pretendía decir. Luego se detiene cuando la sonda vuelve a moverse y se dirige hacia mi estómago.

Veo cómo el pequeño asombro de Bo estalla en una sonrisa radiante que intenta contener mordiéndose el labio y negando con la cabeza.

—¿Winnifred? —dice la técnica desde detrás de mí—. ¿Querías ver también?

Me giro lentamente, preparándome para el impacto con los ojos entrecerrados y los labios fruncidos.

Pero allí, en la pantalla en blanco y negro, hay una cosa pequeña, perfecta, parecida a una judía.

Mi bebé.

No *el* bebé. Sino *mi* bebé.

Y no es tan aterrador como pensé que sería, sabiendo que es mío. En realidad, es jodidamente irreal. Un honor. Algo asombroso, increíble, espectacular, sublime.

Veo cómo el bebé se mueve en pequeñas y agitadas rotaciones. El alivio me calienta la piel y los sentidos como si estuviera bajo un rayo de sol en un día nublado, y el corazón se me hincha de alegría hasta el punto de que siento que podría desfallecer.

La técnica sonríe suavemente mientras aprieta más la sonda contra mí, tratando de obtener una mejor visión en la pantalla.

—Ciertamente está activo —dice—. Van a tener las manos llenas con éste.

—Hmm —murmuro de acuerdo. «Las manos son un poco el problema aquí, señora».

El bebé vuelve a moverse en la pantalla. Un pequeño salto que me recuerda a una pulga. Y me olvido del mundo.

«Hazlo otra vez», grito internamente, imaginando mis venas y la sangre que bombea por ellas como transmisores de radio, esperando tontamente que el bebé pueda oírme de algún modo.

Bo se ríe, profundo y bajo, mientras el bebé da otra vuelta lejos de la vista de la sonda.

—Parece que quieren algo de intimidad —dice.

—Dios mío, mamá y papá… déjenme en paz —digo como una adolescente malhumorada.

—Son tan molestos —añade Bo en su propio quejido similar.

Ya somos tan odiosos. Me encanta. Probablemente más de lo que debería.

La técnica teclea mientras sigue haciendo clic en la imagen, tomando notas y medidas. Su rostro concentrado podría ser solo eso: concentración. Pero también podría ser preocupación. Tal vez haya algo que no esté del todo bien y que solo alguien con un ojo entrenado podría notar.

—¿Está bien? —Las dos palabras se caen antes de que piense en preguntarlas.

—Todo me parece bien —responde, girándose para mirarme a mí en lugar de a la pantalla.

—¿Quieres oír los latidos?

—Sí, por favor —respondemos Bo y yo al unísono.

Con unos pocos botones pulsados y mandos girados, comienza un sonido silencioso. Al aumentar el volumen, el latido del corazón del bebé llena la habitación, reverberando contra las paredes con un ritmo perfecto. El sonido más exquisito y que más cambia la vida.

Es lo único que oigo. Por encima de mi respiración jadeante. Por encima de los alegres murmullos de asombro aparentemente inconscientes de Bo. Por encima de todo. La ciudad de fuera, la voz de la ansiedad en mi cabeza, el sutil crujido de mis costillas apretándose bajo el peso de todo este cambio.

Bum, bum, bum. Como un tren constante.

Bum, bum, bum. No es un error.

Bum, bum, bum. Un «feliz» accidente.

—Vaya —exhalo, con las lágrimas manchándome las pestañas inferiores.

—Ritmo cardíaco: 1.67 —dice la técnica, tecleando.

—¿Así está bien? —pregunta Bo en voz baja, como para no perturbar el momento.

—Sí, es justo donde lo queremos.

Resopla aliviado. Entonces sus cálidos labios se posan en el dorso de mi mano. Me aparto de la pantalla hacia él, sorprendida por esa forma de contacto. Lo cual puede ser absurdo, teniendo en cuenta todo lo que hemos hecho.

—Gracias por dejarme estar aquí —dice. O tal vez lo dice con la boca, no estoy segura. Todo lo que puedo oír es el latido constante de su corazón.

—¿Puedes grabar esto? —pregunto con voz ronca, la emoción me aprieta la garganta.

Bo me suelta la mano para sacar su teléfono y, al cabo de un momento, lo levanta ligeramente, con la grabadora de voz del teléfono parpadeando en rojo.

Unos instantes después, la enfermera baja el volumen lentamente y apaga sus máquinas.

—Les imprimiremos algunas fotos. Pueden esperar noticias de su médico en los próximos días… —La técnica se detiene—. Bueno, en realidad, dado que solo faltan dos días para Navidad, lo más probable es que no. Pero —se inclina para susurrar—, puedo decirle que no hay absolutamente nada de qué preocuparse. Solo entre nosotras.

Guiña un ojo.

—Gracias —le digo.

—Te daré dos minutos —dice, dándome una toalla caliente—. Para la mugre. —Me señala el estómago mientras rodea la cama y se va.

—Ha sido increíble —dice Bo mientras me limpio el estómago.

—Aunque son mucho menos humanos de lo que esperaba.

—Como una pequeña gominola —digo, sonriendo con cariño.

—Y se movía mucho —dice incrédulo.

—Es libre de moverse por ahí. Es salvaje.

—Parece que se siente como en casa, sí.

Me siento, bajándome la camiseta.

—Guau…

Repito, porque vaya.

—Sí… —dice Bo en un largo suspiro, una sonrisa torcida en pleno y audaz acuerdo.

—Un bebé —le digo, fulminándolo con la mirada.

—Un bebé —repite, sacudiendo la cabeza.

—De locos.

Bo suspira y se pasa una mano por la cara.

—Bastante genial, mierda —dice, y luego me mira.

Compartimos una pequeña y vertiginosa sonrisa antes de levantarme de la mesa y dirigirnos hacia el mostrador de la recepcionista.

Después de que la técnica nos entrega un sobre con dos ecografías idénticas, bajamos al vestíbulo en silencio. Al llegar a la planta principal, me doy cuenta de que la nieve cae con más fuerza, iluminada únicamente por las farolas del exterior.

—¡Caray! —digo, mirando hacia el frío sin duda abrasador, enrollándome la bufanda alrededor del cuello.

—¿Puedo llevarte? —pregunta Bo, abotonándose el abrigo. Pero entonces se detiene y me observa atentamente durante un momento—. En realidad, voy a insistir. Te voy a llevar.

Pongo los ojos en blanco con afecto.

—Sí, eso estaría bien. Gracias. —Entonces recuerdo la sugerencia de Sarah—. En realidad… ¿tienes planes para esta noche?

Termina de ponerse el abrigo y se mete las manos en los bolsillos.

—No. —Enarca una ceja, levantando la comisura de los labios junto a ella—. ¿En qué estabas pensando?

—¿Quieres venir a casa de Caleb y Sarah conmigo? Vamos a hacer una noche de juegos.

Asiente con entusiasmo.

—Sí, claro. Me encantaría. Mi coche está a la vuelta de la esquina.

Bo abre la puerta principal y salimos a la tormenta. Me lleva de una mano flotante por encima de la cintura hacia su coche mientras el viento silba a nuestro alrededor. Me abre la puerta del pasajero y la cierra tras de mí. Entonces recupero el sentido e intento calentarme las manos con la respiración mientras abre brevemente la puerta antes de lanzarse al interior.

Su coche es realmente bonito. No sé mucho de coches, pero con una pantalla del tamaño de una tableta en la consola central y asientos forrados de cuero con botones para calentar los asientos, imagino que costó un dineral.

—Gran paseo —digo como una zoquete

Le tiembla el labio cuando pulsa un botón y el coche emite pitidos, luces y un sutil ruido del motor.

—Gracias.

—¿Recuerdas cómo llegar a casa de Sarah?

—Creo que sí. Estoy seguro de que todo lo relacionado con esa casa está grabado en mi memoria.

Sale de la calle lateral, con los limpiaparabrisas haciendo horas extras.

Al principio, creo que lo dice por lo bonita que es su casa, o algo aludiendo a la evidente riqueza de Sarah y Caleb. Pero luego me doy cuenta de la forma en que lo dijo. Como si la casa fuera infame. Refiriéndose, sutilmente, a la última vez que estuvimos los dos en casa de Sarah y Caleb. Siento que se me calientan las mejillas de rubor y doy gracias a la luna por no brillar demasiado.

—Me alegro de que me pidieras que viniera. Honestamente, no he estado seguro de cómo hacer esto, pero creo que pasar algún tiempo sin citas juntos sería bueno. Para conocernos. Estamos en una especie de…

Su voz se interrumpe mientras mira por encima del hombro, cambiando de carril.

—¿Atrapados? —ofrezco.

—Iba a decir algo como trabajar por un objetivo mutuo, pero sonaba demasiado desvinculado.

—El otro día nos llamé colegas y Sarah estaba horrorizada.

—Horrorizada, ¿eh? —bromea.

—Asombrada, si quieres.

—Pero no hay un término adecuado para esto —dice a modo de acuerdo.

—Copadres, supongo.

—Pero «padres» parece un título reservado para cuando un bebé está físicamente presente —dice Bo—. Sin ánimo de ofender.

Se dirige a mi barriga.

—¿Apuntemos a amigos? —sugiero.

—Amigos que van a tener un bebé juntos.

—Sí. Amigos con un feto.

—Un tipo de beneficio totalmente nuevo. —Se ríe—. Pero sí. Los amigos son buenos.

—Genial —coincido.

—Voy a ser tu amigo, Freddie McNulty.

—Tan agresivo —digo, riéndome.

—Un rasgo mío que probablemente deberías conocer. Soy tremendamente competitivo. Incluso en una tarea mutuamente beneficiosa. Así que prepárate para una amistad. Dura.

—Ya lo has hecho raro. —Me siento más recta, cruzándome de brazos—. Y deberías saber que también soy muy competitiva. Lo cual, me entristece decirlo, es la razón por la que nunca ganarás. Voy a ser tu mejor amiga tan rápido que la cabeza te dará vueltas. ¿Y tú? Serás un mero conocido para mí.

—De acuerdo —responde Bo.

—Y no me llames Freddie —digo cruzándome de brazos.

—Claro, *Frederick*.

Capítulo 11

—¿Qué carajo está pasando? —pregunta Sarah, susurrando, mientras toma más tortillas de la despensa.

Sarah y yo hemos formado equipo en todas las rondas de Catan desde que Bo y yo llegamos hace tres horas, y sin embargo ninguna de las dos nos hemos acercado a la victoria. Bo es absurdamente bueno en los juegos de mesa, y Caleb desde luego no está ayudando, dándole todos los intercambios que pide.

—Si lo supiera, no nos estaría pateando el trasero el Jolly Green Giant[3] allí. Culpo a Caleb —respondo, sacando salsa de la nevera.

—Bo está tan extrañamente tranquilo mientras negocia. Es como si supiera lo que vas a hacer. Es… ¿extrañamente sexi? —dice Sarah, tomando el frasco de mí, su rostro torcido en preocupación.

—Menos mal. Pensé que era solo yo —susurro—, como, él sigue haciendo esa cosa engreída de rascarse la barbilla cuando construye un nuevo asentamiento y… —Me interrumpo—. Dios mío, ¿qué estoy diciendo? ¿Qué nos está haciendo?

—¿Nena? —Caleb dice desde el arco al entrar en la cocina—. Oye, ¿necesitas ayuda?

—Sí, necesitamos ayuda. —Sarah gira abruptamente—. Ayuda para entender por qué le disté a ese hombre seis minerales por una puta oveja.

[3] Imagen representativa de una marca de vegetales.

—¿Honestamente? —pregunta Caleb—. No lo sé. Es como si me los hubiera quitado de la mano.

—Tenemos que ponernos de acuerdo y formar un frente unido. Nos está destruyendo —Sarah suspira, alcanzando delante de mí un tazón de patatas fritas del armario—. Quizá deberíamos dejar de jugar juegos de mesa y ponernos en modo interrogatorio total. ¿Quién es ese tipo? ¿Qué pasó con la diablesa? ¿Por qué canceló el compromiso? ¿Cuáles son sus intenciones con Winnie? Caleb, tú serás el policía bueno. Obviamente.

Estoy a punto de protestar cuando suenan pisadas en el pasillo.

—¿Están todos aquí? —pregunta Bo, entrando en la cocina a paso tranquilo con una mano en el bolsillo de los vaqueros.

Mira a su alrededor, observando nuestras caras con una sonrisa perpleja.

—¿Ha pasado algo?

—¡No! Todo bien —responde Sarah en un tono varias octavas por encima de lo normal.

—Les da un poco de rabia que ganes en todo —dice Caleb. La pequeña rata.

—Traté de advertirte —dice Bo, señalándome, sonriendo demasiado—, soy competitivo. —Se encoge de hombros.

—Esto no es una competencia normal —argumento, señalándolo.

Bo se acerca a mí, con los ojos fijos en mi dedo extendido mientras sigue caminando, y solo se detiene cuando la punta de mi dedo presiona la dureza de sus costillas. Ignoro la sensación de nudo en el estómago cuando sonríe arrogantemente hacia donde nos tocamos.

—No estás volteando el tablero del Monopoly porque perdiste o fingiendo tiradas de dados. Esto es una especie de truco mental Jedi sexi.

Lo golpeo con fuerza en las costillas antes de girarme hacia los taburetes de la cocina y dejarme caer sobre uno con la más pequeña de las rabietas.

—¿Yo? ¿Sexi? —Bo se aprieta el pecho, la diversión ilumina sus facciones.

—Has sacado esa palabra de contexto.

—No sabemos cómo lo estás haciendo, pero cuando lo averigüemos, estarás acabado —dice Sarah, poniéndose a mi lado y echándome el brazo por los hombros.

—¿Quizás jugamos a algo nuevo? ¿A las cartas? —sugiere Caleb, con la boca llena de patatas fritas y salsa.

«Tres, dos, uno…»

—¿Strip poker? —dice Sarah, cruzando la cocina hacia su marido, sonriendo de oreja a oreja.

—Sarah —suspira Caleb en voz baja, ladeando la cabeza—. No —dice, abatido.

«No», vuelve a decir cuando ella le hace un mohín, girando el cuerpo de un lado a otro, suplicando en voz baja.

—Siempre estoy dispuesto a un poco de strip poker[4] —dice Bo, sonriendo a mi amiga.

—Oh Dios —dice Caleb a nadie en particular, su expresión llena de horror—. Ahora son dos.

—Nadie se va a desnudar —digo, primero a Caleb y luego a los dos alborotadores—. La última vez que me desnudé en esta casa, me fui con un favor de fiesta muy caro y para toda la vida. Así que no, gracias.

La risa de Bo se escapa a través de los labios fuertemente cerrados.

—Me parece justo.

[4] Juego que consiste en póker y quitarse una prenda de ropa.

Extiende la mano por el mostrador para tomar una patata frita, la lanza al aire y se la lleva a la boca.

—¡Ooh! Hablando de ese favor de fiesta… —Sarah camina hacia el otro lado de la cocina y entra en su despensa de mayordomo, desapareciendo de la vista—. Les traje un regalo —dice, volviendo con una cesta que le cubre medio torso.

Está envuelta en celofán transparente con un gran lazo rojo en la parte superior.

—Sarah —gimoteo mientras coloca el regalo en el extremo opuesto de la isla—. Navidad es en dos días. No deberías haberlo hecho.

Sarah vuelve su atención hacia Bo, enderezando la espalda con falso orgullo herido.

—Win odia los regalos. Porque nosotros tenemos dinero y ella no, y eso la incómoda. Aunque le he dicho muchas veces que es mi forma de demostrarle cariño, ella intenta negármelo continuamente. ¿Qué opinas de los regalos, Bo? Y, por favor, contesta con cuidado, esto determinará si me gustas o no.

—Me encantan —dice Bo bruscamente, dando unas zancadas hacia el mostrador, mirando el regalo con cautela—. Gracias.

Sarah emite un orgulloso sonido «hmmm» desde el fondo de su garganta.

—Judas —susurro, mirando a Bo.

—¿De verdad no vas a abrir este regalo conmigo? —me pregunta, jugueteando con el lazo, imitando un tirón.

Una súbita y sorprendente imagen de él jugueteando con mis bragas revolotea por mi cerebro y luego se va tan rápido como vino.

—He trabajado mucho en ello —añade Sarah con la misma voz burlona.

Estos dos son una combinación peligrosa y molesta.

—Bien —digo, bajándome del taburete y me pongo al lado de Bo.

Tiro indelicadamente de la cinta y le hago un gesto a Bo para que haga el resto cuando se la quite. Bo desenvuelve el envoltorio y descubre la cesta verde tejida que hay debajo, llena hasta los topes de objetos, algunos envueltos y otros no, y una caja blanca del tamaño de una tarjeta con una inscripción encima.

«Veinte preguntas para enamorarse», leo.

Vuelvo la mirada hacia Sarah, que se desborda con travieso regocijo.

«¿En serio?», le pregunto en silencio, moviendo el ojo derecho en su dirección.

—Vi un vídeo sobre este juego en Internet. El título es… evocador, pero en realidad son solo veinte preguntas para conocer bien a alguien, rápidamente. Pensé que podría ser útil —dice esa palabra bruscamente hacia mí—. Ya que ustedes dos tienen mucho que hacer en el departamento de conocerse mientras están vestidos.

Lucho contra el impulso de burlarme de ella con un quejido infantil y repito sus últimas palabras en voz alta.

—Es muy considerado, gracias —dice Bo, como si me estuviera aleccionando para hacer lo mismo. Estoy a punto de poner los ojos en blanco cuando continúa—: Estábamos hablando de tener que conocernos más de camino aquí. Así que esto es genial.

—Sí —cedo, «solo un poco»—, gracias.

Bo toma la caja de cartas y le da la vuelta.

Asiento con la cabeza, sonriendo amablemente, y busco otro regalo para sacarlo.

—Y pensar —susurra Caleb dramáticamente, rodeando el mostrador para ponerse a mi lado—. Si hicieras una pregunta cada día, podrías estar enamorada en menos de tres semanas.

Lo golpeo en la cabeza con la bonita almohada de baño que Sarah eligió.

—Gracias, Sarah, por el regalo —le digo, mirándola fijamente.

—También me aseguré de almacenar condones en la habitación de invitados en tu honor. Y extragrandes —dice, guiñándole un ojo a Bo.

Expulsa una tos, que me resulta profundamente gratificante.

—Lo siento —murmuro en el espacio entre nuestros hombros, tirando de mis labios para detener una sonrisa.

—No, no lo sientes—responde solo para mis oídos, metiendo la mano en la cesta a mi lado mientras saca algo suave y blanco.

—Ay —Caleb arrulla el mameluco que tengo en la mano—. Eso es pequeño. —Se queda mirando Bo, parpadeando lentamente.

—Los bebés suelen serlo —respondo, frotando el suave algodón contra mi mejilla.

—Bo, ¿cuánto medías cuando naciste? —pregunta Sarah, observando su alto cuerpo.

—Oh, eh, la verdad es que no lo sé.

Se encoge de hombros, sacando unos bombones de chocolate que señala con entusiasmo.

—Me encantan.

—Pregúntale a tu madre. Estoy preocupada por las partes de mi niña —dice Sarah.

Caleb gime, captando la atención de Sarah desde el otro lado del mostrador.

—¿Qué? —pregunta Sarah, mirando entre los hombres.

—Mi madre falleció cuando yo era muy joven —dice Bo sin emoción, sacando un paquete de galletas—. Estas son mis favoritas. —Las abre con vigor y les da un sonoro mordisco, asintiendo mientras mastica, como si estuviera escuchando su canción favorita.

«¿Quién tiene una galleta favorita?».

—Lo siento. —Sarah hace un gesto de dolor.

—No es para tanto. —Bo le sonríe, tragando saliva—. Gracias de nuevo por todo esto. Y por dejarme colarme en la noche de juegos.

Se vuelve hacia Caleb.

—A ti también, hombre

—De nada —dice Caleb mientras Sarah camina alrededor de la isla hacia él, colocando su brazo alrededor de su espalda—. Nos gusta mantener el contacto con todas las parejas que conciben un bebé en nuestra casa.

—Sí, es una tradición nuestra —añade Sarah.

—No sabía que esto fuera tan frecuente. ¿Hay algún grupo de apoyo? ¿Un foro en línea? —pregunta Bo.

—Sí, se reúnen aquí los martes a las once —responde Sarah—, se sirven refrescos ligeros.

—Maravilloso. Cuenta con nosotros —dice Bo, sacando el último artículo—. Guau —se ríe entre dientes—, no creo que esto sea para mí.

Vuelvo mi atención a la caja que tiene en la mano y la alejo de un manotazo. En cuanto la caja cae al suelo de la cocina, le doy una patada instintiva. Con tanta fuerza que sale volando por la habitación, atraviesa la entrada de la cocina y se pierde por el pasillo. Bo se queda mirando sus pies y mordiéndose el labio.

—Sarah Abilene Linwood —digo, rechinando la mandíbula. «Me prometiste que no harías ninguna gracia», digo telepáticamente, mirándola con ojos brillantes.

Se lleva las manos a la boca, pero eso no le ayuda a contener la risa.

—Bien, en mi defensa, empecé esto como un regalo solo para ti, y puede que haya olvidado que estaba ahí.

Caleb me mira pícaramente mientras se baja de su taburete y se arrastra hacia el pasillo. Lo fulmino con la mirada mientras retrocede de puntillas, con aspecto de villano de dibujos animados.

No tengo energía para intentar llegar primero a la caja, así que ignoro las risitas que se están repartiendo mi anterior mejor amiga y el futuro padre traidor y empiezo a clasificar nuestro regalo en dos montones ordenados. Los artículos para Bo a la derecha, los artículos para mí a la izquierda.

—El Clit-Stim 9000… —Caleb vuelve a la cocina, golpeando la caja contra la palma de la mano—. ¿Tenemos éste? —pregunta a su mujer, que al menos parece un poco culpable bajo su sonrisa de labios finos.

—¿Tenían que hacer nueve versiones? —pregunta Bo.

—Debe de haber sido hecho por un hombre —digo, dejando caer un libro titulado *Papá primerizo* sobre su pila con un golpe no tan sutil—. Si les llevó nueve intentos averiguar cómo complacer adecuadamente a una mujer.

La lengua de Bo empuja contra el lado de su mejilla mientras asiente, con un brillo arrogante en sus ojos.

—No todos los hombres necesitan nueve oportunidades, si no recuerdo mal. —Vuelve a colocar los bombones de chocolate que yo había colocado en su montón sobre el mío y se inclina hacia él—. Algunos solo necesitamos una —susurra.

A continuación, destruye absolutamente la tensión que comenzó a tirar como un corsé alrededor de mi garganta mordiendo su galleta de una manera deliberadamente agresiva, girando sobre su talón hacia Caleb, y lanzando una mano hacia arriba.

—Lánzala —ordena Bo.

Caleb lanza la caja y Bo la toma, palmeándola en una mano.

—Toma —dice, colocándola junto a mi pila.

—Mi héroe —digo secamente.

—Puedes quedártelo todo —dice Bo, mirando nuestros montones—. Bueno, quizá me quede con el libro y… —Alza la camiseta negra con letras blancas, con una sonrisa ladeada. «Llámame papi». Mueve las cejas sugestivamente.

—Sarah es una pervertida —le digo.

—¡Escucho eso!

Toma una galleta de la bandeja abierta de Bo mientras pasa.

La fulmino con la mirada mientras ella y Caleb empiezan a descorchar juntos una botella de vino.

—Quédate con tu mitad —le digo a Bo—, lo he repartido equitativamente.

—Pero esto —señala entre nosotros—, tampoco es especialmente justo. Desde mi punto de vista, tú estás haciendo todo el trabajo. Soy como el chico que pide ver el proyecto del grupo el día antes de la presentación.

Admiro su pila pensativamente.

—Bien, si bien. Yo quiero esto y tú toma esto.

Agarro unos caramelos de jengibre que, en retrospectiva, probablemente eran para las náuseas y le doy el paquete de veinte preguntas.

—Puedes encargarte de hacerlas. Un poco de responsabilidad.

—Genial. —Sonríe.

Me acerco al fregadero y agarro una taza vacía para llenarla, sintiéndome un poco ruborizada.

—¿Estás bien? —pregunta Sarah.

—Sí, tengo esta sensación de que el estómago me da un vuelco.

Cierro el grifo y me llevo el vaso a los labios.

—¿Qué sensación? —Bo se acerca, sus ojos entrecerrados en mí con preocupación.

—Náuseas —digo, tratando de sorber lentamente—. A veces pueden aparecer de la nada.

La piel húmeda, la sangre acelerada, los latidos del corazón acelerados. Todo empieza a oler raro de repente y siento la lengua

demasiado grande para mi boca. Todas las señales habituales que apuntan a la necesidad de ir al baño rápidamente.

—Vuelvo enseguida. ¿Estás bien? —le pregunto a Bo.

Bo parece sorprendido por mi pregunta y echa la cabeza hacia atrás.

—Sí, por supuesto. Me encuentro bien. Ve, yo…

No le dejo terminar antes de salir corriendo hacia el tocador de la planta principal, luchando contra el vómito que se abre paso por mi garganta forzando su escape demasiado pronto.

Capítulo 12

Un suave golpe es ahogado por el sonido de la cisterna del inodoro.

—¿Estás bien ahí dentro, campeona? —pregunta Sarah desde el otro lado de la puerta.

Gimo y dejo que mi frente golpee la fría pared de azulejos junto al asiento del váter.

—¿Necesitas algo? ¿Agua? —pregunta.

—Sí —digo, tomando el papel higiénico para limpiarme la boca, con la garganta seca—. Agua, por favor.

—Bien, Bo está entrando.

¿Cómo? ¡No! No puede verme como…

—Hola —dice Bo, con una voz llena de simpatía mientras abre y cierra la puerta.

Gimo internamente mientras imagino el aspecto que debo de tener, arrellanada en posición fetal contra la pared. La aversión de Sarah a todo lo sangriento y asqueroso está resultando muy inconveniente. Al menos podría haber mandado a Caleb.

—Tengo agua y algunos de esos caramelos de jengibre. Sarah dijo que podrían ayudar. —Me da el vaso de agua y abre el envoltorio de los caramelos—. ¿Quieres uno?

Asiento con la cabeza, evitando el contacto visual, y le tiendo la palma de la mano a Bo. Él deja caer el caramelo dorado en ella y luego tira el envoltorio a la basura, junto al retrete.

—Así que esto es cosa de todos los días, ¿eh? —pregunta abriendo un cajón bajo el fregadero.

—Unas cuantas veces al día últimamente.

—Mierda, Win. Lo siento —dice. Miro hacia él cuando oigo que abre el grifo en el fregadero. Sostiene una toallita bajo el agua, dejándola en remojo. Segundos después, cierra el grifo y la escurre dos veces antes de doblarla en un rectángulo ordenado.

Agarrado firmemente a la esquina del tocador del baño, Bo sostiene su peso mientras se arrodilla.

—Toma —me dice, apartándome el pelo con delicadeza y colocándome el paño frío en la nuca.

Tengo que admitir que se siente increíble. Aunque el cuerpo demasiado grande de Bo está muy cerca de la pequeña bañera de Sarah. No sé si las náuseas son residuales o una señal de lo que está por venir, o si son abrumadoras debido a la inminente proximidad de Bo.

—¿Puedes abrir la puerta? —pregunto, mirándolo a los ojos mientras le quito la toallita y me la llevo a la mejilla. Son unos ojos tan bonitos. Amables—. Creo que necesito un poco de… espacio.

—Sí, claro. —Se gira para ponerse de pie con un gemido—. Avísame cuando estés lista para irte. Sarah ha recogido todas tus cosas, y yo estaré ahí fuera por si necesitas algo más, ¿bien?

—Sí, gracias —digo mientras él inclina la cabeza y cierra la puerta.

Me presiono la frente con el paño frío, dejándolo caer también sobre los párpados cerrados y el puente de la nariz. *Otro* síntoma divertido. Cada vez que vomito, me empieza a doler la cabeza. Al final, se me forma un dolor de cabeza por presión detrás de los ojos, que hace que vea borroso y que cada sonido sea demasiado intenso.

Mi próxima cita con la doctora Salim es dentro de cinco semanas. He fijado esa fecha como punto de referencia para saber cuánto tiempo toleraré sentirme como una fábrica de vómitos andante. Si no aguanto más, dejaré que la enfermedad se apodere de mí. Me iré a la

playa, como solían hacer todas las mujeres enfermas o ligeramente locas, y me obligaré a acabar con ella o a disfrutar de una muerte prematura.

O, tal vez, le pediré a la doctora Salim que me recete esa medicina que me sugirió.

Una de esas dos cosas.

Cuando por fin mi estómago descansa y mi vaso de agua está vacío, me levanto despacio, me lavo las manos y me enjuago la boca. Salgo del baño y me despido de Sarah y Caleb con un murmullo cortés mientras Bo lleva todas mis cosas al coche.

El aire fresco del invierno ayuda un poco, y ni siquiera intento ponerme el abrigo antes de sentarme en el asiento del copiloto, disfrutando del aire fresco sobre mi piel húmeda y caliente.

—¿Estás bien abrigada? —pregunta Bo, cerrando la puerta tras de sí, mientras una ráfaga de nieve cae y se derrite al instante dentro de su coche.

—Intentando equilibrarme —respondo, apoyando la mejilla en el reposacabezas.

—De acuerdo. Juega con los diales como quieras —dice, abriendo el GPS en su pantalla. Le doy mi dirección y nos ponemos en marcha.

En algún momento del trayecto de unos veinte minutos entre mi casa y la de Sarah, me quedo dormida.

Me despierta el ruido de la grava bajo los neumáticos en el estacionamiento trasero de mi edificio. Levanto la frente de la ventana e intento limpiarme sutilmente la baba de la barbilla. Bo se detiene en un lugar para visitantes mientras yo parpadeo despierta como una criatura sobresaltada.

Pero la siestecita y el aire fresco me han ayudado. Me siento mucho mejor.

—Lo siento, me quedé dormida.

—Sí, me di cuenta a mitad de mi larga historia de mi propio incidente de vómito público en la escuela secundaria. —Me sonríe, con la mano en la palanca de cambios—. Probablemente sea lo mejor —dice, estacionando el coche.

—Ah, bueno, la próxima vez. —Me desabrocho el cinturón y miro el asiento trasero con todos mis objetos—. Gracias por traerme —digo, empezando a calcular mentalmente cómo equilibraré la cesta de regalo, mi bolso y la planta que Sarah me rogó que me llevara y reviviera. A estas alturas ya soy una profesional: te sorprendería lo que se puede hacer con una mano y media y una terquedad de toro.

—Te acompaño —dice Bo, que ya está apagando el coche. No me molesto en discutir, aunque probablemente debería. Entre el agotamiento y las náuseas matutinas no tan matutinas, hace unas semanas que no limpio mi apartamento más que algunos platos y la colada. El trabajo absorbe casi toda mi energía y, cuando llego a casa, me quedo dormida. Apenas tengo ganas de bañarme.

Nos abrimos paso a través del gélido aire nocturno hacia la entrada trasera, una puerta de metal gris con un cristal agrietado en un lado que no se ha reparado desde que me mudé. Empiezo a encogerme interiormente, pensando en el estado de los pasillos y el vestíbulo de mi edificio. El olor a humo, el suelo desconchado, las luces parpadeantes, el… ¡mierda!

El ascensor roto.

—Gracias. —Intento quitarle la cesta, pero fracaso al tener que equilibrarla con el bolso, el teléfono y las llaves en una mano. Bien, vuelve a barajar. Meto el teléfono en el bolso y uso el llavero para enganchar las llaves alrededor del pulgar de mi mano pequeña. Ya está, ahora tengo una mano libre para la cesta. Muy fácil—. Bien, ya me voy. —Agarro la cesta y la acurruco contra mi cadera izquierda—. ¡Buenas noches! —digo, un poco demasiado animada.

Bo saca la lengua y entrecierra ligeramente los ojos para mirarme a mí y luego al vestíbulo que nos rodea.

—No hay ascensor aquí, ¿eh?

Hago una mueca.

—¿Técnicamente? Lo hay. Pero no ha funcionado en cuatro años. Así que no, lo siento.

—¿Qué piso? —pregunta Bo, mirando hacia las escaleras.

—Sexto —respondo mansamente.

Una pequeña inhalación aletea sus fosas nasales.

—Eso va a ser todo un reto. —Se ríe sin humor, rascándose una ceja antes de colocarse esa misma mano en la cadera.

Miro hacia el banco de metal que hay cerca del ascensor abandonado e inclino la cabeza para que Bo me siga. Sentada, bajo la cesta y la planta al suelo y cruzo un pie delante del otro, moviéndome nerviosa en mi asiento.

—Estoy muy cansada desde que me enteré de lo del bebé, pero he estado pensando en buscar un sitio nuevo —digo mirando al suelo—. Este edificio es un asco, la verdad. Tampoco es que me apetezca subir seis tramos de escaleras superembarazada. Podría acabar dando a luz en ellos si lo hago.

Bo se ríe en voz baja, más como un suspiro que otra cosa.

—Y, obviamente, tu habilidad para entrar dondequiera que yo viva también es una necesidad ahora —digo, sentándome suavemente para mirarlo.

Lentamente inclina la cabeza hacia mí. Sus ojos son vacilantes, pero apreciativos, creo.

—Sé que no hemos resuelto gran parte de nuestro plan, ni nada en realidad… pero deberías poder venir de visita cuando quieras y…

—No solo venir de visita, Win. Quiero… —Sacude la cabeza, dando un largo suspiro—. No estoy seguro de cómo decir esto sin que suene exigente, pero me gustaría tener al bebé en mi casa también. Las noches o los fines de semana. Me gustaría participar en su vida diaria tanto como tú.

Bueno, las náuseas han vuelto.

Me invade una poderosa posesividad maternal. Sé que necesitaré ayuda con el bebé, pero hasta ahora ninguna parte de mí había considerado a Bo otra cosa que ayuda. Esto, lo que me está pidiendo, es mucho más que eso. Respiro entre el torrente de emociones que surgen, esperando a calmarme antes de formular una respuesta. Lógicamente, sé que lo que me pide es justo. Que este bebé es tan suyo como mío. Pero, quizás un poco egoístamente, no he imaginado ningún escenario en el que yo no sea el padre principal y Bo sea el adicional. El segundo padre de apoyo que no todos tenemos.

—No sé cuándo será posible —tartamudeo—. Espero poder darle el pecho. Durante los primeros meses, el bebé no podría estar lejos de mí más de unas horas.

—Quizá, bueno, ¿podríamos hacer las dos cosas? ¿El biberón y el pecho? —pregunta, tímidamente—. Supongo que solo puedo hacer una de esas cosas. —Se ríe con ansiedad.

—He oído que puede ser confuso para los bebés cambiar, y puede estropear el suministro de leche de la madre y… —Inhalo profundamente—. Bien, hagamos una pausa en esto. No tenemos que resolverlo todo ahora. Solo iba a decir que me centraré en conseguir un nuevo lugar. Algo accesible y más bonito si puedo cubrir el alquiler. Este apartamento era el único asequible que quedaba en la ciudad hace cuatro años, así que dudo que encuentre algo mucho mejor, pero lo intentaré. Apuntaremos a accesible y veremos dónde aterrizamos.

—¿Cuánto ganas en el café? Si no te importa que pregunte.

—Algo más de veinte mil al año, después de impuestos. Luego, normalmente, unos seis mil en verano de socorrismo.

Bo apoya los codos en las rodillas y los brazos a ambos lados del cuello, como sumido en sus pensamientos. Tiene las cejas juntas, lo que crea una profunda arruga en el centro de la frente, y la mandíbula apretada, con los dientes posteriores chocando entre sí.

—Hablaremos de todo esto, Bo. Te lo prometo. Será justo. Para los dos. No quiero excluir…

—Múdate conmigo —me dice, interrumpiéndome, con los ojos clavados en mí con una mirada dubitativa pero, de algún modo, segura—. Tengo una habitación libre y un despacho que podríamos convertir en guardería. Mi casa es pequeña, pero bonita. Si te mudas, podrás ahorrar dinero para una nueva casa mientras estés embarazada y podremos pasar juntos la etapa del recién nacido. Odiaría que estuvieras sola cada larga noche sin dormir. No quiero alterar tu rutina ni el horario de alimentación del bebé, así que… sí. ¿Qué te parece?

—Creo que eres un extraño —digo, sorprendida, las palabras se me caen.

—No por mucho tiempo, ¿verdad? ¿Qué mejor manera hay de conocer a alguien? —Se aclara la garganta—. Y, quiero decir, extraños se mudan juntos todo el tiempo y se llaman compañeros de piso.

—¿Y si lo odiamos? ¿Y si es una pesadilla vivir conmigo? ¿O lo eres tú?

—Entonces… puedes mudarte con Sarah y Caleb, tal vez. O, diablos, puedes quedarte con mi casa y yo encontraré un hotel o algo.

—No lo sé. Parece que ya estamos muy metidos, ¿y además seríamos compañeros de piso?

—Piénsalo todo lo que necesites, pero creo que tiene sentido. —Bo traga saliva, sus ojos se desvían hacia mi estómago y se detienen en una pausa larga y pesada—. No puedo hacer mucho más en este momento —dice en voz baja—. No puedo ayudar de ninguna otra forma, pero puedo darte un lugar donde vivir que nos venga bien a los tres. Si te mudaras el mes que viene, podríamos acordar un año. Seis meses de embarazo, seis meses de bebé. Entonces podemos reevaluar. Podrías ahorrar mucho dinero durante ese tiempo. Incluso podría ser suficiente para poner un pago inicial en algo. O quizá quieras quedarte un poco más, o irte antes… No lo sé. Lo que sí sé es

que quiero ayudar como pueda, y esta me parece una forma de hacerlo.

Pienso en la última vez que me mudé con un chico. Jack dijo todas las cosas correctas también. Que «íbamos a empezar el resto de nuestras vidas juntos». Que ahorraríamos mucho dinero dividiéndolo todo. «¿Qué podemos perder?» me preguntó, con los ojos oscuros desorbitados por la emoción que nunca solía mostrar, y el pelo negro de punta a punta. A veces era como si Jack estuviera tan lleno de vida que salía disparada de él como rayos de electricidad. Podía cargarme tan fácilmente como quemarme. De él dependía cada día qué opción elegir.

Llevábamos pocas semanas viviendo juntos cuando Jack me gritó por primera vez. Habíamos discutido antes, pero nada parecido. Quemé la cena y, tres horas más tarde, seguía regañándome por malgastar su comida y echar humo por su casa. Así fue a partir de entonces. Aunque yo pagaba la mayoría de las facturas, era su casa, su comida, sus muebles, su rutina. Yo era una intrusa. Una intrusa en mi propio espacio.

—Me gustaría pagar el alquiler. Al menos un poco —digo, con los ojos moviéndose de un lado a otro mientras pienso—. Y también me gustaría tener algo por escrito. Algo legalmente vinculante que diga que nos comprometemos al menos a un año, y que si ocurre algo por lo que uno de nosotros tenga que irse antes, ayudaremos con los gastos de esa persona para mudarse o encontrar algo nuevo. —Me refiero a mí. No hay forma de que este tipo se mude a un hotel antes de echarme de su casa.

—Claro, con lo que te sientas más cómoda.

—Y me gustaría poder invitar a amigos. Sarah y Caleb. Me gustaría sentir que es mi espacio también.

Las cejas de Bo se juntan de nuevo, su cabeza se inclina.

—Por supuesto, Win. —Me mira demasiado tiempo—. Sería tanto tu casa como la mía. Por mí puedes pintarlo todo de verde neón. —

Se ríe—. Bien, bueno, quizá deberías consultármelo antes. Pero podrías.

—Voy a consultarlo con la almohada —le digo mientras recojo mi cesta de regalos. Le ofrezco una sonrisa tensa mientras me levanto—. Pero te agradezco la oferta. Gracias.

—Estamos juntos en esto, Win.

—Lo sé —asiento por reflejo. No sé realmente si lo creo. Ahora mismo nada me parece seguro. Ni una sola cosa.

—Avísame cuando estés a salvo. —Señala las escaleras.

—¿Entre aquí y el sexto piso? —pregunto secamente.

—Sí. —Se reclina más en el banco—. Porque seguiré aquí sentado hasta que me lo digas —dice con terquedad.

Pongo los ojos en blanco y arrastro la cesta contra la cadera.

—Bien. —Atravieso el vestíbulo y subo al último escalón antes de girarme para preguntar—: ¿Tienes lavadora y secadora propias?

Su sonrisa se forma lentamente pero es totalmente optimista.

—Sí.

Asiento con la cabeza.

—¿Y qué opinas de las plantas?

—Las amo —responde sin vacilar.

—De acuerdo —digo, dándome la vuelta y preparándome para la subida que me espera.

—De acuerdo —repite, el optimismo de su voz resuena en el vestíbulo—. ¡Tengo un buen presentimiento sobre esto, Fred!

—¡Ajá! —Dudo mucho que vaya a llamarlo compañero de piso a corto plazo, pero no está de más pensarlo.

Capítulo 13

Quince semanas de embarazo. El bebé tiene el tamaño de una manzana.

—¡Día de la mudanza! —grita Sarah entusiasmada en cuanto abro la puerta. Caleb está de pie detrás de ella, junto a dos hombres que no conozco, ambos altos y musculosos, con hombros que apenas caben por la puerta. Sonríen y asienten amablemente al entrar en mi casa.

—¿Quiénes son? —pregunto en voz baja mientras Sarah me empuja. Deja caer una caja de productos poco profunda delante de mi ventana y se vuelve hacia mí. Lleva pantalones cortos de ciclista y un bonito jersey de gran tamaño con la palabra «Velaris» escrita. Creo que es de su libro favorito, pero si se lo pregunto, nunca saldremos de aquí a tiempo.

—Michael y Levi —dice, con voz desigual. Caleb se pone en movimiento detrás de nosotros, dirigiendo a los dos hombres hacia mi cómoda púrpura. Lo toman sin esfuerzo y salen antes de que pueda admirar sus… *capacidades*.

—¿Contrataste a los de la mudanza? —le pregunto, claramente molesta. Le dije explícitamente que no lo hiciera.

—¡No! —Tiene la audacia de parecer ofendida—. Son amigos nuestros.

Esta es exactamente la razón por la que Sarah disfruta tanto jugando al strip póquer: es una mentirosa terrible. De ahí que tuviera que apartar su trasero desnudo y borracho de tantas fiestas de adolescente mientras Caleb estaba en casa estudiando.

La miro con el ceño fruncido.

—Te dije que no contrataras mudanzas, Sar. Si pudiera permitírmelo…

—Permíteme detenerte ahí, embarazada. No puedes estar subiendo y bajando seis tramos de escaleras todo el día. Además, Caleb y yo no estamos precisamente en forma, así que ¿qué se supone que tenemos que hacer aquí? ¿Sufrir? Me he gastado unos cientos de pavos en cosas mucho menos necesarias.

—Soy perfectamente capaz de subir y bajar escaleras —argumento.

Pone los ojos en blanco y empieza a desenredar las hojas de mi planta de potus.

—¿Ya has vomitado hoy? —me pregunta, mientras su coleta se agita violentamente y se vuelve hacia mí con la mirada perdida.

Abro la boca para discutir, pero me contengo respirando hondo. Sinceramente, he estado temiendo el día de hoy y las múltiples subidas y bajadas por las escaleras. Hacer las maletas en las últimas semanas ya ha sido bastante pesado. También lo ha sido revisar todas mis cosas, hacer donaciones y conseguir suministros. Sarah ha estado aquí casi todos los días y no debería ser tan desagradecida. Ya ha hecho mucho para ayudarme a salir de aquí antes de fin de mes. Es solo que me gustaría haber contratado a los de la mudanza yo misma y dejar a Sarah y Caleb fuera de esto. Odio sentirme como una carga.

—Bien, pero que no toquen mis plantas.

—Eso es como la mitad de la mierda que tienes —dice Caleb, envolviendo su brazo alrededor de mis hombros—. Feliz día de la mudanza. —Me da unas palmaditas en el brazo—. No puedo decir que no me alegre de no tener que volver a ver este sitio.

—Esnobs —bromeo, tendiendo una mano a Sarah. Ella se acerca, hasta que los tres estamos enrollados el uno alrededor del otro como las plantas enredadas en el alféizar de la ventana—. Gracias, chicos —murmuro en el hombro de Sarah—. Los quiero a los dos y agradezco mucho su ayuda. Siento ser una mierda aceptándola.

—Nosotros también te queremos —responden al unísono.

—Ahora enséñanos a transportar tus plantas con seguridad para que no acabes asesinando a nuestros nuevos y simpáticos amigos de la mudanza —añade Sarah.

El resto de la mañana transcurre sin sobresaltos. Michael y Levi desmontan pieza a pieza mi pequeña selección de muebles y con la ayuda de Caleb sacan el monstruo que es mi sofá extraíble. Ahora vive en la acera hasta que se le encuentre un nuevo hogar, ya que la habitación libre de Bo viene equipada con una cama matrimonial.

Sarah, Caleb y yo hacemos dos viajes con mis plantas mientras bajan el resto de mis cajas. Todo lo que tengo está empaquetado en poco más de dos horas. Caleb paga a los chicos y espera con el camión mientras Sarah y yo subimos para echar un último vistazo.

—A la mierda estas escaleras —dice Sarah, abriendo la tapa de su botella de agua en el rellano del cuarto piso—. Que se jodan tanto estas escaleras —dice sin aliento, doblándose por la cintura.

—La última vez —digo, poniéndome más recta para sacar un caramelo de mi riñonera. Está llena de galletas saladas, caramelos de jengibre, pastillas para el ardor de estómago y chicles, todos pequeños trucos contra las náuseas que he descubierto en las últimas seis semanas. Ninguno de ellos me está ayudando ahora mismo. Aparte de hoy, he empezado a sentirme mejor.

Al final, nos desplomamos en el suelo junto a mi puerta, sobre el desconchado linóleo marrón beige que se utiliza para los pocos metros cuadrados de la entrada y la cocina americana. Bebo pequeños sorbos de la botella de agua de Sarah e intento concentrarme en mi respiración, pero es inútil. Supongo que lo correcto es vomitar aquí por última vez.

Cuando termino en el baño, miro debajo del lavabo y a su alrededor en busca de restos. Por supuesto, encuentro otra horquilla y me la guardo en el bolsillo, pero todo lo demás ha desaparecido. Vendido, donado o en el camión.

—Está pasando de verdad, ¿eh? —dice Sarah, palmeando el suelo a su lado mientras yo me acerco.

—Si —digo, deslizándome por la pared para sentarme.

—¿Cómo te sientes?

—Ahora mejor —respondo, echándome un chicle a la boca.

—Me refería a lo de mudarte con Bo.

—Oh… —Cierto, eso.

—¿Sigues preocupada? —pregunta.

—Sí —suspiro—. Difícil no estarlo.

—Al menos estarás más cerca de nuestra casa. He buscado la dirección. Es solo un paseo de dieciocho minutos.

Asiento distraídamente, masticando como si tuviera una venganza contra mi chicle.

—Puedes mudarte con nosotros en cualquier momento si lo necesitas. Pero creo que esto es algo bueno. Quizá sea incómodo durante un tiempo, pero será fácil conocerse. Y cuando llegue el bebé, vas a necesitar otro par de manos.

Hago un gesto de dolor.

—Lo siento… ya sabes lo que quiero decir.

Asiento con la cabeza, ofreciéndole una sonrisa relajada.

Cuando hace cinco semanas me di cuenta de que no podía seguir viviendo en este piso, me planteé aceptar la oferta de Sarah de mudarme. Pero al final, decidí que no podía. Sarah y Caleb han elegido conscientemente no tener hijos. Nunca me habría sacudido la sensación de que estaba arruinando su existencia sin hijos. Me habría sentido muy culpable.

—Podría hacerlo sola —argumento, con mi orgullo pidiendo consuelo.

Sarah me da un golpecito en la nariz.

—Claro que podrías. Pero la cuestión es que no tienes por qué hacerlo. Nuestras madres se tenían la una a la otra, ¿verdad? Piensa en Bo como la Marcie de tu June.

—Es más complicado que eso.

—¿Porque te acostaste con tu Marcie? ¿Porque quieres hacerlo otra vez? —pregunta Sarah, su voz sugerente.

«Sí, pero no solo eso».

—Son solo las hormonas.

—¿Las que tenías en Halloween o las que crecen como bebés?

—Ambas.

—Date más crédito que eso. —Sarah se apoya contra mí, hombro con hombro—. Pero entiendo por qué no quieres complicar más las cosas ahora.

—No es solo que me acostara con él. También es el efecto Jack. Solo he vivido con un tipo antes.

—No volverá a ocurrir, Win. Te lo prometo —dice Sarah con severidad, tomando otro sorbo de agua.

—Sé que suena ridículo porque Bo no ha sido más que amable y me ha apoyado y me estoy mudando literalmente con el chico como si no me importara nada en el mundo, pero no puedo evitar sentir que en el momento en que me deje acomodar, se volverá contra mí como hizo Jack.

—¿Quieres jugar al peor escenario posible? —pregunta Sarah.

Es lo que Marcie se ofrecía a jugar con nosotras cuando estábamos preocupadas por cosas de la infancia. Que, en retrospectiva, eran cosas por las que no valía la pena preocuparse. Asiento con la cabeza, respirando hondo.

—Así que te mudas con Bo, y las cosas van bien. Hasta que una noche, él se quiebra. Cambia como Jekyll y Hyde. Como Jack —dice su nombre con total desdén—. ¿Qué harías tú?

—Irme. Inmediatamente. Caminando o en taxi me voy a tu casa.

—¿Entonces qué?

—Um… —Intento representarlo mentalmente como nos enseñó su madre. Fingir que está ocurriendo de verdad y meterme en los recovecos de mi imaginación para construir un escenario realista—. Caleb probablemente iría a buscar las cosas que necesitaría de inmediato. Tú y yo volveríamos por el resto cuando Bo estuviera fuera o algo así.

—¿Y después?

—Mi hijo no tendría padre. O tendría un padre que me daría miedo. Entonces tendría que estar siempre preocupada. Ansiosa por las visitas, nerviosa al dejarlo y recogerlo. Si empeorara, tendría que conseguir un abogado y pagar para ir a juicio. Podría perder mi caso porque Bo tiene más dinero y podría permitirse un abogado mejor. Podría acabar siendo yo la que tuviera problemas, de alguna manera. Siendo la que le pide visitas.

—Bien —dice suavemente, frotándome la espalda en lentos círculos—. Ese es el peor de los casos, ¿verdad? ¿Terminado?

Asiento con la cabeza y me limpio una lágrima caliente de la mejilla.

—Bien, ahora… ¿te parece probable? —pregunta, con voz sincera.

—No —respondo claramente—. No… no es así.

—¿Qué crees que va a pasar en realidad?

—Esa es la cuestión. No lo sé. No veo que Bo sea un problema, pero no lo conozco lo suficiente como para saber cómo será en realidad. Cuando salimos, bromeamos, y es divertido y fácil, pero eso es lo que sé.

—Así que hay que esperar y ver.

—Solo se trata de conocernos más.

—Cierto, por eso creo que mudarse con él es una buena opción. Quiere involucrarse, y creo que confiar en él hasta que te dé una razón para no hacerlo es saludable.

Imagino a Bo la última vez que nos vimos en persona, la noche en que me propuso esta idea. Su jersey azul marino de punto trenzado bajo su abrigo de ante desabrochado, sus vaqueros azules con calcetines verdes brillantes asomando por debajo. Nada amenazador, lo cual es impresionante, teniendo en cuenta su altura.

También pienso en los mensajes que hemos intercambiado desde entonces. La forma en que no puedo evitar sonreír cada vez que su nombre aparece en mi pantalla, sabiendo que algo gracioso o dulce está a punto de aparecer. Los comentarios diarios, los agradecimientos y las disculpas por las náuseas que he tenido. Las anécdotas que está aprendiendo de su libro para padres primerizos.

Me he ido convenciendo poco a poco a lo largo de cada día de las últimas semanas de que es una buena idea, pero creo que hasta cierto punto tendré que sentirme cómoda en la inseguridad. Lo más probable es que siempre quede bastante desconfianza, dado por lo que he pasado. El instinto de conservación vive en la duda, después de todo.

Sarah me rodea la rodilla con la mano y parece sumida en sus pensamientos.

—Pero no eres solo tú en todo eso, Win. En el peor caso o en el mejor posible, estoy aquí. Nos tienes a mí y a Caleb. Nos quieras o no.

—Solía cubrirte las espaldas. ¿Te acuerdas? —Me rasco los leggings, frustrada conmigo misma.

—Sí, lo sé. Todavía lo siento. —Se apoya contra mí, y dejo de pellizcar la tela alrededor de mi rodilla—. Ahora solo te toca a ti. Eso es todo. Tu turno.

Estoy a punto de decirle que deberíamos irnos de aquí antes de que mi casero venga a inspeccionar cuando una voz resonante llega desde el pasillo.

—¿Sarah? —grita Caleb desde el hueco de la escalera, su voz llena de cómicas cantidades de angustia—. Nadie contesta al teléfono. ¿Estás bien?

Saco el teléfono al mismo tiempo que Sarah y nos miramos con una mueca. Entre las dos tenemos una docena de llamadas y mensajes perdidos.

—Perdóname —susurra—. Lo siento. Win está teniendo un ataque y la estoy cuidando. Bajaré en un minuto.

Caleb aparece en la puerta, con la cara roja y sudando.

—Por favor, no paren por mí. —Se ríe, cayendo al suelo delante de nosotras—. Me quedaré aquí tumbado y moriré.

—Probablemente sea bueno que hayan elegido no procrear. ¿Cómo de dramático sería ese niño?

—Espero que el ADN de Bo te nivele —dice Caleb, mirándome con un ojo abierto. Le tiro el envoltorio del chicle a la cara.

Nos sentamos un rato en silencio. Observo el apartamento vacío, que de repente me parece mucho más pequeño, mientras Caleb duerme la siesta en el suelo y Sarah le frota el hombro.

En los cuatro años que llevo aquí, todo ha sido con el propósito de salir adelante. Un trabajo para pagar las facturas, esperar a que llegue el verano para sentirme un poco más yo misma, no empujarme a hacer más o a ser más porque he tenido miedo. No he hecho ningún progreso real. Me he instalado en una vida estancada y pasable, segura pero quizá demasiado segura. Más pequeña que la vida que me gustaría vivir avanzando. Quizá este sea el nuevo comienzo que necesitaba para ponerme las pilas.

Tal vez un poco de incomodidad me haga bien.

Capítulo 14

Sarah y yo vamos detrás de Caleb en el camión de la mudanza y nos adentramos en una calle tranquila, ligeramente nevada y bordeada de pintorescas casas antiguas desparejadas. Hoy ha salido el sol y brilla contra el tejado negro cubierto de hielo de la casa número catorce. La casa de Bo.

Planeamos que viniera a visitarla hace unas semanas, pero entre que Bo se hizo cargo de un nuevo proyecto en el trabajo, mi nivel general de agotamiento y unas cuantas tormentas invernales, se nos acabó el tiempo.

Es estúpidamente lindo. Un bungaló de estilo Tudor con un alto tejado a dos aguas en el lado derecho y entramado de madera marrón oscuro sobre el exterior de piedra blanca.

—No me dijiste que vivía en la casita de Blancanieves —dice Sarah, estacionándose delante de la casa. Caleb está estacionado en el camino de entrada a la derecha de la casa y ya está abriendo la parte trasera del camión antes de que salgamos a su encuentro.

—Me pregunto si los siete enanos vendrán a ayudarnos —dice Caleb, volviéndose hacia nosotros cuando nos acercamos por detrás.

—Acabo de hacer ese chiste —dice Sarah, con una dulzura enfermiza, dándole una palmada en el trasero a su marido—. Espera, ¿Bo no está aquí? —pregunta, mirando entre el camino de entrada y la puerta principal.

—Está en una conferencia de trabajo todo el fin de semana, es algo que ocurre una vez al año. Volverá mañana. Pensó que sería bueno para mí tener algo de tiempo para instalarme sola.

Sarah me entrega una caja de plantas que le ha pasado Caleb, que está de pie en la parte trasera del camión de mudanzas.

—Perfecto. Eso significa que podemos fisgonear. —Mueve las cejas con una sonrisa pícara.

Agarro la caja y atravieso el camino de grava hasta la puerta principal. Introduzco el código que Bo me envió antes y la puerta pita y se abre sola. Me recibe una pequeña entrada con un precioso mosaico de azulejos azules bajo un tapete negro. Contra la pared blanca blanqueada con cal hay una hilera de percheros con un banco de madera oscura para zapatos debajo.

Hay una puerta estrecha delante de mí, presumiblemente un armario, y un arco redondeado a la izquierda que conduce al salón. Con una ventana de marco grueso que da a la parte delantera de la propiedad y una chimenea ahuecada que no funciona, el salón parece una casa de campo. Esto y las vigas de madera de los altos techos añaden un toque acogedor a una estancia que, por lo demás, carece de decoración.

Bo no parece tener muchos objetos personales. Hay algunos libros en la mesa de centro y un juego de apliques a ambos lados de la chimenea, pero aparte de eso, las paredes están desnudas. En el centro de la habitación hay un sencillo sofá gris, habitual en la mayoría de los hombres solteros con los que me he cruzado, junto a un sillón orejero a juego en la esquina junto a la ventana. Me pregunto si puedo robarle el sitio de al lado para colocar mis plantas. Allí les daría muy bien el sol.

Al adentrarme en la casa, entro en la habitación contigua, diseñada como comedor. En la actualidad, los únicos muebles que hay aquí son un escritorio, escondido en la esquina más alejada y cubierto por un monitor y montones de hojas sueltas, y un mueble multimedia de nogal que alberga una impresionante colección de vinilos. Debe de haber cientos de discos colocados en las ranuras debajo de los altavoces y el tocadiscos.

Hasta ahora, no me había planteado que el hombre con el que hice un bebé pudiera tener un gusto musical terrible. O, peor aún, podría ser una de esas personas a las que no les gusta nada la música. Eso debería ser absolutamente un factor determinante a la hora de considerar con quién mezclar el ADN. Así que cuando veo un disco de Nat King Cole junto a los *Grandes Éxitos* de Fleetwood Mac, le doy las gracias en silencio a Bo por ser alguien con gusto, por el bien de nuestro hijo.

A la derecha de la unidad multimedia, a través de otro amplio arco, está la cocina de Bo, que parece ser la habitación más actualizada de la casa. Bajo unas largas ventanas rectangulares que dan al gran patio trasero cubierto de nieve hay una pared de armarios inferiores de color gris oscuro con encimeras de mármol blanco, separadas por un horno de gas de acero inoxidable. Entre esos armarios y el lugar donde me encuentro hay una isla sin saliente para sentarse. En el centro de la isla hay un fregadero profundo de color negro mate. Los armarios de la pared del fondo forman una L que se detiene justo antes de un arco más estrecho que conduce a un pasillo luminoso. Entre los armarios y el arco hay un frigorífico de acero inoxidable con dispensador de hielo.

Así es. ¡Un maldito dispensador de hielo! «Yo soy esa perra ahora».

—Bien, es un lienzo muy lindo pero muy en blanco —dice Sarah, acercándose por detrás y colocando una caja en la encimera de la cocina—. Con tus plantas y un poco de arreglo, este lugar será absolutamente perfecto. —Me rodea con el brazo y salta de emoción—. ¿Qué estás pensando? ¿Por qué estás tan triste?

—La idea de tener un suministro constante de hielo me está emocionando un poco —digo, levantando lentamente un dedo para señalar la nevera.

—Tus prioridades son, como siempre, impecables —dice, empujándome hacia el pasillo—. Veamos cómo es tu dormitorio.

La sigo por el pasillo, acariciando con nostalgia la nevera a mi paso.

—Dejó todas las puertas abiertas para que pudieras echar un vistazo. Eso es muy considerado —dice Sarah por encima del hombro, desapareciendo en el dormitorio más alejado.

Me asomo por la primera puerta de la izquierda y veo un dormitorio cuadrado de tamaño decente con las mismas paredes blancas encaladas y el mismo suelo oscuro que el resto de la casa. En el rincón más alejado, bajo una ventana ciega, hay una sencilla cama de color nogal y poco más, aparte de una lámpara de techo con cúpula de cristal. Mi nuevo dormitorio, supongo.

Al lado hay un dormitorio más pequeño con paredes de color gris claro, una larga ventana vertical que da al patio trasero y un pequeño armario empotrado a la izquierda. También está completamente vacío, aparte de algunos cables de ethernet enredados en la esquina más alejada, un router Wi-Fi y una caja a medio llenar con la etiqueta donar.

Al darme cuenta de que esta es la habitación destinada a ser el cuarto del bebé, me apoyo en el marco de la puerta y la admiro con más detenimiento, observando cómo el sol de la tarde crea un pequeño arco iris en la pared más cercana al armario. Me pregunto qué pensaría Bo de pintar la habitación de amarillo. Creo que tomaría ese pequeño racimo de luz de la tarde y lo haría aún más luminoso.

Cuando me doy la vuelta para dirigirme a la habitación contigua, Caleb está de pie, en silencio, detrás de mí. Sus ojos están fijos sobre su hombro, luego lentamente vuelve su atención hacia mí. Compartimos una sonrisa tímida y esperanzada.

—¿La habitación del bebé? —pregunta simplemente.

Asiento con la cabeza.

—¿Te gusta?

—Sí —digo, con las lágrimas amenazando con soltarse.

—Es una gran habitación.

—¿Tú crees? —pregunto, con la voz temblorosa. Me río de mí misma, secándome una lágrima—. Dios mío, estas malditas hormonas —me quejo—. Pero es bonito, ¿no?

—Eh —dice Caleb, extendiendo un brazo. Camino hacia él y dejo que mi cabeza descanse sobre su pecho. Me da unas palmaditas en el hombro, luego me agarra y me estrecha contra él, riendo de forma burlona pero suave—. Está bien, Win. Este es un gran lugar, y esa es una habitación perfecta. No estés triste. No llores.

—No estoy triste. Es solo un gran cambio, ¿sabes? —digo, poniéndome de pie y dando un paso atrás—. Creo que es un poco chocante ver la habitación en la que dormirá mi bebé. Eso es todo.

—Lo entiendo. Pero…

Sarah aparece en el pasillo, barrida por el viento, como si hubiera estado corriendo, distrayendo a Caleb a mitad de frase.

—He encontrado condones. Nuevos, envueltos en plástico —anuncia en el tono de una reportera.

Bueno, ha sido una entrada aleccionadora. La miro sin comprender, asimilando sus ojos que no parpadean y su expresión enloquecida.

—¿En mi habitación? —pregunto, confusa.

—No, obviamente no. Literalmente solo hay una cama y un colchón en tu habitación. En la de Bo. —Ella se escabulle de nuevo dentro de la puerta a nuestra izquierda.

—¡Sarah, no! Sal de ahí. —La sigo dentro—. Deja de fisgonear… —No puedo seguir reprendiéndola una vez que me encuentro en el centro del dormitorio de Bo. A diferencia del resto de su casa, esta habitación está hecha exactamente a su medida. Está llena hasta los topes de arte y pertenencias.

Una pared está pintada de verde oscuro tras un cabecero de pino ranurado. La cama está cubierta con sábanas de color beige grisáceo y tiene un banco rústico de madera a los pies. Bajo la cama y el banco hay una gran alfombra de tejido natural que se detiene ante dos

mesillas de noche con estanterías abiertas y cajones poco profundos en la parte superior.

En la mesilla de noche de la derecha, hay una colección de lo que, a primera vista, alguien podría confundir con revistas obscenas. Pero en realidad son…

—Cómics —dice Sarah, riéndose.

—He visto lo que lees en tu Kindle. No estás en posición de juzgar.

Levanta un dedo para contraargumentar y luego lo baja, asintiendo para sí misma con una especie de triste aceptación.

—¿Crees que me prestaría esto? —pregunta Caleb, saliendo del armario de Bo con una pechera y un casco de caballero.

—Ustedes dos, paren. No deberíamos estar aquí ni tocar sus cosas.

—¿Crees que juega a los roles en la cama? —pregunta Sarah, prácticamente saltando hacia su marido antes de rozar con la mano el metal de su pecho—. Eso podría ser bastante caliente —me dice por encima del hombro, sonriendo con satisfacción.

—Milady —dice Caleb, inclinándose para besarla. Ella suelta una risita cuando sus labios se encuentran.

—Dios mío, ¿en serio? ¡Ahora estás profanando sus cosas!

—Me parece justo —dice Caleb, quitándose el casco y sujetándoselo a la cadera—. No hemos podido jugar en nuestro dormitorio de invitados desde que descubrimos que tiene algún tipo de energía mágica para hacer bebés.

—Así no es cómo funciona —suspiro en voz baja—. Por favor, ponlo todo en su sitio.

—Win, creo que el papá de tu bebé podría ser un gran nerd —dice Sarah, caminando de nuevo hacia mí mientras Caleb se escabulle.

Miro por encima de su hombro la lámina enmarcada en sepia que hay en la pared junto a la puerta del armario. Es una patente de dibujo a lápiz del Star Trek *Enterprise*.

—Bueno, para eso estoy aquí, ¿no? Para conocer al tipo. —«Definitivamente un nerd».

—Exacto… Por eso miré en sus cajones.

—Dios mío —murmuro, pellizcándome el puente de la nariz—. No es lo mismo.

—Dime, Winnifred June, ¿por qué un hombre compra condones?

Me subo la camiseta y señalo el bultito que ha empezado a formarse. Parece más bien un estómago hinchado después de un gran burrito entre mis caderas blandas y suaves.

—¿Quizá para evitar esto?

—No, pero no los ha usado. La caja aún está envuelta en plástico.

—Sarah, ¿cuál es tu punto aquí? Tenemos un camión entero para desempacar, y realmente no creo que debamos estar en su habitación o discutiendo la vida sexual del hombre. —Miro por encima del hombro cuando un ruido sordo viene del armario donde está Caleb—. ¡Deja de hacer lo que sea que estés haciendo ahí dentro! —le grito.

—No se acuesta con nadie más —dice Sarah, sonriendo como un felino.

Caleb se está riendo en el armario, y juro que oigo el sonido de un sable láser abriéndose.

—O Bo tuvo tanto sexo que se le acabó y tuvo que comprar más —argumento. Su cara decae al instante. Está tan traicionada por la mera idea de que Bo tuviera sexo con otra persona que casi me siento culpable por sugerirlo—. Sar, sé que tu corazón está en el lugar correcto, pero Bo y yo no somos la pareja de uno de tus libros. Si él estuviera planeando tener sexo conmigo, entonces no necesitaría esos, ¿verdad?

—Esta lógica me ha salido por la culata. Lo admito.

—Y no estoy planeando tener sexo con él, que es otro factor que pareces seguir olvidando.

Justo entonces, Caleb sale del armario de Bo con algo en las manos, riéndose sombríamente.

—¿Crees que es un alpinista, o…?

Mi garganta se tensa y se seca al ver la sedosa cuerda negra. Caleb se la echa sobre los hombros como una boa de plumas de mierda.

Sarah ríe entre dientes, hojeando un cómic al lado de la cama.

—Devuelve eso ahora y ve a esperar al camión —me quejo—. Y tú. —Señalo a Sarah, pero me quedo en blanco—. Solo… ven a ver el baño conmigo, supongo. Ninguno de los dos puede volver aquí, ¿entendido?

Ambos ponen los ojos en blanco. Caleb vuelve al armario dando pisotones y Sarah hace un mohín mientras vuelve a colocar el cómic en la pila. Los hago salir de la habitación antes de comprobar por última vez que no hay nada fuera de lugar. Cierro la puerta detrás de nosotros y sigo a Sarah hasta el cuarto de baño, al otro lado del pasillo.

Es ciertamente un ajuste apretado con nosotras dos aquí, porque la gran cabina de ducha de cristal ocupa la mayor parte de la habitación. Las baldosas hexagonales negras del suelo combinan a la perfección con las paredes blancas, que se convierten en azulejos en el interior de la ducha, con un banco de azulejos integrado. Hay un pequeño tocador con un pequeño espacio de almacenamiento debajo del lavabo y un botiquín con espejo encima.

—Tendrás que venir a bañarte a mi casa, supongo —dice Sarah, sentándose en el asiento cerrado del váter.

Tengo que admitir que no esperaba sentirme tan devastada por la falta de bañera, pero la realidad me está golpeando con fuerza. En la bañera es donde me relajo, proceso y descomprimo. Y en el último mes, también es donde he encontrado consuelo para mi cuerpo cansado y dolorido.

—Tal vez. —Pongo mala cara, abriendo y cerrando de nuevo el grifo del lavabo.

—¿O instalar una bañera? Tiene el dinero, claramente. La habitación es lo suficientemente grande.

Me río en voz baja.

—Sí, empezaré a hacer una lista de exigencias. —Me pongo más recta, dando la impresión de ser mi peor yo—. Gracias, Bo, por dejar que me mude aquí porque he fracasado en convertirme en una adulta de éxito por mi propia voluntad y me he quedado embarazada de ti. ¿Qué te parecería una renovación completa del baño? Y quizás, ya que estás, ¿podrías construirme una torre para dormir?

Sarah me sonríe.

—Me parece bien —dice, poniéndose a mi lado. Nos miramos en el espejo y suspiramos con nostalgia.

—Además, la ducha puede ser una necesidad —digo, señalando las múltiples barras de apoyo instaladas—. Echaré de menos los baños, pero no los necesito.

—De acuerdo en que no estamos de acuerdo —dice Sarah, jugueteando con su pelo mientras admira su reflejo con los labios fruncidos y las cejas levantadas. Yo hago lo mismo y me despeino el flequillo para que caiga mejor—. Solíamos hacer esto todos los días —dice conmovida, mirándose al espejo.

—¿Hmm?

—Arreglarnos juntas, compartir un espejo. A veces lo echo de menos. Echo mucho de menos ese viejo apartamento.

Yo también lo echo de menos. Echo de menos a Marcie y a mi madre juntas, bailando en la cocina y riéndose como colegialas con sus copas de pinot grigio. Echo de menos el caos de cuatro mujeres intentando compartir un baño y un vehículo. Echo de menos sentirme joven, despreocupada e ingenua. Perdí mucho tiempo deseando ser mayor. Esperando impacientemente salir y vivir mi propia vida. Pero eso nunca ocurrió. Solo me hice mayor. Y ahora mírame. Sin nada que mostrar.

—Me robaste todo el maquillaje —argumento, evitando la nostalgia que se hunde en mi pecho.

—Sí, pero a cambio siempre te he hecho trenzas —bromea jugueteando con un mechón de mi pelo. Luego se frota los labios, sus ojos se clavan en mi hombro mientras me retuerce el pelo, con la mente en otra parte—. En realidad, anoche hablé con June.

—*Oh*. —No es una completa sorpresa que mi madre llamara a Sarah, ya que hace más de un mes que no le devuelvo las llamadas, pero sí lo es que haya esperado hasta ahora para decirme que han hablado. Normalmente, recibo un mensaje de texto de Sarah avisándome enseguida. Diciéndome que dejara de hacerla actuar de intermediaria.

—Está preocupada por ti. Dice que la has silenciado.

—Bien.

—Sé que es duro, Win. Sé cómo es ella. Pero tienes que decírselo. Ella te extraña, y no creo que reaccione terriblemente. Sería una hipócrita si lo hiciera.

—Lo sé. Voy a hacerlo. Es solo que he estado muy ocupada desde que me enteré. Y procesando todos estos cambios. Y luego empacando y mudándome. Pero prometo que lo haré. La llamaré esta noche.

—Bien —dice Sarah, dejando caer el mechón de pelo, ahora fuertemente trenzado, junto a mi oreja—. Bien.

Nos sonreímos suavemente, a través del espejo.

—Probablemente deberíamos ir a ayudar a Caleb —dice, su boca se tuerce en una sonrisa.

Me río, haciendo una mueca.

—Oh, mierda, cierto. Me olvidé totalmente que él estaba ahí fuera.

Luego corremos al patio delantero.

Capítulo 15

Después de horas de descargar, desempaquetar y mover los muebles por mi dormitorio, decidimos dar por terminado el día. Sarah y Caleb se fueron después de que me trajeran la pizza, dejándome con una caja entera para mí sola en una casa inquietantemente silenciosa.

Me costó varios intentos, pero al final conseguí poner en marcha el tocadiscos. Ahora, Frank Sinatra canta sobre el mes de abril mientras cargo las sábanas en la secadora, lo suficientemente alto como para que la casa ya no parezca tan callada. Sin vecinos con los que compartir una pared de la que preocuparme, canto la letra con estilo. Me río hacia el techo cuando el viejo Frank dice que una vez fue pirata. Porque eso es exactamente lo que me trajo aquí.

Y, maldita sea, yo también voy a levantarme y volver a la carrera. Como sugiere el Sr. Sinatra.

Me deslizo por la casa, bailando un vals suave con una mano en la parte superior de mi barriguita de embarazada y parando por el camino para comer muchos trozos de hielo. Cuando mis sábanas terminan de secarse justo cuando se apaga la última canción de la cara B, hago la cama y me meto en ella.

Saco el teléfono y compruebo inmediatamente los mensajes de Bo. Me pregunta cómo me estoy instalando, me da instrucciones para el grifo de la ducha (que al parecer se instaló al revés y puede ser temperamental) y me dice que volverá mañana antes de comer. Respondo rápidamente antes de abrir los mensajes con mi madre. Escribo unas cuantas disculpas y decido llamarla.

Suena una sola vez antes de que ella descuelgue.

—Estás viva —dice mi madre a modo de saludo.

—Hola, mamá. Lo siento, mamá. Las cosas han estado muy ocupadas últimamente. Te he echado de menos.

—Sarah también dijo eso. Aunque no dijo mucho más. Guardando tus secretos, como siempre. ¿Supongo que por eso llamas? ¿No quería hacer de intermediaria?

—¡No! Bueno, sí, me dijo que llamaste. Pero las cosas han estado realmente ocupadas. Y sí, hay algo que tengo que decirte. —Miro al techo, deseando que lleguen las palabras. O, si no, deseando que empiece una invasión alienígena o un acontecimiento apocalíptico—. Estoy embarazada —digo.

Dos palabras. Dos palabras. Simple. Afuera ahora. No hay vuelta atrás.

La línea se queda en silencio. Dolorosamente silenciosa.

—¿Mamá?

—Estoy aquí.

—¿Me has oído?

—¿Oír qué? Lo siento, mi programa está en marcha.

—¿*La Reina del Sur*? Mamá, está en Netflix, ponla en pausa. —Algunas tradiciones, como las telenovelas de los domingos por la noche, nunca mueren. Eso es probablemente lo que Sarah está haciendo en la cama ahora mismo también. Siempre fue lo suyo, y a veces nos invitaban a Marcie y a mí. Solo si no hacíamos demasiadas preguntas como: ¿No estaba muerto? ¿Quién es esa? ¿Cuándo tuvo tiempo para una aventura entre las matanzas? ¿No es ese su padrastro?

Refunfuña, su silla chirría mientras toma el mando a distancia.

—Bien, bien, bien. Me has tomado en un momento jugoso. Teresa acaba de llamar…

—Estoy embarazada —interrumpo.

—¿Tú? —dice bruscamente, acompañada de una carcajada atónita.

No sé por qué me ofende su sorpresa, pero lo hace.

—Sí, *yo*.

Hace un sonido como de chisporroteo. Es mitad diversión, mitad sorpresa.

—Bueno… ¿quién es el tipo?

Por supuesto. No, «¿cómo te sientes?» o «¿de cuánto estás?». Bien, supongo que la siguiente pregunta podría ser «quién es el tipo», pero las dos primeras importan más.

—Se llama Bo. Es amigo mío. Nos liamos en una fiesta, y… ya sabes el resto. —No es una invención completa. Mi madre no necesita saber que me tiré al tipo el mismo día que lo conocí. Algunas cosas no necesitan ser compartidas con la mujer que empezó a predicarme la abstinencia por encima de todo cuando tenía diez años.

—Control de natalidad cero; mujeres McNulty dos —bromeo rotundamente.

—¿Y? ¿Es un perdedor o un hombre decente?

Echo un vistazo al bonito dormitorio de su casa mientras me siento en la nueva cama que me ha proporcionado y asiento para mis adentros.

—Un hombre decente. De hecho, nos hemos mudado juntos.

Oigo un gemido al otro lado del teléfono. Una especie de alivio feliz mezclado con un suspiro satisfecho.

—Oh, eso es maravilloso, Winnie. Verdaderamente, verdaderamente maravilloso.

Probablemente debería haber mencionado el contexto en el que nos vamos a vivir juntos, pero ¿para qué molestarse ahora? No voy a prepararme para una conversación más difícil si no es necesario.

—Siento no haber llamado antes; ha sido un torbellino. He tenido muchas náuseas, y…

—¿Cómo es?

—¡Caray! —respondo antes de poder evitarlo.

—¿Qué?

—Mamá. —Intento sonar menos agitada de lo que me siento—. Te estaba contando que he estado vomitando todos los días y me interrumpes para preguntarme por él. Bo está bien. Es estupendo. Pero a tu hija le vendría bien un consejo maternal.

—Lo siento, tienes razón. Yo también estuve muy mal contigo, pollito. Es horrible, pero algún día, pronto, todo valdrá la pena.

—¿Algún consejo?

—Lo único que me funcionó fue consumir diariamente mi peso en cerveza de raíz y pretzels salados. Los médicos probablemente te desaconsejarían ese método hoy en día.

—¿Crees que así es como me hice la mano?

—¡Winnifred June!

Suelto una risita al teléfono. Mi madre también, pero se resiste como siempre.

—Salgo de cuentas el 24 de julio —le digo una vez que nuestras risas se suavizan.

—Oh, vaya. Así que… estás de unos meses. —Hay una inconfundible punzada de dolor en su voz que obviamente yo puse ahí. Odio que esté enfadada, pero tampoco puedo decir que desearía haber llamado antes. Si no hubiera esperado, si se lo hubiera dicho antes de decidir mudarme con Bo, esta conversación sería un sermón y una serie de tópicos llenos de decepción.

«Pensé que habrías aprendido de mis errores. Te crie mejor que esto. ¿Cómo vas a mantener a este bebé tú sola mientras trabajas en una cafetería? ¿Qué hombre te querrá ahora?».

Y, claro, estoy usando a Bo como una red de seguridad sin saberlo al permitir que mi madre piense que estamos juntos románticamente. Pero lo que ninguno de los dos no sabe no les hará daño.

—Estoy de quince semanas, desde ayer. —Hago una pausa, sintiendo una punzada de culpabilidad—. Realmente he estado ocupada. Lo prometo.

—Bueno, gracias por decírmelo ahora, supongo.

—Lo siento, mamá. Creo que se me metió en la cabeza. No estaba preparada para sentirlo real todavía.

—¿Se siente real ahora? —pregunta.

—No —respondo con sinceridad.

Suspira, algo de compasión vuelve a su tono tarareante.

—Yo también me sentía así. Hasta que te pusieron en mis brazo, pequeñita y gritona, todo me pareció un poco inventado.

—¿Entonces se sintió maravilloso? ¿La mayor bendición de tu vida? ¿Un regalo del cielo? —pregunto, con voz teatral.

—Claro que sí. Luego aterrador. Luego maravilloso un poco más. Luego aterrador otra vez. Lo repites hasta… siempre. Y si tienes mucha suerte, un día, ese bebé te llama un domingo cualquiera de febrero por la noche y te dice que vas a ser abuela.

—Sorpresa —canto débilmente.

—Supongo que me toca visitarte este verano, ¿eh?

—Me gustaría eso, por favor.

—Supongo que tienes la agenda un poco libre —se ríe.

—Agosto puede ser lo mejor, para asegurarme de que el niño aparece antes de que llegues. No te querría aquí en mi fecha de parto por si el bebé tiene miedo escénico. —«Y no te quiero cerca de la habitación del hospital», pienso.

—Bueno, déjame consultar con Duncan sobre cuándo sería un buen momento para que suba.

—¿Conseguiste un nuevo psíquico? ¿Qué pasó con Maureen?

—No, cariño, Duncan es mi pretendiente. Llevamos cuatro meses. Ya hemos hablado antes de él. ¡Oh! —Se ríe encantada—. Yo tengo un pretendiente, y tú tienes un Bo.

¿Duncan? No creo haber oído hablar de él antes. Pero no puedo decírselo a mamá sin arriesgarme a otra disputa como el incidente con Travis del pasado julio. A mi madre le ofende mucho mi falta de interés cuando se trata de su vida amorosa y mi incapacidad para seguir la pista de los hombres que van y vienen.

Sé que eso me convierte en una hipócrita, porque no podría importarme menos cuando mis amigos se acuestan con cualquiera o son monógamos en serie, pero lo odio en mi madre. Siempre lo he odiado. Lo que más deseo es que se vuelque en un hombre durante unas semanas o meses y luego se sienta vacía cuando dejan de aparecer.

—Duncan —claro. Por supuesto—. ¿Es piloto o simplemente muy astuto para saber cuándo es apropiado viajar? —pregunto, un poco malhumorada, lo admito.

—Bueno, no puedo simplemente largarme con él, Winnie. —Se ríe de mi obvio absurdo.

—¿No? ¿No por unos días para visitar a tu única hija y a tu nieto?

—He dicho que lo comprobaré, Win. Deja de acosar a tu madre.

Inhalo y exhalo lentamente, sacudiéndome.

—Sí, bien. Solo, házmelo saber, ¿de acuerdo?

—Lo haré… —Se relame los labios, buscando otro tema y, evidentemente, se queda seca—. Bueno, te dejaré ir, entonces.

—Bien, mamá. —Podría pedirle que siguiera hablando. Podría decirle lo aterrador que es todo esto. Lo mucho que desearía poder avanzar y retroceder el tiempo. Lo mucho que me gustaría uno de sus largos y apretados abrazos. Pero no lo hago—. Te quiero —le digo en su lugar.

—Yo también te quiero, dulce niña. Espero que descanses mucho. Dile a ese nieto que te alivie.

—Lo haré. Adiós.

Cuelgo y me aprieto el teléfono contra la barbilla, me tumbo boca arriba y miro al techo. Repito la llamada y me siento aliviada, sabiendo que con mi madre —la reina de las emociones impredecibles— podría haber ido mucho peor. Y oye, al menos ahora lo sabe. Puedo quitar eso de mi eternamente larga lista de tareas pendientes antes de la llegada del bebé. Una lista que, ahora que lo pienso, debería escribir.

Estoy a punto de dar el día por ganado, darme la vuelta y dormirme en mi nuevo y cómodo colchón cuando me doy cuenta de que he olvidado comprobar si la puerta estaba cerrada. Y aunque la cama me invita a quedarme y acurrucarme en ella, no me hace mucha gracia la idea de que me apaleen mientras duermo o de que roben en casa la primera noche. Así que, quejándome aún más, me arrastro fuera de la cama y avanzo a trompicones hacia la puerta principal en la oscuridad.

Desde lejos me doy cuenta de que el cerrojo está en su sitio, pero aun así me dirijo a la entrada para comprobar la manilla. Accidentalmente, piso una pila de correo en el suelo que debe de haber entrado por la ranura de la puerta principal.

«Robert Durand», leo en el sobre superior. No hay mejor momento que el presente para averiguar el apellido del padre de mi bebé, supongo… ¿Qué demonios estoy haciendo?

Entre la colección de folletos y sobres anodinos hay un cómic, aún medio doblado por la entrega. Lo recojo todo con la intención de dejarlo sobre la encimera y volver a la cama. Pero cuando dejo el correo en el suelo, el cómic brillante y flexible me mira fijamente con fuentes brillantes y colores demasiado interesantes para ignorarlos. Decido que una lectura nocturna no me vendrá mal y me llevo el cómic a la habitación.

HANNAH BONAM-YOUNG

Me vuelvo a meter en la cama, mullendo las almohadas antes de tumbarme contra ellas. El número 392 del *Aniquilador*. Me pregunto si Bo tendrá las trescientas noventa y una ediciones anteriores en alguna parte. Supongo que, a diferencia de Caleb, nunca me he aventurado a entrar en su armario para ver qué había. Podría tener muchas cosas que desconozco. Como más cuerda, por ejemplo.

«No». Eso es algo peligroso de imaginar. Decididamente no sigo esa línea de pensamiento.

Y claro, no sé quién es ese tal Aniquilador, ni por qué está tan enfadado porque el rey del infierno haya sido derrocado por esa Serinthina con poca ropa. Pero maldita sea, esta mierda es entretenida desde el principio.

Entre estos dos «enemigos» hay un gran deseo mutuo, y me lo estoy tragando. También he deducido que hay una especie de deidad inmortal a la que ambos temen, que solo puede ser destruida si trabajan juntos, a regañadientes, por supuesto. Sin embargo, no sé mucho más, dado que no he leído los números anteriores. La mitad de estos términos, nombres y lugares no significan nada para mí. Aun así, me encanta. En la última página, en medio de unas excelentes bromas tras la batalla, Serinthina alude a que estos dos tuvieron sexo en el Planeta de Hielo Borgue. Culpo a las hormonas del embarazo de la velocidad a la que agarro el teléfono para buscar en qué número podría haber aparecido.

Entonces me gastaré algo más de tres dólares para descargar el número ciento ochenta y uno en mi teléfono. Todo sea por conocer mejor a Bo y sus intereses, claro.

En absoluto para ver follar a los alienígenas cachondos.

Capítulo 16

Me he pasado media noche en vela leyendo viejos números del *Aniquilador* y lo he pagado esta mañana, cuando mis ojos han tenido que luchar para abrirse al sonar el despertador. Hoy no tengo trabajo, pero esta mañana debería dedicar unas horas a desempaquetar e instalarme antes de que Bo llegue a casa. Una cosa es tener cajas o plantas amontonadas en mi habitación, pero no las quiero en la cocina o en el salón, ocupando demasiado espacio y estorbándole.

Y justo cuando cargo en el lavavajillas mi última taza de la última caja de la cocina, la puerta principal pita y zumba al abrirse, anunciando el regreso de Bo.

—Hola —grita, cerrando la puerta tras de sí.

—Hola —respondo, llenando el lavavajillas de detergente y sonriendo para mis adentros—. Estoy en la cocina —añado.

Cuando cierro el lavavajillas y me doy la vuelta, Bo está apoyado en el arco, con el abrigo doblado sobre el brazo y una bolsa de lona en la mano.

—Hola, compañera —me dice con una sonrisa amplia y contagiosa.

—Bienvenido a casa —digo, haciendo una estúpida reverencia de la que me arrepiento inmediatamente—. Tienes una casa estupenda.

Los ojos de Bo se posan sobre mi hombro, admirando las plantas que he colgado delante de la ventana de la cocina.

—Me gustan las plantas —dice—. Ahí fuera también. —Señala el salón con el pulgar por encima del hombro.

—¿No son demasiadas? —pregunto, haciendo una mueca.

Se encoge de hombros, como si quisiera parecer indiferente, pero un rápido movimiento de sus labios lo delata.

—No, en absoluto —dice a la fuerza, con un tono vacilante.

—Oh Dios… son demasiadas.

—Ciertamente es más de lo que esperaba, pero me gustan. Te lo prometo.

—Intenté avisarte —digo, tomando un vaso de hielo—. Además, ha sido una gran sorpresa.

—¿Un frigorífico? —pregunta, cambiando su bolso de mano.

Suelto una carcajada.

—No, zoquete. La máquina de hielo.

—¿Acabas de llamarme *zoquete*?

—Si te queda el saco. —¿Qué diablos estoy diciendo? No debería tratar de ser graciosa o coquetear casi sin dormir. No es que esté intentando ligar. Eso sería tonto de mi parte… ¿verdad? Cierto.

Miro su equipaje, luego de nuevo a su cara, centrándome en las ojeras.

—Lo siento. Dejaré que te instales. ¿Quieres café? ¿Hago un poco?

Tararea.

—Sí, me encantaría. Gracias. ¿Necesitas el baño antes de que me duche?

—No, adelante.

Veinte minutos más tarde, termino de prepararle a Bo un red eye[5], con la ayuda de su lujosísima cafetera expreso. Y como si lo hubiera olido, aparece rápidamente del cuarto de baño, vestido con unos pantalones cortos de baloncesto grises, una sudadera con capucha

[5] **Un café de ojo rojo o Red Eye Coffee es una bebida elaborada con café expreso y de goteo.**

beige y gafas. Unas gafas negras de montura fina que le caen por debajo del pelo húmedo y oscuro del lado derecho.

Casi me trago la lengua.

Como si necesitáramos añadir vasos a este polvorín de hormonas que yo llamaba mi cuerpo.

—Aquí está tu orden —le digo, presentándole su café en una taza de cristal transparente.

—Eres la mejor, gracias. —Toma un sorbo largo, su cabeza cae hacia atrás mientras gime—. ¿Expreso también?

—Parecías cansado —respondo tímidamente mientras él vuelve a susurrar su agradecimiento.

—En serio, eres la mejor.

—¿Cuál es tu plan para hoy? —pregunto, sacando de la nevera unos palitos de zanahoria para picar y dejándolos caer en un cuenco.

—Hoy tengo el día libre, ya que estuve trabajando todo el fin de semana. ¿Y tú?

Me tapo la boca para no vomitarle trozos de zanahoria mientras hablo.

—La cafetería está cerrada los lunes. Estaba pensando en ir a dar un paseo a la playa antes de quedar con Sarah más tarde. ¿Sabías que solo vives a diez minutos a pie de una de las playas más bonitas con el agua más contaminada por e-coli del sur de Ontario? —le pregunto.

—El pescado sale con un ojo de más, pero hombre, la vista es preciosa —responde Bo, dándose la vuelta para salir de la cocina.

—Además, tengo una confesión —le digo, siguiéndolo hacia el salón, con un vaso de agua y un cuenco de palitos de zanahoria en la muñeca. Se tumba en el sillón del rincón, se aparta suavemente una hoja de mi helecho del cuello y la mete detrás de la silla antes de acomodarse en el asiento. Yo tomo el sofá—. Te he robado el correo.

—¿Robo el primer día? Vaya manera de empezar con buen pie —dice sonriendo—. Lo respeto.

—El *Aniquilador* —digo, alargando las manos para un efecto dramático—. Una lectura sorprendentemente genial.

La sonrisa de Bo se convierte en una sonrisa de oreja a oreja y sus ojos bailan alrededor de mi cara.

—¿De verdad lo has leído?

—Lo hice, y luego caí en una madriguera de conejo y leí una docena más antes de desmayarme anoche. Tuve que descargar una aplicación de lectura en mi teléfono para hacerlo. Me comprometí.

—Están todos en mi habitación. Podrías haberte ahorrado el dinero.

—Ah, bueno, no quería invadir tu espacio. Más de lo que ya lo he hecho… —digo, haciendo una mueca.

Frunce el ceño juguetonamente.

—No estás invadiendo nada. —Da un largo sorbo a su café y me satisface ver cómo se balancea de un lado a otro mientras lo bebe, como si nunca hubiera probado nada tan delicioso—. Pero supongo que si aún no te has aventurado a entrar en mi habitación, debo advertirte de que soy un poco…

—¿Gran nerd? —Interrumpo.

—Si, ay —se ríe.

—Sarah fisgoneó en tu habitación. Caleb y yo la seguimos. Intenté sacarlos, pero eran como niños en una juguetería. Lo siento.

—Dejé mi puerta abierta a propósito, Win. Sabía que probablemente entrarías ahí. Escondí toda la mierda que no quería que vieras.

—¿Cómo qué? —pregunto, mi curiosidad vence a cualquier pizca de cortesía por el tiempo.

—Bien, bien, solo he escondido una cosa.

—Curioso…

—Se me permite un secreto —dice, sonriendo a su taza.

Interesante. Sea lo que sea, debe ser más jugoso que la cuerda, ya que no se molestó en ocultarlo. «No digas nada de la cuerda, Win. Cambia de tema antes de hacerlo».

—Sabes, al principio, me sorprendió que seas nerd, pero una vez que empecé a juntar las piezas… Todo cobró sentido —digo, cruzando las piernas y apoyándome en el respaldo del sofá.

—Tengo que saber qué significa eso.

—Bueno, te encantan las matemáticas. Eres demasiado guapo para ser tan humilde como eres, lo que significa que o bien no estabas tan bueno de adolescente, o simplemente no estabas entre la gente genial. Supongo que eras como Caleb, tuviste un desarrollo tardío con un montón de intereses frikis que impedían que las chicas llamaran a tu puerta.

—Bueno, le funcionó —dice Bo, con una ceja levantada mientras da un sorbo largo y pensativo—. Sarah es genial.

—Bueno, ¿tengo razón?

—Molesto, sí. Yo era un friki de la banda y un nerd en el instituto. Una combinación ganadora. —Sacude la cabeza, sonriendo a su regazo—. Tengo que admitir que pensé que tardarías un poco más en leerme como a un libro. Creía que tenía un aire de misterio.

—Lo tienes. Hasta que vi la cueva nerd.

—Cueva nerd… bien… —Se muerde la mejilla, con picardía en los ojos—. ¿Así que estás diciendo que si, en Halloween, hubiéramos vuelto aquí en vez de a la habitación de invitados de Sarah, y hubieras visto los poquísimos coleccionables que tengo, las cosas podrían haber acabado de otra manera?

—Yo no he dicho eso. —Me inclino hacia atrás, cruzando los brazos con confianza.

—¿Y eso en qué te convierte? ¿Una cazadora de nerds?

—Solo estaba excitada, supongo.

Se ríe, con la garganta agitada.

—Bueno, me alegro de que nuestro plan de conocernos ya esté funcionando.

—Sin embargo, sigo siendo un misterio. —Muevo las cejas.

—Trabajaremos en eso —dice, sus ojos bajan hasta mi jersey—. Empezando por… ¿en serio fuiste a Harvard?

Compré este jersey hace tanto tiempo que olvidé lo que ponía en la parte delantera.

—No, no fue Harvard. Fui a Lakehead a la carrera de Recreación al Aire Libre, Parques y Turismo, con especialización en recreación terapéutica basada en la naturaleza. Tengo una licenciatura en cómo llevar a la gente en canoa por su salud mental, esencialmente.

—No hagas eso —dice Bo con severidad.

—¿Qué? —parpadeo a doble velocidad.

—Menospreciarte así. Eso me parece jodidamente genial e importante. No trivialices lo que has conseguido.

—Oh, uh, bueno… gracias.

—¿Qué querías hacer después de la carrera?

—El sueño era abrir un campamento de verano para niños discapacitados. Un lugar construido para enseñarles a adaptar el equipo, darles el tiempo y la paciencia para aprender lo que no habían conseguido en ningún otro sitio. Pero, obviamente, eso no ocurrió.

—¿Por qué?

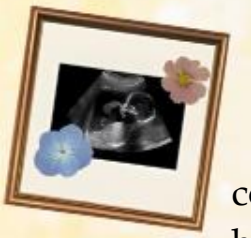
—¿Por qué que?

—¿Por qué no ocurrió? Parece tener mucho sentido.

—Oh —tartamudeo, tomando mi agua para beber un sorbo—. Supongo que, eh, pasó la vida en su lugar.

Bo espera a que continúe, manteniendo suavemente el contacto visual. Empiezo a sentir una opresión en el pecho que me sube por la garganta. Pero para esto estamos aquí, ¿no? ¿Conocernos? Le contaré la versión resumida. No necesita saberlo todo.

—Hubo un tipo… Jack.



—Ya lo odio —dice Bo, levantando una comisura de los labios.

—Sí, bueno, buenos instintos. —Me río nerviosamente—. Nos conocimos en mi curso de biología de segundo año. Él estaba haciendo una licenciatura en kinesiología. Parecíamos tener mucho en común, compartíamos mucho el mismo grupo de amigos, lo normal. Al final, después de unas cuantas cervezas de más alrededor de una hoguera una noche, empezamos a salir. Terminamos los estudios juntos, pero él decidió hacer un máster.

Me remuevo en el asiento, mirando a todas partes menos a la cara de Bo.

—Me pidió que me fuera a vivir con él y le dije que sí. Nuestra relación hasta entonces había ido bien. Pero había algunas señales de alarma que decidí ignorar. De todos modos… él iba a ser estudiante a tiempo completo otra vez, y alguien tenía que pagar el alquiler. Así que conseguí un trabajo de oficina para salir adelante y desperdicié esos dos años después de la graduación pagándole a él. Estúpidamente, pensé que éramos un equipo y que después me tocaría a mí ir por lo que quería, pero… bueno, ya sabes. Cuando las cosas terminaron, me mudé aquí, bastante desesperada por alejarme de todo. Tenía que empezar de cero y realmente no podía permitirme soñar más allá de la cafetería y ser socorrista en los veranos. Luego el tiempo pasó… pero yo no, supongo.

—Suena como un idiota, Win. Lo siento.

—Hace ya mucho tiempo —digo encogiéndome de hombros.

Hay un silencio persistente. Resisto todo lo que puedo el impulso de mirar hacia él, sintiendo sus ojos clavados en mí. Después de lo que me parece demasiado tiempo, decido ceder, sobre todo para

tranquilizarlo con una sonrisa. Pero cuando finalmente me vuelvo hacia él, no sonrío. No puedo sonreír.

No cuando Bo me mira como si hubiera oído más de lo que estaba dispuesta a decir. Como si estuviera viendo cada cicatriz invisible que he intentado tapar.

—No fue amable contigo. —Lo dice como un hecho. Simple. Triste. *Cierto*.

Niego con la cabeza. Lo bastante sutil como para que una parte de mí pueda fingir que no le he contestado.

La mandíbula de Bo funciona, sus ojos caen brevemente antes de sacudir la cabeza.

—Lo siento.

Inhalo un suspiro tembloroso, mordiéndome el interior de la mejilla.

—Como dije, fue hace mucho tiempo.

Asiente y se rasca la nariz con un nudillo doblado.

«Cambia de tema», grita todo dentro de mí.

—¿Fuiste a la universidad?

Bo se lame los labios, asintiendo, su ligereza habitual desaparecida.

—Sí, Waterloo para Contabilidad y Gestión Financiera.

—Suena a fiesta —bromeo. Pone los ojos en blanco, pero no sonríe. Parece que sus pensamientos están en otra parte. Me pregunto… si tal vez… los tiene en ella—. ¿Tú también tenías un Jack? —le pregunto.

Bo respira en su mano mientras se limpia la boca.

—¿Cuánto te ha contado Caleb? —pregunta, mirándome como si me hubiera descubierto.

Siseo entre dientes.

—Atrapada —digo en voz baja a través de una risa nerviosa e insonora—. Aunque Caleb no ha dicho mucho. —Nada útil, al menos—. No creo que Cora y él sean muy amigos.

—Escucha, las cosas se complicaron con Cora. No quiero insinuar que…

—Deberías saber que Sarah y yo nos referimos a ella como el engendro de Satán —interrumpo—. Con frecuencia y delante de Caleb. No ha sido más que desagradable con Sarah. Así que si estás tratando de ser diplomático por mi bien, no te molestes.

—No deberías llamarla así —dice Bo suavemente, inclinándose hacia delante en su asiento, con las manos entrelazadas entre las rodillas, retorciéndose—. Quiero decir… lo siento. Puedes llamarla como quieras. Yo solo… —Su voz se entrecorta.

Siento una punzada de culpabilidad e inquietud en los labios.

—Lo siento —digo simplemente. Entonces no ha superado lo de su ex. La repentina punzada de tristeza que me recorre el pecho es inesperada. No creo que sean celos. O al menos, no del todo. Es más complicado que eso. Es preguntarme si durante una de las experiencias sexuales más significativas de mi vida, sin duda la más placentera, mi pareja estaba pensando en otra persona. Deseando a otra persona. Si yo estuve… allí. Disponible. Excesivamente dispuesta, lanzándome sobre él hasta que cedió. Es el peso aplastante de preguntarse si él desearía que yo fuera ella. Que tuvieran un bebé. Ellos compartiendo un hogar. Me hace sentir como una intrusa. Inferior.

»No debería haberla llamado así. No deberíamos llamarla así. Tienes razón.

Me doy cuenta de que Bo elige sus palabras con cuidado mientras deja la taza vacía sobre la mesita.

—No debería molestarme. No era exactamente una buena relación. Ella, Cora… las cosas entre nosotros no iban bien.

Las cosas ya son incómodas; puedo obtener algunas respuestas.

—Caleb mencionó que estaban prometidos. —En cuanto lo digo, Bo se pasa las manos por la cara, frotándose ansiosamente la barbilla, las mejillas y la frente.

—Sí —dice, arrugando la nariz—. Técnicamente, sí.

—¿Técnicamente? —pregunto cuando levanta la vista hacia mí.

—De acuerdo. Vamos a hacerlo —dice en voz baja—. Primer día, sacando la artillería pesada. —Se ríe a medias.

—Lo siento —digo, sacudiéndome—. No tenemos que…

—¿Querías dar ese paseo hasta la playa? ¿Juntos? Siempre me resulta más fácil caminar y hablar de cosas más pesadas, ¿sabes?

Lo sé. Para eso fui a la escuela, en cierto nivel.

—Sí, claro. —Asiento y me levanto del sofá—. Dame unos minutos para cambiarme.

Un rato más tarde, los dos estamos vestidos con capas más abrigadas y a medio camino del agua. Hasta ahora hemos caminado casi siempre en silencio, haciendo comentarios fugaces sobre los bonitos perros que pasan a nuestro lado o sobre el buen tiempo que hace después de un invierno tan desapacible.

Cuando llegamos a la playa, está vacía. La arena tiene un color cercano al barro, está húmeda y parcialmente cubierta de charcos semicongelados en sus valles. La orilla rocosa está oculta bajo la nieve que ya ha empezado a derretirse bajo el sol dorado de hoy. El hielo del lago es lo bastante fino como para ver a través de él y se resquebraja por todas partes. El cielo es de un azul brumoso con nubes suaves y difusas, como si un pintor hubiera secado su pincel contra el horizonte.

Un día perfecto de finales de invierno.

Un día esperanzador en el que la primavera está más cerca de lo que crees.

Lo siento todo descongelando mis huesos cansados. El sol, el canto de los pájaros, la brisa que no es tan gélida como para lastimarme la

piel. Una señal de todo lo bueno que vendrá cuando termine el invierno. Cuando pueda pasar mis días al aire libre, sintiéndome más yo misma.

No es hasta que nos detenemos en la orilla que Bo parece empezar a ordenar sus pensamientos una vez más. Esta vez, espero pacientemente a que me ofrezca lo que quiera. No debería haberme entrometido, teniendo en cuenta que hay muchas cosas que no estoy preparada para contarle sobre mi última relación, así que no volveré a hacerlo.

Recojo unas cuantas piedras de la orilla y se las ofrezco en silencio con la palma abierta. Toma una, sonríe amablemente y la lanza. Los dos vemos cómo patina por un trozo de hielo antes de caer al agua. Yo también lanzo una. Aterriza directamente en una zona del lago sin hielo. Observo las ondas que se forman y se desvanecen.

—Me lo diagnosticaron unos meses después de que Cora y yo lo dejáramos por tercera vez —dice Bo, con voz desgarbada pero fuerte—. Ella, eh, ella y yo estuvimos en diferentes longitudes de onda durante la mayor parte de la relación. Seguíamos, yo seguía, intentando luchar contra lo inevitable de que simplemente no funcionábamos. Empezamos a salir a los veintitrés, y era más sencillo cuando éramos dos personas centradas en sus carreras que trabajaban en el mismo campo e intentaban salir adelante. Pero, al final, nos quedamos intentando averiguar cómo encajábamos el uno en la vida del otro fuera del trabajo, reconciliándonos con que no encajábamos muy bien. —Se lame los labios y mira el agua con el ceño fruncido y una concentración estoica.

»Dios, es jodidamente patético decirlo en voz alta… pero creo que, tal vez, simplemente nunca me quiso tanto como yo a ella… —Lo dice como una pregunta, mirándome como si yo pudiera tener la respuesta. No la tengo. No puedo.

Creo que tal vez ya he dicho demasiado, en realidad. Reducir a Cora a esta villana caricaturesca en vez de alguien con quien Bo compartió años de su vida. A pesar de cómo ha tratado a Sarah o a

mí, no conozco a Cora tan bien. Claramente, Bo sí. Y claramente, él la *amaba*.

—Hay que reconocer que había muchas razones por las que no debería haberla llamado el día que me enteré de que estaba enfermo, pero… lo hice. Estaba jodidamente asustado y… solo. Nunca me había sentido tan solo. —Se ríe sin humor, con una mano extendida a lo largo de la mandíbula mientras aprieta los dientes posteriores.

Recojo algunas piedras más y le ofrezco una. Me hace un gesto brusco con la cabeza antes de tomar una y lanzarla tan lejos que tengo que entrecerrar los ojos para verla caer.

—Tenía amigos a los que podría haber llamado, supongo. Pero no estaba seguro de si alguno de ellos sabría cómo ayudarme. Necesitaba compañía. Necesitaba amor duro, que Cora siempre tenía a raudales. —Le doy otra piedra y la lanza. Esta vez es un lanzamiento más superficial y débil. Se mete las manos en los bolsillos, ensancha ligeramente la postura y suelta un largo suspiro.

»Quería llamar a mi padre, pero me preocupaba agobiarlo. Perdió a su mujer décadas antes de que me diagnosticaran la enfermedad y nunca había superado la situación. No me atrevía a decirle que también podía perder a su único hijo. Cora estuvo ahí cuando no sabía a quién más llamar, y siempre estaré agradecido de que apareciera para mí.

—Yo también me alegro de que estuviera ahí para ti —digo en voz baja. Y lo digo en serio. Aunque me produce un dolor en el pecho. Tal vez sea culpa. Podrían ser celos. O, mejor dicho, ambas cosas.

—Al mes de empezar el tratamiento, Cora me anunció que nos casaríamos. Sé que parezco idiota, pero le seguí la corriente. Todo en mi vida me parecía inestable y sin ataduras y, de repente, estaba esta mujer a la que amo diciéndome que iba a seguir conmigo. Yo quería esa estabilidad.

Siento que un torrente de energía me atraviesa de pies a cabeza. Me llega al pecho con un golpe suave pero perceptible. «Ama». En presente. Bo *ama* a Cora.

—Pero cuando la quimioterapia no funcionaba y el cáncer avanzaba, la amputación se convirtió en la única opción. Y… a pesar de todo, las probabilidades parecían sombrías. —Naturalmente, volvemos a caminar a paso relajado hacia el embarcadero con un pequeño faro y muelles vacíos donde los lugareños guardan sus barcos durante los meses más cálidos.

»En ese momento, creo que llegó a ser demasiado para ella. Dejó de venir a las citas. Dejó de venir por completo. Con el tiempo, también dejó de responder a mis llamadas. Recibí el mensaje de que necesitaba alejarse de todo, y no hemos hablado desde entonces. No es un gran cierre, lo sé. Pero… parte de mí siente que es lo mejor, honestamente. Ella estuvo ahí cuando la necesité, y creo que me hizo un favor… a largo plazo.

—No creo que te hiciera un favor dejándote cuando más la necesitabas. Es algo muy cobarde. Al menos debería haberte dicho a la cara que no podía soportarlo. Dejarte tener ese… final apropiado.

Bo se encoge de hombros.

—Ella ya había terminado las cosas antes, sin embargo. Yo era el que intentaba arreglarlo cada vez, por eso volvíamos a estar juntos. Tal vez ella sabía que tenía que ser así. Tenía que hacerme daño para que yo la dejara ir. Y dudo que mucha gente se quedara cuando el peor escenario parecía inevitable.

«Yo lo hubiera hecho», creo. Luego me reprendo inmediatamente por situarme moralmente por encima de Cora, incluso dentro de mis propios pensamientos. En última instancia, no sé lo que haría en esa situación. Aunque dudo que lo hubiera dejado. Realmente no entiendo cómo alguien podría hacer tal cosa. Incluso imaginar lo que habría sentido me hace estar a punto de llorar, me dan ganas de tomarle la mano o arroparlo contra mi pecho y pasarle la mano por el pelo. Protegerlo, escudarlo, como si pudiera cambiar el pasado.

—¿Cuándo se lo dijiste a tu padre? —le pregunto.

—Unas seis horas antes de la operación… —dice, y luego se relame los labios, apartando la mirada de mí con timidez.

Gruño:

—Caray.

—Sí… no fue mi mejor intento.

—¿Cómo se lo tomó?

—No muy bien —dice Bo en un tono más alto de lo habitual, con algo de humor en sus facciones—. Volvió a su lengua materna para llamarme de todo, y luego tomó el primer vuelo. Se quedó conmigo tres meses después de la operación. No habría podido volver a casa sin su ayuda. No sé lo que habría hecho.

—Parece un gran padre —digo mientras Bo se agacha y toma algo de la arena de la orilla—. Sabía que vivía en Francia, pero no sabía que era francés.

—Sí, mi madre era de aquí y papá es de un pueblecito de las afueras de París. Se conocieron tocando en la misma orquesta en Toronto y se casaron a los diez días de conocerse.

—Estás de broma —resoplo.

—No, solo diez días a los diecinueve años. No me tuvieron hasta diez años después.

—Eso es… eso es salvaje —digo.

—Mi padre dice que en cuanto vio a mi madre, lo supo. La miró y vio cómo se desarrollaría el resto de su vida. —Bo se detiene, con una mirada dulce y anhelante mientras me sonríe suavemente. Imagino que estará pensando en Cora y en lo que podría haber sido.

—Debes de echarla de menos —digo, refiriéndome a su madre, pero no se me escapa la posibilidad de que se refiriera a Cora o a su madre. A veces las personas que nos persiguen siguen vivas. Eso también lo entiendo.

—Sí —asiente Bo, volviéndose hacia el camino—. Pero yo era muy joven cuando ella murió.

—Lo siento —ofrezco, igualando su paso—. ¿Recuerdas mucho de ella?

—No —dice claramente—. Pero papá tenía muchas historias y fotos. Guardaba todo lo de ella, como su colección de vinilos. La mayoría de los discos de la casa eran suyos. —Se detiene, extendiendo un brazo para bloquear mi siguiente paso.

Miro hacia el camino, esperando que aparezca de entre los arbustos una mofeta o algo más nefasto. Pero no aparece nada.

—¿Has oído eso? —me pregunta con urgencia, la voz baja. Se gira y mira frenéticamente a nuestro alrededor.

—¿No? —susurro-grito, apartándome de sus miembros tambaleantes—. ¿Qué…?

—Mierda, ¿dónde está?

—¿Qué? —pregunto, más alto.

—Oí un ganso.

Me detengo bruscamente y mis zapatos rozan el camino empedrado. Lo miro incrédula y se me dibuja una sonrisa en los labios que tengo que reprimir antes de que se convierta en carcajada.

—Estamos en una playa de Canadá, Bo. Vas a oír gansos —digo, sin dejar de susurrar por alguna absurda razón.

—Me odian. —Bo gira la cabeza hacia un sonido sobre el agua a nuestra izquierda, con los hombros hasta las orejas.

—Te odian…

—Siempre van por mi pierna. No sé si es porque es brillante y eso les gusta, o si los gansos son unos pequeños idiotas incapaces, pero siempre intentan atacarme.

Intento contener la risa. De verdad. Pero fracaso. Miserablemente. Estallo.

—Perdona, ¿qué?

Bo se agacha para tomar una piedra del tamaño de la palma de su mano y espera para atacar.

—No puedes usar eso —le digo, quitándole la piedra y tirándola a un lado. Nuestros dedos se rozan brevemente, aunque por la forma en que me late el corazón, cualquiera diría que el tipo me ha inmovilizado contra el árbol más cercano y me ha arrancado las medias. Malditas hormonas—. Hoy no habrá asesinato de gansos, hombre. Estoy segura de que es la ley más sagrada de Canadá, y no voy a llevarte al bebé de visita a la cárcel.

Me hace callar, volviéndose hacia el agua y luego en círculo, como un guardaespaldas de guardia.

Me río de él, esta vez más fuerte.

—¡Para! —gimotea, soltando su propia risa—. ¡No es gracioso!

Sacudo la cabeza y me dirijo hacia la casa de Bo.

—Vamos —digo, unos pasos por delante de él. —Te protegeré de posibles gansos asaltantes.

—Te arrojaré a ellos —dice—. Si llega el caso.

—Solo si puedes atraparme primero.

Capítulo 17

Cuando llegamos a casa de nuestro paseo por la playa, Bo atendió una llamada en su habitación mientras yo me preparaba para salir. Todavía estaba al teléfono cuando salí con Sarah, con la misión de conseguir arte nuevo para mi habitación y algo para comer. Y claro, como vamos a comprar a tiendas de segunda mano, encontré lo que buscaba y muchas cosas que no sabía que necesitaba.

Incluido un bonito rompecabezas de arco iris para el bebé y algunas piezas para la repisa del salón. Algunas acuarelas enmarcadas, unos portavelas de cerámica, unas bonitas velas para esos portavelas y un pequeño marco de concha turquesa que encaja perfectamente con nuestra foto de la ecografía. Lo coloqué en el centro de la chimenea.

A Bo no parecían importarle las nuevas incorporaciones. Cuando coloqué el último objeto y di un paso atrás para admirar la chimenea, me volví y lo encontré de pie detrás de mí. Estaba apoyado en la pared, como suele hacer, y sonreía con cariño. No a mí, sino a la pequeña foto en su nuevo lugar.

Pensé que sería bueno tener la foto en algún sitio. Un recordatorio de por qué estamos haciendo esto.

Después, me llevé a mi habitación la pila de cómics que Bo me había dejado y leí durante unas horas. Y ahora, llevo unos seis cómics de ocho, y mi estómago me ha informado de que es hora de cenar. Así comenzó mi espiral.

Claro, la cena suena bastante simple, pero está lejos de serlo. Esta es nuestra primera cena bajo el mismo techo, y me parece que

estaríamos sentando algún tipo de precedente con cómo se desarrolla esta noche. No tengo ni idea de lo que Bo hace para comer. Solo he visto al tipo comer productos horneados, galletas saladas o patatas fritas.

¿Solo come alimentos de color beige y marrón? ¿Le ofenden las verduras? ¿Le gusta el picante? ¿Qué alergias tiene? ¿Lo mataré accidentalmente si uso huevos, soja, frutos secos o marisco?

¿Y es presuntuoso cocinar para los dos? ¿O sería de mala educación cocinar solo para mí? ¿A qué hora suele cenar? ¿Es ya demasiado tarde? ¿Demasiado pronto? No he salido de mi habitación desde las cuatro, así que es posible que ya haya cenado. Aunque no huelo nada procedente de la cocina, y mi sentido del olfato desde que me quedé embarazada no es ninguna broma. Soy como un sabueso estos días. La gente podría usarme para resolver crímenes. Casos sin resolver de hace décadas.

Si Bo comiera sin mí, ¿me ofendería? No me importa si hacemos nuestras cosas, pero probablemente deberíamos establecer cuál será nuestra rutina, ¿no?

Luego, también está la cuestión de cómo conseguimos la comida antes de cocinarla. ¿Hacemos la compra juntos? ¿Por separado? ¿Qué resulta más económico? ¿Cambiará nuestro sistema cuando yo esté de baja por maternidad y mis ingresos se reduzcan a la mitad?

—¿Win? —llama Bo a través de mi puerta, golpeando dos veces en rápida sucesión.

—¿Sí? —digo, intentando parecer tranquila. Es poco convincente.

—¿Tienes hambre? He hecho sopa —responde, abriendo un poco la puerta y dando un paso dentro.

Me retiro el pelo de la nuca y trago saliva, sintiendo un sofoco en el pecho y el cuello. Todo esto es demasiado. Hay demasiadas cosas que no hemos hablado. Expectativas que desconozco y que inevitablemente no cumpliré. Jack odiaba que no tuviera la cena lista cuando llegaba a casa. Era así de raro… soltaba largos monólogos sobre cómo la sociedad estaba hecha para trabajar en contra de las

mujeres mientras me hacía sentir continuamente que tenía que cumplir ciertos roles y expectativas en nuestro hogar. Todo en Jack era una especie de actuación.

¿Es eso lo que es? ¿Bo haciendo sopa? ¿Es algún tipo de… actuación?

—¿Estás bien? —pregunta Bo, sus ojos rebotando alrededor de mi cara, su mano apretada alrededor de la parte superior de la puerta.

Suelto el labio de entre los dientes mientras mi rodilla empieza a rebotar.

—¿Tienes alguna alergia? —pregunto.

—No. —Bo entra en la habitación, apoya el hombro en la pared junto a mi cómoda y se cruza de brazos—. ¿Y tú?

—No. ¿Normalmente cocinas o pides a domicilio? ¿A qué hora comes? ¿A esta hora?

—Me gusta cocinar, pero no soy ningún chef. Normalmente como sobre las seis, ya que acabo de trabajar a las cinco. ¿Te encuentras bien? Pareces un poco…

—Siento que me estoy desmoronando, tal vez… un poco. Aprecio que cocines, obviamente, pero no sé cuáles son las expectativas para seguir adelante. Supongo que hace tiempo que no vivo con alguien…

Bo asiente pensativo, con los ojos fijos en la lámpara de la mesilla.

—Parece la misma espiral que estaba teniendo hace una hora. —Señala la cama, y yo asiento con la cabeza, arrastrando los pies para que pueda sentarse a mi lado—. No quiero pasarme —dice Bo, apoyando los codos en las rodillas y juntando las manos entre las piernas abiertas—. Si quieres compartir este espacio como compañeros de piso (comprar nuestra propia comida, cocinar para nosotros mismos, compartir algunas necesidades básicas, dividir los gastos por la mitad) me parece bien. Pero creo que un acuerdo diferente tendría más sentido.

—¿Diferente? —pregunto.

—Menos separados, supongo. Creo que he encontrado una solución para las facturas y el dinero. En cuanto a las tareas domésticas, cocinar o cualquier otra cosa, creo que deberíamos turnarnos.

—Así que, como, ¿cada dos noches, cocinaré la cena?

—Pero a veces cierras en la cafetería, ¿no? Entonces, ¿por qué no cocino yo, ya que mi horario sigue siendo el mismo?

—¿Entonces qué hago?

—¿Limpiar después de cenar?

—¿Y qué pasa con el resto de la casa? ¿Mantienes todo superlimpio? ¿Tienes algún tipo de rutina que debería conocer? ¿Una tarea que odias y que yo podría hacer?

—Después de mi operación, contraté a una empresa para que enviara a alguien a limpiar una vez a la semana, así que es más justo que tengamos que ordenar lo que ensuciamos.

Lo añado a la lista de gastos y me pregunto cuánto cuesta mantener esta casa, el estilo de vida de Bo. ¿Compra en el tipo de tiendas de comestibles con carnicerías y productos orgánicos o en las que puedes comprar muebles de jardín junto con la leche? Eso puede ser un factor determinante en cómo proceder. ¿Puedo permitirme la mitad de su vida?

—¿Y qué pasa con el dinero? Dividirlo todo a la mitad me parece bien, pero no sé cuáles son tus cuentas.

—Mi sugerencia es un poco más complicada que eso.

Levanto una ceja, esperando a que continúe.

Bo se levanta ligeramente de la cama, sacando su teléfono del bolsillo trasero.

—Sé que dijiste que querías pagar la mitad, y no quiero descartarlo, pero creo que esta solución es algo en lo que ambos podemos estar de acuerdo. —Me muestra un gráfico circular con una lista de números que no significan absolutamente nada para mí.

Lo miro fijamente durante unos largos segundos antes de darme por vencida.

—¿Qué estoy mirando aquí?

Se acerca más, nuestros muslos se tocan, mientras me muestra con entusiasmo la pantalla.

—Bien, estos son nuestros ingresos anuales totales. —Rodea todo el gráfico circular con el dedo—. Y este es el porcentaje de esos ingresos que yo gano. —Señala la parte más grande del gráfico, de color morado. Su rodilla roza la mía y tengo que volver a concentrarme en lo que dice. Me alegro de que mis profesores de matemáticas no fueran tan guapos como Bo. Nunca me habrían dado el título.

»Este sistema lo reparte todo proporcionalmente. Pongo nuestros gastos mensuales previstos, incluidas dos cuentas de ahorro adicionales que he creado y a las que contribuiremos los dos. Una es para los gastos de vivienda y mudanza que tengas en el futuro, decidas lo que decidas. La segunda es para el bebé: muebles, pañales, ropa, lo que sea. Luego he multiplicado el total de nuestros gastos por cada uno de nuestros porcentajes para ver cuánto debe aportar cada uno en total.

Asiento con la cabeza y miro la pantalla cuando veo mi nombre debajo del gráfico, resaltado en verde.

—Así que este número, seiscientos setenta y cuatro, ¿es el mío?

—Sí —responde Bo.

—Eso es demasiado poco para vivienda, comida, facturas y todo lo demás. No hay manera.

—Los porcentajes no mienten.

—¡Obviamente falseaste los números!

Bo se ríe suavemente.

—Te juro que no. Puedo repasar las cuentas contigo, pero los únicos gastos que dejé fueron son los de mi coche, porque no estaba

seguro de si querrías usarlo o no. Pero puedo sumar eso también si quieres.

—¿Qué hago con todo el dinero extra que gano con la cafetería? Definitivamente debería contribuir más, dado lo mucho que me sobrará.

—Bueno, no incluí tu factura de teléfono. Más dinero para gastos, supongo. Otra cuenta de ahorros. Invierte un poco si quieres. —Se encoge de hombros, como para mostrar su total indiferencia—. Y cuando estés de baja por maternidad, reajustaremos los porcentajes de nuestros ingresos para que todo siga siendo justo.

Le arrebato el teléfono y me desplazo hasta que veo su número debajo del mío.

—¡Robert! ¿Tres mil novecientos noventa y dos? —suspiro y lo miro—. Esto no está ni cerca de la paridad.

Bo enarca las cejas y abre los ojos.

—¿Robert? —pregunta, sonriendo satisfecho—. ¿Ahora soy Robert?

—¡Bueno, Bo parece bastante informal, considerando que ahora eres mi *sugar daddy* aparentemente! —digo, exasperada.

Bo pone los ojos en blanco.

—Lo digo en serio. Quiero que esto parezca justo. —Se han aprovechado de mí antes. Sé lo que se siente. Lo rápido que puedes empezar a resentir a alguien por todo lo que no hace.

—Es exactamente justo, Fred. Estos números son proporcionales. Es equidad, no igualdad. Créeme. Si dependiera solo de mí, tu número sería mucho más bajo. Cero. Tus ingresos son alrededor del 15% del total del hogar, ¿verdad? Los gastos de tenerte viviendo aquí solo aumentaron en seiscientos treinta dólares adicionales, que tu parte está cubriendo. Eso no me parece justo, considerando que también estás criando a mi hijo. Este soy yo comprometiéndome.

Me quejo, mirando la enorme diferencia entre nuestras dos cifras. Yo solo gano el 15% de los ingresos de la familia. No soy muy buena en matemáticas, evidentemente, pero eso debe situar los ingresos de Bo en algún lugar por encima de los cien mil al año. No esperaba sentirme tan mortificada. Qué poco tengo que ofrecer.

—Bo, ¿estás seguro? ¿Absolutamente seguro? Esto parece demasiado.

—Sí —asiente desesperado—. Totalmente, definitivamente, absolutamente, y cualquier otro adverbio que quieras, claro. —Su simple sonrisa infantil me estabiliza un poco. La forma en que inclina la cabeza para mirarme a los ojos, la forma en que asiente como si intentara que yo hiciera lo mismo. La forma en que todo esto parece tan… sin importancia para él. Como si realmente no pudiera importarle menos.

—Soy un parásito —digo, suspirando mientras mantenemos el contacto visual, nuestros rostros tan cerca como nos permiten la anchura de nuestros hombros y la diferencia de estatura.

—No eres un parásito. Eres un activo. —Golpea su hombro contra el mío, arrancándome una sonrisa.

—¿Un activo? —le pregunto, parpadeando.

—Por supuesto. Sin duda has revalorizado la casa con la decoración y la reforma de esta habitación aburrida. Por no mencionar que estás aumentando el número de miembros de la familia en un 50%. Además, eres buena para la moral —bromea con un guiño.

—Moral, ¿eh?

—Sí. Tu contribución a la atmosfera vale al menos unos cientos de dólares.

—Bien —suspiro, envolviendo una mano alrededor de mi estómago gruñón. Los ojos de Bo siguen el recorrido de mi mano y se quedan ahí, observando mi barriga con cálido afecto.

—Mira, sé que aún no nos conocemos muy bien y que no tienes motivos para confiar en mí, pero te prometo que esto es justo. Puedo repasarlo contigo un poco más, tal vez en mi ordenador, pero en cualquier caso, esto es todo el dinero tuyo que puedo aceptar y sentirme cómodo. Soy muy bueno en mi trabajo y normalmente honrado, pero consideré falsear los números cuando vi lo que ganabas. Me gustaría hacer las cosas lo más fácil posible para ti, Win. Si fuera por mí, dejarías tu trabajo, te relajarías durante los próximos meses.

—Quieres una mujer mantenida —me burlo.

—Ciertamente quiero mantenerte contigo. —Palidece en cuanto las palabras salen de su boca—. Quiero decir, quiero mantenerte feliz. Aquí y feliz y…

—Bien —interrumpo—. Bien. Estoy de acuerdo con tu arreglo, pero si algo cambia… si en algún momento empiezas a resentirte conmigo o…

—Eso es imposible.

—De acuerdo, pero… y si.

Sus hombros caen en una larga exhalación:

—Gracias.

—No sé por qué me das las gracias. Ahora soy rica. Tengo una máquina de hielo y mil dólares extra al mes para divertirme.

Se ríe, con la cara apuntando al techo.

—Bien, gran derrochadora, ahora que tenemos eso resuelto… ¿sopa? —Se levanta y me ofrece la mano para que lo siga.

Coloco mi mano más pequeña en la suya y no me pierdo cómo sus ojos se arrugan a ambos lados cuando la envuelve con toda su mano, cubriéndola por completo.

No es ningún chef, mi trasero. Cuando termino con mi tercera ración de la sopa de calabaza de Bo —que hizo desde cero, debo añadir— empiezo a limpiar.

Sé que suena ridículo, porque hay un lavavajillas, pero decidí lavar los platos a mano. Creo que una parte de mí siente que lo correcto es hacerlo a la antigua, teniendo en cuenta que Bo acaba de hacer sopa como una mujer pionera.

A mitad de fregar los platos, en la habitación contigua empieza a sonar un rasposo solo de guitarra que sube lentamente de volumen.

—¿Esto está bien? —dice Bo, asomando la cabeza por la esquina.

—¡Sí! —grito por encima de la música, asintiendo con la cabeza—. ¿Quién es?

—Rush, era uno de los grupos favoritos de mi madre.

—Tu madre tenía buen gusto —le digo, sonriendo por encima del hombro mientras friego mi plato de sopa.

Los ojos de Bo se detienen en mis manos con una ceja levantada, inquisitiva, pero no dice nada. Y lo agradezco. Detesto que me controlen de forma excesiva. Incluso si lo que estoy haciendo no tiene sentido. Lo que necesito ahora son pequeñas dosis de control.

Pongo el cuenco en la rejilla de secado y agarro un vaso de la encimera. Sonrío para mis adentros mientras meto la manita en el vaso de agua con una esponja. Es básicamente la mejor característica de tener una mano poco desarrollada. Si tuviera un anuncio publicitario, diría que tengo un cepillo de fregar incorporado. O, si fuera un juguete, diría que estoy preparada para un golpe de kárate en todo momento.

—Cuando termines, pensé que tal vez podríamos hacer una de esas tarjetas de preguntas que Sarah nos consiguió —dice Bo, rascándose la nuca—. Ya sabes, si no estás muy cansada.

—¡Claro! —le digo, sonriendo por encima del hombro.

Estamos arrasando, pienso. Primer día y ya nos hemos comunicado a las mil maravillas, nos hemos sincerado sobre nuestros ex y hemos establecido una rutina. No puedo evitar sonreír mientras sigo limpiando, tarareando al ritmo de la música hasta que termino.

Me seco las manos y me desvío rápidamente a mi habitación para ponerme unos pantalones de chándal. Mi cuerpo no ha cambiado mucho hasta ahora, pero noto que los vaqueros me aprietan por las noches.

Una vez que me siento más cómoda, encuentro a Bo en el salón, sentado pensativo con un libro de sudokus en la mano. El tocadiscos se detiene una vez que la aguja llega al final del disco, sin dejar nada más que un silencioso zumbido eléctrico de los altavoces.

—¿Quieres que le dé la vuelta al disco? —pregunto, acercándome al extremo del sofá.

—Oh, eh, lo siento. —Bo tira suavemente su libro y su lápiz sobre la mesita—. No te oí entrar… y no, está bien.

—No tienes que parar por mí —le digo, sentándome en el extremo opuesto del sofá.

—Ya hice uno. Solo estaba matando el tiempo.

—Estoy tan llena de sopa que podría morir feliz.

—¿Cómo te has sentido estos últimos días?

—Antes del día de la mudanza, mucho mejor. Creo que las subidas y bajadas de escaleras me afectaron, pero desde entonces también me encuentro muy bien. Sin náuseas.

—Tal vez se está terminando. Eso es lo que dijo el médico, ¿verdad? ¿En el segundo trimestre podría desaparecer? —Bo se relaja en el sofá, con los brazos extendidos a ambos lados del respaldo. Me pongo de lado para mirarlo, metiendo los pies debajo de mí.

—Ojalá. —Lo miro expectante, viendo las cartas detrás de él—. ¿Comenzamos? —le pregunto.

Bo se acerca al brazo del cojín, donde está la caja blanca sin envolver con veinte preguntas. Abre la caja, saca las instrucciones y las lee por encima.

—Hay un orden sugerido. ¿Nos importa?

—No, modo caos. Barajar y repartir.

Sonríe, asintiendo mientras empieza a barajar las cartas.

Y sé que es ridículo. Pero la forma en que Bo baraja es muy sexi. Sus enormes manos empequeñecen las cartas, la facilidad con la que toma las cartas con su pulgar, deslizándolas juntas. Tal vez el strip poker podría ser divertido.

«No… no, Win».

—Muy bien —dice, levantando una carta de la parte superior del montón—. ¿Listos?

—Como nunca lo estaré —digo, apartándome la camiseta del cuello antes de juntar las manos en el regazo.

—¿Te gustaría ser famosa? Si es así, ¿de qué manera? —lee Bo—. ¿Voy yo? —pregunta.

—Claro.

—No me gustaría ser famoso. No doy mucha importancia a mis opiniones, y creo que hoy en día se espera que los famosos tengan una postura sobre todo. Hace veinte años, los famosos eran solo famosos. Ahora, visitan las Naciones Unidas y hablan de la conservación de la naturaleza, como si no hubiera gente más cualificada para hacerlo.

—¿Pero no están utilizando su plataforma y su posición para ayudar? Tienen la atención del público. ¿Por qué no utilizarla?

—Bueno, no hay nada malo en intentar ayudar… y entiendo que tienen mucha influencia pública, así que probablemente deberían hacerlo. Es solo que no creo que quisiera ese tipo de atención sobre mí. Preferiría ser megarico pero no famoso para poder dar mi dinero

a los canales adecuados. A la gente que sabe cómo usarlo para el bien. Me gustaría permanecer detrás del telón.

Asiento lentamente, con los ojos fijos en mi regazo mientras reconsidero mi respuesta.

—A menos que… —dice Bo, arrastrando mi atención de nuevo a su cara—. Podría ser Andy Serkis.

—¿Quién demonios es Andy Serkis?

—Exacto —dice Bo, con una sonrisa ladeada—. Es un actor conocido sobre todo por sus papeles en películas generadas por ordenador. Fue Gollum en *El Señor de los Anillos* y Snoke en *La Guerra de las Galaxias*. También ha participado en un montón de películas de Marvel. Tiene todos estos papeles de ensueño, pero apuesto a que puede ir a dar un paseo con su familia y que nadie lo moleste porque nadie sabe realmente cómo es.

—Tendrían que sacarte a rastras de esos *sets* —digo.

—Seguiría allí. Viviría en las paredes. O habría robado todo lo que no estuviera clavado.

—Oh, guau. Imagina el estado de tu dormitorio con todos esos coleccionables.

—¿Ves? Podría ser peor. —Bo exhala suavemente, manteniendo su sonrisa—. ¿Y tú?

—Creo que me gustaría ser famosa, pero más en el lado creativo y menos conocido de las cosas. Como directora o guionista o algo así, donde pueda ir a todos los eventos y conocer a gente genial, pero sobre todo centrarme en el trabajo y no en la publicidad de ser famosa. Como has dicho, hay demasiada percepción pública.

—Podría verte como directora —dice Bo.

—¿Sí? ¿Cómo es eso?

—Tienes un aire de autoridad.

Resoplo.

—¿Yo?

—Sí, tú —dice Bo, entrecerrando los ojos juguetonamente—. Eres firme… tienes una calma bajo presión que admiro.

—Calma… —digo con incredulidad—. ¿Yo? ¿Por casualidad te perdiste mi espiral sobre la cena de hace unas horas?

—Pero ésa es la cuestión. Lo has comunicado todo y nos hemos puesto de acuerdo. Ahora somos un equipo mejor. Eso es lo que hace un buen director.

—Oh, y tú lo sabrías. Por toda tu experiencia en el set.

—Exactamente.

—¿Eso es todo, entonces? —digo, mirando la baraja mientras Bo la guarda dentro de la caja—. ¿Hemos terminado la primera pregunta?

—Sí. —Deja las cartas sobre la mesita—. Supongo que en diecinueve preguntas más, estaremos enamorados. —Mueve las cejas de forma sugerente antes de mirar el reloj—. ¿Quieres ver una película o algo? —pregunta—. Podría tomar mi portátil.

—Claro —le digo—. Puedes presentarme a este tal Andy.

—Bueno, ¿cuál de sus películas no has visto?

Le devuelvo la mirada perdida.

—¿Cuál no has visto, Win? —pregunta Bo, preocupado. Arrugo la cara, mirando al techo—. ¿No… no has visto *El Señor de los Anillos*? —pregunta, con la voz lenta y a punto de quebrarse.

Sacudo la cabeza y se me escapa un pequeño suspiro de risa cuando su cara cambia rápidamente de puro horror a sorpresa y a diversión. Bo mira su reloj, luego me mira a mí y después a la mesita, como si estuviera calculando algo. Luego vuelve a mirar el reloj. Es extrañamente entrañable lo mucho que le ha afectado esta información.

—Bien, si empezamos ahora, podremos terminar la edición extendida de *La Comunidad del Anillo* antes de medianoche.

—¿Medianoche? —pregunto cansada—. ¿Cuánto dura?

—Probablemente sea mejor que no lo sepas. —Se levanta bruscamente, se mueve para rodear el sofá, luego se detiene—. No puedo creer que voy a tener un bebé con una virgen del *Señor de los Anillos* —dice, casi susurrando—. Esto es increíble… —Sale trotando hacia su dormitorio.

—¡Juro que estabas menos excitado por tener sexo conmigo de lo que estás ahora! —le grito.

—¿Sinceramente? Quizá —me grita desde el pasillo.

Llevaba dos horas de película cuando apoyé la cabeza en el hombro de Bo y me dormí.

HANNAH BONAM-YOUNG

Capítulo 18

Dieciséis semanas de embarazo. El bebé tiene el tamaño de un aguacate.

Esta última semana, Bo y yo hemos caído en un patrón familiar. He tenido turnos de mañana toda la semana, así que me levanto temprano, preparo una cafetera para que Bo tenga café cuando se despierte y me voy a trabajar. Después voy a nadar al gimnasio y llego a casa justo cuando Bo empieza a preparar la cena. Comemos juntos en el sofá y nos contamos nuestro día, aunque no podría explicarte con detalle a qué se dedica Bo. Suelo perderme en cuanto se menciona la palabra «datos».

Aun así, me parece que está tan entusiasmado por contarme cada parte de su día que, si asiento con entusiasmo y sonrío con él, no importa si realmente lo entiendo. Y me gusta cómo se le ilumina la cara cuando habla de trabajo. Me inspira a pensar en lo que me gustaría hacer después del bebé. Un campamento podría ser el gran sueño del futuro, pero quizá haya un paso intermedio que me llene más.

Después de cenar, limpio, con la banda sonora de cualquier disco que Bo elija de la colección de su madre. Ayer escuchamos *Lo mejor de Etta James* y la noche anterior fue *Joshua Tree* de U2. Joanna, como su hijo, era una mujer de gustos eclécticos. He pasado mucho tiempo pensando en la madre de Bo mientras escucho y lavo los platos, la verdad.

Me pregunto si sabrá algo del bebé, como espero que sepa Marcie. Me gusta pensar que ambas están en el cielo, en el éter, en el más allá

—como quieras llamarlo—, observando con orgullo cómo nos abrimos paso a tientas hacia la paternidad.

Luego, una vez que he terminado de soñar despierta y de poner orden, sacamos una pregunta de las cartas. Las preguntas son una gran herramienta para echar un vistazo al funcionamiento interno de la brillante, aunque extraña, mente de Bo. Lo que me parece más interesante, hasta ahora, es que Bo parece ser alguien totalmente indiferente o extremadamente obstinado, y rara vez se encuentra entre ambos extremos.

Le llevas cuarenta y seis plantas de interior a su casa y apenas se inmuta. Pero defiendes el zumo de naranja con pulpa, y está listo para ir a la guerra.

La pregunta de ayer «¿cuál es tu opinión más controvertida?» convirtió en pocos minutos a un Bo normalmente afable en argumentativo. Estaba bromeando cuando sugerí que el zumo con pulpa era superior, si no igual, al zumo sin pulpa. No esperaba que se pusiera como una fiera, pero fue divertido verlo.

Me encantaba ver cómo se apartaba el pelo de la cara y se arreglaba las gafas mientras se paseaba por la habitación. Estaba casi histérico, despotricando sobre lo repugnante que es la pulpa y cómo, y cito textualmente, «cualquier ser humano que se precie no se sometería a trozos en su zumo».

Su controvertida opinión era que las palomitas de cine están sobrevaloradas y no saben tan diferentes de las de microondas si se tienen en cuenta los costes.

Apenas sobrevivimos a nuestra primera pelea.

Pero a pesar de lo emocionante que ha sido nuestra nueva rutina, esta noche está en suspenso. Bo tiene amigos en casa y aún no he decidido si haré acto de presencia o me esconderé en mi habitación toda la noche.

Ha comprobado al menos una docena de veces si me parecía bien tenerlos aquí, y le he asegurado repetidamente que sí. Aun así, estoy nerviosa por conocerlos. Si es que los conozco. Tal vez sería mejor

dejarlos pasar su noche y no entrometerme. Pero también podría ser descortés evitarlos. ¿Cómo se presenta uno en esta situación?

«¡Hola! Soy Win. Estoy embarazada de su amigo. Él se apiadó de mí, y ahora también soy su compañera de piso. Sí, nos hemos visto desnudos. Y no, aún no he decidido si quiero volver a hacerlo o si eso podría estropearlo todo. Pero además, es difícil saber qué hacer porque estas putas hormonas me están poniendo tan cachonda que tengo que recargar mi vibrador todas las noches, y él a veces lleva unas gafas que me hacen sentir que podría masticar piedras y escupir diamantes. Además, ¿por casualidad saben si sigue enamorado de su ex? ¿Habla de ella? No estoy entendiendo bien toda esa situación y no sé muy bien cómo sacar el tema. En fin, ¡espero que pasen una noche divertida!».

Eso probablemente podría necesitar algunas ediciones.

Vienen a jugar juegos de mesa. O más bien a un juego. Bo murmuraba el título en voz baja mientras se afanaba en la cocina. Su sonrisa infantil me decía que cada vez que le preguntaba se mostraba intencionadamente evasivo, así que desistí de intentarlo y decidí esconderme en mi habitación.

Era bastante adorable verlo preocuparse por preparar la casa para la llegada de sus amigos. Los cuencos de aperitivos sobre la encimera, la mesa plegable que ha colocado en medio del comedor, el mantel negro encima que ha arreglado varias veces.

Cuanto más veo a Bo en su hábitat natural, más me doy cuenta de que se preocupa mucho por la comodidad de los demás.

Y no solo en aspectos importantes, como la preparación de su casa para los invitados. Es la forma en que habla con sus clientes por teléfono. Responde a todas sus preocupaciones con seguridad, paciencia y confianza. Nunca con un aire de arrogancia o superioridad, porque tiene un conjunto de habilidades que no mucha gente tiene. Quiere de verdad lo mejor para ellos.

Luego, está todo lo que hace por mí. Como llamar a mi puerta cada noche antes de acostarme con un vaso de agua helada y un cómic

nuevo para leer. O la almohada gigante que encontré ayer en mi habitación después del trabajo con una nota que decía:

Para la mejor mamá del mundo.

Cuando le pregunté, me dijo que su libro sobre el futuro padre decía que, más o menos en esta etapa del embarazo, empezaría a tener problemas para dormir. La verdad es que, desde que estoy aquí, duermo como un muerto todas las noches. Aun así, fue un gesto muy dulce.

Bo es claramente el tipo de hombre que toma a la gente bajo su protección. Un cuidador natural. Me alegra saber que mi hijo tendrá un padre que va más allá por las personas que le importan.

—¿Win? —llama Bo desde el otro lado de mi puerta con un suave golpe.

—¿Sí? —respondo, dejando caer mi ganchillo sobre la cama a mi lado.

Bo abre la puerta despacio, entra y la cierra. Parece a punto de preguntarme algo cuando su atención se posa en la cama de al lado.

—Espera. ¿Tú haces punto?

—Ganchillo —respondo.

—¿Qué? —Alarga la palabra a varias sílabas—. Qué genial… ¡No lo sabía!

—Estoy bastante segura de que la mayoría de la gente no considera que hacer ganchillo sea una afición genial —respondo secamente.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta, ignorándome.

—Oh, bueno, pensé en hacer una manta de bebé. Estoy haciendo una línea de costura cada semana del embarazo. Me puse al día con las semanas en las que no sabía nada del bebé con este bonito color malva —digo, sosteniendo lo que tengo hasta ahora—. Luego, después de eso, voy a añadir un color que represente más o menos la semana que he tenido.

Bo asiente, estudiando la manta mientras la dejo caer de nuevo sobre la cama.

—¿Cuál era el color de esta semana?

—Elegí el gris —respondo.

Se le cae la cara de vergüenza.

—Un bonito gris —le aseguro—. Gris como las piedras que tiramos en la playa. Pensé que recordaría así nuestro primer día viviendo juntos.

Bo inhala, su hombro vuelve a una postura normal.

—Esa va a ser una manta muy grande.

—Sí —resoplo—. Probablemente debería hacer uno de esos libros normales sobre el embarazo que hace otra gente —digo encogiéndome de hombros.

—No, la manta es más original. Yo podría hacer lo típico de libro de bebé. ¿Si quieres?

—Sí, tal vez. —Le sonrío—. ¿Necesitabas algo?

—Ah, claro. —Se ríe una sola vez, frotándose la frente, con la otra mano apoyada en la cadera—. Sí, la verdad. Los chicos están todos aquí, y aún no hemos empezado, pero pensé que tal vez… ¿Tal vez podría presentarte? No pasa nada si no te apetece. Solo sé que a todos les encantaría ponerle cara al nombre.

«¡Habla de ti! Claro que sí: vas a tener un hijo suyo y vives en su casa».

—Claro, sí —digo, poniéndome de pie.

Bo nos lleva al pasillo. Estamos a medio camino de la cocina cuando se da la vuelta, se agacha y susurra:

—Y… intenta ser suave con él.

—Suave con… —Me detengo, mirando la mesa improvisada dispuesta en el comedor, los hombres a su alrededor que aún no conozco y, lo más chocante, una cara conocida—. ¿Caleb?

HANNAH BONAM-YOUNG

Caleb, con cara de culpable y reducido a medio metro de altura, se atreve a saludarme con la mano.

—Hola, Win —me dice, con voz abatida.

—Uh, ¿hola? ¿Qué… qué estás haciendo aquí?

Caleb mira alrededor de la mesa, a Bo, luego de nuevo a mí antes de saltar de su asiento.

—Discúlpennos, caballeros. —Se abalanza sobre mí, me agarra del codo y tira de mí hacia el pasillo.

—Escucha, Win, yo…

—Caleb. —Ahogo su nombre entre una risa incipiente—. ¿Qué estás…?

—Te lo contaré todo, pero antes tienes que prometerme que no se lo dirás a mi mujer.

Cruzo los dedos detrás de la espalda y asiento dos veces. «Por favor», como si fuera a prometer algo así.

—Soy muy serio ahora. Hemos sido amigos durante «quince años», Winnifred McNulty. Nunca te he pedido nada, pero ahora sí. Por favor, Dios, «por favor», no le digas a mi mujer que juego a Dragones y Mazmorras. Nunca lo dejará. Me ridiculizará hasta el día de mi muerte.

—¡Caleb! —Le empujo el hombro con mi pequeña mano—. ¿Dónde cree Sarah que estás ahora mismo?

—El gimnasio.

—¡Oh, Dios mío! ¡La mentira! ¡El engaño! —jadeo—. ¿Fingiste que nunca habías estado en casa de Bo cuando me mudé? —pregunto en un susurro-grito—. ¿Sobre qué más has mentido?

—Técnicamente no dije que no había estado aquí antes. Esta es la única mentira, lo juro. Solo quiero esto. Déjame tener paz, Win.

—Caleb —me burlo—. ¿En serio esperas que le mienta a mi mejor amiga sobre el paradero de su marido?

—No mentir. Solo… omitir la verdad.

—¡Caleb!

—Mira, lo sé, ¿bien? Yo tampoco quiero mentirle, pero… —Caleb se pasa una mano por la frente y luego se la pone en la cadera—. ¿Recuerdas cuando traje a casa ese juego de Lego de *Star Wars* el verano pasado? ¿El de la Estrella de la Muerte? Que es para adultos, por cierto… —suspira, con la cabeza colgando entre nosotros—. Sarah solo se refirió a mí como «Darth Perdedor» durante un mes. «Un mes».

Me río entre dientes.

—Bien, pero creo que lo dijo cariñosamente. Además…

—O cuando sugerí que fuéramos todos a la feria del renacimiento cuando teníamos, ¿qué… dieciocho? Todavía me envía anuncios de esos con emojis de risa. Me ha suscrito a varios boletines. Han pasado diez años.

Bien, una de esas suscripciones al boletín era definitivamente mía, pero…

—O el tiempo…

—Sí, sí, lo entiendo. Entiendo lo que quieres decir.

—Quiero a mi mujer más que a nadie. Tú lo sabes. También sé que burlarse es su forma de demostrar amor. Es una de las cosas que más me gustan de ella cuando no soy yo quien las recibe. Pero me gustaría evitarlo si puedo. Me gustaría mantener cierto nivel de frialdad.

Asiento con la cabeza, me tiemblan los labios y me resisto a reír. Esto es demasiado.

—*Win*. —Caleb dice mi nombre como una súplica.

Se me escapa una pequeña carcajada.

—¡Win!

—Bien, ¡lo siento! Es que no creo que se porte mal con esto. Cuando te pusiste la armadura de caballero en el armario de Bo, parecía que le gustaba, de hecho.

Caleb murmura algo en voz baja.

—¿Cómo dices? —Se repite a sí mismo, aún sin enunciar con claridad.

Pongo los ojos en blanco.

—Hombre, ¿qué?

—No soy un caballero, ¿bien? Soy el… soy el bardo.

—¿El bardo? ¿Cómo un tipo poeta-músico?

Caleb parpadea, con las cejas subiéndole por la frente.

—Sí, la verdad. Me sorprende que lo sepas.

—¿Y qué? ¿Cantas? ¿Qué es este juego?

—Más o menos. Tengo poderes mágicos que aprovecho con… canciones.

Me tapo la boca, pero no a tiempo.

—¡Win!

—¡Lo siento! ¡Es gracioso! Tienes que oír lo jodidamente gracioso que suena.

—¿Ves? Por eso…

—¡Sí, bien! Lo comprendo. No me burlaré de ti. Pero ahora tengo que ir a ver a los otros chicos, ¿bien? Ya es bastante malo que los hagas esperar. Ellos… ellos —me interrumpe la risa—, podrían necesitar tus poderes mágicos para cantar.

Caleb, resignado y agotado, levanta los brazos y se va dando pisotones por el pasillo. Yo lo sigo de cerca y ya he sacado el teléfono para enviarle un mensaje a Sarah.

Yo: *¡Ven a casa de Bo ahora! Caleb está aquí. Mentirosos.*

No es mi mejor texto, pero tendrá que valer, porque me he quedado sin pasillo entre el grupo de chicos del comedor y yo. Su conversación termina abruptamente cuando entro. Bo mira entre Caleb y yo, sacudiendo la cabeza y con una sonrisa de comemierda.

—Hola a todos —digo, acercándome cautelosamente al borde de la mesa, admirando el mapa dispuesto en el centro y a los hombres que lo rodean.

Al lado de un enfurruñado Caleb hay un señor mayor que me recuerda a un robusto bulldog inglés por su postura robusta, su cara jadeante y la agudeza de su expresión. En la cabecera de la mesa está Bo, que alinea las piezas del juego con expresión concentrada, y a mi izquierda, frente a Caleb y el señor mayor, hay tres tipos más.

El que está más cerca de Bo tiene la piel morena, una sonrisa amable pero aprensiva, el pelo corto y negro y una complexión delgada. Los otros dos parecen ser pareja, por la proximidad de sus sillas y por la mano que el hombre más cercano a mí tiene sobre el muslo del otro. Ambos son anchos y musculosos. Uno de ellos tiene la piel bronceada y el pelo largo y castaño, y el otro, la tez pálida y la cabeza bien afeitada.

—Soy Win —digo, levantando la mano izquierda para saludar—. No me interpondré en sus caminos, pero solo quería decir…

—Vaya, qué impresionante eres —dice el hombre mayor con un marcado acento escocés. Se levanta con una sonrisa radiante y se acerca a mí por el respaldo de la silla de Caleb—. Bo dijo que lo eras, muchacha, pero no le creí.

Suelto una risita y le tiendo la mano para estrechársela.

—Soy Hamish, pero puedes llamarme…

—Muy bien, ya basta —dice Bo, poniéndose más recto y cruzando los brazos, sobresaliendo por encima de la mesa—. Vamos, hombre… —Se ríe sin aliento—. Recuerdo claramente haberte dicho que te tranquilizaras.

El corpulento hombre aprieta los labios con una sonrisa pícara.

—Lo siento —dice con un acento que no es escocés, pero sí canadiense—. Me gusta probar mis personajes con gente nueva. ¿Te he engañado?

—Totalmente —me río, y mi cara se vuelve brevemente hacia Bo con una sonrisa desconcertada.

—Walter —dice, me toma la mano y vuelve a centrar mi atención en él.

Le doy la mano.

—Encantada de conocerte, Walter.

—Igualmente. —Me guiña un ojo, su cara adorablemente jovial—. Y parece que conoces al hombre que volvió a la mesa con cara de haberle dado un rodillazo en las joyas de la corona, pero ¿has conocido a… —Walter hace un gesto hacia el lado opuesto de la mesa con la palma abierta.

—Adamir —dice el más tímido junto a Bo, extendiendo la mano sobre la mesa y derribando algunas piezas de juego a su paso. Bo empieza inmediatamente a arreglarlas.

—Hola, Adamir —le digo en tono tranquilizador—. Encantada de conocerte.

—Jeremiah, pero puedes llamarme Jer —dice el que está junto a Adamir, tendiéndole la mano—. Y este es mi marido, Kevin.

—Encantada de conocerlos a los dos —les digo, estrechándoles la mano. Me disculpo un poco cada vez, sabiendo que lo más probable es que sientan las cosquillas de los dedos enroscados en las palmas de las manos al separarlas. Al menos, los apretones de manos suelen ser cosa de una sola vez.

—Tengo que decir que estás radiante —dice Kevin, con la mano curvada bajo la barbilla—. Déjame preguntarte, tenemos una apuesta. Cuando conociste a Bo, ¿estabas en una habitación

especialmente oscura? ¿O simplemente eres un alma muy amable y caritativa?

Bo se ríe desde el extremo de la mesa, cruzando las manos sobre el pecho, con una inclinación de orgullo en la barbilla.

—Era una habitación muy bien iluminada —le digo con un rápido guiño a Bo—. Lástima que no llegué a conocerlo primero, sin embargo.

A todos les hace gracia.

—Me gusta —dice Walter, clavando el codo en Bo mientras vuelve a su asiento.

—A mí también, por extraño que parezca —dice Bo, recorriéndome con la mirada de pies a cabeza. La forma en que lo dice es tan sincera y cruda que cualquiera diría que ha elegido tenerme aquí en lugar de verse obligado por nuestras circunstancias. Siento que el sentimiento se encierra en el hueco de mi pecho, como la leña que se coloca en una estufa de leña.

Me dispongo a despedirme y echo otro vistazo a la sala. No puedo evitar fijarme en lo extraño que es este grupo y anhelo saber qué los ha reunido a todos. Qué piezas de Bo conocen y si estarían dispuestos a compartirlas conmigo.

—¿Cómo se conocieron? —No pregunto a nadie en particular.

—Conocí a Bo en un grupo de apoyo. Me temo que tenemos el mismo tipo de cáncer —dice Walter—. Pero los dos seguimos pateando, aunque algunos patean mejor que otros estos días. Yo todavía tengo las dos piernas. —Walter apenas suelta el chiste antes de empezar a reír, una risa jadeante y alegre que realmente disfruto.

Bo se muerde el labio, sacudiendo la cabeza con una sonrisa que se despliega lentamente.

—Ha estado esperando para contar ese chiste —dice Bo, observándome con atención mientras se inclina sobre la mesa y coloca los dados delante de Caleb. Se da cuenta de que le está

gustando que conozca a su gente. Está decidiendo si encajo. ¿Lo hago?

—Bo y yo nos conocimos en Waterloo —dice Adamir, levantando dos dedos para señalar su turno de palabra como si estuviera en clase—. Bo era el asistente del profesor en mi curso de economía de primer año.

«¿Profesor Bo?». Me gustaría mucho la idea. Sí, lo comprobé con la dirección de abajo. Me gusta.

—Bo y yo trabajamos juntos —dice Jeremiah con sencillez.

—Jer es mi jefe —añade Bo, poniendo una ficha sobre la mesa—. Intenta ser humilde, pero es el que manda.

—Claro, bueno, claro. Pero aquí solo soy tu compañero de trabajo, amigo y —agarra una espada imaginaria de su cinturón—, guerrero —dice dramáticamente, dando un tajo con la espada hacia abajo.

—¡Maldita sea, quiero estar en su equipo! —digo, riendo.

—Suena como yo cuando empezamos —dice Kevin desde mi lado—. Estoy aquí porque Bo necesitaba otro miembro y mi marido me ofreció para que viniera. Pero no me quejo. Me gusta ser dramático cuando se me da la oportunidad.

—¿Cuándo empezó esto? —pregunto, con una ceja levantada a Caleb.

—Creo que el texto era… —Jer interviene antes de que Caleb tenga la oportunidad de responder—. *Oye, Jer, tengo cáncer*, emoji de encogimiento de hombros. *Voy a necesitar un tiempo libre. Tal vez para siempre*, emoji de interrogación. *Antes de que preguntes, porque todo el mundo lo pregunta, si quieres ayudar, puedes jugar a DND conmigo. Siempre he querido jugar. Necesito al menos cinco tipos, y ya tengo tres. ¿Quizás Kev también podría participar? En fin*, emoji de dedos cruzados, *espero volver pronto al trabajo.*

Yo, con la mandíbula floja y solo ligeramente divertida, miro a Bo boquiabierta.

Me mira, engreído, y se encoge de hombros.

—Hice lo que tenía que hacer.

—¿Obligaste a tus amigos a jugar a Dragones y Mazmorras?

—Definitivamente lo hizo —dice Walter—. Y tenía cáncer.

—Solo quería jugar —dice Adamir en voz baja.

—¿Y tú? —le pregunto a Caleb.

—Me incorporé en septiembre —murmura—. Ya te lo dije. No sabía nada más… No antes de que le contaras a Sarah todo lo de Bo —me dice con insistencia. Puede que me lo mereciera, pero le devuelvo la mirada.

—Teníamos otro amigo de nuestro grupo de apoyo que había estado jugando con nosotros —explica Bo, con expresión contenida mientras se rasca la mejilla—. Falleció en junio.

Miro entre Walter y Bo, que comparten una mirada triste pero amable de consuelo:

—Lo siento —ofrezco alrededor de la mesa.

Walter palmea la espalda de Bo con una suave serie de palmadas.

—Lo estamos superando. Y —dice, volviendo su atención a Caleb—, tenemos suerte de tener a Caleb para llenar sus zapatos.

Asiento con la cabeza y vuelvo a mirar a los hombres, insegura de cuándo alejarme. Adamir apila los dados delante de él mientras Kevin y Jer se miran con ojos enamorados, susurrando. Bo coloca una última pieza y asiente para sí mismo, como si la mesa estuviera completa. Caleb dice:

—¿Se lo has dicho? —Me aparto bruscamente de él.

—Bueno, fue bueno conocerlos a todos. Voy a…

Suena el timbre y me interrumpe.

—La pizza debe haber llegado temprano —dice Bo, luego rodea la mesa y pasa a mi lado, hacia la habitación delantera.

—No es la pizza, ¿verdad? —me susurra Kevin, con una sonrisa de vértigo en la cara. Le encanta el drama. Decido que Kevin me cae bien.

Sacudo la cabeza con una sonrisa apenas disimulada.

—¿Caleb? —llama Sarah desde detrás de mí, irrumpiendo—. Caleb Andrew Linwell, esto no es una clase de kickboxing.

—Esa es mi señal —le digo a Kevin, señalando por encima del hombro hacia mi dormitorio—. Encantada de conocerlos a todos. ¡A patear traseros de dragones! Escapen de las mazmorras y todo eso —grito, corriendo hacia mi dormitorio antes de que la mirada asesina de Caleb me fulmine.

Ya sabes, con su magia musical y todo eso.

Capítulo 19

Lo diré. No me avergüenzo. Dragones y Mazmorras es jodidamente genial.

En cuanto Sarah terminó de darle a Caleb el sermón público que se merecía por mentirle durante meses, vino a mi habitación y me sacó a rastras para que me sentara con ella a mirar. Sarah no es de las que dejan al público con la boca abierta y, a juzgar por las risitas, los «oohs» y los «ahhs» que oía desde el pasillo, los hombres de la mesa se la estaban devorando.

Durante los primeros diez minutos, me senté a hacer ganchillo mientras Sarah se comía las uñas y sacaba fotos a escondidas de Caleb, riéndose para sus adentros cuando le tocaba hablar.

Pero entonces, y no podría precisar el momento exacto, aunque lo intentara, el juego captó nuestra atención. Bo estaba creando una historia tan elaborada que Sarah y yo nos quedamos boquiabiertas, pasándonos un bol de palomitas de un lado a otro, mientras los hombres alrededor de la mesa representaban una batalla en la que se enfrentaban a un cambiaformas con plumas de cuervo y a su pequeño ejército de ladrones, defendiendo una posada local.

—Mi marido es un maldito héroe —me susurró Sarah, con los labios entreabiertos por el asombro.

Eran muy convincentes.

Para mí, fue la forma en que Bo dirigía la mesa lo que me hizo sonrojarme y ponerme nerviosa. La facilidad con la que se adaptaba a lo que los jugadores decidieran representar, la sencillez con la que daba instrucciones y dejaba que ellos guiaran la historia. Y luego,

¿cuándo hacía la voz del villano con plumas de cuervo? Se acabó el juego. Se acabó.

¿La maldad embrujada que bañaba sus rasgos? ¿El tono bajo y grave de su voz? Me habría quedado embarazada otra vez, si tal cosa fuera posible.

—¿Qué dice esto de nosotras? —le susurré a Sarah cuando la sorprendí abanicándose.

—No le demos tantas vueltas —dijo, soplándole un beso a Caleb, que claramente ya no dormiría en el sofá.

Pasaron tres horas hasta que Bo dio la hora y todos los hombres abandonaron los personajes y volvieron al mundo real. Sarah y yo empezamos a gritar nuestras quejas, como solíamos hacer ante la televisión cuando nuestras telenovelas terminaban en un suspenso.

—¿Y la mujer del pantano? ¿Es la princesa muerta? ¿Tiene la espada de la iluminación? ¿Qué pasará después? —pregunta Sarah, con los ojos llenos de desesperación.

—Creo que tenemos público de aquí en adelante, muchachos —dice Walter, colocando sus dados en una pequeña caja de madera.

Bostezo, estirando los brazos por encima de la cabeza, y Bo inclina la barbilla hacia arriba, guiñándome un ojo, como si mi bostezo fuera una señal no verbal para que salieran todos. No era mi intención, pero agradezco la preocupación.

—Walter, ¿todavía estás bien para ser el anfitrión el próximo mes? —pregunta Bo, haciendo un trabajo rápido de empacar la mesa.

—Oh, bueno —interviene Caleb—, ¿tal vez podría? Ahora que… —Su voz se interrumpe mientras mira de reojo a su mujer.

—¿Ahora que no tienes miedo de que se entere tu mujer? —Jer suelta una carcajada.

Caleb suspira. Pobre tipo, no puede tener un descanso.

—¡Ooh! Por favor, ¿podemos? —pregunta Sarah, saltando al lado de Caleb, sacudiéndole el pecho—. ¡Podría sacar algunos de los

adornos de Halloween! Podríamos tomar cerveza y aperitivos temáticos.

—Por mí, perfecto —dice Walter, admirando a mi mejor amiga con cariño.

Caleb sonríe y besa a su mujer en la frente. Hace ademán de apartarse de ella, pero Sarah le agarra de la camisa y tira de él hacia atrás, apretando sus labios contra los de él. Entonces lo hacen de forma extraña. Sarah jadea en su boca mientras las manos de Caleb se pasean un poco demasiado por su espalda.

—Bien, bien, bien —digo, dando un paso adelante y separando sus hombros—. Ya está bien.

—Sabes, Win —dice Caleb con suficiencia, arreglándose el cuello de la camisa—, creo que tenías razón. —Mira el trasero de Sarah mientras se acerca a hablar con Bo, sus extremidades se agitan al recordar la batalla—. Sarah está metida en esto.

—¿Qué he hecho? —me pregunto a mí misma, en voz demasiado baja para que nadie más me oiga.

Finalmente, todos salen. Se comunican a cada paso hasta que Bo les habla en el escalón delantero, probablemente congelado mientras se despide por última vez.

—Esos dos no van a conseguir salir de la entrada —dice Bo, cerrando la puerta. Me asomo por la ventana y veo a Caleb y Sarah prácticamente follando en seco sobre el capó del coche de Caleb.

—Esto me pasa por chivarme, supongo. Si los vecinos se quejan, asumiré la responsabilidad. —Bajo al sillón, y Bo parece rectificar su camino hacia el comedor en cuanto se da cuenta. Se sienta en el brazo del sofá y empieza a frotarse el muslo, haciendo una leve mueca de dolor mientras rodea con ambas manos donde empieza su prótesis.

—¿Estás bien? —pregunto.

—Oh, sí, bien. Está un poco apretado en este momento. El volumen de mi muñón cambia a lo largo del día. Puedo cambiar el calcetín que

llevo debajo para ayudar, pero no he tenido ocasión. Será mejor que espere a acostarme.

Todavía no he visto a Bo sin la prótesis puesta. Me lo he preguntado, ya que una rápida búsqueda en google me dijo que era bueno ir sin ella cuando fuera posible, para dejar que todo respirara. Especialmente desde que mencionó de pasada una vez que su nueva prótesis, redimensionada para ajustarse y adaptarse mejor, llegaría a finales de marzo. Lo llamó un regalo de cumpleaños tardío.

—Nunca tienes que llevarlo por mi bien, ya sabes. Si es incómodo…

—¿No? ¿No te asustará verme cojeando por la casa? —La comisura de sus labios se levanta, pero sus ojos lo delatan. Un atisbo de duda, un tic de preocupación.

—En absoluto —respondo—. Claro que no —añado, con firmeza.

Asiente, pero no se mueve para quitársela.

—Entonces… —dice Bo en ese tono familiar de «hablemos de otra cosa»—. Sarah pareció subir a bordo de DND rápido.

—Apuesto a que va a hacer alguna mierda realmente desquiciada en la cama esta noche —digo, haciendo una mueca.

Bo suelta una carcajada y se gira de lado para caer de espaldas sobre el sofá con un gruñido, extendiendo las cuatro extremidades sobre él. Me imagino a mí misma tumbada encima de él, la forma en que su cuerpo podría envolver el mío con tanta facilidad, y tengo que parpadear para borrarlo de mi mente.

—Pagaría un buen dinero por oír alguna cosa sucia de Dragones y Mazmorras —dice con una sonrisa torcida.

—Sarah lee algunos libros sucios, será creativa, aunque inquietante.

—Parece que le gustó que salvara al camarero —dice Bo, con los ojos centellando.

—Oh sí, ella lo llamó héroe.

Bo se ríe, con la garganta temblorosa.

—Hubo una misión secundaria en octubre en la que Caleb tenía que flirtear con una bruja para conseguir… —Se detiene, sacudiendo la cabeza—. No importa.

—No, no, no… Tienes que decírmelo. —Mi sonrisa estalla—. Por favor, necesito saberlo.

—Tienes que jurarme que no le dirás que te lo he dicho ni se lo dirás a Sarah, porque hay un decoro en estas cosas: no me pueden atrapar diciendo estupideces.

—¡Lo prometo! —Esta vez lo digo en serio.

—Dijo… —La risa de Bo es casi incontrolable, sacudiendo toda la parte superior de su cuerpo, sus manos rebotando mientras descansan sobre su abdomen. Intenta completar la frase varias veces, pero su voz falla cada vez que la risa se apodera de él.

—¡Escúpelo, hombre!

—Me miró fijamente a los malditos ojos y me dijo: «ni el Rey Arturo podría arrancarme de ti».

—¡No! —chillo y me llevo la mano a la boca.

—Ni siquiera el mismísimo Rey Arturo… —dice Bo, con la cara enrojecida mientras se esfuerza por recuperar el aliento.

Ambos estallamos en carcajadas tan abrumadoras que realmente no puedo recuperar el aliento, agarrándome el estómago y balbuceando en busca de alivio. La imagen de Bo interpretando a una bruja para ser seducida ya es bastante divertida, pero esa frase es posiblemente mi nueva cita favorita. Aún no me he hecho un tatuaje, pero puede que me lo plantee. De hecho, podría pedirlo como epitafio. Después de todo, me matará no decírselo a Sarah.

Resistiré.

—Dios mío —digo, con voz débil mientras me seco las lágrimas.

—¡No sabía qué hacer! —dice Bo, agitando la mano a su lado mientras se tumba de nuevo—. Me arriesgué, y la bruja fue seducida. Así que supongo que funcionó.

—Caleb lo dio todo. Se lo reconozco. —Intento inhalar hondo, pero la risa vuelve a salir, quitándome el aliento una vez más.

—Pensé que Adamir iba a desmayarse. Pobrecito.

—Me gustan mucho tus amigos —digo con otro largo suspiro, tranquilizándome—. Parecen geniales. Una extraña variedad, que me encanta.

—¿Incluso Walter? —pregunta Bo. Cuando se incorpora para verme, da una pequeña vuelta de campana. Sus ojos se posan en mi cara con un sincero aprecio que me toma desprevenida y me hace tragar aire. Pongo dos palmas en mis mejillas, sintiendo su calor. Ah, eso es lo que ha notado. Me estoy sonrojando.

—Sobre todo Walter —respondo antes de aclararme la garganta—. ¿O debería llamarle Hamish?

—A veces haces eso —dice Bo, tocando su mejilla con un rápido doble toque de su dedo.

—¿Rubor? —Desvío la mirada, porque a menudo empeora cuando se habla de ello. O cuando los hombres guapos lo señalan. Ambas cosas—. Sí… la mayoría de la gente lo hace —digo, con la voz suavizada.

—Tal vez cuando están avergonzados. Pero tú te sonrojas mucho… como cuando estás feliz también.

—Es molesto —digo, apartándome el pelo del cuello para refrescarme.

—Me gusta —dice Bo simplemente. Vuelvo la cara hacia él—. Es como marcar una casilla. Es la única forma de saber si mi broma ha tenido éxito o, bueno, ya sabes… —Traga saliva y sus ojos se cierran con una rápida serie de parpadeos.

—¿Saber qué? —pregunto, ladeando la cabeza.

HANNAH BONAM-YOUNG

Bo se pasa una mano por el pelo y se inclina hacia delante mientras se frota la nuca. Mira a un lado, su cara contrariada, como si no pudiera creer las palabras que están a punto de salir de su boca.

—Tú… te sonrojaste en Halloween.

Hice muchas cosas en Halloween. Entrecierro los ojos y sonrío de lado.

—Cuando… te corriste —añade, con la mandíbula tensa y los ojos fijos en mi cuello, donde sin duda hay un persistente tono rosado.

Oh.

—Lo siento. —Sus cejas se juntan, creando una línea profunda en el centro de su frente—. No sé por qué he dicho eso.

Le diría que no se preocupara, con la mayor ligereza posible, pero es muy posible que se me esté hinchando la garganta. Solo siento el latido de mi pulso en el cuello.

—Deberíamos irnos a la cama —dice Bo, sus ojos recorriéndome mientras se inclina más lejos de mí, como si se resistiera. Diciéndose a sí mismo que no.

Enarco una ceja, preguntándome si sabe que, tal vez inconscientemente, me ha hecho una proposición.

—Oh, no… no juntos. Lo siento, no… —Deja caer la cara entre las manos y se pasa ambas por el pelo, haciendo que se le erice—. Lo siento —se ríe—. ¿Ves? Por eso tenías que tomar la iniciativa.

¿Era por su torpeza? Empecé a decirme que era porque no estaba tan interesado. En cualquier caso, no es una buena idea. Me trago el nudo en la garganta.

—En realidad, no hemos hablado de eso.

Bo me mira fijamente, con el labio inferior ligeramente fruncido.

Mierda, realmente voy a tener que decir todo esto en voz alta. «Respira hondo. Inhala y exhala».

—No creo que sea prudente por nuestra parte tener ningún tipo de relación física de aquí en adelante. —Así, bastante simple.

—¿No? —dice Bo reaccionando.

«¿No?».

Un jodido *¿No?*

¿Qué diablos significa «no»? ¿No está de acuerdo? ¿Qué acuerdo preveía que tendríamos?

—Ya es complicado… —digo despacio.

—Bien.

—Y el sexo solo complicaría más las cosas, creo.

—Bien. —Se humedece los labios, asintiendo aún.

—Mi principal preocupación es que el sexo podría llevar a más entre nosotros, y luego si más terminara mal… eso podría hacer imposible la coparentalidad o la convivencia.

—Bien —dice Bo, otra vez.

—De acuerdo —le respondo secamente.

—Lo siento —dice, sacudiéndose—. Me estoy poniendo al día.

—Bueno, ¿dónde estabas? —pregunto antes de pensar.

Mira al techo y se frota las manos sin pensar entre las rodillas separadas. Una vez que parece ordenar sus pensamientos, mantiene el contacto visual conmigo con demasiada fuerza para mi comodidad. Me arde todo el cuerpo donde posa sus ojos. Muy pronto, todo mi cuerpo está caliente.

—Sinceramente —dice, con los ojos vacilantes pero fijos en los míos—. No estoy seguro. No había pensado realmente en tener reglas, supongo. Todo esto es tan nuevo, y bueno, si soy honesto…

—Aunque las reglas son buenas, ¿no? —Lo interrumpo. Si fuera una mujer de apuestas, adivinaría que al final de esa frase hay un «no he superado del todo a mi ex», que si soy honesta no soporto oír—.

Está bien que hayamos hablado. Límites y lo que sea… Diseñado para mantenernos a salvo. —Ahora estoy imparable, hablando a mil por hora, sin sentido—. De esta manera, nuestra atención se centra en ser el mejor equipo posible para el niño. Podemos mantener las cosas simples en una situación ya complicada. Ese es el objetivo, ¿no? Coparentalidad exitosa.

—Ese es el objetivo —asiente Bo, apretando los labios, asintiendo con fuerza—. Por supuesto.

—Así que está decidido, entonces. Amigos platónicos con un feto. —Me reclino en la silla, moqueando una sola vez. Veo cómo Bo se lleva una mano a un lado de la cara, su boca se inclina hacia ella mientras se rasca junto a la oreja, sonriendo para sí mismo como si tuviera un secreto.

—¿Qué? —pregunto—. ¿Qué es esa mirada?

—Nada —responde soltando la mano—. Te he oído. Entendido —dice con la voz entrecortada.

—Bo… —insisto en voz demasiado baja. Traduciendo para él, espero, como «no me mientas».

Se acaricia el labio inferior con el pulgar y mira al techo.

—Si nuestro objetivo es platónico… ¿podrías hacerme un favor?

—¿Seguro? —titubeo, con evidente confusión en mi voz.

—¿Podrías bajar la voz? ¿Por la noche?

—¿Eh? —inquiero, segundos antes de que mi corazón se desplome al darme cuenta, casi obligándome a meterlo en el estómago. Me ruborizo de inmediato y mi cara se pone roja por los motivos habituales.

Se da cuenta, sus labios se crispan un poco.

—Casa vieja, paredes finas. Hermosos gemidos al final del pasillo que me dan ganas de arrancarme el pelo.

Esto no está sucediendo. Prohíbo que esto suceda.

No aparta la mirada, sus ojos se entrecierran sobre mí mientras yo lo miro por encima del hombro, deseando teletransportarme al puto sol.

Esto está ocurriendo de verdad, definitivamente.

Debo haber sido una imbécil prolífica en una vida anterior para merecer esto. Un magnate del petróleo. Un dictador corrupto de una pequeña nación. Un mosquito portador de malaria. El primero que decidió instalar luces fluorescentes en un vestuario.

Asiento con la boca abierta y la mandíbula encajada.

—Bien —gimo sin querer—. Por supuesto —digo, poniéndome de pie sobre piernas tambaleantes.

Me voy. Huyo.

Si consigo sobrevivir a este nivel de mortificación, podrá ver al niño cuando cumpla dieciocho años. Me niego a reconocer a Bo cuando paso junto a él y entro en el vestíbulo, me calzo las botas y busco mi chaqueta.

—Win. —Bo ríe mi nombre, entrando detrás de mí.

—No —digo bruscamente, tomando el pomo de la puerta.

Pone su mano sobre la mía, impidiéndome escapar.

No lo miro. El gran nerd con oído supersónico y una cara estúpidamente linda y manos gigantes y cálidas. Al diablo con él. Lo *odio*.

¿Cuánto oyó?

—Win… —dice Bo, su tono mezclado con el disfrute que me molesta profundamente.

—Por favor, déjame salir al frío a morir. —Dejo caer la frente contra la puerta.

—No puedo dejar que hagas eso, cariño.

—No me llames así —digo bruscamente.

—Lo siento —retrocede Bo, retirando su mano de encima de la mía y dando un paso atrás.

Levanto la frente y la dejo caer de nuevo contra la puerta, con la cara ligeramente vuelta hacia él.

—¿Cuánto has oído? —«Es decir, ¿oíste por casualidad la única vez que se me escapó tu nombre por accidente? ¿O tal vez la segunda vez, cuando me di cuenta de lo cerca que estaba de la meta con solo pronunciar tu nombre?».

Bo apoya su antebrazo en la parte superior del arco y se apoya en él, cerrando el espacio entre nosotros media pulgada. Pero lo siento en todas partes.

—Lo suficiente para saber que tú también piensas en Halloween.

«Mierda, maldición, mierda».

—Bien, bueno… —Intento formular una defensa, a pesar de la necesidad de encogerme y morir—. Fue la última vez que tuve sexo. ¿En qué más voy a pensar?

—Tu mejor momento —ofrece, su voz burlona—. A menos que… —Suelta el brazo y se dobla por la cintura, engreído—. Que también sea esa noche.

—Ya te gustaría —escupo.

Bo suspira, sus ojos caen al suelo mientras se endereza, se levanta y se pasa una mano por la cara.

—Creo que tienes razón, sin embargo —dice, su voz lejana—. Sobre las reglas… seguir adelante. Creo que es lo correcto.

Pero…

Espero. Una delgada cuerda floja bajo mis pies me lleva a los suyos.

Pero no hay un pero.

No debería estar decepcionada, ¿verdad? Es ridículo estar decepcionada. Estas son mis reglas. Acabo de compartirlas.

—Bien… —respondo, apoyando la oreja contra la puerta principal, dándole unos centímetros más de mi cara, aunque no me atrevo a mirarlo durante mucho tiempo.

—Lo siento —dice—. No debería haber dicho nada.

—¿Y seguir escuchándome? No…

Bo me mira con simpatía, una sonrisa torcida y una respiración larga y pensativa que le levanta el pecho.

—Ven aquí. —Me toma del brazo, tirando de mí hacia él y alejándome de la puerta. Me rodea los hombros con un brazo, sujetándome por la parte superior, y me apoya el otro en la nuca, apretándome contra él. Gruño de fastidio y permanezco rígida con los brazos a los lados.

Pero no puedo evitar respirarlo. Ese aroma a canela y almizcle. El que es tan distintivo de él. Dulce, cálido y atrayente. Y me demuestra, una vez más, por qué necesitamos estas reglas.

—Vamos a resolver esto, Win —dice, dejando caer su barbilla sobre mi cabeza—. Reglas, planes, límites… Se solucionará solo. —Bo suspira y me acurruca más—. Siento haberte tomado el pelo. No debería haberlo hecho. Haré lo que necesites para que estés cómoda de ahora en adelante.

—Lo que necesito son paredes más gruesas —murmuro contra su pecho.

—Llamaré a un contratista —dice, aflojando los brazos y dando un paso atrás.

Sigo sin atreverme a mirarlo, así que estudio el suelo entre nosotros, los surcos de los oscuros suelos de madera.

—Yo también lo siento —digo mansamente—. Que me hayas oído. No es… Son las hormonas del embarazo, que me hacen… —Se me va la voz y me sacudo—. Lo siento.

—¿Te haría sentir mejor o peor saber que lo disfruté?

Mejor.

—Peor.

—Bueno, entonces lo odié. —Bo extiende la mano, inclinando mi cara con su nudillo doblado bajo mi mandíbula y su pulgar presionado contra mi barbilla. Lentamente, subo los ojos para verlo—. Siento mucho haberte avergonzado. No tienes nada de qué avergonzarte. Me alegro de que estemos de acuerdo. Mantenerme alejado de tu habitación era casi imposible, pero ahora, con estas reglas, yo…

Lo interrumpo, retirando su mano de mi temblorosa barbilla dando un paso atrás, con mi trasero golpeando la pared de la entrada, junto a nuestros abrigos colgados en la pared.

—Solo… —«Deja de hablar», le ruego con la mirada. Eso no ayuda. Inhalo despacio, dejando que mis ojos se cierren suavemente al hacerlo.

Entonces es peor.

En cuanto cierro los ojos, mi imaginación se invade de imágenes de Bo irrumpiendo en mi dormitorio y sujetándome las manos por encima de la cabeza, tirándome el vibrador por la habitación y utilizando su boca en su lugar. Sus dientes tirando de mi carne, sus labios besando mi vientre, su lengua lamiendo mis pechos. Prácticamente puedo oír sus gemidos perfectos cuando se deshizo debajo de mí.

Aprieto las rodillas y abro los ojos con una nueva obstinación. Intento recordarme la realidad. Lo que sé frente a lo que desearía que fuera.

Sé que Bo es un buen tipo.

Sé, por desgracia, que Bo es genial en la cama.

Pero también sé que Bo está al menos un poco colgado de su ex.

Y sé que mi corazón no podría soportar tener sexo con él otra vez. Sería demasiado fácil enamorarme de él ahora, con todas estas crecientes capas de circunstancias y proximidad entre nosotros. Y no creo que esté preparada para lo que eso podría suponer. No creo que

quiera eso conmigo. Creo que la quiere a ella, aun así. Él es, tal vez, leal hasta la exageración. Lo que es aún más molesto. Incluso sus malos rasgos son buenos.

No puedo confundir estar aquí con ser deseada.

No puedo convencerme de que me quiera más que a su ex.

No puedo dejarme enamorar por un hombre cuyo corazón pertenece a otra persona.

—Trae una chica a casa —digo con una falsa indiferencia—. Una ruidosa, preferiblemente. Véngate y podremos olvidarnos de todo el asunto.

Se le cae la cara y luego frunce el ceño. Es una expresión que nunca había visto en él. No me gusta. No le sienta nada bien.

—¿Eso te haría sentir mejor? ¿Qué me acueste con otra al final del pasillo? —pregunta con dureza.

—Sí, claro. ¿Por qué no? —respondo, con una indiferencia impropia.

Se lleva una mano a la cara y suspira mientras se pellizca el puente de la nariz.

—Es tarde. Deberíamos dormir un poco.

Asiento con la cabeza, cruzando los brazos sobre el pecho. Quiero que mis piernas se muevan, pero se niegan.

—Lo siento, Win. No quería…

—Estamos bien —interrumpo, poniéndome más recta—. Tema peliagudo, pero ya está arreglado. Amigos, ¿verdad?

Bo empieza a caminar lentamente hacia atrás hasta que la parte trasera de sus piernas choca con el respaldo del sofá. Se agacha contra él, pareciendo bastante derrotado mientras asiente con la cabeza.

—Amigos… Siempre eso. —Bo sonríe suavemente, sus ojos llenos de incomodidad y tranquilidad a partes iguales. Me molesta. Ver que intenta tranquilizarme.

Y por primera vez, me encuentro deseando que un hombre sea más idiota.

—Bien, buenas noches —le digo, pasando junto a él en dirección a nuestras habitaciones. Una vez en el pasillo, me golpeo la frente con la palma de la mano, haciendo una mueca de dolor.

En cuanto mi mano alcanza el picaporte de la puerta de mi habitación, me quedo inmóvil.

Desesperadamente dividida entre lo que quiero y lo que sé, me demoro. Espero que tal vez me traiga el vaso de agua helada de cada noche y se meta en la cama a mi lado, inofensivo en su acercamiento. Preguntándome, desesperadamente, si él también siente esto. Esta tensión, como una fuerza, como una atadura, tan fuertemente enrollada entre nosotros. Todas estas cuerdas atadas que nunca debieron estar ahí.

Me las recuerdo a mí misma. Una a una, pulsando cada cuerda, cada razón, como un instrumento en mi mente. Diciéndome, como he hecho durante años, que la lógica debe vencer a mi temerario corazón.

Así que me voy a la cama. Sola.

Silenciosa como un ratón.

Capítulo 20

Esto ayudará. Siempre ayuda.

Cada segundo deslumbrante de sombras fracturadas y parpadeantes de tonos azules proyectadas sobre el suelo de la piscina. El silbido del agua entre brazada y brazada cuando levanto la cabeza por encima de la superficie para tomar aire. El olor a cloro y la sensación de mis pies empujando contra las baldosas cuando avanzo hacia la siguiente vuelta.

Me repito una y otra vez que esto ayudará mientras me pongo cada vez más tensa.

Llevo conteniéndome desde anoche. Después de dar vueltas en la cama durante horas, decidí que la única solución era pasar la mañana temprano en la piscina, agotando parte de esta tensión lo mejor que pudiera. Llevar mi cuerpo al límite para liberarme catárticamente.

Aunque siempre me he sentido más en paz dentro de una masa de agua natural, nadar en cualquier sitio puede aliviarme.

Pero parece que hoy no.

Esta es la vuelta diecisiete. Aún no he determinado cuántas necesitaré para volver a sentirme yo misma, pero el número sigue aumentando con cada vuelta. Nadaré hasta que olvide el ruidoso recuerdo de mi conversación de anoche con Bo. La mortificación de vivir al final del pasillo de alguien que sabe que te has tocado pensando en él y te ha oído hacerlo.

Y, simultáneamente, estaré aquí hasta que reúna la considerable cantidad de autocontrol que necesito para oír que Bo disfrutó

escuchándome y aun así no tomar la imprudente y miope decisión de volver a acostarme con él.

Levanto el brazo izquierdo hacia arriba y sobre mi cuerpo, tallando una corriente en el agua delante de mí a toda velocidad, y luego cambio a mi derecha.

Izquierda, derecha.

No he tenido sexo desde Halloween. Pero… ¿él sí?

Izquierda, derecha.

En realidad no va a traer a otra chica a casa, ¿verdad?

Izquierda, derecha.

¿Y si va de farol?

Izquierda, derecha.

Cuando llego al borde de la piscina, me incorporo y recupero el aliento mientras me quito las gafas y me tapo los ojos con las dos palmas. Mierda. Esto no está funcionando.

Todo lo que puedo ver es la cara de Bo, su brazo tendido tranquilamente en lo alto del arco, su figura imponente sobre mí. Sus labios repitiendo que mantenerse alejado de mi dormitorio era casi imposible una y otra vez hasta que quiero gritar, así que «¿por qué lo hiciste?».

Podría pedirle a Sarah pasar la noche en su casa… Darme un día o dos para calmarme. ¿Pero en serio voy a tener que hacer eso cada vez que encuentre a Bo atractivo? Soy adulta, mierda. Nos hemos acostado. No es exactamente sorprendente que esos impulsos no desaparecieran en cuanto se multiplicaron las complicaciones.

Pero algo tiene que cambiar.

Y cada vez soy más consciente de que puede ser mi autocontrol.

—¿Win? —grita una voz grave y amistosa que resuena en la piscina.

Giro para mirar detrás de mí, mirando hacia la torre del socorrista para encontrar una cara familiar.

—¿Cam? —llamo, sonriendo ampliamente.

Formé a Cam hace tres años en Westcliff Point, y desde entonces ha vuelto todos los veranos como socorrista. Solo me he encontrado con mi gente de verano fuera de los meses de verano un puñado de veces, y siempre me desconcierta un poco. Pero Cam es un encanto. Aunque el momento de encontrarme con él podría ser mejor.

—Pensé que eras tú —dice, mostrando sus hoyuelos mientras se aparta el pelo cobrizo de la cara.

—¡Hola! —digo, levantando las piernas para girar y ponerme de pie. Me miro el bañador y me pregunto si se dará cuenta de mi pequeña barriguita. Es un dilema, teniendo en cuenta lo ajustado que es el bañador de una pieza, pero aunque lo sospeche, dudo que pregunte—. ¿Cómo has estado? —le pregunto.

—Bien, bien, manteniéndome ocupado. Salvavidas aquí y enseñando natación privada. ¿Y tú?

—Bastante bien —le respondo mientras empieza a bajar la escalera—. En el café. Todavía.

Cam se detiene a unos metros de mí, tirando del cordón que lleva al cuello.

—Es tan gracioso que me tropezara contigo… justo estaba pensando en ti el otro día.

Bien… quizás debería decirle que estoy embarazada.

—Acabo de empezar a enseñar a este chico, Henry. Tiene una mano como la tuya. Le estaba contando todo sobre mi amiga, que es la mejor nadadora que conozco, y casi se vuelve loco de la emoción.

Hago un mohín y un gemido de adoración se escapa de mi pecho.

—¿En serio? —pregunto, alargando la palabra.

—Sí. Es muy dulce. Es muy divertido enseñarle. Estuve hablando con sus padres después de su primera clase y me dijeron que estaban buscando un campamento de verano para él. Inmediatamente pensé en ti y en la idea que nos contaste a Casey y a mí en la hoguera del año pasado. ¿Tu campamento? —Vuelve a apartarse el pelo de la cara y se ajusta el silbato del cuello mientras sus ojos se entornan pensativos—. ¿Cómo lo llamaste? Campamento…

Camp Cando. Parece un poco forzado, seguro, pero es para los niños.

—Era solo una idea… —Me encojo de hombros mientras, al mismo tiempo, me paso el brazo por el estómago, sujetándome el codo—. Ni siquiera me acuerdo. Creo que había bebido demasiado. —Seis cervezas. Pero me acuerdo. Fue increíble volver a hablar de ello. Esa fue la única vez que he hablado de mi campamento en los últimos años, aparte de cuando le dije a Bo.

—Es una pena. A estos padres les encantaría algo así.

Sonrío a pesar del dolor en el pecho que insiste en ser escuchado.

—¿Cómo le va? ¿Con la natación?

—Bien. Pero, en realidad, ya que te tengo aquí, ¿puedo hacerte unas preguntas?

Asiento con impaciencia.

—Domina casi toda la técnica, pero sobrecompensa con la mano derecha, la más grande, y eso lo desvía un poco. He probado lo de siempre, pero parece que sigue desequilibrándose. ¿Qué sugieres?

—¿Qué posición?

—Casi todas, pero es peor con la braza.

—Es difícil de decir sin verlo nadar. ¿Cuándo viene?

—Los martes por la tarde.

—Tengo libre el martes de la semana que viene. Podría pasarme si quieres.

—¿En serio? —pregunta Cam, doblando las rodillas y agachándose para que nuestras caras queden alineadas. Asiento con la cabeza, sorprendida, mientras me levanta y me hace girar en el aire—. Sería increíble. —Me suelta, me pone una mano en el hombro y me sostiene mientras recupero el equilibrio.

—¿A cualquier hora? —Suelto una carcajada.

—¿Puedo enviarte un mensaje con los detalles? Creo que no tengo tu número de teléfono.

—Oh, claro. —Espero a que saque su teléfono y le doy mi número. Me reservo el nombre de Winnie la Maravilla Manca, porque me parece lo correcto.

Y de repente, no estoy de tan mal humor.

—Le va a encantar conocerte. Y —sonríe mirando mi información de contacto en su teléfono, golpeando la pantalla—, el nombre te queda bien. Hablé de ti como si fueras una superhéroe.

—Bueno, esperemos que Henry no se decepcione.

—Ah, bueno, ¿quién podría? —Guiña un ojo antes de mirar alrededor de la piscina—. Mierda, tengo mucha suerte de que nadie haya decidido ahogarse ahora mismo. Probablemente debería volver ahí arriba. —Señala con el pulgar por encima del hombro.

—Bien, sí, voy a dar unas vueltas más. Despejar mi cabeza.

—Realmente deberías pensar en ese campamento, Win —dice Cam, retrocediendo lentamente—. ¡Creo que podría ser algo muy genial!

Y pienso en ello.

Pienso tanto en ello que ya no pienso en la noche anterior ni en lo que podría haber sido. De hecho, cuando estoy duchada, vestida y en el autobús de vuelta a casa, ya no puedo pensar en nada más. Mis pensamientos, ideas y preguntas se amontonan unas sobre otros. Y de repente, tengo una conversación totalmente nueva que me gustaría tener con Bo.

Es decir, Finanzas Bo.

No confundir con un Finance Bro[6].

Dios, no.

Cuando llego a casa, Bo está atendiendo una llamada de un cliente en su escritorio, girando en su silla mientras se da golpecitos con la punta de un lápiz en el extremo de la ceja. Sus largas extremidades se extienden mientras se inclina hacia atrás, a punto de zozobrar.

Me acerco a su mesa, rebosante de energía, y dejo caer mis cosas en el sofá en mi camino hacia él.

Ladea la cabeza hacia mí con curiosidad, asintiendo a lo que sea que esté diciendo la otra persona al teléfono con una serie de mm-hmms murmurados.

—¿Qué? —dice en silencio, con una sonrisa de vértigo que coincide con la mía.

—Tengo una idea —susurro, flotando sobre él—. Pero… necesito tu ayuda.

Comprueba su reloj y me hace un gesto con la cabeza, extendiendo un dedo.

Cuando permanezco por lo que parece demasiado tiempo, empiezo a morderme la uña del pulgar con ansiedad. Bo vuelve a mirar el reloj y se disculpa con una mirada de soslayo al teléfono y un movimiento en espiral con el dedo apuntando al cielo.

Cuando me doy cuenta de que estoy encima de él mientras trabaja, me siento avergonzada. Actúo como si tuviera derecho a su tiempo. No tengo derecho a su tiempo. Sobre todo cuando su tiempo paga la gran mayoría de mis facturas.

[6] **Alguien que desea ser rico desesperadamente y siempre está hablando de la bolsa y otras cosas financieras.**

—Lo siento, no importa. Puede esperar —digo, agitando las manos y volviendo sobre mis talones.

Me detiene con un fuerte apretón en el antebrazo y deja caer el lápiz al suelo.

«Acababa de sacarme esos pensamientos de la cabeza…».

—Eh, ¿Odette? Siento mucho interrumpir, pero mi colega, Fred, acaba de recordarme una reunión que ya ha empezado sin mí. Así que tendré que dejarte marchar. —Asiente con la cabeza, con los ojos clavados en la pantalla del ordenador y la mano aferrada a mí.

Me tomo un segundo para apreciar las venas de sus manos. Su tamaño me da envidia en los mejores días, pero su fuerza y definición tampoco me pasan desapercibidas. Sé que es irónico tener una especie de fetiche por las manos. Pero, en mi defensa, antes de Bo nunca había considerado las manos como algo más que extremidades.

Y podría liberarme de su agarre, pero no lo hago.

—Sí. Sí, por supuesto. Me registraré entonces. Mucha suerte con la mudanza. Bien, sí, adiós. —Bo deja caer el teléfono sobre el escritorio con un ruido sordo y se vuelve hacia mí, ansioso y excitado, antes de soltarme el brazo—. ¿Qué pasa? ¿Qué es esta idea?

Agarro una silla plegable que aún queda de la partida de DND de anoche y la arrastro hasta su escritorio.

—Quiero que me ayudes con el dinero.

—¿En serio? —Se agarra a los brazos de la silla mientras estira una pierna—. ¡Claro que sí!

Me río, un poco ofendida.

—No soy tan mala con el dinero, ¿verdad?

—No. Lo siento, solo… me alegro de que vinieras a pedirme ayuda. Me gusta eso.

«No te ruborices».

—Quiero averiguar cómo conseguir un préstamo empresarial. Cómo hacer un plan de ahorro y cómo poner realmente en marcha mi campamento. No me importa si tardo diez años o incluso más, solo quiero empezar el proceso ya. Dime qué tengo que hacer.

Su sonrisa es cálida, lenta y reflexiva, con líneas que se arrugan junto a sus ojos y cejas que suben por su frente. Saca la lengua para lamerse los labios mientras asiente.

—Mierda, sí. Hagamos cuentas.

Me reúno con él a la primera hora para asegurarme de que no tiene clientes o responsabilidades que debería atender. Luego, cuando suena su teléfono por segunda vez mientras nos traigo algo de comer de la cocina, me aseguro de que no tenga que contestar. Ambas veces me despide amablemente, concentrándose en la hoja de cálculo que está elaborando.

Tres horas y media más tarde, tengo un archivo etiquetado WinniFRED McNulty en su escritorio, un nuevo presupuesto mensual, un montón de notas adhesivas con las cosas que tengo que hacer antes de ponerme en contacto con los bancos, y dos plazos diferentes para las solicitudes de préstamos, dependiendo de lo agresivamente que estoy dispuesta a ahorrar.

Es un comienzo.

Es un buen comienzo.

—Esto es emocionante, Win. —Bo cierra su portátil, haciendo que su monitor se apague también.

—En serio, no puedo agradecértelo lo suficiente —digo—. Es la primera vez que alguien se toma en serio esta idea.

—No me des las gracias. Te mereces algo mejor. No solo es una idea fenomenal, sino también un excelente plan de negocio: quien decida invertir saldrá ganando.

—Entonces, en tu opinión profesional, ¿te parece… factible? —pregunto, mi optimismo vacilante obvio.

—Sí, absolutamente. ¿Pero no querrás decir Campamento Candoable[7]? —Bo ríe por lo bajo, se levanta de la silla y se estira. Parece que siempre lleva un jersey de punto y vaqueros o pantalones oscuros cuando trabaja. Siempre va bien vestido, aunque nunca lo he visto atender una videollamada. Tengo ganas de apretar la cara contra cada uno de los jerséis que parece tener en stock y comprobar su suavidad.

—¿En serio? —suspiro, soltando una débil carcajada mientras le sigo hacia la cocina.

—Oye, ahora tengo el derecho divino de hacer chistes de padres —dice con la cabeza en la nevera.

—¿Por qué tengo la sensación de que siempre lo haces?

Cierra el frigorífico con los labios hacia un lado mientras me mira, con una idea encendida tras sus curiosos ojos color avellana.

—¿Tienes planes para comer hoy? ¿Con Sarah?

—Nop —pronuncio fuerte la *p*—. ¿Por qué?

—Aquí no hay nada que quiera. ¿Quieres comer conmigo?

—Ooh, ¿podemos pedir hamburguesas? Tengo antojo de kétchup.

—¿Solo el kétchup? —pregunta Bo por encima del hombro, caminando por el pasillo hacia su dormitorio.

—Sí. En una taza, preferiblemente —le respondo cuando vuelve a aparecer con una cajita de cartas en la mano.

—Traigo esto, ya que nos saltamos lo de anoche. —Se queda quieto—. ¿Dijiste en una taza?

—¡Eh! —digo a la defensiva, juntando las dos manos protectoras sobre mi barriga—. ¡Te va a oír! No te burles del bebé.

Bo se dobla por la cintura con una sonrisa ladeada.

—Bebé, dile a tu madre que quieres helado o zumo de piña, o demonios, pepinillos. El kétchup es una opción rara. —Se endereza

[7] **Juego de palabras que significa en español: que puede hacerse, que puede funcionar.**

y pasa a mi lado, dirigiéndose a la entrada de la casa. Le sigo, haciendo alarde de mi ofensa, con la boca abierta y una mano cerrada sobre el pecho.

—¡Qué grosero! —exclamo, tirando de mis botas de invierno. Bo me tiende la chaqueta y meto los brazos dentro—. ¿La primera vez que hablan y decides avergonzarle por la comida?

—No es la primera vez —dice Bo, tomando las llaves de la pared y abriendo de golpe la puerta principal.

Hasta que no me abrocho el cinturón de seguridad en el asiento del copiloto no está lo bastante cerca para que pueda responderle.

—¿Qué quieres decir? ¿Cuándo más han hablado?

—Cuando te quedaste dormida viendo *El Señor de los Anillos*. Tenía que contarle todos mis datos curiosos y trivialidades a alguien. Además, una vez terminada la película, tenía que explicarle por qué podía sentirse un poco… sacudido.

Lo miro distraídamente.

—¿Cómo crees que llegaste a tu cama? —pregunta con los ojos entrecerrados.

—Supuse que era medio sonámbula.

—No, estabas inconsciente —dice Bo, encendiendo el coche.

—¿Me llevaste a la cama? —pregunto.

—Sí —dice, pasando el brazo por detrás de mi reposacabezas para mirar por encima del hombro mientras sale marcha atrás de la calzada—. Perdona, ¿es raro? Intenté despertarte.

—No. —Trago saliva, admirando la afilada línea de su mandíbula mientras mantiene los ojos fijos en la calle detrás de nosotros—. Está bien.

Pasan unos minutos mientras conducimos en silencio, aparte de los anuncios de la radio. Los dos cantamos uno detrás de otro, arrancando y parando al mismo tiempo sin reconocernos.

—Hemos pasado por delante de todas las cadenas de hamburgueserías —señalo a los diez minutos de viaje.

—Por favor. ¿Crees que llevaría a la madre de mi hijo a un McDonald's para un almuerzo de celebración? —Tose—. Vamos, ten más fe en mí que eso.

—¿Celebración? —pregunto—. ¿Qué estamos celebrando?

—Tu nuevo plan. El bebé que estás criando. Tú, en general.

Me sonrojo inmediatamente.

Bo se da cuenta, luego mira hacia otro lado, su mandíbula trabajando mientras sus ojos se entrecierran en la carretera por delante.

En el momento exacto pregunto:

—¿Hablamos de anoche? —dice Bo—: Siento lo de anoche.

—Todo va bien —digo con plena confianza—. Las tensiones van a ser un poco altas, dadas las circunstancias. Creo que estamos haciendo un gran trabajo y probablemente deberíamos esperar que haya algunas… incomodidades. Seguiremos centrándonos en conocernos como amigos.

—Aun así, nunca debí haber dicho…

—Creo que me sentiría mejor si fingiéramos que… no lo hiciste.

—Bien —dice, asintiendo, con las manos apretando el volante—. ¿Está bien si me disculpo una vez más? —Hace una mueca de dolor y se vuelve hacia mí con una dulce timidez en los ojos.

—Una última vez —digo.

—Lo siento —dice compulsivamente, como si lo hubiera estado conteniendo durante mucho más que unos segundos—. A partir de ahora, fingiremos que el bebé fue una concepción inmaculada, y tú serás mi amiga Fred sin sexo, si eso es lo que quieres.

Oigo un pitido agudo en el oído. El sonido de mi libido pidiendo clemencia, si no me equivoco.

—Probablemente sea lo mejor. —Bo cambia de marcha entre nosotros, y la parte posterior de sus nudillos rozan accidentalmente el lado de mi muslo. Aun así, no puedo evitar rechinar los dientes mientras miro por la ventana.

—¿Quieres que te haga una pregunta antes de que lleguemos al restaurante? —me consulta, metiendo la mano en el forro interior de su chaqueta y sacando la baraja de cartas del bolsillo interior. Me las tiende y sus ojos pasan de la carretera a mi cara.

—Claro —digo, tomando las cartas.

Capítulo 21

El universo se ríe de nosotros.

—Eh, ya lo he visto —dice Bo, con la cara torcida entre el coche que tenemos delante y yo—. Nada de cambiar tarjetas. ¿Qué decía?

—Confía en mí —digo, dejando caer la baraja sobre mi regazo.

—Al final vamos a hacerlas todas, ¿no?

—Sí, pero…

—Prohibido cambiar de tarjeta —dice, haciendo una señal mientras cambia de carril—. Nueva norma.

—Bien. —Vuelvo a sacar la carta del fondo de la baraja y le doy la vuelta, sujetándola contra mi rodilla que rebota—. ¿Cuál ha sido tu experiencia sexual más significativa? ¿Qué te ha enseñado?

Bo no se ríe, aunque me doy cuenta de que le gustaría.

—Buena pregunta… —dice secamente.

—Fuerte. Para nada lo que intentamos evitar.

—El momento perfecto, de verdad.

—Puedo contestar esta —digo, golpeando repetidamente la esquina de la tarjeta contra mi rodilla. Cuanto más rápido contestemos, más rápido podremos dejarlo atrás. Y, con suerte, llegar a algún sitio para comer—. Quiero decir… no hay nada tan significativo como la vez que me quedé embarazada —bromeo débilmente.

Lo que no digo es que tampoco había experimentado nunca el sexo así. La intimidad compartida con alguien a quien apenas conocía. Cuánta confianza tenía en él, a pesar de ese desconocimiento. El momento en que me besó la mano pasa por mi mente más a menudo de lo que me gustaría admitir. Lo deseable que me hizo sentir. Que no me quería a pesar de mis diferencias, sino también por ellas. Pero no puedo decirlo; es demasiado íntimo. Demasiado cierto.

—Y aprendí a tomar mis anticonceptivos a tiempo, eso seguro —añado.

—¿Lo harías? —pregunta Bo, con la atención puesta en el frente.

—¿Haría qué?

—Si pudieras volver atrás, ¿habrías tomado tus anticonceptivos a tiempo? ¿Prevenido esto? —Lo pregunta sin juzgar, su tono es genuinamente curioso.

—Oh, yo, um… —Me muerdo la uña del pulgar mientras considero mi respuesta. Por inesperado que haya sido todo esto, por irreconocible que sea mi vida ahora, dudo que cambiara nada. Llevo mucho tiempo sin rumbo. Agachando la cabeza, viviendo el día a día sin planes reales para el futuro. Pero ahora, tengo la cabeza alta. Anhelo lo que está por venir, por nuevo y gratificantemente aterrador que sea. Planear una vida que ya no es enteramente mía me despertó.

—Si es una pregunta demasiado intensa no…

—No —interrumpo—. No habría decidido conscientemente quedarme embarazada. Eso no sería justo para ti. Pero si tuviera la opción de volver atrás, no lo haría. Necesitaba esto. —Es una admisión simple, pero completamente cierta. Necesitaba esto.

Una parte profunda de mí también se da cuenta de que necesitaba a Bo. Alguien que, desde el momento en que le tendí la mano, me ha entendido a un nivel fundamental que mucha gente no puede. Alguien amable, compasivo, trabajador, que cree en mí.

Eso es suficiente, creo. Tener un amigo que cree en mí. No me debe más que eso.

—Yo tampoco —dice Bo decididamente, aunque no le pregunté—. No volvería atrás.

Su voz me baña como agua tibia y sedosa que recorre mi columna vertebral. Relajando cada músculo. Desechando una preocupación que había mantenido oculta, incluso para mí misma.

—¿Escogerías esto? —pregunto, sintiendo el comienzo de las lágrimas picándome la nariz. Quiero decir, «¿yo? ¿Me elegirías a mí?».

—Sí, creo que lo haría. Sé que el momento no es exactamente el ideal, pero si pusieras en fila a todas las demás personas del mundo con las que podría haber tenido un bebé, te volvería a elegir a ti. Vas a ser una madre fantástica, Win.

«Te volvería a elegir».

«Todas las demás personas del mundo».

Sé que no lo dice por él, sino por el bebé. Pero el sentimiento sigue siendo bonito. Que piense que voy a ser tan buena madre, cuando yo tantas veces dudo de que vaya a serlo en absoluto.

—¡Mierda! —digo, secándome una lágrima de la mejilla que me cayó antes de que Bo hubiera terminado de hablar—. No seas tan amable conmigo. Me muero de hambre y este bebé está obsesionado con convertirme en un desastre sentimental y emocional. Estoy debilitada.

—¿Quieres hacer otra pregunta? —Propone sonriendo para sí mismo mientras sale de la autopista—. Tenemos unos cinco minutos más.

—Guau, guau, guau —digo, sorbiéndome los mocos—. Me di cuenta. No has contestado.

Se lame los labios, mirando tímidamente a la carretera.

—La misma respuesta. Nosotros.

Yo tenía muchas más palabras que él cuando respondí. Pero su respuesta tiene más peso, de algún modo. Ignoro cómo se me retuerce el corazón. Tengo que hacerlo.

—¿La misma razón? —le pregunto—. ¿El bebé?

—Más o menos… El bebé es un factor importante, obviamente. Pero, también, lo que significó para mí. —Observo su pecho subir y bajar con una respiración pesada.

—¿Qué significó? —pregunto, tan tranquila que no estoy segura de que pueda oírme.

Tensa la mandíbula, sus ojos se dirigen a mi cara con una sonrisa nerviosa que se aleja.

—Mencioné que desde mi operación no había estado con nadie. Creo que había empezado a convencerme de que quizá no volvería a hacerlo. De que ya nadie me querría así.

—Pero tú eres tú —interrumpiendo tontamente.

La barbilla de Bo se inclina hacia arriba con una sonrisa arrogante.

—Me encantaría oírte ampliar eso.

—Cállate —ordeno, con las mejillas encendidas.

Suelta la mano alrededor de la parte superior del volante y la desliza por el cuero.

—Me has hecho sentir realmente deseado —dice con tanta seriedad que aterriza en mi pecho, reverberando como un eco en un túnel abandonado—. Tú… —Se ríe con ansiedad—. Mierda, ¿por qué es tan difícil de describir?

Lo entiendo. Lo que intenta decir, pero no encuentra las palabras. Porque yo también lo sentí. Entonces, ¿por qué se fue?

—¿Visible ? —pregunto, cerrando dos puños en mi regazo.

Asiente con la cabeza.

—Comprendido —añade—. Como… no sé. —Se ríe suavemente, mirando hacia la izquierda—. Como que tal vez estoy bien como estoy. Tal como soy.

—Cuando me besaste la mano… eso es lo que sentí. Nadie lo había hecho antes —susurro.

Bo me mira brevemente, con cara de decepción. Como si deseara no haber sido el primero. Lo que me parece increíblemente desinteresado. A mí, en cambio, me gustó oír que yo era la única que le había dado esa aceptación. Tal vez, si le digo toda la verdad de lo que esa noche significó para mí, me redima un poco. Se merece oírlo, a pesar de todo.

—Era la primera vez que alguien prestaba atención a esa parte de mí durante el sexo. Ninguno de mis ligues o mi ex incluyeron todo de mí en su lujuria. Me sentí totalmente deseada contigo, Bo. No solo las mejores partes.

En silencio, nos estacionamos detrás del restaurante.

—Te mereces tener eso en cada experiencia —dice categórico, estaciona el coche y gira la parte superior de su cuerpo para mirarme de frente. Siento un nudo en la garganta ante la intensidad de su mirada y me mareo—. Gracias por dármelo, cuando nadie te lo había dado.

Lo extraño es que creo que no hice nada en absoluto. Estar con Bo fue una de las cosas más fáciles que creo que he hecho nunca. Lo cual, en una vida llena de retos diarios y mundanos, parece bastante significativo.

—Creo que manejamos esa pregunta con mucha madurez —digo, levantando la barbilla e intentando captar su mirada.

Bo asiente, su habitual comportamiento relajado y feliz vuelve lentamente, empezando por sus ojos y luego subiendo por sus labios.

—Sí, yo también lo creo.

—Me muero de hambre —susurro, inclinando la cabeza hacia el restaurante.

—Sí, yo también —dice Bo, con sus estoicos ojos clavados en mí.

Debería haber medallas olímpicas para este nivel de contención, pienso, abriendo mi puerta.

Capítulo 22

Estamos sentados en un reservado de un restaurante lleno de gente de la zona. Gente adinerada que también viste ropa deportiva con clase. Mucho Lululemon y L.L. Bean. Básicamente, como quiero ser cuando sea mayor y tenga más ingresos.

Es un interior de ladrillo rojo, con obras de arte colgadas de una barandilla de madera alrededor del restaurante que parecen ser obra de artistas locales, todas a la venta. Hay lámparas de araña desparejadas por todas partes, al parecer reutilizadas a partir de viejas cestas. Es muy lindo.

—¿No hay menú? —pregunto, mirando alrededor de la mesa.

—Puedes pedir lo que quieras. Incluso kétchup en una taza si quieres.

—¿Qué? ¿Qué clase de restaurante te deja hacer una batalla campal? —pregunto, admirando el cochecito de aspecto caro que hay en la mesa de al lado. Siempre me da un poco de vergüenza anhelar cosas tan bonitas, pero aun así lo hago. Creo que es una consecuencia de haber crecido con prendas usadas y objetos de segunda mano. A veces, solo quiero gastar dinero en cosas para mí. Especialmente el anorak magenta, azul turquesa y verde que una mujer de otra mesa se abrocha mientras su familia se prepara para marcharse.

—Tus ojos están en todas partes en este momento —dice Bo, sonriendo—. ¿Qué estás mirando?

—Oh, solo… codiciando.

Bo resopla.

—Qué bíblico.

—Quizá por eso nunca he tenido dinero. Los que mandan saben que me lo gastaría todo. Pero está justificado que gaste parte de mi nueva renta disponible en cosas para el bebé, ¿no? ¿Como ese cochecito? Porque es realmente precioso. —Inclino los ojos hacia la izquierda, señalando hacia dónde debe mirar Bo.

—Sabes, siempre decimos «bebé», y sigo preguntándome si deberíamos ponerle un nombre. Como un apodo, tal vez, hasta que averigüemos el sexo y le demos uno permanente.

—Me gustaría ponerle un nombre de pila bastante neutro en cuanto al género, creo. Y creo que también me gustaría que me sorprendiera…

—¿No hemos tenido suficientes sorpresas? —pregunta Bo, ladeando la cabeza con una sonrisa torcida.

Mi estómago ruge y me desconcentra.

—¿Y cómo pedimos si no hay menú? ¿Esperamos aquí o vamos al mostrador? —pregunto.

—Saldrá en un minuto —dice Bo frívolamente—. ¿Entonces no nos vamos a enterar?

—Si te parece bien.

—Por supuesto. Lo que tú quieras.

—¿Hay algún nombre que siempre te haya gustado? —le pregunto.

Bo ladea la cabeza, parece sumido en sus pensamientos con el labio inferior fruncido.

—No, pero definitivamente hay nombres que no me gustan.

—Oh, lo mismo. Ni ex ni acosadores del colegio. No personajes de televisión deprimentes. Ni compañeros de trabajo de mierda ni representantes de atención al cliente malvados.

—Ese último fue muy específico —dice Bo, sirviéndose dos vasos de agua de la botella que ha dejado sobre la mesa.

—Brittany de Staples sabe lo que hizo.

—¿Nombres de familia? —pregunta—. ¿Cómo se llamaba la madre de Sarah? Ella era especial para ti, ¿verdad?

—Marcie y sí, lo era. Pero tendría que tener cuidado con eso. Mi madre siempre se sintió un poco celosa de lo unidas que estábamos Marcie y yo. Eran mejores amigas, pero creo que mi mamá podría sentirse excluida si yo usara Marcie como nombre.

—¿Cómo se llama tu madre? —pregunta Bo, luego hace una mueca. Yo también lo siento, la incomodidad de estar tan involucrada con alguien y no saber mucho sobre él—. Tal vez una de estas noches deberíamos escribir un árbol genealógico o algo así.

—Se llama June.

—Es un nombre precioso.

—Es mi segundo nombre —digo, mirando a mi alrededor en busca de nuestro camarero—. ¿Cuál es el tuyo?

—Tengo dos. Robert Hugo August Durand.

Me quedo completamente quieta.

—¿August? —pregunto.

—Sí, es el mes en que se conocieron mis padres.

«August».

Sí, mi corazón suena. Así es.

Marcie falleció en agosto. Sarah hizo un comentario sobre la llegada del bebé entonces para que el mes fuera menos triste. Y mi madre y yo tenemos un mes en nuestro nombre. Así que posiblemente sea el nombre perfecto. Honraría a cada uno de nosotros. A Bo, a sus padres, a mí y a los míos.

—Me encanta August —le digo.

—August —repite Bo, apretando los labios mientras asiente, una sonrisa se dibuja en su cara—. ¿Nosotros…? —Bo se sienta más recto, su expresión más allá de la petulancia—. ¿Acabamos de ponerle nombre a nuestro bebé?

—August —susurro para mí, probándolo de nuevo en voz alta.

—Debería ser ilegal ser tan bueno en esta mierda —dice Bo con confianza—. August… Se siente bien, ¿no?

—Así es —asiento, sonriendo. No puede ser tan fácil, ¿verdad?

—¡Ahí están! —grita una voz familiar y bulliciosa desde la puerta de la cocina, al otro lado del restaurante. Levanto inmediatamente la vista y veo a Kevin saltando hacia nosotros.

—¿Kevin? —le pregunto a Bo, sonriendo ampliamente mientras me levanto para saludarlo.

—Es su casa. Prepárate para comer todo lo que puedas.

Kevin me envuelve en un gran abrazo de oso antes de dejarme en el suelo.

—He oído que queremos mucho kétchup, querida.

—¿Cuándo…? —Empiezo a preguntarle a Bo, pero mi estómago vuelve a rugir.

—En realidad, creo que el bebé cambió de opinión. Solo quiero queso. Todo lo que haya.

—Aunque probablemente evite los quesos blandos —dice Bo, levantando un dedo antes de usarlo para rascarse la oreja—. Ya sabes, todo lo que no esté pasteurizado. —Lo miro divertida—. Estaba en el libro del bebé… nada de quesos blandos.

Kevin se vuelve hacia mí, inquietantemente tranquilo.

—Si quieres, puedo hacer que lo saquen.

—Probablemente tenga razón. Es mucho mejor que yo con los embarazos.

—Bueno, todos los quesos seguros serán tuyos. ¿Estamos pensando en una tabla de quesos? ¿Queso en pizza? ¿Sándwich de queso? ¿Pasta cubierta de queso?

—Oh, definitivamente pasta.

—¿Salsa de tomate? ¿También sirve para saciar el antojo de kétchup?

—¡Sí! —Me balanceo de un lado a otro—. No es mucha molestia, ¿verdad?

—En absoluto —dice, apartando mi silla—. Ustedes dos, tortolitos, hablen entre ustedes. Volveré con eso y… —Kevin señala a Bo.

—Tomaré lo que ella tome —responde Bo.

—Entendido.

—Nos llamó tortolitos —susurro cuando Kevin desaparece de mi vista.

—¿Lo hizo?

Asiento con la cabeza y veo a la mujer que está a nuestro lado sacar a su bebé del cochecito y arrimarlo a su pecho. Da saltitos mientras lo mima y lo sujeta contra sí con una mano mientras con la otra se sirve la ensalada.

Intento visualizar si seré capaz de hacer tal cosa, mi mano inconscientemente sube hasta mi hombro.

—¿Estás bien? —pregunta Bo, su voz suave y baja.

Me sacudo, bajando la mano.

—Lo siento… estoy bien.

Bo mira hacia la misma mesa, al pequeño bebé en brazos de la mujer y de nuevo hacia mí. Frunce los labios y asiente, dejando que su cabeza cuelgue entre nosotros.

—Me preocupa que a nuestro hijo le guste mucho el deporte, correr o jugar al fútbol o algo así, y que yo no pueda seguirle el ritmo.

Salgo de mi confusión y vuelvo a concentrarme.

—¿Qué? No. Bo, estás trabajando en una prótesis que apenas te queda bien, y sigues haciéndolo muy bien. Pronto tendrás una que funcione mucho mejor, y podrás correr o hacer lo que quieras. Además, das patadas con el pie derecho, no con el izquierdo. Aunque nos encontremos con barreras, lo solucionaremos.

—Pero me preocupa que se avergüence. De que su padre sea diferente.

—No, será nuestro hijo. Tendrá empatía y bondad y… —Me detengo, notando la sonrisa orgullosa de Bo.

—Vamos… —dice burlonamente.

«No, no creo que lo haga».

—¿Qué decías? —pregunta, con una sonrisa pícara inclinada sobre su vaso de agua.

—¿Me estabas engañando para que me animara a mi misma?

Asiente, bajando los hombros mientras apoya los codos en la mesa y se encorva hacia delante.

—Tal vez…

—¿Cómo… cómo pudiste saberlo? Yo…

—Frunciste el ceño cuando tomó el tenedor por segunda vez —interrumpe.

Aparto la mirada, sintiéndome demasiado observada para mi gusto. Y, sin embargo, una parte de mí lo agradece. Es mucho más fácil comunicar inseguridades cuando no necesitas comunicarlas en absoluto. ¿No es eso lo que queremos? ¿Ser vistos y escuchados? Que nos validen, incluso cuando no somos capaces de pedirlo.

—Bueno, para mí es diferente. No es lo mismo.

—¿Cómo es eso?

—Piensa en todas las expresiones que hay solo para las mamás. «¡Va a tener las manos ocupadas!» O «¡vas a necesitar un par de

manos extra!». —Me acomodo el pelo detrás de la oreja—. Es intimidante. Hay muchas cosas que apenas puedo hacer por mí misma, y mucho menos por otra persona. Quiero decir, me has visto con los botones.

—Sin embargo, vamos a encontrar soluciones, ¿verdad? Haremos que funcione. Como dijiste, lo resolveremos juntos.

—Sí, lo sé —asiento, aunque puedo oír lo poco convincente que soy.

—Por muy capaz que me creas, soy mucho menos de lo que yo te creo a ti —dice, argumentativo—. Quizá lo que nos falta en miembros, lo compensamos en entusiasmo e ingenio. ¿A quién más conoces que pueda ir a nadar, lanzar un plan de negocios y ponerle nombre a un bebé, todo antes del almuerzo?

Aunque, para ser justos, es un almuerzo tardío.

—Hicimos la mayoría de esas cosas juntos, así que difícilmente puedo atribuirme el mérito.

—Y eso es lo que vamos a seguir haciendo. Trabajar juntos. Ese es el objetivo de todo esto. —Hace un gesto entre nosotros—. ¿No lo es? ¿Ser un buen equipo?

—Sí —asiento, un poco más convencida.

—Win, Bo y Gus van a conquistar el mundo —dice con voz obscenamente dramática y teatral.

—¿Gus? ¿En serio? ¿Lleva menos de diez minutos con nombre y ya tiene un apodo tonto?

—¿Qué prefieres? ¿Aug? Eso no es un nombre. Suena como el sonido que alguien haría después de golpearse el dedo del pie.

Pongo los ojos en blanco y sonrío hacia mi regazo.

—Sí, es cierto —dice Bo con arrogancia—. Admítelo. Te encanta.

Suspiro. No sé si me encanta, o si solo me encanta que él lo haga.

—Me encanta. Es lindo.

—Maldita sea.

—Si no llega pronto nuestra comida, me voy a comer la otra mano —digo, desplegando la servilleta.

—No seas ridícula —dice Bo exageradamente—. Puedes comerte la mía. Es mucho más grande.

Capítulo 23

Diecisiete semanas de embarazo. El bebé tiene el tamaño de una pera.

—¡Bien, colega! —digo, arrodillándome en la parte menos profunda de la piscina—. Ahora quiero que cierres la mano en un puño. —Ayudo a Henry a doblar su mano más grande—. Perfecto. Ahora vamos a nadar como siempre, ¿bien? Solo quiero probar una cosa.

Henry asiente y me regala dos pulgares con ambos puños antes de ponerse boca abajo y empezar a nadar hacia el otro extremo de la piscina. Cam se queda al borde de la piscina, esperándolo y gritándole palabras de ánimo.

La mano de Henry es muy parecida a la mía, pero tiene el pulgar un poco menos desarrollado. Además, está en el lado opuesto del cuerpo, así que hay que probar y equivocarse para encontrar el método adecuado para él.

Pero lo hacemos.

A los cuarenta minutos de su hora de natación privada, está nadando recto y quizá incluso más rápido que antes.

«Por mí».

—¡Has hecho un trabajo increíble hoy, Henry! —le digo, arrodillándome junto a la piscina mientras él se sacude el agua del pelo alborotado como un cachorro, riéndose.

—¡Fui tan rápido!

—¡Lo fuiste! —digo, sonriendo a Cam por encima del hombro mientras se acerca.

—Y ya no me choco con la cuerda. ¡Fui como una flecha! ¡Derecho!

—Como una flecha, exactamente. —Aprieto la cara, sonriendo tan fuerte que no puedo evitarlo—. Buen trabajo, colega.

—¡Gracias, Winnie! —Me echa los brazos al cuello—. Voy a ser nadador como tú —dice en voz baja antes de soltarse.

Me levanto y veo a Henry caminar hacia la puerta de cristal donde lo esperan sus padres. Saludo a Cam con la mano y me giro hacia los vestuarios femeninos, pero él me detiene.

—Oye, espera. Ven a conocer a sus padres. Van a querer darte las gracias.

—Oh, no, yo no…

—Win, vamos. —Cam levanta la mano en el aire, haciéndome señas hacia ellos, a la vista de los padres de Henry. Sería grosero no hacerlo ahora.

Los sigo y me envuelvo en una toalla. Cuando me acerco, ya están conversando animadamente y Henry rebosa de orgullo cuando su madre lo envuelve en una toalla y lo abraza.

—Hola —digo, saludando tímidamente.

—Tonya, James, esta es Win.

—¡Win es la mejor nadadora de todos los tiempos! —grita Henry.

Sus padres se ríen.

—Ya lo hemos visto —dice Tonya, sonriéndome—. Muchas gracias por venir. Pudimos ver cuánta confianza le diste desde tan lejos.

—¿Y Cam dice que vas a abrir un campamento? —pregunta James.

—Oh, bueno, en realidad no. De momento es más un sueño. Estamos empezando a hacer planes. El siguiente paso es encontrar inversores, y luego tenemos que encontrar propiedades. Es una gran cuesta arriba, pero… algún día —digo.

Inmediatamente parecen decepcionados.

—Lo siento. Me encantaría tener a Henry en cualquier campamento. Tal vez en unos años, ¿eh, amigo?

Henry asiente y me dedica una sonrisa radiante a la que le faltan dientes y tiene la nariz arrugada.

Su padre, James, se aclara la garganta.

—Yo, uh, normalmente no hago esto, pero… —Saca su cartera y me da una tarjeta de visita—. Si buscas inversores, ponte en contacto. —Agarro la tarjeta vacilante—. Hemos visto lo que puedes hacer en una hora y estoy impresionado. Otros chicos deberían tener esa oportunidad.

—Oh, yo… —Casi me descarto a mi misma. Casi les digo que no estoy cualificada, que no soy profesional, que soy incapaz. Incluso, casi, devuelvo la tarjeta de visita. Pero no lo hago. Me detengo.

Tal vez sea por la esperanza en sus rostros y la sonrisa que aún se dibuja en el de Henry.

Tal vez sea por Bo, diciéndome lo capaz que soy. Lo posible que es esto.

Sobre todo, creo, es por mí. Por lo fuerte que me siento últimamente.

Me permito sentirme orgullosa de todo lo que he hecho hoy con Henry, de los años de escuela que me han preparado para esto, de la vida que he vivido con mi mano y de las experiencias que he acumulado por el mero hecho de tenerla. Y mantengo la cabeza alta.

—Gracias —le digo—. Estaremos en contacto. Gracias —añado de nuevo, porque no puedo resistirme—. Fue un placer conocerte, amigo. Lo harás muy bien con el señor Cam.

—Gracias de nuevo —dice Tonya mientras acompañan a Henry hacia los vestuarios.

Cam cierra la puerta y me sonríe con ojos de «te lo dije».

Miro la tarjeta de visita que tengo en la mano e inhalo profundamente. James Burrough, Presidente de Burrough Financial Holdings.

—Win, creo que estás consiguiendo tu campamento.

—Quiero decir, podría cambiar de opinión fácilmente. Todavía tengo que hacer una propuesta y encontrar… —Me detengo de nuevo. «A veces… las cosas son solo buenas». Podría pasarme la vida esperando que caiga el otro zapato, o podría empezar a entrenarme para esperar lo mejor. Abrazar la gratitud y abandonar el escepticismo—. Esto… esto es genial, ¿verdad? Las posibilidades de encontrarte aquí, conocer a Henry y a sus padres… Es…

—Genial —dice Cam, empezando a guiarnos hacia los vestuarios—. Antes has dicho «nosotros». ¿Tienes un socio o alguien más?

—¿Lo hice?

—Sí. Dijiste, «estamos empezando a hacer planes», cuando Tonya preguntó hace un momento.

—Oh, yo… —Considero lo que Bo y yo somos el uno para el otro y decido simplificarlo lo mejor que puedo—. Mi compañero de piso y yo. Está en finanzas y me está ayudando.

—Oh, bien —dice Cam, con la sonrisa torcida y los ojos entrecerrados sobre mí. Oh-oh. Conozco esa mirada—. ¿Te apetece tomar algo, entonces? ¿Una cena tardía?

Sí, ahí está.

Hago una mueca, pongo una mano en el hombro de Cam y le doy una palmadita antes de retirarla.

—Bueno, hay una historia graciosa sobre mi compañero de piso. En realidad…

—Lo tengo —dice Cam, riendo en voz baja—. Es complicado, ¿supongo?

—Más que complicado.

—¿Quieres tomar una copa muy platónica y hablar de ello, entonces?

Me río, mirando al techo.

—Es que, en realidad, tampoco puedo beber.

—Oh —dice Cam, sus ojos bajan hasta mi estómago.

—Sí…

—¿Del compañero de piso?

—Sí —exhalo.

—Eso es complicado. —Hace un gesto de dolor, pero sonríe.

—Lo es —le digo.

—¿Así que este año no hay Westcliff? —pregunta.

Sacudo la cabeza, frunciendo el ceño.

—Este año no.

—Ah, bueno, te echaremos de menos.

—Yo también lo echaré de menos.

—Sabes, si quisieras, apuesto a que los padres de Henry preferirían que tú le enseñaras. Ya tengo una agenda bastante llena, y podrías encargarte de sus clases. Son doscientos dólares a la semana después del alquiler de la piscina.

—¿Doscientos? —Casi grito—. ¿Por una hora?

—Te lo estoy diciendo… —dice Cam, agachándose para recoger su toalla y echándosela por encima del hombro—. James tiene dinero para el campamento.

—Me encantaría —respondo—. ¿Estás seguro?

—Acuérdate de mí cuando llegue el momento de contratar para ese campamento tuyo —comenta Cam con un guiño.

—Por supuesto —digo sonriéndole.

—Te enviaré un mensaje con los detalles, entonces. Nos vemos, Win.

—Gracias —grito tras él cuando desaparece de mi vista.

Capítulo 24

Diecinueve semanas de embarazo. El bebé tiene el tamaño de un mango.

—Si pudieras teletransportarte ahora mismo, ¿adónde irías? —me pregunta Bo antes de llenarse la cara con otra cucharada de helado.

Hace una semana que se nos acabaron las preguntas de la baraja, después de haber caído en la misma rutina durante el último mes de convivencia. Todas las noches cenamos, nos arreglamos al son de otro disco y luego hacemos una pregunta. En los días más tranquilos, cuando la música es jazz o soft-rock, Bo completa su rompecabezas de sudoku en el sofá. Otras veces, cuando la música lo requiere, toca la guitarra de aire o la batería y lanza su cuerpo por la cocina para divertirme mientras termino de limpiar.

Desde que se nos acabaron, Bo se inventa las preguntas sobre la marcha.

Las veinte preguntas para enamorarse ciertamente hicieron lo que dice en la caja.

Estoy perdidamente enamorada de Bo en este momento. Platónicamente, por supuesto. Mayormente. Las hormonas primarias de papá a veces no están de acuerdo con la parte platónica. Normalmente cuando me da masajes en los pies mientras vemos películas, o cuando sus ojos bajan a mi escote cuando probablemente no deberían, o cuando… ya sabes… respira cerca de mí.

Aun así, nos hemos comportado lo mejor posible.

—Oh, bueno —contesto, agarrando la cuchara común mientras me tiende el bote—. Algún lugar cálido y con playa, seguro. Pero no un sitio barato al que volar, porque podría hacerlo yo misma. ¿Quizá Grecia? Sí, Grecia.

—Yo también iba a decir Grecia —conviene Bo, devolviéndome la cuchara—. Quiero ver el Templo de Poseidón.

—Claro —digo riendo—. Iremos juntos.

—Excelente —comenta con la boca llena de helado.

—Por cierto, ha llamado la doctora Salim. La ecografía es en dos semanas.

—¿Cómo te sientes al respecto? —pregunta Bo.

—Uh, estoy un poco nerviosa. Emocionada de ver a Gus, sin embargo.

—¿Qué día?

Trato de recordar.

—Uh, no estoy segura. Era un viernes. —Me levanto, para tomar mi teléfono—. ¿Creo que el diez?

—Mi padre estará aquí entonces —dice Bo, tragando otra ración antes de devolverme el bote—. ¿Si todavía te parece bien?

—Bo, te he jurado que está más que bien. Múltiples veces. Estoy emocionada por conocer a tu padre.

—Solo lo comprobaba —dice, levantando las palmas de las manos a la defensiva—. Aunque me tomaré ese día libre. Así que tal vez podamos dejar a papá en algún lugar y recogerlo después de la cita.

—No, no te pierdas el tiempo con tu padre.

—¿Estás loca? Como si fuera a perderme una ecografía. Ahora es cuando parece un bebé, ¿verdad? ¿Ya no es un frijolito?

—Sí, eso creo. —Tomo la última bola de helado, termino el bote y lo dejo sobre la mesita—. ¿Y cómo te sientes al cumplir los treinta, viejo? —le digo, poniendo los pies sobre su regazo. Él, pone los ojos

en blanco ante su nuevo apodo y mi silenciosa petición, empieza a frotarme los pies.

—¿Honestamente? Sí. Estuve pensando en ello la otra noche, y solo estoy agradecido de seguir aquí, y por todo lo que está por venir. Mi cumpleaños el año pasado fue bastante terrible. Eran tiempos oscuros. —Se ríe secamente.

Bo ha empezado a referirse al año pasado como los tiempos oscuros. He ido recopilando pequeños fragmentos de información aquí y allá sin necesidad de husmear demasiado. Después de que le dieran el visto bueno para vivir solo, tres meses después de la operación, su padre volvió a Francia. Y estuvo solo mucho tiempo, por lo que parece. Aparte de salir con sus amigos una vez al mes, no veía a nadie.

—Otro año más viejo y más sabio… —señalo, girando el cuello mientras él presiona su pulgar en el centro de mi pie.

—Y más guapo —añade.

Resoplo.

—Por supuesto.

Bo me aprieta el talón con la mano, presiona y suelta. Suelto un gemido no muy sutil, pero estoy demasiado excitada para que me importe.

—¿Ahí? —pregunta burlonamente.

—Necesito zapatos nuevos para el trabajo.

—Tienes que decirles que estás embarazada —dice Bo.

—Me tratarán diferente…

—¿Te refieres a darte un taburete para sentarte? ¿O descansos más largos? Dios no lo quiera.

—Cuidado. Podría darte una patada ahora mismo. —Caigo de espaldas contra el sofá, dejando que mis ojos se cierren mientras Bo

envuelve sus manos gigantes alrededor de mis tobillos hinchados y los masajea también.

—¿Permiso para arruinar el ambiente?

—Siempre —respondo. Y lo digo en serio. Estoy tan desesperada por saber todo lo que Bo tiene guardado que le dejaría decir casi cualquier cosa. Creo que podría sacar lo peor de sí mismo y yo seguiría aquí sentada, pendiente de cada palabra.

—Sigo pensando que, a partir de mi cumpleaños, seré más viejo que mi madre. Odio eso.

Me incorporo lentamente y lo miro. Tiene la mirada perdida en la repisa del otro lado de la habitación y las manos ocupadas masajeando misos tobillos. Me planteo si debería apartar los pies de su regazo, pero me parece que así mantiene las manos ocupadas mientras sus pensamientos vagan. Como si estuviera tirando piedras en la playa hace unas semanas.

Quizá Bo necesite distracciones físicas para abrirse.

—Debe de sentirse muy extraño. Lo siento —le ofrezco amablemente.

—Es extraño vivir más vida que la persona que me dio la mía… —dice, con voz lejana.

—¿Es una cita?

—No. —Bo se encoge de hombros, con las cejas juntas—. Solo algo que me ha estado rondando por la cabeza.

Quiero decirle que es brillante.

—Nunca hemos hablado de cómo murió tu madre. ¿Te gustaría? —pregunto en su lugar.

—Ahora no, si te parece bien. —Sonríe melancólicamente, girándose hacia mí mientras me da unas palmaditas en el tobillo, indicándome que ha terminado.

Me aparto de él, me siento y cruzo las piernas delante de mí. Apoyo la mejilla en la mano, apoyada en el respaldo del sofá.

—Por supuesto. Lo que necesites.

Me mira de reojo, con aprecio en los ojos, mezclado con una petición. Un cambio de tema, creo.

—¿Estás emocionado por ver a tu padre?

—Sí, lo estoy. Estoy deseando que te conozca.

Mi expresión se comprime mientras meto la cara en la palma de la mano, y mi corazón también se aprieta.

—Oh, bueno, espero que le guste.

Bo sacude la cabeza, rascándose la barbilla.

—Le encantarás.

Ahora me aprieta demasiado, es un estallido de alegría en el pecho. Tengo que frotar la palma de la mano para intentar aflojarlo. No sé exactamente cuándo empezaron a dolerme un poco esos sentimientos tan bonitos de Bo, pero en eso estamos estos días. Es una sensación de añoranza. Un recordatorio de las limitaciones y los parámetros a los que tenemos que atenernos. Aun así, es mejor que sonrojarse.

La canción que suena en el comedor se desvanece y el tocadiscos hace clic para indicar que es hora de darle la vuelta al disco.

—¿Quieres que lo haga? —pregunto, señalando por encima del hombro hacia él.

—No, ya lo hago yo —dice Bo, sentándose y ajustándose los pantalones, tirando de la tela que rodea la parte superior del encaje de su prótesis. Últimamente no lleva la prótesis por casa. Normalmente cuando está recién duchado o se acaba de despertar. Me gusta cuando lo hace. Es como si me hubiera ganado su confianza.

—¿Fred? —llama Bo, atrayendo mi atención hacia él.

Observo cómo coloca un disco nuevo en el tocadiscos y alinea la aguja. Gira un dial y empieza la música, una orquestación de instrumentos de cuerda. Se vuelve hacia mí, con los ojos brillantes pero los labios apretados. Me tiende la mano.

—Ven a bailar conmigo.

Mi estómago casi me deja atrás, volando por la habitación. Razón de más para decir que no, probablemente.

—No bailo.

—¿Qué, por qué? ¿Dos pies izquierdos? —pregunta, sonriendo malvadamente—. Sigue siendo más de lo que tengo.

Pongo los ojos en blanco exageradamente.

—Vamos… *¿Por favor?*

Estoy jodida.

La aterradora verdad del asunto es que Bo podría conseguir que dijera que sí a casi cualquier petición añadiendo un por favor así de dulce y sincero al final de la misma.

—No sé qué hacer —digo, acercándome justo cuando Frank Sinatra empieza a cantar *Strangers in the Night*.

—Entonces yo guiaré —dice, tomando mi mano más pequeña entre las suyas y acercándome—. Por una vez —murmura. Le empujo el hombro antes de apoyar la mejilla en su pecho junto a mi mano libre.

—¿Así? —pregunto.

—Perfecto —dice, rodeando mi espalda con el otro brazo.

Nos balanceamos de un lado a otro, girando lentamente en círculos sin sentido mientras suena la canción.

—Esto no está tan mal —susurro.

Siento cómo el pecho de Bo se eleva al respirar hondo contra mi mejilla.

Cuando la canción llega al estribillo, con la batería ganando ritmo y las trompetas sonando a todo volumen, Bo me agarra con fuerza de la manita y me empuja lejos de él, haciéndome girar en círculos delante de él mientras grito y me río por la sorpresa.

—Tienes un talento natural —dice, tirando de mí hacia él, con su mano cayendo peligrosamente sobre mi espalda.

—No vuelvas a hacer eso —me río, dejándome caer de espaldas contra él.

Hay algo tan íntimo en ser abrazado sin ninguna expectativa o razón más allá de querer hacerlo. Algo tan natural cuando Bo y yo movemos nuestros cuerpos en secuencia, sin prisa por alejarnos. Hay algo intrínsecamente seguro en estar en sus brazos.

Bo puede deslizarse y mirarme de vez en cuando, con los ojos clavados en mí y la mandíbula fuerte, pero ni una sola vez ha intentado nada desde que acordamos seguir siendo platónicos. Es demasiado respetuoso para eso. Y estoy segura de que mis ojos le han hecho mucho más daño en las últimas semanas.

Así que cuando me aprieta aún más, baja la barbilla hasta mi cabeza y me rodea con sus brazos, más en un abrazo que en un baile, me dejo llevar sin dudarlo mientras me relajo en el cálido y sólido confort de su abrazo.

—¿Una más? —pregunta con la voz quebrada.

Asiento contra él.

Una canción más se desvanece y se desdibuja en cinco, o quizá incluso más. He perdido la cuenta. Al final, cuando el tocadiscos hace clic para indicar que hay que darle la vuelta al disco, ninguno de los dos se mueve. En todo caso, Bo me estrecha más contra él.

—¿Estás bien? —susurro en su pecho tras unos instantes de silencio.

—Solo estoy tratando de encontrar las palabras adecuadas —dice, apoyando su mejilla en la parte superior de mi cabeza, su nariz en la

línea de mi cabello con respiraciones profundas y constantes—. Para darte las gracias por todo.

La forma en que dice «todo» es como si realmente quisiera «decir cada cosa».

Las lágrimas me escuecen al instante.

—Yo debería darte las gracias —digo—. Por dejar que me quede aquí, por ser tan amable conmigo, por… —Casi digo «que me quieras antes de contenerme»—. Por ser tan buen amigo.

—Win, no creo que lo entiendas. El año pasado pasé mi cumpleaños solo en mi sofá, bebiendo y sintiéndome miserable. Estaba tan solo. Me sentía como media persona. Yo… —Se atraganta y se aclara la garganta—. Me sentía desesperado. —Resopla y yo lucho contra el impulso de apartarme para mirarlo a la cara. Para secarle las lágrimas, si es que las tiene—. Pero entonces llegaste tú.

—Si las cosas estaban tan mal, ¿por qué ir a una tonta fiesta de Halloween? —«¿Cómo tuve tanta suerte?».

—¿Alguna vez has estado tan mal que dejaste de preocuparte tanto? Creo que toqué fondo. Pensé que nada más funcionaba, así que ¿por qué no hacer algo terrorífico en una noche en la que podía ser otra persona durante un rato? Un disfraz para quitarle importancia a todo.

En cuanto levanto la vista hacia él, me tira hacia atrás y me abraza con fuerza. Me aprieta contra su pecho como si fuera su peluche o su manta favorita, metiéndome debajo de su barbilla. Extiendo los dedos sobre su espalda y me aprieto contra él, transmitiéndole la misma intensidad. Me aferro a él de la misma manera.

—Siento que las cosas fueran tan mal —digo suavemente, con su jersey contra la comisura de mi boca.

«Ojalá te hubiera conocido entonces», pienso para mis adentros.

Lo habría encontrado allí, en ese período oscuro. Me hubiera sentado con él, en ese entonces. Hasta hace muy poco, yo también estaba así. Tal vez eso es todo lo que Bo y yo somos. Dos personas

dejando atrás lo peor, esperando lo bueno por venir. ¿Pero está preparado para dejarlo todo atrás?

Porque creo que podría… yo podría hacerlo.

—No lo siento —dice Bo, sorprendentemente firme—. Ya no.

Me suelta y retrocede. Incluso con los ojos enrojecidos y hoscos, me sonríe. Y de las muchas, muchas sonrisas que me ha dedicado, esta es diferente. Hay algo inequívocamente vacilante en ella, pero sobre todo, es la esperanza en medio de todo lo que me llama la atención.

«Sí», le digo en silencio con mi propia sonrisa melancólica. Yo también lo siento. Y sí, es absolutamente aterrador. Finjamos que no. Todavía no. Esta noche no. No hasta que ambos estemos seguros.

—Lo haría todo de nuevo para estar en esa fiesta —dice—. Para conocerte. Para tener a Gus.

Casi me desintegro, con la cara desencajada mientras sacudo la cabeza. ¿Cómo puedo oírlo decir eso y no enamorarme de él en ese preciso momento? ¿Cómo puedo decirme a mí misma que no es puramente bueno cuando dice cosas así?

—Bo… —digo, mirando a nuestros pies.

—Yo lo haría —dice con rotundidad, asintiendo como si quisiera que yo hiciera lo mismo—. ¿Tú no lo harías?

—Si no nos hubiéramos conocido… si esto no hubiera pasado —digo, colocando una mano sobre mi pequeño bulto—, creo que me habría quedado atrapada jugando a lo seguro para siempre.

Una lágrima cae de sus ojos y, sin dudarlo, la retiro con el pulgar, acunando su mejilla con la mano.

—Al final habrías conseguido salir, Win. —Aprieta la comisura de su boca contra mi muñeca, soltando un aliento tembloroso contra ella—. Puedes hacer cualquier cosa —susurra contra mi pulso. Y la forma en que dice «cualquier cosa» es como si realmente quisiera decir «cualquier cosa posible».

Y le creo.

De verdad.

Siento mis propias lágrimas brotar, lentas y constantes. Para ocultar mi rostro, vuelvo a apretarme contra su pecho, y él me recibe de inmediato, envolviéndome como un escudo.

Y bailamos un poco más.

Al son de nada más que la contención fulminante del otro.

Aceptar que esto es lo mejor que nos podía haber pasado. Para sacarnos de nuestros propios puntos oscuros personales. Para darnos un propósito. Para encontrarnos.

Porque aunque no estemos juntos, ya no puedo imaginar una versión de mi vida sin Bo en ella. Bo es simplemente adorable. Sencillo y verdadero y lo abarca todo.

Entonces, ¿por qué sigo teniendo tanto miedo?

Enfadada conmigo misma, me zafo de su agarre. Me río débilmente mientras finge luchar contra mí y me agarra con más fuerza.

—No, no lo hagas —dice, su mano va del hombro al codo—. ¿Otro disco?

Le doy al menos una docena de palmadas en el hombro mientras sacudo la cabeza, insegura de qué otra cosa hacer para evitar que se desborden los sentimientos, las verdades y los miedos que me abruman. Sus ojos siguen el movimiento de mi cabeza mientras la sacudo por última vez y él suspira, soltándome.

Camino hacia el baño para ducharme sin mirar atrás, con la cabeza gacha y las emociones atrapadas en la garganta.

Dejando a Bo todavía de pie allí.

A mitad de la ducha, la música empieza a sonar de nuevo y me dejo caer contra el azulejo, dejando que el agua me bañe mientras imagino el cuerpo de Bo a mi alrededor también aquí dentro.

Y, me doy cuenta, estoy *completamente* jodida.

Capítulo 25

—¡Lo sabía, mierda! —dice Sarah, susurrando a centímetros de mi cara, moviendo el dedo.

—¿Qué pasó con el hola? —pregunto, mirando alrededor del pasillo al que me arrastró en el momento en que Bo y yo cruzamos la puerta de su casa para la noche de DND.

—¿Quieres hola? Bien. ¡Hola! ¿Cómo estás? ¿Cuándo empezaron a dormir juntos? —Sarah me sacude los hombros, con su sonrisa abierta y amplia.

—¿Qué? No lo hacemos —niego, encogiéndome de hombros—. ¡Atrás, rarita! —susurro-grito.

Abre la puerta del despacho de Caleb y me empuja a través de ella.

—Cuéntamelo todo.

—Literalmente no ha pasado nada, Sarah —digo, dando unos pasos para recuperar el equilibrio después de que me empujara—. ¿Quieres calmarte? Mierda.

—Hubo una mirada. Yo la vi. —Se señala los ojos con furia.

—¿Qué mirada? —pregunto, dejándome caer en el sofá de dos plazas que hay frente al escritorio de Caleb, frente a una pared con paneles de roble oscuro.

—Ustedes dos entraron, y Bo miró hacia la mesa donde lo preparamos todo. Luego se fijó en ti. Una inclinación de su cabeza y una pequeña sonrisa dulce, entonces tu asentiste con la cabeza.

Estaba pidiendo permiso para caminar hacia allí. Esa es la mirada de un hombre que lleva la correa de alguien. ¡Dominado!

—No acabas de decir dominado. Por favor, por favor, por favor, dime que no —digo tapándome la cara.

—Así que no lo niegas —señala Sarah, dejándose caer en la silla de Caleb y subiendo los pies al escritorio en el centro de la habitación.

—Lo niego. Lo máximo que hemos hecho desde Halloween es abrazarnos. —«Bailar es abrazar, solo que es más extendido, ¿verdad?». Eso no cuenta.

Sarah me mira con desconfianza.

—Sí que das buenos abrazos —susurra—. Pero no tan buenos.

—Bo es considerado. Solo se aseguraba de que estaba bien antes de dejarme para ver a sus amigos. Tan simple como eso.

—¿Así que me estás diciendo que no te he visto en cuarenta años —«han pasado doce días»—, porque has estado retenida en casa con él sin acostarse?

Decido dejar pasar el uso que hace de la palabra «acostarse».

—Hemos estado saliendo —digo a la defensiva—. Damos paseos hasta el mar para hablar. Pasamos el rato en el sofá y vemos películas de nerds que le gustan a Bo. También sigo trabajando y criando a un humano. Así que sí, eso es todo lo que hemos estado haciendo. Siento decepcionarte.

—¿Cuánto tienen que hablar hasta que se den cuenta?

La fulmino con la mirada.

—Teníamos que conocernos, ¿no? Ese era el maldito objetivo de irnos a vivir juntos.

—¿Y? —pregunta Sarah.

—¿Y qué?

—¿Se conocen? —Levanta los brazos, aparentemente exasperada.

—Sí.

—¿Y?

—¿Y qué? —chasqueo, cruzando los brazos delante del pecho con fuerza.

—¿Es un buen tipo?

—Sí, obviamente.

—¿Y?

—Dios mío, ¿y ahora qué?

—¿Te sientes segura con él?

—Sí.

—¿Y?

—¿Y qué? —grito.

—¿Estás enamorada de él?

—¡Sí!

Espera, ¿*qué*?

—¡No! —digo, presa del pánico—. No, no, no… —Pero es demasiado tarde. Sarah se levanta de su asiento, golpeando el escritorio con ambas palmas como un tambor.

—¡Vindicación! —grita, con las manos como garras apuntando al techo.

—Cállate —susurro frotándome la frente—. Por favor —suplico patéticamente—. No lo hagas.

—Tenía razón —afirma, sentándose de nuevo—. Winnifred McNulty está enamorada.

—Sarah, lo quiero, pero no estoy enamorada de él.

—Mentira —escupe, sacudiendo la cabeza.

—Lo digo en serio —exclamo, con la voz involuntariamente más aguda—. Lo digo en serio —repito, más firme.

Sarah me estrecha los ojos y se pasa la lengua por los dientes bajo los labios cerrados.

—Bien, entonces. Juguemos al peor de los casos.

—¿Por qué? —suspiro.

—Sígueme la corriente —dice, empujando la silla con ruedas por la habitación hasta colocarse frente a mí, con las rodillas casi tocándose. Es ridícula, pero divertida. Se lo reconozco—. En el peor de los casos, dentro de un año. El bebé es feliz y está sano. Piensa en ti. Dímelo; sin dudarlo.

—Um… —Dudo inmediatamente.

—¡No! —Me da un golpe en la cabeza y yo la aparto de un manotazo—. ¡Habla!

Mierda.

—Esto es estúpido —digo, apretando los brazos sobre el pecho.

—Te estás comportando como una niña. Madura y afronta tus sentimientos. Amas a Bo. Estás enamorada de Bo. Admítelo.

—¡No!

—¿Por qué? —grita.

—Me hicieron daño, Sarah. Me hicieron mucho daño, y no sabes ni la mitad. —En el momento en que las palabras me abandonan, todo el aliento de mis pulmones se va con ellas.

—Así que dime, Win. Dímelo para que podamos resolverlo. Llevo años preguntándome qué pasó. O díselo a alguien. A cualquiera. Un profesional, preferiblemente. O, Bo, tal vez, ya que él debe saber.

—Me hizo sentir pequeña —es todo lo que consigo decir, con las lágrimas amenazando con derramarse—. Jack me hizo sentir pequeña, estúpida e incapaz, y no quiero volver a sentirme así nunca más. Le di mi autoestima en una maldita bandeja de plata y, como

una maldita idiota, me sorprendí cuando la tomó y se la comió entera.

—Jack es un cabrón que quemará todos los puentes que construya. Tú no eres ninguna de esas cosas, Win.

—Sí, ahora lo sé. Me llevó todos estos años desde que corté con Jack recordar quién soy y quién no soy. No… no quiero olvidarlo otra vez.

—No lo harás.

—¡Podría! ¡Porque sigo olvidando muchas cosas, aparentemente! Como, por ejemplo, el hecho de que lo más probable es que Bo siga enamorado de tu cuñada. Esa noche que pasamos juntos significó algo para los dos, pero eso es todo. Fue una noche. Estuvo con Cora durante años. Y aunque ella le rompió el corazón y lo dejó en el peor momento de su vida, aún la quiere. Todavía. Esa lealtad. Ese… tipo de conexión… No puedo esperar que sienta más por mí después de solo unos meses de estar juntos en esta situación. No puedo vivir con la idea de que él desearía que yo fuera ella. Que yo solo sea la opción disponible.

Sarah suspira, con los ojos clavados en mí mientras su pecho cae.

—Win…

—No, está bien. Lo tengo controlado.

—Win… tienes que hablar con él.

—No puedo —susurro, con la voz quebrada—. No puedo volver a hacerlo. No puedo hablar con él. No puedo poner mi corazón en otra bandeja y esperar un resultado diferente.

—Dime una cosa. ¿Cuál es tu peor escenario? —pregunta, con los ojos pesados y los labios fruncidos por la concentración—. Dentro de un año, te despiertas y… —añade, haciéndome señas para que siga.

Eso es lo que da miedo. Al principio, quería responder que estaba dejando entrar a Bo, solo para tener razón. Un tipo de razón que nunca querría tener. Que sería descuidada con mi corazón y mis

sentimientos, y que dentro de un año, me despertaría y me daría cuenta de que lo había hecho de nuevo: enamorarme del tipo de hombre equivocado. Pero ya no es así.

El peor de los casos es no haber descubierto cómo podría ser estar con Bo.

—Ver a Bo enamorado de otra persona. Con una novia preciosa que también quiera a mi bebé, y lo llevarán a pasear por la playa, y bailarán en su comedor, y… y yo estaré en otra parte. Sola. Echándolo de menos. Echando de menos lo que podría haber sido. Dándome cuenta de que él estaba listo para seguir adelante… y no era su primera opción.

—¿Realmente crees que Bo dejaría que pasara algo así si lo supiera? Porque, desde mi punto de vista, ese hombre te mira como si colgaras la luna. Más que eso. El sol también. Nunca he visto a nadie mirar a otra persona así.

—No creo que tuviera intención de hacerme daño —susurro, sobre todo para mí misma—. Pero no sabemos si él siente lo mismo. No sé si es solo… atracción.

—No es lujuria en sus ojos, Win. Es mucho más que eso.

—¿Y si son solo las hormonas? ¿Y si es solo una parte primitiva de mi cerebro que me dice que me quede cerca del hombre con el que procreé? ¿Y si saco este bebé, y de repente, es un sapo intolerable?

—¿En serio piensas eso, Win? ¿Que las mujeres son solo trajes de piel manejados por un instinto y unas hormonas pobres? —Pone los ojos en blanco, sentándose más erguida en la postura de un hombre—. Las mujeres son demasiado emocionales —dice Sarah con voz más grave—. No pueden estar al mando cuando sus cuerpos las vuelven locas una vez al mes.

—No —le digo, mirándola fijamente.

—¿Y por qué actuamos como si sus emociones debieran dictar las tuyas? Te estoy preguntando qué sientes tú. No a él.

—Sí. Sí —respondo débilmente.

—Así que dilo. Dilo en voz alta. Sé sincera contigo misma y conmigo.

Respiro hondo y enderezo los hombros. Aun así, mi voz sale suave y tímida.

—Amo a Bo.

—¿Incluso si está enamorado de otra?

—Sí —digo, por patético que sea.

—¿Incluso si no está preparado para quererte igual?

Asiento con la cabeza, mirando al techo mientras me pongo las manos en el cuello.

—¿Pero eso no es más que estúpido?

—El amor es estúpido, Win —dice suavemente—. Entonces, ¿qué vas a hacer al respecto?

Me repliego sobre mí misma con un quejido patético.

—¿De verdad crees que me mira así? De verdad apostaría…

—Lo hago, Win. Sí, y me encanta. —Sarah extiende la mano, desenredando mis brazos apretados contra mi pecho. Me agarra las dos manos y me las sujeta—. ¡Te lo mereces! —dice, sacudiéndome un poco hasta que sonrío para ella, por muy forzado que parezca—. Y sé que esto también es cosa del embarazo, pero estás radiante. Pareces mucho más ligera. Cuando entraron aquí juntos, ya no era como hace unos meses. Entonces, era como dos personas con química y un secreto sexi. Ahora, parecen de verdad.

—Tengo miedo —susurro, arrugando la nariz mientras mantenemos un ligero contacto visual.

—Lo sé —dice Sarah, rozando con su pulgar el dorso de mi mano—. Pero creo que si se lo pides, será amable con tu corazón.

Asiento con la cabeza, inhalando profundamente.

—También creo que ya no eres esa chica que da todo en bandeja de plata. Has superado esa versión de ti misma. Y creo que imbéciles

como Jack tomarían a alguien tan amable como tú y tratarían de convertirlo en algo feo. Eso es lo que hace la gente como él. No es culpa tuya que intentaras ver lo mejor de él. O que no quisieras estar sola. Tienes que perdonarte por eso.

Pongo los ojos en blanco y siento que se me escapa una lágrima.

—Mierda —gimo, medio riendo.

—¿Demasiado? —pregunta Sarah, riéndose suavemente de mí.

Sacudo la cabeza, me levanto del sofá y le rodeo los hombros con los brazos.

—Te quiero —le digo.

—Te quiero —me repite—. Y eso nunca va a cambiar.

Cuando vuelvo a sentarme, ninguna de las dos se mueve ni habla. Dejamos que el momento se prolongue, con sonrisas alentadoras que se reflejan la una en la otra.

—Voy a intentarlo —digo, sorbiéndome los mocos—. No estoy segura de cuándo, porque hacerlo sobria será un reto y medio. Pero voy a decirle lo que siento. En algún momento. Pronto, si puedo.

—Y yo estaré ahí para decirte que te lo dije cuando ese hombre intente dejarte preñada otra vez.

Pongo los ojos en blanco, pero no puedo evitar sonreír, mientras imagino lo que podría ser. El mejor de los casos, por una vez.

La versión de la vida en la que Bo y yo caminamos de la mano hacia algo nuevo para los dos. Lentos, seguros y delicados el uno con el otro. En la que tal vez haríamos esto a propósito. Tal vez unas cuantas veces, si somos buenos como padres.

Y puedo verlo, claro como cualquier recuerdo. Construiremos una casa en el árbol para nuestro bebé en primavera y beberemos vino en las tranquilas tardes de verano en el porche trasero. Nuestros miembros estarán entrelazados mientras nos sentamos en un banco columpio, viéndole jugar. Una vida en la que haríamos el amor tantas veces como nos encontráramos, con dientes, fuerza y pasión. Años y

años aún conociéndonos, desaprendiendo y reaprendiendo el uno del otro con el paso de las décadas. Descubriendo las intrincadas capas y los puntos más profundos hasta encontrar cada rincón oscuro. El desorden, el caos y la belleza de una vida bien vivida, una vida compartida.

Me gustaría mucho.

Tanto que me asusta aún más.

Pero no lo suficiente como para no intentarlo.

—¿Tal vez podrías decirle a Bo cómo te sientes en su cumpleaños? Átate un lazo alrededor de las tetas y deja que te desenvuelva. Debes estar muriéndote por empañar esas gafas suyas. —«Y ha vuelto».

—De hecho, necesito tu ayuda con eso. —Sarah se queda boquiabierta—. No —digo bruscamente, silenciándola—. Eso no. Para una fiesta. Voy a pedirle al padre de Bo que lo mantenga ocupado durante el día para que yo pueda organizarla y traer a algunos amigos de Bo. Se merece algo para celebrarlo. ¿Me ayudarás?

—¡Obviamente! Bo es uno de nosotros ahora. No me pueden atrapar holgazaneando en un cumpleaños.

Le sonrío antes de mirar distraídamente alrededor de la habitación y luego hacia la puerta con una inhalación tranquilizadora.

—¿Deberíamos volver ahí fuera?

—No, que nos echen de menos. —Sonríe con picardía—. Oh, me olvidé en todo el caos… ¿Quieres tomar un baño mientras estás aquí? He traído tus cosas favoritas, por si acaso.

—Podría besarte ahora mismo —le digo, acercándome para acariciarle suavemente la mejilla.

—Tomaré eso como un sí —dice, empujando sus rodillas para ponerse de pie—. Y deja los besos para Bo. —Se ríe, caminando hacia la puerta.

HANNAH BONAM-YOUNG

Capítulo 26

Veinte semanas de embarazo. El bebé tiene el tamaño de un plátano.

Estoy congelada en el escalón de la entrada. Llevo aquí tanto tiempo que una niña en bicicleta ha pasado dos veces por detrás de mí.

Es un mes de marzo engañosamente agradable, una primavera tonta, por así decirlo. Los canadienses se desharán de las pesadas chaquetas y botas de invierno e inevitablemente caerán en una profunda y oscura depresión cuando la nieve vuelva algún día de la semana que viene. Todos los años nos sorprende algo así, como si la memoria colectiva desarrollara amnesia. Pero eso es lo que me gusta de los humanos. Lo voluntariamente ciegos que podemos ser ante las sombrías realidades que nos aguardan.

En realidad, no estaremos a salvo hasta abril. O tal vez incluso hasta después de mi cumpleaños, en mayo.

Aun así, al menos no estoy literalmente congelada en la entrada temiendo conocer al padre de Bo.

Mientras yo trabajaba, Bo recogió a su padre en el aeropuerto. Se queda con nosotros cuatro días antes de volver a Francia, tiempo suficiente para ver a su hijo celebrar su cumpleaños número treinta. La noche que nos conocimos, llamó a su padre, Robert, su mejor amigo. También es su único familiar vivo. Así que tenía cero presiones para impresionar al hombre. No, ninguna en absoluto.

«Te va a querer».

Maldita sea, eso esperaba.

Cuando la niña en bicicleta pasa por tercera vez, mirándome con desconfianza, decido que ya es suficiente.

—¿Hola? —grito, entrando en la entrada principal.

Oigo música procedente del comedor y el remolino eléctrico de algún tipo de máquina en la cocina. Una batidora, creo. ¿Tenemos una de esas? Dios, debería ofrecerme a cocinar alguna vez.

Me quito la chaqueta y los zapatos y sigo las risas que vienen de la cocina.

—Hola, soy yo.

Doblo la esquina. En la cocina está el hombre más guapo que he visto nunca… y su hijo.

«Santa madre de…». No, en realidad. «Santo padre de Bo».

—¡Hola! —dice Bo, rodeando el mostrador para ponerse a mi lado, sonriendo alegremente como siempre—. Win, este es mi padre, Robert. Papá, esta es Win. —Bo pronuncia Robert con acento francés y casi me desmayo. No hay suficiente oxígeno en esta habitación. Debería haberme preparado. Debería haber pedido fotos familiares.

—Encantado de conocerte, Winnifred —dice Robert con acento marcado, levantando las manos cubiertas de harina y masa—. Te daría la mano, pero he estado amasando pan.

—Papá fue a hacerse un sándwich y vio que nos habíamos quedado sin pan —dice Bo, inclinándose para hablarme al oído—. Me ofrecí a ir a la tienda.

Robert tiene todas las similitudes de Bo en cuanto a altura, encanto natural y complejión, pero su pelo y barba están salpicados de negro y gris y recortados más cortos. También tienen ojos diferentes en forma y color: los grandes ojos color avellana de Bo son más pequeños que los marrones profundos de Robert. Las profundas líneas y pliegues alrededor de los labios y los ojos de Robert hablan de un hombre, como su hijo, al que le encanta reír. Si esto es un

adelanto del aspecto que tendrá Bo dentro de unos treinta años, entonces será mejor que me ponga a trabajar en mantener el mío.

Lástima que Bo no tenga acento.

Aunque… me pregunto si hablaría francés en la cama si se lo pidiera amablemente.

«Dios mío, Win. ¡Concéntrate! ¡Es tu turno de hablar!»

—Yo también me alegro de conocerte —chillo, tragando saliva—. Bo me ha contado tantas cosas maravillosas. Y por favor, llámame Win o Fred.

No echo de menos la sonrisa torcida de Bo cuando le ofrezco a su padre el apodo que, hasta hace muy poco, no me gustaba. Tampoco echo de menos el cálido afecto de los ojos de Robert cuando se posan en mi estómago.

Robert toma la bola de masa, pasándosela de un lado a otro entre las manos, una ceja arqueada hacia su hijo, la misma sonrisa ladeada bajo el bigote que conozco bien.

—También habla muy, muy bien de ti…

Bo se aclara la garganta.

—¿Qué tal el trabajo? —pregunta, caminando detrás de mí hacia el comedor.

Asomo la cabeza por la esquina para ver cómo aparta la silla del escritorio y me la acerca.

—Bien —contesto mientras me hace un gesto para que me siente. Los pies me estaban matando, pero esto podría ser un poco exagerado—. Ha vuelto el chico de la comida para llevar —digo, cediendo y sentándome.

—¡Es la tercera vez esta semana! —señala emocionado.

Robert nos mira sin comprender.

—Hay un hombre que entra en la cafetería y pide todo para llevar, pero siempre se queda horas y horas trabajando.

En cuanto lo digo en voz alta, me doy cuenta de lo mundana que es esa historia. Cuando se lo conté, Bo la tomó y la desarrolló. Creamos toda una historia para el desconocido. Dijo que estaba enamorado en secreto de otra de nuestras clientas y que estaba esperando el momento oportuno, y yo estuve de acuerdo.

Un poco cerca a la realidad, de hecho, ahora que lo pienso.

Pero a pesar de todo, Bo es bueno en eso. Tomar algo pequeño y hacerlo sentir grande e importante. Igual que ha hecho con cada paso del embarazo. Cada respuesta a nuestras preguntas nocturnas. Todo es digno de celebración para Bo. Vale la pena emocionarse.

—Pero sí, buen día. —Me giro para mirar a Robert—. ¿Qué tal tu vuelo?

Asiente varias veces, cubriendo un cuenco de cristal con un paño de cocina.

—Bien, bien, bien. La comida en el avión era terrible, pero fue un viaje tranquilo.

—Ya veo de dónde saca Bo sus habilidades culinarias. —Señalo el cuenco.

Robert sonríe orgulloso, con la cara apuntando a sus pies.

—Ah, bueno.

—Yo no soy ni la mitad de bueno —dice Bo, echándose una chocolatina a la boca, acunando el tarro de la despensa contra su pecho.

—No lo sé. Sigo pensando en la sopa que hiciste el primer día.

—¿La de calabaza? —pregunta, y yo asiento con la cabeza—. ¿Por qué no lo dijiste? La habría vuelto a hacer.

—Oh, bueno… ya cocinas para mí todos los días. No voy a empezar a hacer peticiones.

—La haré esta semana.

Lanza otra chocolatina al aire y la atrapa entre los dientes. Le aplaudo mientras me devuelve la reverencia con la mano agarrada al tarro.

Robert se ríe en voz baja y mira rápidamente entre nosotros. Me doy cuenta inmediatamente de que probablemente he interrumpido su tiempo juntos y de que debería desaparecer.

—Les dejaré un poco de espacio.

Me aparto de los reposabrazos de la silla para ponerme de pie.

—No —niega Robert, deteniéndome, con las cejas juntas en evidente ofensa—. No, no, no. Siéntate, por favor. Por favor —repite, abriendo la nevera—. Esto es lo que hacemos Robbie y yo. Hablamos y cocinamos. Debes quedarte y proporcionarnos algo de material fresco —dice, sacando el cartón de huevos y la leche—. ¿Qué te parece quiche?

Me acomodo en la silla. La mano de Bo se posa en mi hombro y me da unas suaves palmaditas antes de acercarse a un armario, sacar una tabla de cortar, colocarla en la encimera junto a su padre y tirar su tarro de chispas de chocolate.

—Quiche suena delicioso —digo, sonriendo a los dos hombres y cruzando las piernas debajo de mí para acomodarme contra la silla.

La quiche estaba deliciosa. Comí tres porciones, y podría haber comido más si mi estómago me lo hubiera permitido. Tardamos una hora en prepararla después de que Bo convenciera a su padre de que usara la masa que teníamos en el congelador en lugar de hacerla desde cero. Todo el tiempo, tuve un asiento de primera fila a la dinámica de su familia.

Son sorprendentemente cariñosos para ser padre e hijo. Muchas manos sobre los hombros al pasar el uno junto al otro, algunas

palmadas rápidas de la mano de Robert contra la mejilla de Bo para animarlo o burlarse de él en igual medida.

Robert es menos tímido que Bo. Tiene una voz fuerte y profunda y no tiene miedo de hablar con las manos, o incluso con todo el cuerpo. Pero aun así, tiene una presencia gentil, al igual que Bo. La forma en que interactúan me emociona aún más por tener un hijo para agregar a su dinámica. Sería muy divertido añadir un tercer personaje a su rutina

Después de cenar, los hombres eligen juntos un disco y empiezan a limpiar, insistiendo en que descanse un poco más. Agarro un bote de esmalte de uñas de mi habitación y me acomodo en el suelo frente a la mesa de centro mientras suena Edith Piaf en la habitación contigua.

Robert se une a mí poco después, expulsado de la cocina por su hijo, haciendo equilibrios con una copa de vino mientras entra bailando en la habitación, su cuerpo caminando al compás de la dramática cantante francesa.

—Era la favorita de mi mujer —dice señalando la otra habitación—. Así supe que Joanna era la elegida. Tiene un gusto excelente. En los hombres también, obviamente —dice Robert, con el eco de su voz en la copa de vino en la que habla.

Me río, doblando un trozo de toalla de papel para poner la mano encima.

—Bo me contó que Joanna y tú se enamoraron muy rápido. Diez días, ¿verdad?

—Sí. Diez días es todo lo que tardamos en pasar de desconocidos a casados. —Toma un largo sorbo, sus ojos fijos en los míos y burlones como los de su hijo—. Parece que los dos llevan un ritmo más lento.

Me muerdo el labio y vuelvo a mirar el esmalte de uñas que tengo sobre la mesa, abriéndolo.

—Sí, ignora los comentarios tontos del viejo. Muy sabio.

Sonrío, sacudiendo la cabeza mientras sumerjo el aplicador en el esmalte malva y lo aprieto entre el pulgar y el lateral de la palma de la mano derecha.

—¿Eso fue por un accidente? ¿O una enfermedad como la de Bo? —pregunta señalando mi mano derecha.

—Oh, no. De nacimiento.

—Es curioso. Bo no lo mencionó. Aunque habla mucho de ti.

Levanto una ceja, negando con la cabeza ante su descaro.

—Seguro que habría salido el tema. —Pero me encanta que no haya sido así.

—*Dieu, j'adore cette chanson!* —exclama Robert, saltando de su asiento—. *¡Monte le son, mon fils!*

Dejé el francés después del décimo grado, pero estoy bastante segura de que Robert solo dijo que le encantaba la canción y le pidió a Bo que subiera el volumen. O que le encantan los gatos y le pidió a Bo un trozo de pastel. Una de esas dos cosas. Basándome en el hecho de que el mencionado aparece de la cocina y sube el volumen, creo que acerté a la primera.

Bo se echa un paño de cocina al hombro antes de apoyarse en el arco que da a la cocina, sonriendo al ver a Robert actuar con gusto.

Robert se acerca a Bo y le rodea el hombro con la mano mientras la canción se acerca al estribillo. Entonces ambos cantan, o más bien gritan, el estribillo juntos. Robert se las arregla para no derramar el vino mientras agita los brazos en el aire por encima de la cabeza, utilizando todo el cuerpo como instrumento.

Me río, moviendo la cabeza al ritmo de la música, mientras empiezan a hacer una especie de rutina terrible de can-can codo con codo.

—Debes imaginarlo con las cuatro piernas, ¿ves? —me grita Robert por encima de la canción—. Y también las plumas y las joyas y lo que sea —añade señalando su torso.

Bo le da una fuerte patada con su pie protésico, y Robert mira boquiabierto a su hijo, haciendo una mueca de dolor mientras se ríe.

—Parece que patea bien.

Bo, se encoge de hombros volviendo a la cocina mientras sonríe para sí mismo.

Cierro la tapa del esmalte y empiezo a soplarme las uñas. Robert se queda junto al tocadiscos, recorriendo con un dedo la colección de su mujer, sacando y examinándolos a medida que algunos avanzan.

Cuando termina la música, Robert y Bo se reúnen conmigo en el salón. Después de algunas anécdotas sobre la banda de jazz con la que toca en París y un puñado de comentarios sugerentes sobre la relación entre Bo y yo —o la falta de ella—, Robert se va a la cama. Afirma que ya ha evadido el *jetlag* lo suficiente.

En ese preciso momento, veo la almohada y las mantas extra colocadas en el sillón de la esquina y me doy cuenta de que Robert tiene la habitación de Bo para los próximos días. Hasta ahora, no había pensado en cómo dormiríamos durante la visita, pero Bo no puede estar en el sofá. No cabe.

—No estarás considerando seriamente dormir en el sofá, ¿verdad?

—No actúes como si no hubieras descubierto los poderes mágicos de dormir en este sofá.

—Para una siesta, tal vez, pero no es lo suficientemente grande para que duermas. Te estropearás la espalda.

—Me encontré deseando poder separar las dos mitades inferiores de mis piernas. —Se ríe y se lleva el vaso de agua a los labios.

—En serio, sin embargo, serás miserable.

—Iré a la tienda después de nuestra cita de mañana y compraré un colchón inflable.

—Puedo quedarme en el sofá esta noche

—¿Qué? De ninguna manera

Pongo los ojos en blanco ante su rechazo inmediato

—¿Por qué no?

—No sé —dice, cargado de sarcasmo—. Tal vez porque no voy a hacer que mi embarazada… —Se detiene, se tensa luego con un rápido movimiento de cabeza, continúa. Toda la serie de movimientos duró menos de un segundo, pero me di cuenta de todo con agonizante detalle. ¿Qué iba a decir? ¿Mi qué?—. No voy a obligar a una embarazada a dormir en el sofá —dice con firmeza.

«Vamos, Win». Tres segundos de valentía. Una oferta lo suficientemente inocente. Puedes hacerlo.

—Bueno, podríamos compartir mi cama… —digo, forzando la voz para sonar indiferente. Pero entonces Bo me estudia con demasiada atención. Sus cejas se fruncen y su cabeza se inclina. Y me siento a mí misma luchando por no retractarme o lanzar una exagerada negación.

—Podríamos —dice Bo, asintiendo, con los ojos todavía entrecerrados en mí—. ¿Estás segura? ¿No te importaría?

Creo que puedo encontrar la bondad en mi corazón para compartir una cama contigo, seguro.

—Sí, ¿por qué no?

—¿Totalmente segura?

—Sí.

Me aclaro la garganta.

—Al menos hasta mañana, cuando vaya a la tienda.

Me encojo de hombros.

—Me parece bien… Voy a darme una ducha antes de acostarme. Um… siéntete libre de colocar tus cosas en mi habitación. Dormiré arropada contra la pared, me gusta más así. —Tengo que evitar conscientemente que mis pies corran hacia el baño al estilo Correcaminos una vez que he terminado de hablar.

Capítulo 27

Me cepillo los dientes dos veces y hago una rutina de cuidado de la piel mucho más larga de lo que suelo hacer para conseguir algo más de tiempo para calmarme. Lo único que me saca del baño es la preocupación de pensar que cuanto más tiempo pase aquí después de ducharme, más posibilidades hay de que Bo piense que estoy evitando compartir la cama con él.

Que lo hago, pero no por las razones que él pueda pensar.

Llamo a la puerta de mi habitación tímidamente, incluso después de correr por el pasillo sin más ropa que una toalla.

Oigo un «ajá» murmurado al otro lado de la puerta, así que entro, haciendo acopio de toda la confianza que puedo.

Mi habitación está iluminada débilmente por la lámpara en la mesita de noche, lo que le da a la habitación un suave resplandor. Bo está tumbado en la cama junto a la mesilla, descansando sobre su edredón gris pálido. Con una mano sujeta su libro de sudokus y con la otra se rasca el pelo por encima de la oreja. Tiene un lápiz entre los dientes, lo que hace que sus labios formen una línea recta y fina. Lleva una camiseta morada oscura, pantalones cortos de baloncesto negros y sus gafas. Mierda, esas gafas. Me doy cuenta de que su prótesis está apoyada en la pared, junto a mi cómoda y el montón de ropa que olvidé recoger esta tarde.

Espero que no me juzgara demasiado duramente por ello.

—¿Qué pasa? —dice, con voz exagerada mientras se saca el lápiz de la boca, anota algo y vuelve a colocarlo entre los dientes. Aún no ha levantado la vista para saludarme, y sonrío para mis adentros,

viéndolo en mi habitación tan a gusto. Como si para él fuera totalmente natural estar aquí.

Pero disfruto de lo que ocurre en el momento en que levanta la vista para verme, probablemente preguntándose por qué estoy tan callada mientras me escabullo en la habitación. A Bo se le cae el lápiz de la boca y cae al suelo con estrépito mientras se queda boquiabierto y sus ojos prácticamente se agrandan. Temblando, cierra los labios con fuerza, incapaz de mantener los ojos quietos, alternando entre la toalla que envuelve mi cuerpo y la que tengo sobre la cabeza.

—¿Necesitas que…?

Señala la puerta, mirando vagamente por encima de mi hombro, como si estuviera en una especie de disociación autoimpuesta.

—No, estás bien —digo, enderezando los hombros—. Solo, eh, cierra los ojos un segundo. —Cuando lo hace, dejo caer la toalla y saco el único pijama remotamente sexi que tengo. No es más que un slip negro, pero es lo más parecido a lencería que hay en un cajón ocupado por camisetas rotas y shorts de ciclista.

No es que crea que pueda pasar algo si me pongo este «camisón». Sin una conversación previa, dudo mucho que él haga algún movimiento después de establecer y respetar límites claros. Y desde luego yo no voy a hacerlo. Ya estoy usando todo mi coraje solo para compartir una habitación con él. Es más bien un pequeño recordatorio…

«Oye, tengo un cuerpo. Te gusta, ¿verdad?».

Cuando me vuelvo, los ojos de Bo están cerrados con fuerza y está apuñalando repetidamente su frente con la goma del lápiz que recogió del suelo.

«Sí que le gusta».

—Todo despejado.

Aprieto los labios para no reírme de su expresión torturada en cuanto abre los ojos y se fija en el camisón. La expresión de su cara, antes de que la corrija, es el recuerdo más pequeño y maravilloso del

deseo que sentí hace tantos meses. Lo único que puedo hacer es esperar que desee mi corazón tanto como parece desear mi cuerpo.

Bo se aclara la garganta y vuelve a centrar su atención en el libro que tiene en la mano, golpeando la esquina con el lápiz a un ritmo rápido e inestable.

Intento meterme en la cama con la mayor delicadeza posible, trepando por el somier y subiendo hacia la almohada. Me tumbo sobre el lado izquierdo, mirando a Bo, apoyada en el ridículo número de almohadas sobre las que duermo ahora para evitar los ardores de estómago nocturnos.

Tirando del edredón sobre mi mitad inferior, estiro el cuello para ver su rompecabezas.

—Cuatro… —Señalo un lugar vacío—. ¿Verdad?

—Ah, sí —dice Bo distraídamente—. Gracias —añade, rellenando el cuadrado.

Cuando me alejo, sus ojos me siguen, bajando para admirar el hueco entre mis pechos. Se muerde el labio y se sube al colchón, sentándose más recto contra el cabecero.

—¿Te molesta la luz? —pregunta con la voz un poco ronca—. Puedo apagarla.

—Todo bien —digo, sacando mi teléfono.

—Ya casi termino.

No es hasta que me sorprendo bostezando por tercera vez que decido levantar la vista del teléfono. El libro de sudokus de Bo está cerrado en su regazo, y él lleva una sonrisa tranquila y perezosa mientras mira mi teléfono.

He estado mirando artículos para bebés en Internet, recopilando una lista que Sarah insistió en que tenía que hacer para una especie de lista de regalos. La verdad es que me daba pavor, pero me he dejado llevar por la idea en cuanto me he dado cuenta de lo real que resultaba. Mirar todas las cosas que podrían vestir, sostener o

envolver a nuestro bebé. Se convirtió en algo más relacionado con August y menos conmigo.

—Lo siento. Desaparecí en mi propio mundo. ¿Estás listo para ir a la cama? —pregunto.

—Son preciosos —dice, señalando el par de zapatitos de crochet. Estaba pensando si podría hacerlos yo misma antes de acordarme de la manta que tengo que hacer.

—¿Verde oliva o salvia? No me decido.

—Oliva, creo.

Los añado a la lista.

—Te envié un enlace para que puedas añadir cosas aquí también. No tienes que hacerlo, pero…

—¿Cómo hacemos para no comprar todo esto? —pregunta Bo, arrancándome el teléfono de la mano—. ¡Mira ese oso! Gus necesita ese oso. —Toca «añadir a la lista de deseos».

—¡Oh, espera! Tengo que enseñarte lo que he encontrado…

Tomando de nuevo el teléfono y desplazándome por la lista antes de girarlo de nuevo hacia él.

—El ABC de D&D —lee, su sonrisa crece—. ¿Ya has añadido esto?

—*Obviamente*.

Me mira, sus ojos brillan incluso en la penumbra de la habitación.

—Gracias.

Cierro mi teléfono y se lo tiendo.

—¿Podrías conectarlo por mí?

—Claro —dice, haciéndolo.

Me siento, arreglo mis almohadas y me giro para mirar hacia la pared, acurrucándome alrededor de la almohada corporal presionada contra ella.

Tal vez el cuerpo de Bo instintivamente encuentre el mío en medio de la noche. Un cuerpo buscando calor en otro. O tendré el valor de empujar mi trasero contra su regazo y llamarlo accidente. Somos buenos en eso.

Bo apaga la lámpara, se tumba en el colchón y se arropa bajo la manta que ha traído. La habitación se queda en un silencio sordo. No hay grillos fuera ni tráfico cercano. Solo el sonido de las cabezas que caen sobre las almohadas rellenas de plumas y las mantas que se mueven mientras ambos nos acomodamos en la cama.

—Oye… —susurra Bo en la habitación a oscuras—. No hicimos una pregunta hoy.

Me doy la vuelta y me meto una mano bajo la mejilla. Mis ojos se adaptan a la oscuridad lo suficiente como para ver que nuestras caras están alineadas. El pelo desaliñado de Bo y su expresión suave y soñolienta me devuelven la mirada.

—No, supongo que no —le susurro—. ¿Tienes una?

—Ya se me ocurrirá algo. —Mueve una mano bajo la almohada, apoyándose ligeramente mientras bosteza—. Es curioso que no hayamos hecho esto, ¿verdad? ¿Dormir uno al lado del otro? Vamos a tener un bebé y vivimos juntos, pero ni siquiera sé si roncas.

—Yo no ronco. —«Y tampoco describiría esta situación como divertida».

—O puede que hables dormida.

—¿Tú sí? —pregunto, mirando entre nuestros cuerpos, la delgada cantidad de espacio y ropa de cama que nos separa.

—Supongo que tendrás que averiguarlo —se burla—. ¿Cómo te sientes? ¿Sobre mañana?

—¿La ecografía? —aclaro. Asiente—. Principalmente emocionada, pero un poco nerviosa de que algo pueda estar mal, como siempre. ¿Y tú?

—Yo también. —Suelta un profundo y lastimero suspiro—. Seguro que todo estará bien, pero.

En ese momento, siento un aleteo en el abdomen. Un poco como cuando mi estómago me indica que tiene hambre, pero menos como un estruendo y más como un tipo más débil de espasmo muscular. Vuelve a ocurrir cuando bajo la mano para palpar. Hasta la tercera vez no me doy cuenta de que no es mi cuerpo.

—Creo… creo que quizá el bebé ha dado una patada.

—Espera, ¿en serio? —Bo habla como si susurrara, pero lo hace muy alto.

Contengo una sonrisa vergonzosamente grande.

—Sí, creo que sí. Pero no estoy segura. —Ruedo sobre mi espalda, colocando ambas manos a ambos lados de mi vientre.

«Hazlo otra vez», digo a través de ese canal que no puedo nombrar dentro de mí y que se siente conectado al bebé, como dos latas en cada extremo de una cuerda. Cuando vuelve a ocurrir, jadeo.

—Sí, definitivamente está dando patadas.

—¿Duele?

—No, en absoluto. Es como… burbujas estallando bajo mi piel. —Presiono mi mano en otro punto, siguiendo la sensación mientras se mueve—. ¿Quieres sentir? —pregunto.

—¿Puedo? —Inmediatamente se sienta, con las mantas tiradas. Le quito la mano del aire y la bajo para sentirla. La mano de Bo es cálida y pesada contra mí. Y dolorosamente agradable. Su cara parece cautelosa, como si intentara no asustar al bebé moviéndose o hablando. En sus rasgos se dibuja una emoción anticipatoria, con los ojos muy abiertos, que hace que mi corazón desee que vuelva a ocurrir.

Tras un minuto de espera en silencio, retiro mi mano de la suya, pero él no me sigue.

—Creo que tal vez ha terminado por ahora. Lo siento.

—¿Un minuto más? —pregunta, su voz terriblemente pequeña—. Por si acaso…

Y su desesperación hace algo en mi corazón. Una pequeña torcedura, como escurrir un paño mojado. Lo amo tanto que es realmente doloroso. Como si cada vez que me resisto a decirle lo que siento cuando la verdad hierve tan cerca de la superficie, una pequeña parte de mí se marchita y muere.

—Por supuesto —digo en voz baja.

Unos instantes después, August decide dar la actuación de su vida pateando mucho más fuerte que antes, justo bajo la palma de la mano de Bo.

Y decido encargar el oso de peluche mañana a primera hora.

—¿Era eso? —pregunta, mirando entre su mano y yo.

—Eso fue todo —digo alegremente.

—Santo cielo… ¡Hola! ¡Hola, ahí! —me grita al estómago. Lo silencio, soltando una risa—. Perdona, perdona. —Se echa hacia atrás, riendo mientras se pasa ambas manos por el pelo—. Eso fue increíble. No puedo creerlo

—Hay toda una persona ahí dentro.

—Olvidé un poco lo asombroso que es todo esto. Lo que está haciendo tu cuerpo. Lo que estás haciendo tú. Es asombroso…

—¿Sabes lo que descubrí el otro día? —pregunto, poniéndome de lado para mirarlo mientras él hace lo mismo—. Si el bebé tiene ovarios, eso significa que estoy cargando a todos sus futuros hijos también. Sería como una muñeca rusa de personas en este momento

—Nunca se me había ocurrido —dice, asombrado—. Hemos creado toda una nueva línea de personas, potencialmente. Un árbol genealógico. Podríamos tener descendientes.

Me río, metiendo las manos entre las almohadas.

—¿Ves lo que te estarías perdiendo si estuvieras ahí fuera en el sofá? Pataditas de bebé, datos curiosos…

—Lo hago —responde, su voz mucho más seria de lo que era mi pequeña broma—. No lo doy por sentado, Win. Me siento muy honrado de poder hacer esto contigo.

—¿Qué, dormir en mi cama? —bromeo, sintiéndome terriblemente tímida.

Puedo escuchar sus ojos rodar.

—No —me dice—. Estar aquí contigo. No tener que perderme nada de esto. No tenías que contarme lo del bebé, y mucho menos cambiar de vida para venirte a vivir aquí. Te agradezco que lo hicieras. Siempre estaré agradecido de que lo hicieras.

—Estoy agradecida de haberlo hecho también… y por ti.

—Tu amistad significa mucho para mí, Win —exhala—. Tú significas mucho para mí.

Aprieto los ojos. «Ahora. Sé valiente. Dile lo que sientes».

—Yo…

—Esa es la pregunta que iba a hacer esta noche —interrumpe Bo—. ¿Quién en este mundo te importa más?

—Tú —respondo simplemente, rogándole que me escuche. Lo que he dicho y todo lo que significa.

—Tú —repite—. Para mí también eres tú. Con un segundo muy cercano —dice, sus ojos en mi vientre.

Quiero ser más valiente de lo que soy. Quiero preguntar qué significa eso para él. Qué significa para nosotros. Si siente este anhelo entre nosotros tan profundo en su interior, tan pleno y abundante, que también ha empezado a creer que, después de todo, tenemos alma.

Simplemente porque algo dentro de mí es suyo. Algo que sé que me seguiría en la próxima vida, o más allá, incluso si dejara atrás este cuerpo.

Pero no lo hago. Porque mi corazón acaba de despegar como si tuviera alas con su pequeña confesión solamente, y preferiría no arriesgarme a derribarlo.

Por esta noche, saber que le importo es suficiente. Bueno, casi suficiente.

Me acerco arrastrando los pies, alineando mi rodilla doblada con su muslo y mirándolo con silencioso permiso. Bo se mueve también, hasta que nuestros pechos se tocan a través de las mantas. Me bajo el edredón hasta las caderas y Bo levanta la esquina de su manta como si fuera un ala, envolviéndome en ella con el brazo a la espalda.

El calor de su cuerpo irradia a través del algodón de su camiseta y la seda de mi camisón. Me acurruco contra él hasta que mi frente se apoya en su almohada, a escasos centímetros de nuestras narices. Inhalo profundamente su aroma, la canela y el almizcle mezclados con el olor a limpio de su camiseta. Vuelvo a hacerlo descaradamente, respirándolo como otra dosis de algo mucho mejor que el oxígeno.

Su brazo se enrosca alrededor de mi espalda, su codo en mi cintura y su mano entre mis omóplatos. Las puntas de sus dedos se hunden en mi piel con un toque delicado pero calloso, mientras su palma está principalmente presionada contra la seda entre mis omóplatos

—¿Está bien así? —pregunta, con voz apenas audible.

Murmuro un acuerdo somnoliento y silencioso en lugar de la palabra «perfecto».

Y así me abraza.

Su pulgar se mueve en círculos lentos, como si no tuviera prisa. Como si no esperara nada más.

Sin palabras que decir. Sin promesas que hacer.

Y lo dejo estar.

Me permito sentirme satisfecha. Me permito sentirme menos sola. Me permito sentirme segura. Porque lo estoy.

—Te amo —le susurro cuando estoy segura de que está dormido, con su respiración fuerte y carrasposa.

Y me siento más ligera mientras me duermo.

Capítulo 28

Me desperté sola, sin ninguna prueba de la noche anterior más que las gafas de Bo en la mesilla de noche y su prótesis aún apoyada contra la pared.

«Volverá por ellas», pienso. Me estiro, bostezo y vuelvo a cerrar los ojos.

Pero no permanecen cerrados mucho tiempo. Me despierto con el ruido de ollas y sartenes al final del pasillo, alertando al resto de mis sentidos de la luz que entra por la ventana y el olor a vainilla que recorre la casa.

El débil sonido del agua corriendo también me indica que hay alguien en la ducha. Contemplo cuál de los hombres Durand podría estar duchándose y cuál podría estar cocinando y decido que lo más probable es que sea Bo el que está en la ducha, con todo lo que ha dejado.

Me acurruco de nuevo contra la almohada, envuelta en mi cálido capullo, y decido esperar a que Bo regrese antes de ir a saludar a su padre. Pero cuando pasan unos minutos, mi estómago y mi curiosidad se imponen a mi comodidad.

Me pongo unos pantalones deportivos y una sudadera antes de dirigirme hacia la cocina, donde encuentro a Bo vertiendo masa en la máquina de hacer waffles.

—Buenos días —digo frotándome los ojos—. Pensé que estabas en la ducha.

Bo se agarra al mostrador, estabilizándose.

—Buenos días —dice, cerrando la máquina de hacer waffles con la lengua asomando en concentración —. Quería levantarme antes que papá para evitar cualquier tipo de… preguntas. —Hace un gesto hacia mi habitación con la barbilla ladeada, esbozando una tímida sonrisa—. No es sutil, como habrás notado.

—Entendido.

—¡*Bonjour*! —dice Robert, caminando por la cocina con un conjunto negro, pasándose una toalla por el pelo mientras va al salón.

—*Bonjour* —digo, sonriendo a Bo tímidamente, como si tuviéramos un secreto mucho más interesante que haber pasado la noche abrazados.

Corto algo de fruta mientras Bo termina los waffles y prepara una cafetera. Desayunamos todos juntos en el sofá mientras Robert sigue regañando a Bo por su falta de mesa de comedor. Bo insiste en que no hay espacio suficiente entre su tocadiscos y su escritorio.

Discuten de un lado a otro mientras trago bocado tras bocado del delicioso desayuno, y solo intervengo de vez en cuando para dar la razón a Robert, con la esperanza de ganarme su favor.

Después, nos preparamos para salir de casa. Luego, a petición suya, dejamos a Robert en el mercado de agricultores local antes de que Bo y yo nos dirijamos al hospital para que nos hagan la ecografía.

Bo mantiene abiertas todas las puertas entre el estacionamiento y la clínica. Si fingiera estar nerviosa, ¿también me tomaría de la mano?

No es que tuviera que fingir.

—¿Estás bien? —pregunta abriendo la puerta de la clínica.

—Sí —respondo por reflejo, desaprovechando mi oportunidad. Entramos y nos acercamos a la recepcionista tras una mampara de cristal.

—Ecografía para dos, por favor —le digo, deslizando mis papeles por la estrecha ranura. Parpadea y su expresión inexpresiva dice mucho mientras suspira por la nariz—. Es justo —murmuro, sacando

mi carné de identidad—. Vengo a hacerme la ecografía de las veinte semanas —señalo, colocando abajo el carné.

Lo toma y empieza a teclear en silencio.

—Audiencia dura —me susurra Bo al oído—. Los atraparás la próxima vez. —Asiente sarcásticamente, dándome un pulgar hacia arriba.

Lo golpeo con el dorso de la mano.

—La sala de espera es la tercera puerta a la izquierda. Alguien vendrá a buscarte desde allí. Entrarás tú sola y luego llevarán a tu marido cuando terminen con las mediciones.

—Gracias —digo, tomando de nuevo mi carné.

Me giro sobre mi hombro y veo a Bo sonriendo ampliamente.

—Después de ti, esposa. —Extiende el brazo hacia la sala de espera.

Pongo los ojos en blanco y me adelanto.

Nos sentamos en los dos últimos asientos contiguos en una sala abarrotada. Bo juega al escondite con una niña que está en la silla de enfrente. Su madre se lo agradece con ojos curiosos y demasiado agradecidos.

En un intento de frustrarla, pongo la mano en el brazo de Bo, inclinándome para hablarle. Excepto que lo hice sin pensar antes en algo que decir, y ahora él se queda quieto, esperando a que hable con la cabeza inclinada hacia mí.

—Estoy nerviosa —digo. En parte porque es verdad, y también porque no soy muy rápida.

—¿Qué puedo hacer? —pregunta—. ¿Jugar al escondite?

Sonrío, negando con la cabeza.

—Cuéntame algo. Una historia sobre ti. Una que me distraiga.

Asiente, cruzando una pierna sobre la otra.

—Bien… —dice, inclinándose hacia mí—. ¿Quieres que te cuente mi primer beso?

—¿Fue embarazoso?

—Un poco.

—Entonces sí, definitivamente.

Se ríe y se lame los labios antes de hablar.

—Tenía dieciséis años y era el único de mis amigos que aún no había dado su primer beso. No se me ocurrió mentir al respecto, pero en retrospectiva debería haberlo hecho, porque se burlaban de mí sin descanso. De todos modos, a los pocos meses de empezar el undécimo curso, hubo una recaudación de fondos en la que todos los juniors y seniors durmieron en la escuela durante la noche.

Resoplo. «¿Quién podría pensar que es una buena idea?».

—Lo sé —dice Bo—, ¿quién podría haber pensado que era una buena idea?

«Oye, eso es lo que dije».

—Así que estaba en la recaudación de fondos, solo en la sala de la banda, porque todos mis amigos estaban borrachos y deambulando por otros sitios, y no sabía qué más hacer. Al final, empecé a tocar los instrumentos. Esperaba que pasara por allí una joven agradable y se dejara arrullar por mis habilidades con el saxofón.

—Naturalmente —interrumpo.

Se burla, pasándose una mano por la cara

—Y entró un grupo de chicas. A una de ellas la reconocí de la banda de los mayores. Pero nunca habíamos hablado. Se sentó en un rincón con sus amigas y ellas me ignoraron, pero ella no dejaba de mirarme. Así que seguí tocando. Al cabo de una hora, sus amigas se fueron y ella se quedó. Rompió el silencio elogiando mi técnica. Dulce ¿verdad? —pregunta, y su evidente vergüenza por lo que pueda pasar a continuación hace que se le escape una risa nerviosa.

—Sí… —digo con cautela—. Oh Dios, ¿qué dijiste?

Bo mira al cielo, haciendo una mueca de dolor.

—Dije… ¿quieres ver qué más pueden hacer estos labios?

Jadeo:

—¡No!

—Sí —dice, con los ojos cerrados y asintiendo.

—¿Y eso… funcionó?

—Lo hizo —Se echa hacia atrás, cruzando los brazos delante del pecho—. Antes de Halloween, ese fue mi acercamiento más rápido.

—Oh, te *acercaste*, ¿eh?

Sus ojos recorren la habitación, miran mi sonrisa ladeada y luego mi estómago con una ceja levantada.

—Eso parece.

—Bueno, será mejor que te contengas, galán. No más embarazos inesperados para ti.

Resopla desde el fondo de su garganta.

—¿Y tú? ¿Cómo fue tu primer beso?

—Bueno, se llamaba Trent, y fue en un parque de skate.

—¿Así que era un chico patinador?

—Sí.

—¿Dijiste «hasta luego, chico»?

Gimo en la palma de la mano, sonriendo.

—Avril Lavigne estaría tan decepcionada, pero no, no lo hice.

—Entonces, ¿cómo sucedió?

—Le pedí que me enseñara algunos trucos después de clase. De hecho, yo era mejor que él. Fingí que no lo era, lo cual fue una tontería por mi parte, pero un movimiento clásico de la época. Me dijo que

podía agradecerle la lección con un beso, y así lo hice. Nunca volvimos a salir. No recuerdo por qué. Aparte de que el beso no fue nada del otro mundo.

—¿Cuántos años tenías?

—Catorce.

—¿Crees que habríamos sido amigos? ¿En el instituto? —pregunta.

—Creo que sí. Probablemente te habrías unido a la legión nerd de Caleb, y Sarah y yo te habríamos conocido a través de él.

—Sin embargo, yo habría estado en el curso por encima de todos ustedes.

—Sí, pero entonces podría haber dicho que estaba saliendo con un chico mayor. Eso me habría dado puntos importantes.

La cara de Bo se ilumina mientras frunce los labios en un esfuerzo por no sonreír, asintiendo como un muñeco.

—¿Ah, sí? —dice, alargando cada sílaba—. Así que habríamos salido, ¿eh?

«Mierda, ¿he dicho eso?».

—¿Qué?

—Dijiste saliendo.

—No, creo que no.

Cierro los ojos y aparto la mirada de él mientras siento que un rubor recorre mi piel.

—Definitivamente lo hiciste —canta Bo—. Habrías salido conmigo en el instituto.

—¿Con esos movimientos de saxofón? Por supuesto —digo, devolviéndole la atención. No funciona. Bo sonríe más que el maldito sol, y es jodidamente contagioso.

La vergüenza desaparece al ver su expresión esperanzada y vertiginosa. Parece como si mi pequeño desliz pudiera conducir a

una admisión por parte de Bo, como una flecha de neón que señala una puerta abierta.

De repente, me siento como si estuviera al borde de un precipicio, a punto de recibir un paracaídas o un yunque. Y por la mirada de Bo, parece que tiene un paracaídas con mi nombre. Uno de los suyos, también.

«Tú saltas, yo salto».

Uno de nosotros solo tiene que saltar.

—Sabes… todavía tengo mi saxo…

—¿Winnifred McNulty? —llama una técnica desde la entrada.

Bo se aclara la garganta, su sonrisa vacila mientras agacha la cabeza un segundo.

Me levanto, con un gesto de la mano hacia la técnica, me vuelvo por encima del hombro y sonrío a Bo. Me mira alejarme con una rodilla rebotando y una sonrisa firme y alentadora.

—Sígueme —me dice dulcemente la técnica cuando me acerco a la puerta.

Treinta minutos más tarde, la doctora termina de tomar todas las medidas e imágenes necesarias y se excusa para ir a buscar a Bo a la sala de espera.

Todavía no he visto al bebé ni he oído los latidos del corazón, ya que la pantalla ha permanecido apuntando hacia la técnica en todo momento. Hemos mantenido una conversación educada y poco frecuente, pero esta ecografía ha sido mucho más clínica que la anterior. Definitivamente, esta vez parece como si el bebé fuera el paciente y yo fuera más bien una incubadora andante. Es una sensación desconcertante, sinceramente.

HANNAH BONAM-YOUNG

Estoy dando vueltas con los pulgares, mirando al techo de baldosas cuadradas, cuando oigo que la cortina de la parte delantera de la habitación cruje al apartarse.

Bo se eleva cómicamente sobre la doctora cuando entran.

—Muy bien, papá, puedes tomar ese taburete de ahí —dice, señalando junto al lado derecho de mi cama mientras camina por el izquierdo.

Bo asiente con la cabeza y se sienta en el taburete.

—¿Todo bien? —pregunta con una sonrisa rígida.

—Creo que sí —susurro—. He estado aquí tumbada mientras ella hacía lo suyo. No ha dicho nada.

Bo asiente, frotándose los labios con ansiedad.

—Eh —le digo, captando su atención—. No pasa nada —lo tranquilizo, sonriendo—. Seguro que todo va bien.

—Se supone que esa es mi frase —dice con una sonrisa débil y torcida.

—Muy bien —dice ella, girando la pantalla hacia nosotros—. Allá vamos. —Agarra la sonda, desenreda el cable de su escritorio y vuelve a colocarla sobre mi vientre hinchado, presionando contra el gel frío. Con solo pulsar un botón, el bebé se proyecta inmediatamente en la pantalla. Una silueta casi perfecta, como era de esperar. Ya no es un frijol o una cosa con forma de alienígena, sino una persona completa y diminuta con una cabeza desproporcionadamente grande.

Y juro que nunca nada ha sido más hermoso.

Aprieto la mejilla contra la cama, intentando no bloquear la vista de Bo.

—Ahí está —dice Bo, exhalando un suspiro de alivio. Alargo la mano hacia él ciegamente, negándome a apartar los ojos de la pantalla, y él envuelve mi mano más pequeña con las dos suyas.

—¿Querían saber el sexo hoy?

—No, queremos que nos sorprenda —responde Bo por los dos.

Ella asiente y vuelve a mover la sonda.

—El bebé tiene todo lo que nos gustaría ver en esta etapa —dice la técnica, señalando la pantalla—. La columna tiene un aspecto estupendo. —Gira la muñeca en ángulo, pulsa un botón y, de repente, vemos todos los detalles intrincados de una médula espinal.

Sinceramente, es un poco asqueroso.

Con cada botón que se pulsa y cada movimiento de la sonda, se nos muestra cada uno de los órganos del bebé. Bo hace algunas preguntas, pero no consigo centrar toda mi atención en ellas, embelesada por cada pequeño movimiento en la pantalla.

Dudo que alguna vez sea capaz de entender que todo esto está ocurriendo dentro de mi cuerpo, pero me hace sentir poderosa el simple hecho de pensarlo.

La cámara se aleja y vuelve a enfocar la cara del bebé, una silueta blanca sobre un fondo oscuro.

—El bebé está presumiendo y chupándose el dedo —dice la doctora, señalando la pantalla—. Es tan bonito cuando lo hace.

Inconscientemente me siento, inclinándome más hacia la pantalla. La almohada que me sostenía los hombros se cae de su sitio y cae al suelo. Bo me suelta la mano para recogerla antes de colocarla a mi lado en el colchón.

—¿Estás bien? —me pregunta, apoyando la mano en mi rodilla.

—No puedo ver… no puedo distinguir la forma de su mano.

—¿Señora McNulty? —dice ella, con los ojos clavados en mí. Retira la sonda y la coloca en su funda fijada al monitor.

Me sacudo, bajando contra el colchón.

—Lo siento…

—¿Va todo bien?

Siento un revolcón en el estómago, como náuseas, pero mucho peor. Esa ansiedad se extiende por mi abdomen, me aprieta el pecho y se agolpa en la base de la garganta, haciendo que mis siguientes palabras salgan como una disculpa.

—¿Tiene dedos? ¿En… en ambas manos?

—Oh —dice, con su tono optimista notablemente intacto—. Sí, los diez dedos de manos y pies. —Teclea algo en el ordenador antes de apagarlo. Luego toma el gráfico que hay junto al escritorio y se lo mete bajo el brazo.

Me he disculpado varias veces, con la cara ardiendo de rojo. «¿Por qué he preguntado eso?».

—Te traeremos algunas fotos cuando salgas, y en los próximos días tendrás noticias de tu médico por si hay que revisar algo, pero —ladea la cabeza, intentando captar mi mirada—, el bebé está creciendo bien —dice, asintiendo con la cabeza mientras mira entre Bo y yo—. No hay motivo de preocupación.

—Gracias —dice Bo a mi lado.

Veo cómo se acerca a la pared, pulsa el dispensador de desinfectante de manos y se vuelve hacia mí, frotándose las manos.

—Mucha suerte —dice antes de rodear la cortina y salir de la habitación.

Cierro los ojos con fuerza, intentando fortalecer mis respiraciones agitadas.

Antes de hoy, pensaba que sabía lo que significaba la expresión *agridulce*. Gran parte de estos últimos meses han sido precisamente eso. Maravillosos con una capa dolorosa oculta debajo.

Pero esto… esto es lo que significa agridulce.

«Los diez dedos de manos y pies».

Toda sensación de alivio es seguida bruscamente por la vergüenza.

Cada oleada de vergüenza es recibida con confusión.

La confusión da paso a la culpa.

Inmediatamente quiero asegurarme a mí misma que no habría querido menos al bebé si hubiera tenido mi mano. Que no me quiero menos a mí misma si tuviera dos manos completamente formadas. Aunque ya sepa que esas cosas son ciertas, sigo sintiendo la necesidad de repetirlo, una y otra vez.

Pero mi reacción inicial fue de alivio.

Me alegro de que el bebé no tenga que luchar como yo.

Me siento feliz por él. Luego considero si no debería.

Después, me entristece la experiencia vital que se perderá.

Que nunca sabrá cómo el hecho de existir en un cuerpo para el que el mundo no está diseñado puede crear tantas vías de empatía hacia los demás, que experimentan lo mismo por diversas razones. La determinación y la resistencia que se derivan de ello. La comunidad que cultiva.

El vínculo único que podríamos haber compartido.

Con ese pensamiento viene otra punzada de culpabilidad. Por lamentar, aunque solo sea por un segundo, la pérdida de la similitud. El narcisismo inherente de querer que mi hijo sea como yo. Porque eso es lo que deben hacer los padres, ¿no? Separar a sus hijos de sí mismos y de sus propias experiencias para que tengan espacio para convertirse en sus propias personas. Aceptarlos y ofrecerles amor incondicional por el camino.

Ahora me doy cuenta de que nos toca a Bo y a mí hacer el resto. Sin un curso intensivo de experiencia de primera mano, tendremos que ser nosotros quienes enseñemos a nuestros hijos a desenvolverse en el mundo con esa empatía. A ver sus privilegios como una herramienta que utilizar en favor de los demás.

Pero también, a no dejar que nuestras cargas les sobrepasen.

Un delicado equilibrio.

Y una vez que los pensamientos, la confusión y la culpa se asientan junto a mi respiración, decido confiar en que estamos preparados para el reto.

Abro los ojos, agarro la toalla que han dejado a mi lado y me limpio el estómago del gel de la ecografía. Luego me giro hacia Bo y le ofrezco una tímida sonrisa.

—Bueno… —Bo suspira, su tono engañosamente serio, en yuxtaposición con el tic de sus labios—. Seguiremos queriéndole, por supuesto. Aunque sea, ya sabes —hace una mueca— cuadrúpedo.

Exhalo un largo suspiro, agradecida por su desvío.

—¿Decepcionado? —pregunto, bajándome lentamente la camiseta y sentándome en la cama.

Los labios de Bo se mueven en una sonrisa melancólica mientras toma mi mano derecha del colchón y la aprieta una vez.

—No… pero tampoco me siento aliviado.

—Yo también me siento así —coincido, parpadeando ante la amenaza de lágrimas.

—Para mí no habría supuesto ninguna diferencia —dice frotando un pulgar contra mi muñeca—. Lo sabes, ¿verdad?

Asiento con la cabeza y suelto un sollozo.

—Me siento estúpida por preguntar.

Bo se levanta y se sienta en el borde de la cama del hospital, frente a mí.

—Oye… —dice suavemente—. Está bien que quisieras saberlo. Solo quieres estar preparada. —Bo me toma la manita por la muñeca y se la queda mirando. Me pasa el pulgar por la palma, con los ojos concentrados—. Mentí —dice, exhalando una risa amarga. Su rostro se suaviza mientras sus ojos trazan el patrón de su pulgar al pasarlo de nuevo—. Creo que podría estar un poco decepcionado.

Resoplo, sacudiéndome mientras se me escapa una sonrisa.

—Vamos, no lo dices en serio.

—Eres perfecta, Win —dice Bo, tan fácil como respirar—. Por supuesto que querría que tuviera cada parte de ti.

Resulta chocante la fuerza con la que sus palabras me golpean el pecho. Podría desplomarme si no estuviera tan concentrada en mantener sus ojos clavados en los míos.

El momento parece un precipicio. Parece obvio que va a besarme. Está en sus ojos. Esa expresión entrecerrada y vidriosa que ya he visto antes. El breve segundo en el que me mira a la boca. Me preparo, me humedezco los labios y trago saliva. Pero no llega.

Cada segundo que pasa parece menos probable. Finalmente, aprieta la mandíbula y se levanta, apoyando suavemente mi mano en un lado del colchón.

Lo echo de menos, aunque lo tengo delante.

—Probablemente deberíamos salir de aquí —señala, mirando la cortina y la puerta que hay más allá—. Papá me ha estado enviando mensajes de texto con actualizaciones —dice, rascándose la barbilla, mirando hacia otro lado—. Comeremos como reyes los próximos días. Ha comprado medio mercado.

Bo toma mi chaqueta y mi bolso del gancho de la pared y los coloca a mi lado, sin mirarme a mí sino a mi alrededor.

—Creo que podría estar vagando por el centro con langosta viva en su bolsa…

Asiento con la cabeza, riendo débilmente mientras me bajo de un salto y me sitúo en el borde de la cama, agarrándome a ella con fuerza para mantener el equilibrio mientras la cabeza me da vueltas.

—¿Estás bien? —me pregunta con la mano en el antebrazo para tranquilizarme.

Asiento con la cabeza y me aparto de su mano para ponerme la chaqueta. Me tiro del pelo por detrás cuando se me engancha y busco despistada mi bolso antes de darme cuenta de que Bo me lo está

tendiendo. Me fuerzo a sonreír y lo agarro mientras él me mira cada vez más preocupado.

—Estoy bien. Es solo que… me siento… —Me río, frotándome la cara—. No lo sé. Creo que solo tengo hambre, tal vez —miento. Bueno, no es mentira. Tengo hambre. Últimamente siempre es así.

Asiente, pasándose los dientes por el labio inferior.

—De acuerdo. Pasaremos por algo de camino a casa.

Mierda.

—Oh, en realidad…

Me había olvidado de decirle que tenía que ir a casa de Sarah después de nuestra cita. Me va a llevar a la tienda a comprar todo para la fiesta de Bo de mañana y luego volveremos a la suya para hacer un pastel.

—Tengo planes con Sarah esta tarde. ¿Crees que podrías dejarme allí? ¿Después de que recojamos a tu padre y a sus nuevas langostas mascota?

—Oh, uh, claro. —La cara de Bo cae, sus labios se curvan hacia adentro.

Me tira como un peso en el estómago ver cómo frunce el ceño mientras sus ojos miran al suelo entre nosotros.

Pero un poco de espacio nos vendría bien a los dos. Sé que me vendría bien un baño y una larga charla con Sarah, al menos.

—Además… —digo, tragando saliva—. Puede que duerma allí esta noche.

Bo abre la boca y la cierra con la misma rapidez. Traga con fuerza mientras sus cejas se presionan.

—¿Nos vemos mañana? Por mi… —Duda, mirando al techo como si no pudiera creer que tenga que decir esto en voz alta—. ¿Por mi cumpleaños?

El objetivo de una fiesta sorpresa es, por supuesto, que sea una sorpresa. Pero necesito todo lo que hay en mí para no arruinarlo cuando veo la expresión plana que está forzando para reemplazar su evidente decepción.

—He jurado guardar el secreto, pero tu padre tiene un plan para ustedes dos mañana. —El que le pedí que hiciera—. Estaré en casa cuando vuelvas. —Y también lo harán otras seis personas.

—¿Lo prometes? —pregunta, demasiado rápido para que haya sido intencionado.

Frunzo las cejas y asiento con la cabeza.

—Sí, claro…

—Bien —dice, sonriendo débilmente, con los ojos todavía en el suelo—. Suena bien —dice, inclinando la cabeza hacia arriba y mirando por encima del hombro hacia la puerta—. ¿Lista?

—Sí —asiento, con la voz mucho más derrotada de lo que me gustaría.

Capítulo 29

—Caleb, juro por Dios que, si te comes otro molinillo antes de que llegue Bo, les daré a ti y a Win dedos iguales —dice Sarah, poniendo una jarra de limonada sobre la mesa.

Caleb se mete la mano en el bolsillo y se aleja lentamente de la mesa de comida.

—Están a dos minutos —anuncio a la sala de invitados, poniendo mi teléfono en la encimera junto al pastel que Sarah y yo decoramos para que pareciera una puerta Hobbit, completa con un gran treinta en el centro.

Bo ha estado fuera con su padre desde esta mañana. Sé que empezaron almorzando y terminaron en una cervecería, pero no estoy seguro de dónde han ido entre medias. La única pista que tengo es la foto que Bo envió de sí mismo en una silla de barbero, cubierto de toallas blancas y con un pie de foto que decía: «Ahora soy la momia».

Miré la foto durante demasiado tiempo, incluso en medio del caos que suponía organizar esta fiesta.

Me encanta ese idiota.

Y se lo voy a decir. Esta noche.

Sarah y yo hablamos de todo anoche, y una cosa quedó clara. Físicamente no puedo soportar vivir aquí con él ni un segundo más sin decírselo. Solo tengo que saltar a ciegas y esperar que él sienta lo mismo.

E incluso si Bo no ha superado del todo su relación anterior, creo que estaría dispuesto a intentar empezar algo nuevo. Ayer hubo tantos momentos en los que supe que podía sentir lo mismo por mí que yo por él. La sala de espera, su decepción cuando le pedí que me llevara a casa de Sarah, su mirada cuando dijo que yo era perfecta.

Creo que podría estar contenta, incluso si el corazón de Bo está en dos lugares. Honestamente, en este punto, creo que me conformaría felizmente con la mitad de su afecto. Tengo la sensación de que Bo me querría mejor a mitad de capacidad que cualquier otra persona.

Kevin y Jeremiah irrumpen por la puerta, disculpándose por llegar tarde mientras se convierten en un revuelo de bufandas y chaquetas que se quitan.

—Los vimos llegar a la calle, pero no nos vieron. Nos estacionamos a la vuelta de la esquina como nos ordenaron —dice Kevin, dándole un plato de comida a Jeremiah mientras se quita los zapatos, los tira al armario y se dirige hacia mí.

—¿Dónde los quieres? —pregunta Jer mientras su marido me envuelve en un abrazo.

—Solo en la mesa, por favor —chillo desde el interior del apretado abrazo de Kevin.

—¿Cómo estás? —pregunta Kevin, soltándome.

—¡Bien!

Me estudia con una sonrisa cómplice

—Pareces nerviosa.

—Quiero que Bo ame su fiesta…

—La fiesta… claro —dice Kevin, dándome una palmadita en el hombro—. ¡Sarah! —grita, acercándose a ella—. He hecho las vieiras envueltas en tocino de las que te hablaba… —Pierdo el foco de su conversación detrás de mí cuando Walter levanta la mano, señalando fuera de la ventana.

—Están aquí —dice, dejando caer la cortina. Adamir apaga las luces mientras yo pongo la música en pausa, y todos los demás se agazapan detrás de los muebles o las paredes.

Me dirijo al centro del arco, entre el comedor y el salón, y espero, con el corazón latiéndome en los oídos.

El padre de Bo abre la puerta principal y entra corriendo, escondiéndose al otro lado del arco, dentro del salón. Me sonríe ampliamente, con una emoción anticipada en sus facciones.

Le guiño un ojo, con una sonrisa de vértigo que crece por momentos.

—¿Papá? —Bo grita desde la entrada. Casi se ríe, pero está confuso cuando entra en el vestíbulo.

Entonces me ve, con mi estúpido sombrero de fiesta en forma de cono y mi vestido de lino morado, y sus hombros caen con una sonrisa de satisfacción.

Los segundos pasan como minutos mientras nos miramos fijamente desde el otro lado de la habitación.

Cuando Sarah vuelve a poner en marcha la música, estalla el caos alrededor, todos gritan «¡Sorpresa!» al salir de sus escondites.

Bo salta hacia atrás y casi se cae de nalgas. Se agarra el pecho, riendo mientras recupera el equilibrio con una mano en la pared.

—Dios mío —dice, respirando con dificultad, medio agachado—. Hola a todos… —dice, enderezándose, con los ojos fijos en mí.

—¿Feliz cumpleaños? —digo, haciendo una mueca.

Sacude la cabeza y sonríe abiertamente mientras cruza la habitación hacia mí, esquivando muebles y personas a su paso. Sin previo aviso, Bo me levanta del suelo y me toma en brazos, estrechándome contra él en un fuerte abrazo mientras mis pies cuelgan debajo de mí.

—Me alegro mucho de que estés aquí —susurra, con la boca inclinada hacia el pliegue de mi cuello.

Le rodeo los hombros con los brazos y lo abrazo también.

—Dije que lo estaría —le susurro.

—¿Has hecho todo esto? —pregunta, con la voz menos tensa pero no del todo bien.

—Sí —suspira, su aliento caliente contra mi garganta

—Gracias.

—Así que esto es lo que hay aquí arriba —digo, admirando mi nuevo punto de vista desde encima del hombro de Bo—. Me gusta.

—Te he echado de menos

Me dice, bajándome para que vuelva a valerme por mí misma.

Busco a mi lado un sombrero de fiesta y se lo tiendo.

—Solo fue una noche —le digo.

Bo se dobla por la cintura, permitiéndome ajustárselo a la cabeza.

—Feliz cumpleaños —repito, esta vez solo para él.

—No me contestaste —dice, sus labios se mueven en una sonrisa incómoda—. Pensé que estabas…

Entrecierro los ojos y me fijo en la inusual languidez de su cara y en el pelo alborotado que suele indicar su malestar. Le han arreglado y recortado la barba, pero me alegro de que no dejara que el barbero le quitara nada de pelo. Me gusta más largo.

—Lo siento. Estaba ocupada haciendo esto y olvidé responder.

—No, no lo sientas. Esto es increíble. Estoy… —Se sacude y me tiende la mano—. Oh —dice, tirando de mí contra su pecho de nuevo.

Me río y lo abrazo.

—Bo, ¿estás bien? Hay otras personas aquí que…

—Estoy un poco borracho. —Se endereza, secándose la frente con la manga de su jersey gris—. No he bebido desde que me contaste lo del bebé. Solidaridad, ¿sabes? Pero creo que ahora estoy aligerado.

—Traga saliva, bajando la barbilla—. Tomé dos degustaciones, y papá acabó teniendo que traernos a casa. —Se rasca la mandíbula, mirando a su alrededor con una sonrisa educada—. Todo el mundo está mirando hacia aquí… —susurra.

Asentí pensativa, intentando no sonreír.

—¿Vas a estar bien, grandullón?

Asiente, relamiéndose los labios.

—Voy a comer algo. Eso ayudará.

—Buena idea.

Le doy unas palmaditas en la espalda mientras se acerca a la mesa de la comida, saludando a más amigos suyos mientras renuncia a un plato y se mete varias cosas en la boca a la vez.

Sarah ensancha los ojos al verme, con los labios apretados hacia dentro mientras camino hacia ella en la cocina.

—Esa fue una entrada impresionante.

—Está un poco achispado, resulta. —Hago una mueca, riéndome.

—Creía que iba a llevarte toda la fiesta como si fueras su juguete favorito. —Me tiende un vaso lleno de limonada—. Parecía un poco torturado cuando te vio. Probablemente deberías acabar con su sufrimiento. O no, si te gustan esas cosas.

—Pensó que estaba enfadada con él —le explico—. No le respondí el mensaje y… después de lo de ayer, creo que probablemente se sienta tan incómodo como yo.

—Bueno, deberías demostrarle que no estás enfadada —dice Sarah, sonriendo con su copa de merlot.

—Tendrá que estar sobrio antes —me río.

Kevin se une a nosotras, dando un sorbo a su bebida mientras los tres vemos cómo Bo presenta a su padre a Walter, Jeremiah y Adamir.

—El padre de Bo está increíblemente bueno, ¿verdad? —susurra Kevin.

—Eso es un poco chocante, la verdad —respondo, la mano en mi cuello se desliza hasta mi pecho.

—¿Te parecería raro que le invitara a ser nuestro tercero? —pregunta Sarah, girando su sonrisa hacia mí—. Creo que podría persuadir a Caleb.

—Cállate —digo, escupiendo mi bebida.

—Creo que arriesgaría nuestra amistad por él.

—Oh, lo harías, ¿eh?

—*Oui, oui* —dice Sarah con una risita mientras bebe vino.

La fiesta fue un gran éxito.

Bo se pasó toda la noche entre sus amigos, mientras devoraba una cantidad de comida realmente asombrosa. Sarah retó a Walter a una batalla de sincronización labial y se llevó una paliza por seis votos contra uno. Caleb, por supuesto, votó con el corazón.

Robert estuvo en la cima con Jeremiah y Kevin la mayor parte de la noche, hablando de cocina francesa. Adamir y yo nos unimos en nuestra pasión por las plantas, y le di una docena de esquejes para reproducir cuando se retiró temprano.

Después de una velada realmente maravillosa, la fiesta se apagó poco después de medianoche. Walter se fue a casa con Jeremiah y Kevin. Caleb y Sarah se quedaron para ayudar a limpiar. No es que Sarah sea de ayuda en su estado actual.

—Esto fue genial, Win —comenta Caleb, atando una bolsa de basura.

—Me divertí —digo, sonriendo en el fregadero mientras lavo copas de vino—. Espero que Bo también.

—Eso parece —señala Caleb, asomándose al salón—. Aunque creo que deberíamos irnos. ¿Tienes esto?

—Sí, claro. Haré el resto mañana —respondo, secándome las manos en un paño de cocina—. Gracias por ayudarme.

—Cuando quieras —dice, rodeándome con el brazo mientras doblamos la esquina hacia el salón. Me tumbo junto a Sarah en el sofá y empiezo a apartarle el pelo de la cara—. Es hora de irse, nena —le susurro—. Puedes dormir en tu bonita y calentita cama.

Sarah se incorpora, gimiendo.

—¿Lista, amor? —llama Caleb, inclinándose sobre el respaldo del sofá. Sarah se acerca a él a trompicones y luego le acaricia la cara mientras él sacude la cabeza cariñosamente—. Sí, estás lista. Bien, allá vamos. —La guía hasta el vestíbulo con una mano en la parte baja de la espalda y la ayuda a ponerse los zapatos y el abrigo.

—Adióóós —gime Sarah, saludando desde la puerta con los ojos casi cerrados—. Robert, ha sido un placer conocerte. Bo, feliz cumpleaños. Eres genial. Win… —Sarah abre un ojo y me mira con una sonrisa suave y borrosa—. Mucha suerte en todos tus proyectos futuros —dice con hipo.

—Te superaste —susurra Caleb suavemente, frotando su espalda—. Adiós, chicos. ¡Feliz cumpleaños, hombre!

—Gracias —les dice Bo a ambos—. Gracias por venir —repite.

—¡Los quiero! —grito tras ellos mientras Caleb cierra la puerta.

—Tienes un buen grupo de amigos, Robbie —señala el padre de Bo, suspirando—. Es bueno verlo.

Miro entre los hombres, pero ambos se vuelven lentamente hacia mí, sonriendo apreciativamente.

—Tengo mucha suerte —dice Bo en voz baja, con los ojos clavados en los míos.

Me sonrojo, pero la habitación poco iluminada es, con suerte, lo bastante oscura para disimularlo bien.

—Voy a darme una ducha antes de acostarme —dice Bo—. ¿Estás bien? —me pregunta.

—Por supuesto —respondo sonriéndole.

En cuanto Bo sale de la habitación, Robert se levanta y se coloca en el extremo opuesto al mío.

—Gracias —dice seriamente—. Me gusta saber que mi hijo está bien cuidado.

—Ah, bueno, es solo una fiesta.

—No, no lo es. Ahora es feliz. No era feliz el año pasado. ¿Quién podría culparlo?

—A veces desearía haberlo conocido entonces —admito—. Odio pensar que se sentía tan solo.

Robert inclina la cabeza sobre la palma de la mano y me escucha con una cálida sonrisa, una expresión casi orgullosa

—Joanna te habría adorado, ¿sabes? Tienes su mismo… cariño. Me doy cuenta de que la vida no ha sido fácil ni siempre amable contigo, pero no has dejado que te endurezca. No como una piedra. Te has vuelto como el agua. Te mueves con todo. Eres suave… pero poderosa.

Inmediatamente tengo que apartar las lágrimas, sacudiendo la cabeza.

—Oh —digo, moqueando—. Eso es, um…

—Las extrañas reflexiones de un francés borracho, *oui*.

—No, quiero decir… Es muy amable. Gracias. Por lo que me ha dicho Bo, Joanna era una persona fantástica. Ciertamente admiro su gusto musical —digo, ofreciéndole un poco de frivolidad.

—¿Qué ha dicho Bo sobre su madre?

Hago una mueca de dolor, esperando no hacer que Bo parezca frío o indiferente. Pero tampoco quiero mentir.

—No mucho, sinceramente. Solo… cómo se conocieron. Lo mucho que la echabas de menos. La música, y…

—¿Cómo pasó? —interrumpe Robert.

—No —digo en silencio, sacudiendo la cabeza.

Tararea, asintiendo suavemente.

—Joanna luchó de la misma manera que muchos artistas lo hacen. Sus sentimientos a menudo parecían demasiado grandes para contenerlos. Demasiado descontrolados. Pero eso la hacía genial. Apasionada por su música. —Se lame los labios, recostándose en el sofá—. Cuando decidimos tener hijos, ya llevábamos ocho años juntos. Teníamos un bonito apartamento en Toronto. Tocábamos música juntos todos los días y éramos muy felices. Alegría y risas y… pensé que lo mejor estaba por llegar.

Robert se atraganta e inmediatamente se lleva la mano a la garganta. Yo hago lo mismo sin pensarlo. El corazón empieza a latirme con fuerza en el pecho, pendiente de cada palabra.

—Por aquel entonces, no había una palabra para describir la forma en que Joanna parecía perderse durante el embarazo. Se volvió… como un fantasma. Intenté ayudarla. Intenté conseguirle ayuda, pero… —Robert suspira, moviendo la cabeza hacia el techo—. Era demasiado para ella. Dejó una nota diciendo que lo sentía. Que nos quería. Que no podía explicar por qué no podía quedarse, y… se quitó la vida. Bo solo tenía doce semanas.

Inspiro bruscamente y me tapo la boca mientras me tiemblan los labios.

—Lo siento mucho —susurro—. Yo… no tenía ni idea. Estoy tan…

—Ojalá todos los días hubiera podido ayudarla más.

—Estoy segura de que hiciste todo lo posible.

Apoyo mi mano en su rodilla.

Él acaricia mi mano dos veces con la suya, y noto que tiembla. Luego la lleva a su barbilla, frotándola de un lado a otro.

—Unos veranos después de su muerte, Robbie aún era pequeño, acababa de cumplir cinco años, y lo dejé con la hermana de Joanna durante una semana. Tenía que dar un concierto fuera de Canadá y pensé… —Su voz se entrecorta mientras inspira profundamente—. La horrible mujer le contó lo que pasó. Le contó la verdad sobre cómo murió Joanna. Y… he sentido que, desde entonces, Robbie se aferra a una responsabilidad. Que se siente parcialmente culpable. Yo también lo lamento.

Me tiembla la mandíbula, luego se afloja mientras mis lágrimas amenazan con derramarse, pensando en ese niño que se ha convertido en el hombre que conozco. Me doy cuenta de por qué cada paso de este embarazo ha tenido tanto peso para Bo. Mis sentimientos, mi vivienda, mis finanzas, mi salud. Todo por lo que le pasó a su madre. Por esa culpa que siente.

Ojalá me lo hubiera dicho, pero entiendo por qué no lo hizo o no pudo. Es inimaginable, ese nivel de dolor.

—Cuando me llamó para hablarme del bebé… de ti… creo que sintió que le habían dado otra oportunidad, casi. Traté de hablar con él sobre eso. Intenté decirle que no era su carga, sino la mía. Pero es difícil de hacer. Robbie siempre prefiere preocuparse por alguien más que por sí mismo. Siempre ha sido así.

—Pero… estoy bien —digo, porque una parte de mí cree que Robert también necesita oírlo—. No necesitaba que él…

—Sí —está de acuerdo—. Creo que al principio pensó que tenía que mantenerte cerca por tu bien. Para que no se repitiera la historia. ¿Pero ahora? Ahora es diferente. Creo que te necesita.

—Bo es… Bo es… Él es maravilloso.

—Lo es —asiente Robert—. Pero tiene un corazón blando, como su madre. Como tú. Deben ser gentiles el uno con el otro, ¿de acuerdo?

Un corazón blando como su padre, al parecer, también.

—Sí —acepto, con voz apenas audible.

—Bien… —Robert suspira, levantándose lentamente—. Me temo que he arruinado la velada ahora, con todas mis tristes divagaciones.

—Oh, no… No, tú…

—Hoy la echo de menos, sobre todo. Treinta cumpleaños para nuestro hijo. Ella debería estar aquí.

—¿Quizás lo esté? ¿De una forma que no podemos ver?

—Tal vez —dice Robert, balanceándose mientras apoya una mano en el respaldo del sofá para estabilizarse.

—Gracias por esta noche, Win. Pero más importante, por darle a Robbie una razón para celebrar de nuevo.

—Buenas noches —digo, mirando por encima del hombro mientras Robert rodea el respaldo del sofá en dirección al dormitorio de Bo.

Y me limpio los ojos, decidida a ir a buscar a Bo y abrazarlo todo el tiempo que me deje.

Capítulo 30

Cosmos Dreaming in Space

Cuando Bo entra después de ducharse, lleva su habitual combinación de sudadera con capucha beige y pantalones cortos negros, así como sus gafas bajo el pelo recién lavado y secado con toalla. Me encuentra sentada en la cama, esperándolo, con un jersey blanco de cuello redondo y unos pantalones cortos negros de ciclista.

—Hola —susurra, mirándome mientras coloca su prótesis junto a mi tocador—. Pensé que ya estarías dormida.

—Hola —le digo—, quería hablar contigo primero…

—¿Va todo bien? —pregunta, bajando al borde de la cama, de espaldas a mí. Veo cómo se quita las gafas y las coloca en la mesilla junto al teléfono.

Inspiro temblorosa y me lanzo hacia él, rodeándole la cintura con los brazos y apretando la cabeza entre sus omóplatos.

—Eh —dice suavemente, con el cuello girado todo lo que puede por encima del hombro—. ¿Qué pasa?

—Nada —respondo, con la voz amortiguada por su jersey—. Solo necesitaba abrazarte.

—Bien —dice, colocando su mano sobre la mía por encima de sus costillas—. Deja que me acueste, y luego los dos podemos participar en esto.

Asiento con la cabeza, apartándome.

Bo se retuerce y baja hasta quedar tumbado boca arriba, y me hace un gesto con el brazo extendido para que me acurruque a su lado. En

lugar de eso, me arrastro sobre él, me pongo a horcajadas sobre sus caderas y hundo la cara en su pecho.

—Win… —dice Bo mientras sus grandes manos se extienden por mis hombros, frotando arriba y abajo mi espalda—. Háblame, cariño. ¿Qué te pasa? ¿Pasó algo?

—Cuando te fuiste a duchar, tu padre y yo hablamos un rato.

—¿Dijo algo que te molestó?

—No… —digo, girando la cabeza hacia un lado. Me limpio la cara con la manga del jersey y me sorbo las lágrimas—. Pero me habló de tu madre. —Mi voz se entrecorta, a punto de quebrarse—. Sobre cómo murió, y… Bo, lo siento mucho.

—Oh —exhala, sus manos quietas en mi espalda—. Iba a decírtelo, Win. Yo solo…

—No, no.

Me incorporo, con los ojos llorosos, y lo miro. Cuando lo hago, su expresión no es la que esperaba. Parece asustado, casi. No triste. Ni afligido. Pero sí asustado. Su mandíbula endurecida y sus ojos suaves me miran con una preocupación que me hace querer suavizar la línea entre sus cejas con el pulgar. Más que eso, en realidad. Ojalá pudiera sacarle el alma y alisársela también, quitarle todas las arrugas y pliegues y manchas y devolvérsela como nueva.

—No me molesta que no me lo dijeras. Es que… ojalá lo hubiera sabido —le digo—. Así podría ayudar de alguna manera.

Bo se levanta y me obliga a apartarme de su bajo vientre mientras se sienta con la espalda apoyada en el cabecero. Voy a colocarme en el colchón de al lado, pero me vuelve a poner sobre su regazo con las manos en las caderas.

Con nuestras caras a pocos centímetros de distancia, Bo lleva su mano a mi cuello, su pulgar traza mi mandíbula con ternura junto a mi oreja mientras sus ojos rastrean delicadamente el dibujo.

«Déjame entrar», quiero decir en medio del silencio. «Quiéreme. Confía en mí. No te defraudaré. Te lo juro».

—Tenía miedo de que si te contaba cómo murió mi madre, pensaras que estaba haciendo esto por todas las razones equivocadas —dice, con el pecho levantado y sus ojos llenos de lágrimas sostenidos tentativamente en mi mandíbula—. No quería que pensaras que te pedí que te mudaras solo para poder vigilarte o algo así. Y… —suspira, dejando caer la frente contra mi barbilla mientras aspira las lágrimas.

—Está bien… —le digo, rodeándole el cuello con la mano, rozándole el pelo—. No tienes que explicármelo. Está bien…

—Me convencí de que no serías sincera conmigo sobre cómo te sientes si supieras lo que había pasado. Nunca quise arriesgar tu seguridad porque te preocuparan más mis sentimientos que los tuyos. —Siento que sus manos se mueven hacia mis caderas, la tensión tirando de mi jersey mientras aprieta el material en sus puños a ambos lados—. Pero quería decírtelo, Win. No quiero que haya secretos entre nosotros. Ya no.

Asiento con la cabeza, con los labios temblorosos contra el nacimiento de su pelo. Se estremece con un suave sollozo, sus hombros caen hacia delante.

—No pasa nada… —repito una y otra vez—. Lo que ha pasado no es culpa tuya. No es culpa de nadie. Eras solo un bebé. Tú no tienes la culpa.

—Creo que… —Se aclara la garganta, sentándose, su cara a la altura de la mía—. Creo que tener a August me está ayudando a darme cuenta. —Inhala profundamente y una lágrima se desliza por el lado izquierdo de su mejilla, que se seca rápidamente contra el hombro.

—Bien. —Le pongo la mano en la mejilla, obligándolo a mirarme, a escucharme—. Porque nunca le culparías, ¿verdad?

Sacude la cabeza, con los ojos clavados en los míos.

—Me has dado tanto, Win.

—No…

—Desde que te conocí, es como si cada parte de mí se hubiera curado un poco. ¿Lo sabes? ¿Sabes que haces eso por la gente?

Asiento con la cabeza. No porque esté de acuerdo, sino porque lo entiendo.

—Creo que ambos necesitábamos un nuevo comienzo. Creo que nos lo dimos el uno al otro.

Las manos de Bo empiezan a moverse contra mis caderas, sus pulgares rozan la parte delantera de mi estómago mientras mira hacia abajo entre nosotros.

—Es más que eso, Win. —Se inclina para mirarme, su mirada suplicante—. Al menos, lo es para mí.

Trago con fuerza, con las manos aún en su nuca.

—No sé muy bien cómo ir a mi ritmo. Cómo ir más despacio para que puedas alcanzarme —susurra.

—¿Alcanzarte? —pregunto, temblando.

—Creo que los dos sabemos cómo va a acabar esto —dice, con voz ronca—. Solo estoy tratando de averiguar cómo llegaremos al mismo tiempo.

—Pero… ¿qué pasa con Cora? —tartamudeo.

Bo se echa hacia atrás, estudiando mi cara atentamente con los labios fruncidos y una ceja levantada

—¿Qué pasa con Cora?

Miro hacia abajo entre nosotros, soltando mis manos de su cuello.

—Aquel día, en la playa… dijiste que la querías. Dijiste que no habías terminado. Sonaba como si aún estuvieras…

—La llamé en cuanto llegamos a casa, Win —interrumpe.

—¿Qué? —tartamudeo.

—Llegamos a casa de la playa, y lo único que podía pensar era: aquí estoy, al comienzo de algo nuevo y hermoso, y sigo atrapado en el pasado. Me di cuenta de que no podía seguir poniéndole excusas. Que no podía dejar las cosas sin resolver por el bien de la paz. Te merecías algo mejor que eso. El bebé merecía algo mejor que eso. Me hiciste darme cuenta de que yo merecía algo mejor que eso. Así que la llamé.

—Yo… no lo sabía.

Bo se lame los labios, sus ojos se centran en algo a un lado

—Hablamos durante unas horas. Me disculpé por aferrarme a algo desde hacía mucho tiempo por miedo, y ella se disculpó por… bueno, por todo lo demás. Creo que esperaba mi llamada. Parecía preparada para ello. Ambos dijimos lo nuestro, y luego me preguntó cómo estaba. Y luego… hablé de ti.

—¿De mí?

Bo niega con la cabeza, sonriendo.

—Llevo meses hablando de ti a casi cualquiera que me escuche —se ríe en voz baja—. Creía que lo sabías, Win. Pensé que era tan dolorosamente obvio lo que siento por ti. Lo que quiero aquí. Pensé que por eso habías puesto límites tan claros. Pensé que no sentías lo mismo.

Me llevo una mano a la boca, cubriendo una sonrisa vacilante. «Me quiere».

—He estado pendiente de cada palabra tuya, esperando que me des luz verde. No quiero presionarte. No quiero que nunca te sientas incómoda, pero… no creo que pueda fingir…

Lo beso. Porque tengo que hacerlo. Porque puedo. Porque es lo correcto.

Y él me devuelve el beso, feroz pero suave, y es como si mil horas pasadas deseándonos se derramaran entre nosotros. Sus manos pasan de mis caderas a mi pelo, aferrándose a mí.

—¿Estás segura? —pregunta, echándose hacia atrás.

Suelto una risita contra sus labios

—Estoy segura, Bo. He deseado esto durante tanto tiempo.

—Bien… ¿hablamos después?

—Después.

Asiento, riendo aún, mareada y aliviada y tan efervescentemente feliz.

Nuestro beso se vuelve rápidamente febril, con una intensidad que nunca antes había sentido.

No me cuestiono si quiere esto, porque me ha dicho que sí. No me cuestiono si es una buena o mala elección ni me preocupo por todo lo que podría arruinar. Porque cuando quieres tanto a alguien, cuando has visto su dolor y su corazón y los reconoces como propios, no te queda más remedio que entregarte a él. Y estoy cansada de tener miedo. Anhelo ser amada por un hombre como Bo. Anhelo amarlo como se merece.

Nuestras almas estaban atadas hace mucho tiempo, creo. Por fin lo estamos admitiendo el uno al otro.

Bo se retuerce y se tumba a lo largo de la cabecera, manteniéndome encima de él con un agarre firme. Los dos sonreímos cuando nuestros labios se vuelven a encontrar, pero eso se acaba cuando la mano de Bo me rodea la nuca y tira de mí más de lo que parece.

Yo también lo siento, el deseo de fundir nuestros cuerpos, la necesidad de convertirnos en un solo ser vivo.

Me incorporo y busco el dobladillo de mi jersey, pero él me lo quita y lo tira al otro lado de la habitación. Tanteo con su sudadera mientras él se esfuerza por levantarla lo suficiente para que yo pueda agarrarla bien. Los dos nos reímos suavemente, tirando y tirando y moviéndonos hasta que los dos volvemos a estar en *topless* y apretados el uno contra el otro. Bo nos gira para que yo esté boca arriba y él entre mis piernas.

—Ahora están muy sensibles —susurro, sujetándome los pechos mientras él me quita los pantalones cortos y la ropa interior.

Bo me sube el pie al hombro y empieza a besarme por el interior de la pierna.

—¿En el buen sentido? —me pregunta, mordisqueándome el lateral de la rodilla, observando mis manos con avidez.

—De una forma genial —digo, tocándome los pezones—. De una forma en la que he estado imaginando que me los tocabas cada noche.

La sonrisa de Bo se acalora, sus ojos se clavan en mis senos mientras se humedece los labios. Sigue besándome el interior del muslo y me sujeta la pierna por encima del hombro mientras desciende hasta el centro. Lleva la otra mano a mi pecho, su palma cubre la carne en pico y la aprieta de forma poco delicada.

Se aparta y me sujeta la pantorrilla con las dos manos mientras sacude la cabeza y sus ojos recorren cada parte de mi cuerpo

—Dios, no sé por dónde empezar. He echado tanto de menos tu cuerpo. Ojalá tuviera más manos.

Levanto una ceja y él asiente con los labios apretados.

—Lo escuché.

—Tenemos tiempo —respondo sin aliento—. Pero tócame en alguna parte.

Bo asiente, bajando al suelo a un lado de la cama.

Se estira sobre el colchón, los tendones de sus brazos se inflaman cuando agarra la carne sobrante de mis caderas y la utiliza para tirar de mí hasta el borde.

Grito, mordiéndome el labio mientras le sonrío, agradecida por su rudeza.

—Ya lo he decidido —susurra, mordiéndome el muslo opuesto mientras separa mis piernas con las manos.

—Sí —susurro—. Buena decisión…

Se ríe oscuramente con su boca contra mi núcleo. Luego desliza su lengua con pericia desde mi húmeda entrada hasta mi clítoris.

Grito, tapándome la boca con el antebrazo.

—Sí —digo—. Justo ahí.

Chupa y chasquea la lengua contra ese mismo punto hasta que jadeo, agarrándome a las sábanas y a su pelo. Y me convierto en un completo desastre.

Retira la boca, presiona dos dedos dentro de mí y los enrosca, dando golpecitos a un ritmo dolorosamente perfecto. Acompaño cada movimiento con jadeos, sollozos y gemidos incontrolables.

—Dios mío —gimo, enseñando los dientes a medida que aumenta la presión.

—Mierda, sí… —La voz de Bo es baja y firme, en completo contraste con cómo me siento, flotando por encima de todo—. ¿Tienes idea de lo sexi que eres? ¿De lo dulce que sabes? ¿Lo mucho que he pensado en ti así?

Gimo, mordiéndome el labio inferior mientras intento acercarme a ese dulce olvido.

—He pensado en oír mi nombre salir de esos labios perfectos cada maldita noche desde que te oí por el pasillo. Por favor, Win. Por favor, Win. Di mi nombre.

—Bo —digo como una promesa—. Bo —salgo a la fuerza del hueco de mi pecho—. Fóllame —suplico—. Por favor —gimoteando hacia atrás.

—Todavía no, cariño. No hasta que te corras en mis dedos primero. Me muero de ganas. Créeme. Pero necesito esto de ti primero. Necesito verte. —Pone una mano sobre mi vientre mientras sus ojos se encapuchan—. Antes estaba obsesionado con tu cuerpo, pero ahora, creo… creo que estoy perdido. Mírate. Jodidamente perfecta.

—Estoy… estoy cerca —digo, con la mandíbula apretada mientras mis piernas luchan por cerrarse. Bo me sujeta la rodilla con el hombro, manteniéndome abierta para él mientras empiezo a temblar.

—Eso es, cariño. Vente para mí. Por favor.

Me corro con tanta fuerza que oigo un zumbido en los oídos, mi cuerpo enseñoreado y contraído y con espasmos por todas partes. Grito alrededor de mi muñeca, silenciándome lo mejor que puedo.

Cuando mi cuerpo se tranquiliza y mi respiración se hace más lenta, Bo empieza a besar con ternura mi sexo palpitante. Es casi demasiado, pero aprieto los labios y me obligo a relajarme.

Bo gime y emite pequeños sonidos guturales de avidez mientras absorbe hasta la última gota de mi orgasmo.

—Dios, sabes tan jodidamente bien —gruñe antes de besarme suavemente el clítoris por última vez, provocando una descarga de sobreestimulación en mi sistema.

—Muéstrame —le ofrezco, girando el cuello para verlo—. Bésame —digo, luciendo una sonrisa de satisfacción.

—Con mucho gusto —dice Bo, ayudándose con los brazos para levantarse del suelo.

Me tumbo longitudinalmente en la cama y le hago sitio para que se tumbe a mi lado. Cuando se acomoda, me tumbo sobre su pecho y lo beso sin prisas.

—Lo que más me gusta en el mundo —dice contra mis labios, pasándome el pulgar por la mejilla y luego bajando un dedo perezoso por el cuello hasta el pecho, donde me toca el espacio entre los pechos, de color rosa—. Tenía miedo de no volver a ver este tipo de rubor en ti.

Me inclino para besarlo de nuevo. Me agarra de la cara mientras le mordisqueo el labio inferior, tirando de él entre los dientes y soltándolo solo cuando me alejo y aprieto la frente contra la suya. Gimo de frustración, enfadada por no poder estar más cerca.

—Ojalá pudiera… —digo, sin saber dónde quiero que acabe esa frase. Lo que quiero decir es que lo quiero dentro de mí. Pero no solo de la forma en que inevitablemente estará pronto. Sino fundido dentro de mí. Como si un rayo cayera sobre un árbol y provocara un incendio en mi interior. Quiero que él, su vida, sus lecciones, su alma y sus impresiones queden marcadas bajo mi piel—. Comerte. —Son las palabras más cercanas que encuentro.

—Eso está mal visto, cariño —dice Bo mientras levanto una pierna sobre su regazo para sentarme a horcajadas sobre él.

—¿Me dejarías? —le pregunto mientras me agarra por la espalda y baja las manos hasta las mejillas redondas de mi trasero, clavando los dedos en mi carne—. ¿Si te lo pidiera amablemente?

—Sabes que lo haría —dice riendo.

Me inclino y lo beso un poco más, mis pezones rozan su pecho de la forma más increíble.

—Date la vuelta para mí —dice, sus dientes contra mi mandíbula—. Quiero que bajes sobre mí, luego recuéstate contra mí, ¿de acuerdo?

Asiento con la cabeza y me recoloco. Bo me rodea la cintura con la mano y se sienta debajo de mí. Me besa el hombro y me apoya la frente en la nuca mientras me pongo de rodillas y me hundo sobre él.

—Mierda —susurro, separando los labios al inspirar. No importa cuántas veces repitiera el recuerdo de nuestra noche juntos, en el fondo sabía que nunca se había acercado a la realidad. Nada podría haberme preparado para lo increíble que volvería a sentirme.

—Win… —gime, su voz sin aliento—. ¿Cómo es aún mejor esta vez?

—Porque ahora somos nosotros —respondo, susurrando a través de una espesa niebla de deseo.

Hago lo que me dijo y me reclino contra su pecho. Los brazos de Bo me envuelven en un fuerte abrazo, una mano me pasa por el

abdomen y me sujeta allí. Con la otra me agarra el pecho. Utilizo las espinillas y las rodillas apoyadas en el colchón para rodar contra él.

—¿Así? —sisea, con sus dientes en mi oreja—. Sí —dice bruscamente—. Mierda… —Baja lentamente su mano desde mi estómago hasta entre mis piernas, poniendo la piel de gallina a su paso.

—Demasiado —le digo mientras empieza a jugar con mi clítoris, mis movimientos nerviosos—. No puedo moverme mientras haces eso. Es demasiado bueno.

—Entonces no te muevas —ordena con severidad—. Necesito sentir cómo te corres alrededor de mi polla antes de perder la puta cabeza.

—Bo —hipo, subiendo la mano para jugar con mi pecho—. Estoy tan llena… —digo, sintiendo que me retuerzo y me aprieto contra él. Giro el cuello hacia atrás, dejando caer la nuca contra su clavícula.

—Eso es, cariño. Tranquila. Te tengo —dice, con la comisura de sus labios contra mi frente.

Empiezo a girar mis caderas en pequeños movimientos circulares, mi trasero presionando el abdomen de él.

Bo gime, entrecortado y ronco, con su cálido aliento en la línea de mi pelo.

—¿Puedes venirte conmigo? —pregunto tragando saliva, sintiendo que una gota de sudor me resbala por los omóplatos.

Bo se ríe una vez, sin mucho humor en absoluto.

—Win, eso es todo lo que he estado tratando de no hacer.

—Por favor —suplico—. Por favor, estoy cerca. Quiero hacerlo. Juntos.

Aplica más presión sobre mi clítoris, manteniendo su movimiento constante mientras yo sigo rotando las caderas. Me aprieta la nariz contra el pelo, inspirándome profundamente mientras vuelve a gemir.

—Es tan bueno —dice, con la voz casi quejumbrosa.

—Casi…

Jadeo.

—Casi.

—Sí.

Gruñe, bombeando dentro de mí desde abajo.

El estómago se me tensa al sentir la caída anticipada, el corazón me da un vuelco antes de que el placer invada mi cuerpo.

—Ahora —grito entre respiraciones agitadas.

—Wi-in —divide mi nombre en dos sílabas. Entonces siento su calor derramarse dentro de mí, sumiéndome aún más en el éxtasis.

Tiemblo contra él, y su abrazo se estrecha a mi alrededor.

—Mierda —gime antes de desplomarse hacia atrás, llevándome con él. Su espalda cae sobre el colchón mientras yo caigo sobre él. El sudor que ha estado goteando por mi espalda se encuentra con la carne caliente de su abdomen debajo de mí.

—Vaya —digo, recuperando el aliento y pegando la oreja a su cuello. Su corazón late casi tan rápido como el mío.

Bo se ríe, solo una vez.

—Maldición.

—Sí —asiento, sonriendo para mis adentros, mientras mis ojos se cierran con cada exhalación.

Siento su fuerte respiración bajo mi espalda y subo las manos por encima de mi cabeza para tocar su cara.

—Un trabajo increíble, «cariño». —Le devuelvo el apodo mientras le acaricio la mejilla.

—¿Quién dijo que había terminado? —pregunta burlón levantando las caderas y recordándome que sigue muy dentro de mí

y que se pone más duro a cada segundo—. He estado esperando esto… «cariño».

Capítulo 31

Estuvimos dos rondas más antes de exigir una ducha y algo de descanso. Bo cedió, con la condición de que yo durmiera desnuda y encima de él. Fue sin duda el mejor sueño de mi vida. Cuando nos despertamos esta mañana, la habitación seguía a oscuras mientras afuera llovía a cántaros.

Pero nunca me he sentido más brillante.

Bo se remueve a mi lado, con la nariz pegada a la almohada mientras parpadea despierto y luego vuelve a cerrar los ojos. Lo observo dormir descaradamente, fijándome en el delicado movimiento de sus cejas, las respiraciones entre sobresaltadas y tranquilas, el subir y bajar de su pecho. Memorizo cada detalle de su rostro. Su arco de cupido oculto bajo una suave mata de vello facial dorado, las veintiuna pecas de su frente, mejillas y nariz. Las pocas que tiene en los párpados son mis favoritas.

Luego, una vez saciada, me siento a su lado, con la espalda apoyada en el cabecero y la manta envolviéndome el torso. Lo despierto rozándole suavemente la barba con la mano. Abre un ojo y, con una sonrisa soñolienta, levanta la vista para verme.

—Buenos días, preciosa —susurra con voz áspera. Me rodea el regazo con un brazo, me sujeta la cadera y se coloca encima de mí, con la cabeza sobre mis muslos—. Cinco minutos más —bosteza, acurrucándose entre mis piernas.

No estoy segura de si es la proximidad de su voz a mi vientre o la forma en que mi corazón empezó a latir lo que llamó la atención del bebé, pero ahora también está despierto. Me saluda con pataditas en

el costado izquierdo. Pongo una mano donde parece estar el bebé y otra en el lado de la cabeza de Bo, acariciándole el pelo con los deditos.

Y pienso para mis adentros: «la vida nunca ha sido tan buena como en este preciso momento. Lo único que me queda por hacer es decirle lo mucho que lo quiero… y no estoy preparada para esperar cinco minutos más».

—¿Bo? —digo su nombre como si nunca lo hubiera dicho antes. Como si fuera extraño en mi lengua con todos estos nuevos sentimientos y la profundidad que contiene—. Bo… necesito decirte algo.

—Tienes que esperar —dice refunfuñando, hablando por el lado de su boca aplastada contra mi regazo—. Quiero decirlo primero, pero estoy demasiado cansado para hacerlo bien ahora. Hasta después.

Sonrío tanto que inclino la cabeza hacia atrás, apuntando mi cara hacia el techo.

—¿Qué dices primero? —pregunto, echándole el pelo hacia atrás y recorriendo con el pulgar desde lo alto de su oreja hasta su cuello.

—Dos grandes e importantes palabras. Las conoces, ¿verdad?

—No, lo siento, no estoy familiarizada. Será mejor que despiertes y me lo digas.

—Te mereces algo mejor que una confesión de alcoba. Debería haber espectáculo —dice, sonriendo para sí mismo, con los ojos aún cerrados con fuerza—. Pizzas —añade, suspirando.

—No necesito espectáculo. —«Solo te necesito a ti».

Bo gime mientras se incorpora, con la cabeza colgando entre nosotros hasta que gira el cuello y me dedica esa clásica sonrisa de colegial travieso que me mata siempre.

—Buenos días. —Tira de su manta más arriba de su regazo para cubrir su mitad inferior.

—Oh, buenos días —susurro, inclinándome hacia delante para capturar sus labios en un único beso perezoso—. ¿Te ha despertado algo?

—Hmm —gime, frotándose el ojo con el talón de la palma de la mano—. No pensé que me sentiría con resaca. Me sentía sobrio cuando llegué a la cama.

—Ah, pero amor, ya tienes treinta años.

Ladea la cabeza lentamente, con el pelo suelto a un lado.

—Me gusta —dice sonriendo.

—¿Qué?

—La chica de mis sueños está en la cama conmigo, llamándome «amor».

—La chica de tus sueños, ¿eh? —digo, tirando de la manta más arriba de mi pecho cuando noto que sus ojos bajan. Necesito que se concentre.

—¿Cómo estás tan despierta? —pregunta, abriendo los ojos y parpadeando lentamente—. Me siento como si me hubiera tragado piedras.

—En realidad estoy sobria, ¿recuerdas? ¿Lo del bebé? —Me burlo, frotando mi mano desde su hombro hasta su cuello, inclinando su cabeza caída hacia arriba para que me mire—. Despierta. —*Necesito* que me diga cómo se siente. Porque realmente siento que estoy a punto de estallar—. Si tú no vas a decirlo primero, lo haré yo.

Se ríe y vuelve a dejar caer la cabeza entre nosotros.

—Sabes, tienes una forma muy interesante de mantenerme alerta. He estado luchando contra todos mis impulsos contigo porque dijiste que no debíamos ser más que amigos. Entonces, después de una noche juntos, quieres todas las cartas sobre la mesa. ¿Sabes lo difícil que ha sido no decírtelo todos los días? Quizá debería hacerte esperar —me dice, entrecerrando los ojos juguetonamente.

Tiene razón. Yo he marcado el camino todo este tiempo. Mis límites y mis reglas. Él me ha seguido amable y respetuosamente en todo momento. Esa es probablemente una de las muchas razones por las que estoy tan enamorada de él. Y podría dejar que me torturara un poco, ya que, sin saberlo, lo he mantenido congelado todo este tiempo.

Pero él es mejor persona que yo.

Cruzo la mano de Bo y la tomo entre las mías, rodeando sus dedos con la palma y apretándolos. Su sonrisa sigue siendo borrosa, pero sus ojos son más claros ahora. Espero una pequeña mirada de permiso, un pequeño rabillo suavizado de sus ojos que diga «adelante»…

—Te amo —le digo, apretando sus dedos de nuevo—. Estoy plena, loca, profunda e incuestionablemente enamorada de ti.

Los hombros de Bo caen al inspirar profundamente, como si estuviera asimilando mis palabras. Su rostro contento y paciente y tan, tan feliz.

—He tenido tanto miedo de dejarme sentir así otra vez. He cuestionado mi juicio, mis intenciones y mi razonamiento desde que nos conocimos, pero durante todo este tiempo, me has estado demostrando que puedo confiar en ti con pequeños actos cada día. Y esas pequeñas dosis de bondad, generosidad, apoyo y dulzura han ido erosionando el duro muro que construí alrededor de mi corazón. Nunca me pediste más. Nunca me apuraste. Tú…

Trago saliva, aclarándome la garganta de las emociones que la obstruyen lo mejor que puedo.

—Me has visto. Me has entendido como nunca me habían entendido. Y ahora también te veo a ti. Veo lo verdaderamente encantador que eres. Y lo que es más importante, lo creo. Con todo lo que llevo dentro, creo que serás gentil con mi corazón.

Bo parpadea rápidamente, sus ojos se agitan mientras mira hacia abajo entre nosotros y se lleva la mano a la boca antes de besar cada

nudillo. Se apoya en la palma de mi mano, acuno su cara y noto cómo le tiembla la mandíbula

—Te amo, Win. Te amo tanto que me hace sentir como si hubiera odiado todo lo demás en mi vida hasta ahora. Nada es comparable a lo que siento por ti. Ni de cerca.

—Gracias —susurro, apretando mi frente contra la suya.

—Gracias —responde.

Quiero gritar. Quiero bailar. Quiero quedarme en sus brazos todo el día, todo el año. Sobre todo, quiero besar cada centímetro de su cuerpo y demostrarle lo mucho que lo quiero una y otra vez.

—Bésame.

Su dulce beso postconfesional se encuentra con mi hambre acalorada y voraz. Se ríe contra mi boca, sin aliento, mientras empiezo a besarle la columna de la garganta.

—¿Lista, cariño?

—Acostúmbrate, *cariño*.

Bo aparta las mantas de mi pecho y de su regazo antes de tirar de mí hacia él con tanta fuerza que suelto una risita por el impacto.

—Muy bien —dice, levantándome con dos fuertes manos en las caderas y dejándome caer sobre su regazo—. Veamos cuántas veces podemos hacer esto antes del desayuno.

Bo desliza sus brazos bajo mis muslos, levantándome mientras enlaza sus manos detrás de mi espalda, soportando mi peso.

—¿Te he dicho lo mucho que te amo? —digo burlonamente mientras se alinea en mi entrada, mi cabeza rodando hacia atrás con anticipación.

—Lo cantarás pronto si lo hago bien.

Cruzo el pasillo hacia el baño, cubierta solo con una toalla, mientras Bo va a comprobar si su padre ya se ha despertado. Si lo está, Bo también tendrá que dar algunas explicaciones. Y disculparse, tal vez. Casa vieja, paredes finas y lo que sea.

En cualquier caso, no es mi conversación. Pero antes de meterme en la ducha llena de vapor, le envió un mensaje a Sarah contándole cómo nos ha ido la noche y la mañana juntos. Veo con regocijo cómo mi teléfono zumba y se enciende tantas veces en la encimera del baño que resbala y cae en el lavabo vacío.

Cuando termino, me seco el pelo, me unto loción en la barriga que crece lentamente, me lavo los dientes y vuelvo de puntillas al otro lado del pasillo. Una vez allí, encuentro una taza de café recién hecho por Bo en mi tocador. Incluso ha hecho la cama. Creo que nunca he hecho mi cama, pero agradezco el detalle.

Me visto con unos leggins negros gruesos, mi sudadera verde esmeralda favorita de Westcliff y un par de calcetines de lana. Me recojo el pelo en un moño desordenado y me dirijo hacia el aroma de algo delicioso que viene del fondo del pasillo, café en mano.

—Buenos días —digo entrando en la cocina.

—Solo yo —dice Bo, volteando un panqueque en la estufa—. Papá debe haber bebido demasiado.

—¿Deberíamos despertarlo? ¿Cuándo es su vuelo?

—Lo dejaré a las nueve. Es de noche. Dejémoslo dormir.

—¿Has hablado con él para que venga de visita cuando nazca el bebé? —pregunto, llenando un vaso con hielo de la nevera.

—No. En realidad, estaba pensando… Tal vez podríamos ir allí. Unas pequeñas vacaciones familiares… ¿has estado alguna vez en París?

Sonrío, sacudiendo la cabeza. «Familia». Eso es exactamente lo que somos.

—Siempre he querido, pero no. ¿Quizás podríamos hacer una pequeña gira mundial? ¿Pasar también por casa de mi madre?

—¿Todavía no está segura de venir en agosto?

—No… algo sobre tener que pagar una cuota de entrada a este nuevo negocio que está haciendo; jura que lo va a recuperar pronto, pero —digo, encogiéndome de hombros—, ¿quién sabe?

—¿Tu madre sabe… sobre…? —Bo hace un gesto entre los dos con la espátula.

Sonrío mientras tomo un sorbo largo de café.

—Ella lo supo antes que tú, en realidad. Le mentí desde el principio cuando no le aclaré de qué manera vivíamos juntos. Pero ahora, supongo que puedo llamarlo manifestación —digo, poniéndome de puntillas para besarle la mejilla.

Bo voltea un panqueque, asintiendo para sí mismo.

—Así que, he estado pensando…

Con sarcasmo, miro entre el baño del pasillo y él.

—¿En los últimos diez minutos? ¿Te he dejado solo demasiado tiempo?

—Me gustaría que dejaras la cafetería.

—Bo. —Pongo los ojos en blanco con afecto—. A mí también me gusta estar en casa, pero todavía tengo que ahorrar dinero para el campamento y pagar mi parte justa por aquí. —Le paso la mano por el cuello y le rozo el hombro. Me encanta poder tocarlo ahora. Me encanta sentir como si siempre hubiera podido hacerlo—. Y haría que te despidieran… —digo en voz baja—. ¿Esos jerséis que llevas para trabajar y tus gafas? Lo hacen para mí.

Bo se ríe, su garganta trabajando mientras levanta un panqueque de la sartén a un plato ya lleno, luego apaga la hornilla.

—Seguirías trabajando. Pero no en la cafetería.

—Yo también considero que el trabajo sexual es una forma honesta de ganarse la vida, pero precioso, eso no va a ocurrir.

Bo se apoya en el mostrador, con la mano plana sobre él.

—Recibí un correo electrónico de James Burrough, el inversor, esta mañana. Bueno, anoche. Pero entonces estaba ocupado. —Guiña un ojo—. Lo he visto esta mañana.

Coloco la taza sobre la encimera, casi rompiéndola con la velocidad a la que lo hago.

—Y…

Le hago señas con ambas manos.

—Y quiere invertir. Ofrece el 78% de lo que necesitamos.

Me llevo las dos manos a la cara, tapándome el grito ahogado.

—¡Es increíble! —Rodeo los hombros de Bo con los brazos y lo abrazo. Él permanece inmóvil, aparte de inclinarse para hundir su barbilla en mi cuello—. Pero espera. Eso aún significa que…

—Quiero invertir el resto, Win. Pero… —dice, dando golpecitos con los dedos en la encimera—. Quiero saber que mi inversión no se quemará corriendo entre dos trabajos. Tienes cuatro meses más antes de que llegue el bebé, y creo que, si pudieras centrarte en el campamento, podrías hacer grandes progresos.

—Bo, eso es… —Trato de hacer los cálculos en mi cabeza y no encuentro nada—. Eso es…

—Ciento treinta y ocho mil seiscientos dólares.

—¡No tienes eso! —exclamo, con la boca abierta.

—¿No? —Me hace un mohín—. Eh… juraría que sí.

—Bo… —susurro, mirándolo de reojo—. ¿Eres rico?

—Me va bien.

—Me va bien suena como algo que diría una persona rica. Sé que tienes un trabajo estupendo, pero eso es mucho dinero.

—He tenido suerte con algunas inversiones. Adamir se acercó a mí para pedirme consejo cuando terminó sus estudios, y acabé asociándome con él en una aplicación que creó. Se vendió hace más de un año por algo menos de tres millones.

—Y cuando dices asociados, ¿quieres decir…?

—Conseguí alrededor del 30% de eso.

Me agarro la frente, riendo sin sonido.

—Hay muchas matemáticas esta mañana.

Bo suelta la mano del mostrador y me rodea la espalda, atrayéndome hacia él.

—Ha habido muchas cosas que he querido hacer y decir estos últimos meses, y he estado esperando no muy pacientemente. Esta es una de esas cosas. Ahora que confías en mí —me inclina la barbilla hacia él cuando miro hacia abajo entre los dos—, quiero que me dejes ayudarte, ¿bien? —Asiente con los ojos clavados en los míos, como si intentara que yo hiciera lo mismo—. Ahora te toca a ti, Win.

—¿Mi turno? —pregunto, con voz distante.

—Todo lo que vertiste en tu relación con ese… —Los ojos de Bo se desorbitan, y toma aire, calmándose—. Todavía no lo sé todo (y me gustaría mucho hablar más de ello cuando estés preparada), pero cuando dijiste que apoyaste a ese imbécil en la escuela solo para no recibir nada a cambio, me destrozó. Así que sí, ahora es tu turno, Win. De recuperar ese tiempo. Para llegar a donde quieres estar. Donde mereces estar. Y no solo porque te lo mereces. Sino también porque niños como Henry lo merecen. Niños como nosotros que necesitan este campamento. Así que, por favor, déjame formar parte de él.

—No depende de ti arreglar los errores de Jack…

—No —dice Bo, inclinándose para besarme una sola vez, rozando su nariz con la mía—. Pero es mi trabajo amarte como te mereces a partir de ahora. —Presiona su frente contra la mía, exhalando lentamente—. Déjame hacerlo, cariño.

—Bien —susurro, respirándolo. Bo se endereza, su cara sigue apuntando hacia mí—. ¿Me prometes que no estás haciendo esto solo porque por fin hemos tenido sexo? —digo, con una mueca de dolor.

Bo se ríe, jugando con el pelo sobre mi hombro, jugueteando sin sentido.

—A pesar de lo bueno que es el sexo, no. Es mucho más que eso.

—Así que… ¿así de fácil? ¿Dejo mi trabajo? —pregunto, rodeando su cintura con los brazos y apoyando la barbilla en su pecho, mirándolo con adoración—. Realmente querías una mujer mantenida. Tenía razón.

—Cuanto antes lo dejes, antes podrás centrar tu atención en el campamento —dice Bo—. Además, no vamos a estar solo nosotros durante mucho más tiempo. Por muy emocionado que esté de que llegue August, me gustaría algo más de tiempo a solas antes de eso.

—Hmm. Y dormir —estoy de acuerdo.

—Eso también.

—Entonces… ¿le mandamos un correo electrónico a James? ¿Le contamos el plan?

—Bueno, vamos a tener que hacer muchas más cuentas, porque ya no importan ninguno de esos planes que hicimos. Pero entonces, sí.

—Me encanta cuando me dices cosas sucias—digo moviendo las cejas.

—Primero, el desayuno. —Bo se retuerce entre mis brazos y me tiende un plato con un guiño socarrón—. Tengo que mantenerte alimentada —dice, rozando su nariz en mi sien—. Para más tarde.

Tengo la sensación de que voy a disfrutar mucho más tarde.

—Sí, por todas esas matemáticas.

—Exactamente.

Capítulo 32

Veintiséis semanas de embarazo. El bebé tiene el tamaño de una berenjena.

—¡Estás haciendo el ridículo! —grito, saliendo furiosa por el pasillo detrás de Bo—. El día de los inocentes fue hace dos semanas, así que, si esto es algún tipo de broma, ¡no es divertida ni oportuna!

Bo se vuelve bruscamente hacia su habitación. Perdón, *nuestra* habitación. Tengo que recordarme varias veces.

Lo sigo, observando cómo se aleja de mí. Es lo suficientemente audaz como para estar riéndose.

—Si quieres pelear conmigo, está bien, pero ¿puede esperar hasta que los chicos de la instalación se vayan? Así al menos podremos tener sexo de reconciliación cuando termines de enfadarte. —Se detiene al chocar contra la pared. Lo arrincono, mi dedo le pincha el pecho en el impacto.

—Dijiste. No. Más. Regalos —digo, anunciando cada palabra con un golpe de mi dedo contra su músculo.

Me aparta la mano de un manotazo, sin soltarla, y me besa la palma con una sonrisa

—Yo no he dicho eso. Lo has dicho tú.

—¡Robert! —Retiro la mano, cayendo momentáneamente en su suave y arrulladora trampa de tiernos besos.

—¡Winnifred! —se ríe, con los ojos arrugados a ambos lados.

«Qué cara tiene este hombre».

—No lo hagas —le digo, cruzando los brazos sobre el pecho.

Me amonesta con una suave exhalación, su rostro se vuelve un poco más serio, pero aún no tan sincero como me gustaría. Se pasa una mano por el pelo y se lo deja caer sobre la cara.

No se lo ha cortado desde que lo conozco, y tengo que admitir que me encanta que dure más. Más para agarrarlo en la cama o jugar con él cuando está tumbado en mi regazo en el sofá, viendo otra película durante la que inevitablemente me quedaré dormida.

—Cariño, es una bañera. En algún momento necesitaremos una. ¿En serio íbamos a bañar a August en el lavabo durante los próximos cuatro años? ¿Una cubeta? Tú lo quieres, yo lo quiero. ¿Cuál es el problema?

—El gran problema es que no me lo dijiste de antemano para que hubiera tenido la opción de decir que no. Cada vez que haces algo así, me siento un paso más cerca de convertirme en una princesa mimada sin trabajo que…

—Tienes trabajo —interrumpe, poniéndome una mano en la barriga. Sabe que cuando me enfado así, August da patadas, y maldita sea, es mucho más difícil seguir enfadada cuando me sonríe a la barriga, escuchándome distraídamente mientras espera el movimiento del bebé.

—*Sin* ingresos —me corrijo, bajando la mano hacia el lugar donde el bebé ya daba patadas—. A quien se espera de pies y manos y no aporta nada. Sigues haciendo todas estas cosas extravagantes por mí, y me siento incómoda con ello. Ya te lo he dicho. Primero, fue el préstamo del campamento…

—No es un préstamo. Una inversión —argumenta Bo, abriendo más los dedos sobre mi bulto.

—Entonces fue el «cobertizo». —Uso comillas al aire agresivamente alrededor de la palabra cobertizo, intentando cómicamente hacerlas también con mis dedos meñiques.

HANNAH BONAM-YOUNG

Cuando Bo anunció que iba a comprar un cobertizo para el patio trasero, destinado a la jardinería y al almacenamiento, no le di mucha importancia. Aunque tenía la ligera sospecha de que estaba relacionado con todas mis preguntas sobre en qué florecería el jardín en primavera. Hice planes para empezar un pequeño huerto y, de repente, me convertí en la orgullosa propietaria de un invernadero. No un cobertizo. Un precioso invernadero de cristal con agua corriente y electricidad.

Porque este hombre es ridículo.

—En mi defensa, eso tuvo motivaciones egoístas. Algunas de las plantas del salón se mudaron fuera, lo que…

—¡Ahora una maldita bañera! —chillo, luego respiro hondo y centrado mientras él intenta no reírse de mi arrebato—. Bo, tenías una buena ducha. Una ducha a ras de suelo. Una diseñada para satisfacer tus necesidades. Esto es absurdo. Es inseguro —digo, mis ojos caen a mi vientre, donde las manos de Bo descansan cómodamente.

—Fred… —dice Bo, acercando una mano a mi mandíbula e inclinando mi cara hacia él. Él y su sonrisa estúpidamente bonita, aunque condescendiente—. Es una bañera de acceso con puerta. Énfasis en la parte de acceso. Necesitas tus baños, cariño. Sarah y yo…

—¡Y eso es otra maldita cosa! —exclamo, pinchándole la barbilla. Me mira el dedo con las cejas anudadas y suelta una carcajada aguda y sorprendida—. Deja de hablar con Sarah de todas estas cosas antes de hablar conmigo. Le gusta que la mimen. Esa es la dinámica de ella y Caleb, no la nuestra.

—No. Es. Un. Regalo —dice Bo, inclinándose para besarme la frente como un pájaro carpintero entre palabra y palabra—. Un regalo sería algo que quieres, no algo que necesitas —dice, moviéndose hacia la esquina de la habitación donde he puesto una planta de palma—. ¿Es nueva?

Gruño, apartándome de él y dejándome caer en la cama como una dramática estrella de mar.

Bo se mueve en silencio para cerrar la puerta. Luego se acerca y se sienta junto a mi cadera en el borde de la cama. No dice nada, sin duda esperando a que lo mire. Pero me niego.

—Si realmente lo necesitas, los enviaré a casa. Pero cabe la posibilidad de que a estas alturas sea demasiado tarde. Estoy bastante seguro de que vi cómo se llevaban fuera nuestra vieja puerta de la ducha.

Me cubro la cara y gimo entre las palmas de las manos.

Me encantan los baños. Echo de menos los baños. Hay que reconocer que estoy deseando bañarme aquí, en mi casa. Quiero que Bo se siente allí conmigo y haga su rompecabezas sudoku mientras yo me remojo y me limpio, escuchando música y contándonos nuestros días. Quiero que me mire y rece para que las burbujas se conviertan en una película blanca y sedosa que le permita ver más de mi cuerpo a través del agua. Quiero que me saque de allí solo para secarme con su lengua. Quiero sumergirme en agua caliente cuando me ponga de parto, esperar a que pasen las primeras contracciones en el lugar donde me siento más tranquila.

Solo que no quiero esta balanza inclinada.

Esta puntuación desigual. Este recuento del que aún no estoy convencida que no se está contando. Los regalos de Bo, sus actos amables y su generosidad comparados con los míos. La competición que siento que estoy perdiendo.

—No quiero que los envíes a casa —digo, con la voz amortiguada por las manos que me cruzan la cara.

—¿Qué quieres? ¿Un tentempié, tal vez?

—No estoy de mal humor porque tenga hambre —le digo, retirando las manos para mirarlo fijamente.

Frunce los labios y asiente con sarcasmo.

—¿No? Nunca.

—Dime cómo devolverte el mimo —le digo, haciendo un mohín—. Y no digas sexo oral…

Bo cierra la boca tan rápido como la abrió, sonriendo tímidamente mientras se rasca por encima de la ceja.

—Solo quiero que esto se sienta justo, Bo. Es todo lo que siempre he querido.

Vuelve a apoyarme la palma en el vientre y exhala un largo suspiro. Mueve el pulgar de un lado a otro, juntando y estirando mi camiseta a su paso. Bueno, en realidad, su camiseta. La mayoría de la ropa no me queda bien desde que me salió el bulto. Me niego a comprarme nada nuevo. Me gusta llevar la ropa de Bo porque se pone muy nervioso. Creo que es porque es casi como anunciar al mundo que soy suya. Su mujer llevando a su bebé en su ropa.

Y me gusta que huelan como él.

—Lo sé, Win. Pero, para mí, nunca será justo. No importa cuánto haga, tú eres la que lleva…

—El campamento llevará años, Bo. Años. Si es que incluso sucede, porque ¿quién sabe? Las cosas podrían salir mal. Tal vez no podamos encontrar una propiedad. Tal vez lo abramos y nadie venga. Tal vez fracase. ¿Y entonces qué?

—Creo en ti y en esta idea —dice Bo, acercándose más a mí—. Pero si no ocurriera, nunca te lo reprocharía. Quiero esto para nosotros. Y apuesto a que, algún día no muy lejano, estarás ganando más que yo haciendo lo que siempre has querido hacer.

—Pero eso no significa que tengas que mimarme.

—Quiero que te encante estar aquí tanto como yo te amo aquí.

—Y lo agradezco, pero todas estas cosas me parecen recordatorios no tan sutiles de lo poco que tengo para dar.

—Cariño. —Bo ríe sin humor, sus ojos suplicantes—. Me lo estás dando todo.

—Solo… habla conmigo primero antes de decidir hacer algo más grandioso, ¿de acuerdo? Ni Sarah, ni tu padre, ni Caleb ni los otros chicos, sino yo. No encuentro divertidas las sorpresas.

—Esta sí —dice Bo, dejando caer la barbilla sobre mi vientre y mirándome con ojos suaves de cachorrito mientras inclina la mejilla contra mí—, ¿no?

Pongo los ojos en blanco y me resisto a sonreír.

—Sí —acepto obstinadamente.

—Y… la otra noche… eso fue una sorpresa.

Se humedece los labios mientras se levanta sobre mí, besando su camino por mi cuerpo a través de mi ropa.

Habla, por supuesto, del nuevo juguete que me regaló. Bueno, a nosotros. Después de que Bo me dijera que me había oído desde el pasillo, nunca volví a mirar a mi vibrador igual. Al final, lo tiré. Pero resulta que Bo quería jugar a esa fantasía y me compró uno nuevo para verme usarlo. Quería ver si su imaginación estaba a la altura de la realidad.

Por la forma enloquecida en que se comportó después, creo que sí.

Luego me tocó a mí vivir la fantasía que me había estado negando, usando la sedosa cuerda negra que Bo tenía guardada en el armario. Resulta que la había comprado para una especie de *cosplay*, pero eso no viene al caso. Hizo bien su trabajo.

—Un compromiso —digo, jugando con su pelo mientras me besa por el vientre—. Las sorpresas de menos de cincuenta dólares están permitidas.

—¿Qué tal quinientos?

—¿Qué has hecho?

Me incorporo, obligándolo a retroceder tanto que casi se cae de la cama.

—¡Nada! —dice a la defensiva. Levanto una ceja—. Nada que pueda devolver…

—Nueva regla. A partir de hoy —digo, dejándome caer de nuevo sobre el colchón—. Cincuenta.

Sonríe con picardía mientras sube por mi cuerpo y baja la boca hasta la mía.

—De acuerdo —susurra contra mis labios—. Me encanta ver cuánto tardas en romper tus propias reglas —dice, dejando caer sus dulces besos por mi cuello hasta mi pecho.

Inmediatamente, mis pezones se endurecen y piden su atención a través de las finas capas de mi sujetador y mi camiseta de algodón. Malditas hormonas. Estos días fluctúo constantemente entre la agitación y la excitación, sin mucho más entre medias.

Mientras tanto, siento todo el cuerpo dolorido e hinchado. Aun así, Bo deja claro que no podría sentirse más atraído por mí. Creo que el tipo en realidad podría preferirme preñada.

—Nos van a oír… —jadeo, mientras me toca el pecho con una mano y me lame el pezón con la otra, mojándolo con la lengua. Aprieto los muslos, intentando dominar el deseo irrefrenable de tenerlo ahora mismo.

—Bueno, entonces, asegúrate de decir mi nombre claramente, cariño. Quiero que sepan quién hace que todos esos bonitos ruidos salgan de tu boca.

Se levanta y me quita los leggins de un tirón. Me echa las piernas por encima de los hombros y se arrodilla al final de la cama.

—No, sube aquí —suplico—. Te necesito. Fuerte y rápido.

—¿Tienes que ir a algún sitio? —dice Bo, su boca se cierne sobre mi clítoris, su proximidad se burla de mí. Sus ojos me miran, oscurecidos y llenos de lujuria. Inconscientemente, giro las caderas para ir a su encuentro. Pero entonces recuerdo que tengo que ir a un sitio.

—Sí —respondo sin aliento—. La cita que concertaste…

—Ah, ¿la prueba del cochecito?

Me pregunta besándome la cara interna del muslo.

—Sí —digo, riéndome mientras me hace cosquillas en la pierna con la barba—. Para —gimoteo.

—Podrías llegar un poco tarde —argumenta antes de deslizar su lengua por mi entrada. Tararea mientras presiona su boca contra mí, provocándome un escalofrío.

Me incorporo y veo cómo sus ojos vuelven a su cráneo antes de cerrarse con fuerza.

—Y se supone que ahora deberías estar trabajando. —Le paso una mano por el pelo.

Me chasquea con la lengua, enseñando los dientes mientras me sonríe

—Estoy intentando hacer algunos de mis mejores trabajos.

Me muevo más arriba en la cama, lejos de él.

—Por favor —le pido amablemente—. Te quiero dentro de mí. Quiero sentirte. Quiero que sea duro. —Me pongo de rodillas en el centro de la cama y me quito la camiseta.

Bo se levanta, se desabrocha los botones de los vaqueros antes de quitárselos y tirarlos a un lado.

—Bien, como quieras. —Da un paso hacia mí, su sonrisa torcida y sus ojos mortales mientras extiende los brazos—. Ven aquí, cariño —me dice, con voz arrogante mientras me tiende los dedos para que lo siga.

—¿Podemos? —pregunto, mordiéndome el labio inferior. Sé que Bo está mucho más cómodo de pie desde que tiene su nueva prótesis, pero aún no hemos intentado tener sexo de pie. Además, ahora que estoy en el tercer trimestre, ya no soy tan ligera como antes.

—Averigüémoslo —responde, encogiéndose de hombros mientras se inclina sobre la cama, intentando atraerme hacia él.

—No me sueltes.

Me arrastro hacia él con entusiasmo. Bo me levanta sin esfuerzo y yo me enrosco a su alrededor, con las piernas enganchadas en sus caderas y los brazos alrededor de su cuello. Él retrocede unos pasos mientras nos besamos, girándonos para que mi espalda choque contra la pared con la fuerza perfecta.

Una vez en equilibrio, choca contra mí y yo jadeo, presa de una necesidad embriagadora. Me meto entre los dos, me quito las bragas y lo acaricio a través de los bóxer. Lo acaricio con la mano, sintiendo cómo se endurece y se retuerce debajo de mí. Mientras tanto, me besa en la cara, el cuello y el hombro. Estoy impaciente y me pongo furiosa por la fina capa de algodón que me separa de lo que quiero.

Vuelvo a pasar el brazo alrededor del hombro de Bo y aprieto el agarre para sostenerme

—Quítatelo ahora.

Bo asiente, retira su cara de mi cuello durante medio segundo antes de que sus bóxer lleguen al suelo y sus manos vuelvan a mis muslos, levantándome de nuevo hacia su cuerpo y colocándome en posición.

—¿Estás lista para mí, cariño? —pregunta, acercando tanto mi entrada a él que empiezo a estremecerme literalmente de anticipación.

Inclina las caderas y se clava en mi entrada. Gimo patéticamente, suplicándole.

—Dije, ¿estás lista para mí? Porque no planeo ser gentil contigo.

—Sí, sí, estoy lista. Por favor —respondo, con los ojos apretados, esperándolo.

—Mírame —ordena—. Abre los ojos.

Abro los ojos, pero están pesados, igual que mi respiración.

—Por favor —susurro, relamiéndome los labios—. Para —gimo cuando vuelve a burlarse de mí.

—Dime que quieres la bañera —dice, con la cara endurecida—. Dime que la quieres.

Abro la boca para hablar, pero solo se me escapa un grito ahogado cuando me baja, inclinada para que me apriete contra su dureza. Es un placer en sí mismo, pero no es lo que quiero. No a él dentro de mí.

—Bo… —susurro, frotándome contra él.

—Sé que no estás acostumbrada, pero mientras yo esté cerca, cuidaré de ti —dice, con voz grave y ronca—. Lo considero mi trabajo y mi privilegio a partir de ahora. ¿Quieres que las cosas sean justas? Yo también. Confía en que sé lo que es justo. Confía en que cuidaré de ti, Win. Confía en mí para cuidarte como necesito.

Me levanta y luego se inclina hacia mí, llenándome tan completamente que me deja sin aliento.

—Dímelo. —Gime en mi cuello mientras mi cabeza cae contra la pared—. Dime quién va a cuidar de ti —dice, con la boca pegada a un lado de mi mejilla.

—Tú —digo entre respiraciones agitadas—. Tú lo harás. —Llevo mi mano a su cara y le giro la mejilla para que me bese. Bo se separa de mí, me levanta y me pasa los brazos por detrás de las rodillas, abriéndome los muslos para que sus caderas se introduzcan entre ellos.

—Agárrate a mí, cariño —me dice, empujándose dentro de mí lentamente.

—Mierda… —gimo, mis dientes encuentran mi labio inferior—. Sí —gimo con cada delicioso centímetro que se desliza en mi interior.

—Recuerda —dice Bo entre gruñidos de esfuerzo, o quizá de contención—, si van a oírnos, que oigan mi nombre. Diles —gime, sus dientes en mi mandíbula—: quién cuida de ti.

Me muerdo el labio hasta el punto de que estoy segura de que podría sangrar mientras Bo empieza a follarme sin descanso, dando en el punto más profundo de mi ser que me hace sentir casi demasiado bien.

—Mierda —grito, con el sonido amortiguado por su cuello. Se me calienta la piel y me ruborizo. Me siento avergonzada, pero también excitada al saber que quizá nos oigan. Le muerdo el hombro, utilizándolo para acallar los sonidos de placer que amenazan con salir.

Gruñe, me sujeta contra él y da un paso a la derecha. Con una mano me rodea el muslo y con la otra tira de la cómoda. Una docena de objetos caen al suelo, pero a ninguno de los dos le importa.

Bo me deja caer sobre la dura superficie, mi espalda cae contra la pared por el impacto. Inclina las caderas hacia arriba y se aleja, agonizantemente despacio, con los ojos oscurecidos y fijos en donde estamos unidos, con una mano bajo mi rodilla, manteniéndome abierta para él.

Entonces me sorprende.

Me tapa la boca con su mano libre enérgicamente, empujando la parte posterior de mi cabeza contra la pared. Sus ojos encapuchados encuentran los míos, sorprendidos, y espera mi señal.

Asiento con la cabeza. Diciendo, en silencio: «sí, señor».

Cosmos Dreaming in Space

—¿No quieres que se enteren? —me pregunta, inclinándose tanto que tengo que abrir los ojos para verlo. Niego con la cabeza—. Bien —dice, con la mano flexionada sobre mi cara—. Te tengo —dice, retirándose del todo—. Aguanta, princesa.

Bo empieza a follarme con tanta fuerza que cada vez más objetos caen al suelo y la cómoda golpea la pared con cada embestida. Su voz es tensa junto a mi oído mientras me alaba. Un discurso lleno de las frases más sucias. «Buena chica. Me tomas tan bien. Tu coño es perfecto. Eres jodidamente perfecta. Te amo».

De sus labios, lo considero todo poesía. Elogios tan hermosos, genuinos y sinceros que los colecciono y los guardo en mi pecho.

Se me encogen los dedos de los pies mientras el placer crece como un vendaval en mi vientre. La mirada intensa de Bo mientras usa mi cuerpo me llena de una lujuria profunda y dolorosa. Sin previo aviso, retira la mano de mi boca y la lleva a mi cadera, agarrando mi carne mientras me penetra.

—Por favor —me suplica. Sé lo que quiere. Quizá me haya quitado toda la vergüenza, pero ya no me importa. Asiento con la cabeza y él sonríe mientras me arrastra hasta el borde de la cómoda.

Gimo y echo la cabeza hacia atrás mientras siento un orgasmo que me invade como una brisa cálida, sutil pero malditamente perfecta. El tipo de liberación que sientes en los huesos hasta las puntas del pelo, que te invade el cuerpo y la mente.

—Bo —grito, jadeando ante la sensación inmediata de su liberación mientras él tiembla y se queda quieto entre mis piernas antes de quitarse.

Observo, con la cabeza colgando entre nosotros, cómo vuelve a introducir su semen con dos dedos.

No sé por qué me parece tan excitante, pero así es. Hay algo tan primitivo en ello. Él queriendo llenarme, aunque ya estoy embarazada. Como si dijera, no tan sutilmente, que lo haría otra vez si pudiera. Que está contento por todo.

Retira los dedos y yo abro la boca, sonriendo perversamente cuando me los mete entre los labios y los chupo hasta dejarlos limpios.

Se ríe de una manera agridulce. Me hace levantar los hombros de orgullo de una manera que no me puedo creer.

—Así que… —digo entre jadeos, sonriendo al techo mientras mi pecho se agita—. Podemos hacerlo de pie, entonces.

El pecho de Bo trabaja más de la cuenta con cada respiración acelerada, pero aun así esboza una sonrisa radiante, con la cara apuntando al techo.

—Parece que sí… —susurra, más por cansancio que por necesidad de silencio. Eso hace tiempo que desapareció.

Cuando inclina la cara hacia la mía, con una sonrisa infantil y una arrogante satisfacción tras los ojos, lo beso.

Lo beso porque estoy agradecida, aunque a menudo se me da fatal demostrarlo.

Lo beso porque realmente quiere cuidar de mí.

Lo beso porque creo que voy a dejar que lo haga.

Lo beso porque lo amo.

Cada día más.

HANNAH BONAM-YOUNG

Capítulo 33

Treinta y tres semanas de embarazo. El bebé tiene el tamaño de una piña.

Respiro hondo, enfriando mis frustraciones, mientras miro fijamente en el espejo mi propio reflejo.

Llevo puesto un vestido precioso, el que Sarah insistió en que comprara en la sección de premamá y que me queda bien. Es un vestido verde salvia largo hasta el suelo con flores blancas cosidas a mano por todas partes. Se anuda en la espalda, creando la ilusión de una pequeña cintura por encima de mi prominente barriga. Y luce mis nuevas tetas, dos tallas más grandes que antes.

Tanto Bo como yo somos grandes fans.

También me he maquillado. Aunque, patéticamente, inclinarme sobre el lavabo para aplicarme el rímel me estaba provocando ventosidades.

Lo que me frustra es mi pelo.

Tenía la idea de hacerme una trenza para mantenerlo alejado de la cara, de forma que combinara con el aire bohemio del vestido, pero no ha sido así.

Me he retorcido y contorsionado de todas las maneras posibles, intentando verlo en el espejo mientras me estiraba por encima del hombro. Pero haga lo que haga, mi mano derecha no coopera y siempre se me cae el tercer mechón.

Una vez que le dije a Bo que no quería más sorpresas, me confesó una que él y Sarah habían estado preparando desde su cumpleaños.

Una fiesta de cumpleaños para mí. Excepto que, conociéndome como me conocen, decidieron que prefería matar dos pájaros de un tiro y hacer una fiesta combinada de *baby shower* y cumpleaños.

Bo insistió en que así podría decirme a mí misma que la fiesta era para August, y a él también, así que cedí.

Pero ahora probablemente ya llego tarde y parece que nunca he tomado un cepillo en mis veintinueve años de vida. Estoy a punto de hacerme una coleta baja, maldecir mi frente rectangular y dar por terminado el día cuando Bo llama suavemente a la puerta entreabierta del baño.

—¿Necesitas ayuda? —bromea, apoyándose en el marco de la puerta.

Pongo los ojos en blanco y sonrío a su reflejo mientras se coloca detrás de mí. Lleva una camiseta gris de manga larga y unos vaqueros negros, y está tan guapo como siempre.

—Clásico. —Sacudo la cabeza.

—Nunca pasa de moda —dice besándome la mejilla.

—Estaba intentando hacerme una trenza y ahora tengo este aspecto —digo señalando el desastre que he hecho—. Nunca he podido trenzar. No sé por qué pensé que hoy sería diferente.

Bo me apoya la barbilla en la cabeza y me cruza el pecho con los brazos mientras me estrecha contra él.

—Estás preciosa, Fred.

—Tenías que arruinar ese cumplido, ¿eh? —digo, dejando que mis manos recorran sus antebrazos—. Empezaré a llamarte Bob.

—Te ves hermosa, despampanante y francamente etérea… Fred.

—Puede que me afeite la cabeza —gimoteo, haciendo pucheros—. ¿Todavía me amarías si me afeito la cabeza?

—¿Es como la pregunta del gusano que me hiciste la semana pasada? ¿Hay también una respuesta correcta que debería conocer? Sí, te seguiría queriendo aunque fueras un gusano, o calva, o…

—¿Cuándo tenemos que irnos? —pregunto, interrumpiendo.

—Más o menos ahora.

—¿Más o menos?

—Sip, hace diez minutos, probablemente. Pero puedes llegar tarde. —Aprieta los labios contra mi cabeza y me suelta los brazos, me lleva las manos al pelo y me lo echa hacia atrás por encima de los hombros—. ¿Te importaría si lo intento yo?

Asiento tímidamente.

Bo me separa el pelo en tres trozos, los peina con sus largos dedos y los desenreda. Luego empieza a trenzarlo. Abro la boca para preguntarle cómo, pero me intercepta.

—En el instituto aprendí a hacer pulseras de la amistad porque había una chica muy guapa en mi clase a la que se le daban muy bien. Supongo que nunca lo olvidé.

—Las cosas que hacemos por amor… —suspiro, admirándome en el espejo mientras Bo toma por encima de mi hombro el coletero de la encimera.

—Ya está —dice Bo, dejando que la trenza caiga por mi espalda—. ¿Creo que está bien?

Ha hecho un trabajo perfecto. Incluso ha dejado todas las partes sueltas en los lugares correctos. Podría llorar.

En realidad, estoy muy embarazada y muy enamorada del chico, así que lloro.

—Una cosa más —dice, y me deja sola en el baño con los ojos llorosos. Me recojo y me despeino el flequillo en el espejo antes de girarme hacia un lado para ver mi bulto. Coloco las dos manos sobre él y lo froto hacia delante y hacia atrás, calmándome a mí y, espero, a August. Cada día me siento más grande que el anterior y más

preparada para conocerle. Y con cada pequeña incorporación, Bo y yo estamos más preparados.

Después de trasladar algunas de mis cosas al dormitorio principal —y algunas de las de Bo a otro lugar para hacer sitio—, encontramos un término medio con el resto de la casa. Decoramos a gusto de los dos y fusionamos nuestros estilos en uno solo. Después, empezamos con el cuarto del bebé.

Construyó una cuna que habíamos pedido en línea hecha de bambú sostenible, y pinté las paredes de un verde suave. Puse mi viejo vestidor de lavanda en la habitación y compramos la silla mecedora gris más cómoda en la que a ambos nos gusta tomar siestas. Además, por supuesto, algunas de mis plantas se mudaron allí también. Colgó estantes para libros, y he estado comprando lentamente pequeñas piezas de decoración de arte de segunda mano. Realmente está tomando forma.

Lo llama la guarida de un hobbit, mientras que yo lo veo más como una casita inspirada en la naturaleza. En cualquier caso, los dos ganamos.

Y supongo que, después de hoy, tendremos muchas más cosas con las que llenarlo.

Trazo un dedo desde el punto más grande de mi vientre hasta mi pecho, sonriendo para mí misma mientras avanzo. Cuando levanto la vista, encuentro a Bo apoyado en la puerta, sosteniendo un enorme ramo de flores silvestres.

—Tenía que dártelas más tarde, pero… —él saca un tallo de gypsophila, rompe cuatro ramitas pequeñas y luego se coloca detrás de mí—, creo que te quedarán bien en el pelo. —Uno a uno, va colocando pequeños ramilletes de flores blancas entre los mechones de mi trenza, con los ojos concentrados mientras los arregla para que queden perfectos.

»Perfecto —dice, enderezándose y metiéndose las manos en los bolsillos.

—Me encanta —digo, girándome para admirarlo lo mejor que puedo en el espejo, viendo a Bo hacer lo mismo—. Pero tú también necesitas algo. —Agarro un ranúnculo morado del ramo, acorto el tallo y lo pongo sobre la oreja de Bo—. Ya está. —Lo beso, solo una vez—. Ahora coincidimos.

Sonríe, sus ojos brillan hacia mí.

—¿Lista para irnos?

—Lista.

Salimos a la calle, tomados de la mano, en un hermoso día de mayo. Los pájaros cantan, el cielo es azul con un perfecto salpicado de nubes y la brisa huele a fresco. A hierba recién cortada y a rayos de sol que se filtran entre los árboles en flor. Después de lo que ha parecido un largo invierno, estoy muy agradecida de ver la primavera cada vez que salimos a la calle.

Aun así, estoy muy agradecida por lo que me ha traído este invierno.

Bo conduce con la radio encendida, pero hablamos por encima de ella como siempre. Cada día parecemos hablar de todo y de nada al mismo tiempo. Cada pensamiento, cada sentimiento, cada recuerdo contado hasta que nos quedamos sin palabras. Continuamos vertiendo todo de nosotros mismos al otro. Hasta que nuestras historias y recuerdos comenzaron a formar más una tela tejida que una página en blanco. Y las cosas sin importancia también. Las observaciones insignificantes y las anécdotas tontas que a nadie más le importaría escuchar. Esas son igual de importantes.

Cuando llegamos a la entrada de la casa de Sarah y Caleb, rozo con la mano su pelo y su mejilla. Disfrutando de la simple idea de que él es real. Que alguien pueda amarme tanto. Elegir llenarme en lugar de vaciarme. Encender un fuego para mantenerme caliente en lugar de quemarme.

A veces, parece que decir te quiero no es suficiente. No cuando toda mi vida ha cambiado gracias a este hombre.

Me ama de forma gratuita.

Sin expectativas. Sin exigencias. Ni una pizca de egoísmo.

«Te amo», pienso, frotando mi pulgar por su mejilla mientras me sonríe tímidamente.

«Yo también te amo», dice, en silencio, cuando me guiña un ojo antes de empujar su puerta y apresurarse a abrir la mía antes de que yo tenga la oportunidad.

—Sarah no sabe que lo sé, ¿verdad? —susurro mientras avanzamos por el camino de entrada.

—No, ella realmente quería que fuera una sorpresa.

—De acuerdo —digo, deteniéndome justo antes de los escalones de su porche—. ¿Qué tal esto entonces? —pregunto antes de poner mi mejor cara de sorpresa, con una mano delante de mis labios entreabiertos.

Bo se ríe, su garganta se balancea mientras sube los escalones delanteros de dos en dos.

—Genial. Muy convincente. —Pulsa el timbre y esperamos un largo rato antes de que se abra.

Pero no es Sarah la del otro lado.

—¿Mamá? —Me ahogo, cubriéndome los labios entreabiertos con una mano temblorosa.

—Sí, se veía igual —susurra Bo para sí mismo.

Mi madre, que hace poco me dijo que no podría venir hasta Navidad, está de pie frente a mí. Con su pelo rubio decolorado en largos rizos, su bronceado anaranjado y su vestido de encaje blanco roto ajustado. Con la misma calidez familiar en su sonrisa que me pregunto si algún día dejaré de echar de menos.

—Hola, cariño —me dice, abriendo los brazos cuando me abalanzo sobre ellos.

—¿Qué-cómo-cuándo?

—¡Pregúntale a tu hombre! —se ríe, me abraza con más fuerza y nos balancea de un lado a otro. Miro por encima de su hombro y veo a un Bo muy presumido y orgulloso haciéndonos una foto antes de volver a guardarse el teléfono en el bolsillo.

—¿Cuándo? —le pregunto.

—¿Recuerdas aquella compra de la que te hablé el día que nos pusieron la bañera nueva? ¿La que dije que no podía devolver antes de nuestro acuerdo sobre las sorpresas?

Doy un paso atrás, con las manos pegadas a los hombros de mi madre. Es un poco más baja que yo, pero sus tacones hacen que estemos casi a la misma altura. La miro de pies a cabeza.

—Estás preciosa, mamá —le digo, admirándola.

—Ah, bueno, tenía que causar una buena primera impresión. —Inclina la cabeza hacia Bo.

—Oh, claro, ¡lo siento mucho! Bo, esta es mi madre, June. Mamá… —digo, apartándome para envolver mi brazo alrededor de la espalda de Bo—. Este es… *mi* Bo.

—Encantado de conocerla, señora McNulty —dice Bo, tendiéndole la mano.

—¿Te han dicho alguna vez que eres estúpidamente alto? —pregunta mi madre, riendo mientras le estrecha la mano con las dos suyas.

—Su hija, un par de veces al día.

—Y, por favor, puedes llamarme June. Ahora somos familia. —Mi madre curva los labios y sonríe mientras admira a Bo con demasiada atención. Me doy cuenta de que aún no le ha soltado la mano y sonrío a mis pies—. Sabes, Win no mencionó lo guapo…

—Me alegro mucho de verte, mamá —le digo, apartando su brazo y rodeando el mío con él—. Te he echado de menos —suspiro, queriendo decir cada palabra más de lo que pensaba.

Mi madre se detiene, sus ojos recorren mi cara con una suave sonrisa que no he visto mucho antes. Orgullo, creo.

—Te ves tan bien, dulce niña. Tan… radiante. —Me toca la nariz con el dedo.

—Gracias por venir —digo, moviendo la nariz mientras lucho contra las lágrimas—. Lo siento, esto pasa ahora —digo, abanicándome la cara y exhalando un largo suspiro—. Últimamente lloro mucho más.

—No llores, nena. Arruinarás tu maquillaje.

Me río, un poco triste, pero sobre todo divertida. La misma mamá de siempre.

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta, con los ojos clavados en mi vientre.

—Muy, muy embarazada —respondo con sinceridad, provocando una risita de Bo. Ha sido increíble, pero el tercer trimestre no ha sido ninguna broma. Estoy sensible y dolorida por todas partes. Estoy malhumorada, hinchada, hambrienta e irritable. Aun así, se lo toma todo con calma. Cada cambio de humor y antojo.

Ella asiente con la cabeza.

—Vamos a ponerte en una silla.

—Espera —digo bruscamente, haciendo que mi madre y Bo se queden helados en el sitio—. ¿Cómo de intenso está ahí dentro?

La sonrisa de mi madre se tuerce.

—Sarah hizo lo que hace Sarah, pero aún llegas pronto. Creo que quería que estuvieras aquí antes que los demás para que pudieras instalarte antes de que llegaran. Y estamos instalados en el patio trasero. Pensó que te gustaría.

Vuelvo a ahogar las lágrimas. Porque Sarah es una maldita ama del espectáculo. El momento sorpresa de una fiesta sorpresa. Sin embargo, me deja tener una entrada sutil con mi madre en la puerta y tiempo para acomodarme.

Asiento con la cabeza, más erguida.

—Estoy lista.

Capítulo 34

Atónita, miro alrededor del patio trasero de Sarah.

—¡Win! —dice Sarah, saltando con su vestido rosa brillante—. ¡Sorpresa!

No respondo. No puedo responder todavía. Bo tiene su mano en la parte baja de mi espalda, pero aparte de eso, me siento completamente libre de ataduras a la tierra mientras contemplo el paisaje. Es precioso.

Hay una mesa larga para no más de veinte personas cubierta de flores silvestres y manteles verde claro. Hay una línea de ropa de bebé de lino y un arco de globos verde pálido sobre una mesa de comida y bebida. Una mesa casi vacía con un regalo envuelto encima.

—Sarah, yo…

—Antes de que digas nada, deberías saber que quería ir mucho más lejos que esto y lo reduje. Así que, si dices que es demasiado, me abalanzaré sobre ti.

—Me encanta —digo, admirando a mi mejor amiga con los ojos llenos de lágrimas—. Iba a decir que me encanta. Gracias, es perfecto. Es perfecto.

—¿De verdad? —Su sonrisa es orgullosa, aunque un poco insegura—. ¿Así de fácil?

Asiento con la cabeza y sonrío.

—Es precioso, Sar —le digo, tirando de ella para abrazarla—. Gracias —susurro por encima de su hombro.

—No fui solo yo, ¿sabes? —dice Sarah antes de que nos alejemos. Mira a Bo con una ceja levantada y luego a mí.

Le sigo el juego, mirándolo con los ojos entrecerrados.

—¿Sabías algo de esto? —pregunto, intentando no esbozar una sonrisa.

—Culpable —confiesa Bo, levantando las manos en el aire, mirando tímidamente a Sarah.

—Él hizo los detalles para la fiesta —dice Sarah, tomando uno y entregándomelo.

Flores de Fred, la letra de Bo se lee en una cajita blanca. Le doy la vuelta en la mano.

—¿Las has hecho tú? —le pregunto, realmente sorprendida.

Se encoge de hombros, sonriendo tímidamente.

—Quería un tema pirata, pero Sarah dijo que no.

—No creí que quisieras explicar ese chiste una y otra vez —dice sonriendo—. Además, le regalé una cosa de piratas —dice Sarah, señalando hacia la mesa de regalos con bloques de letras que deletrean «bebé a la vista».

—Es increíble —digo, sonriendo entre ellos—. En serio, es lo que yo habría elegido. Gracias.

—Hacemos un buen equipo —dice Sarah, empujando el hombro de Bo.

—Es porque hago lo que me dicen —me susurra Bo al oído.

—Sí, eres un chico muy bueno —le susurro, acariciándole la mejilla.

La tarde transcurrió en un dulce, bullicioso y tierno desenfoque.

Los invitados fueron llegando poco a poco, poco después de las doce. Mi madre se encargó de saludarlos y guiarlos hacia el patio trasero, presentándose orgullosa como la abuela June una y otra vez. Todos los amigos de Bo, que espero que también se hayan convertido

en los míos, se mezclaron agradablemente con algunos amigos míos de Westcliff y mis ex compañeros de trabajo de la cafetería que Sarah y Bo consiguieron localizar. Henry y sus padres, Tonya y James, también vinieron, y a Henry le hizo mucha gracia ser el único niño de la fiesta. Sarah hizo unas magdalenas preciosas, cada una decorada con una flor diferente. Y Caleb hizo lo que mejor sabe hacer, ayudar donde más se le necesitaba. Que fue convenientemente cerca de la mesa de comida, junto a Bo, la mayor parte de la tarde.

Solo conseguí sonrojarme media docena de veces mientras Bo y yo abríamos los regalos. Y fue realmente encantador. Sentir todo el amor por un bebé que aún no conocen. Que, como dijo Bo durante su discurso, fue una sorpresa tan bienvenida y necesaria.

Cuando el sol de la tarde se desvaneció en una fría noche primaveral, los pocos que quedábamos en pie nos llevamos la fiesta al interior, sin ganas de que acabara el día. Llamamos al padre de Bo para mostrarle cuánto lo echábamos de menos y presentarle a mi madre. Mi madre acaparó el teléfono durante un rato mientras se sentaba en el sofá con Sarah. Naturalmente, hizo demasiadas bromas sobre que los dos eran abuelos solteros y sexis. O GILF[8], como ella los llamaba, para diversión de Sarah.

Al final, Bo y yo nos despedimos, empaquetamos el coche con una cantidad absurda de regalos y volvimos a casa solos, con mi madre insistiendo en que prefería quedarse en casa de Sarah. Admito que me sentí aliviada. Me alegro mucho de que mi madre esté aquí, pero estoy aprendiendo que ella y yo nos llevamos mejor en pequeñas dosis.

—¿Te lo has pasado bien? —me pregunta Bo con la mano en el muslo mientras giramos hacia nuestra calle.

—Realmente, realmente lo hice —le digo, girándome para sonreírle—. ¿Y tú?

—Sí —dice, metiendo el coche en la entrada—. Lo hice.

[8]***Grandmother/ grandfather I'd like to fuck*** **(abuela/abuelo con la/el que me gustaría follar).**

—Tengo un regalo para ti —digo con orgullo—. Pensé que me delataría si lo traía con nosotros, pero quería que tú también tuvieras algo.

—Yo también tengo algo para ti —dice Bo, apagando el coche.

—Apuesto a que el mío es mejor —bromeo quitándome el cinturón.

Bo sonríe, sacude la cabeza, sale del coche, se acerca a mi puerta y me ayuda a salir. Subimos de la mano por el camino de entrada y entramos en casa.

Bo me observa, con ojos suaves, pero sonrisa seria, mientras me quito los zapatos y me dejo caer en el sofá.

—¿Qué? —pregunto, con los ojos entrecerrados.

—Tú —dice, admirándome pensativo—. ¿Alguna vez se detendrá?

—¿Qué? —digo, poniendo mis manos sobre mi vientre—. ¿Crecer? —Me río, cayendo hacia atrás—. No veo cómo podría crecer más.

—No —dice, deteniéndose junto al sofá. Me levanta los pies, se sienta y los deja caer sobre su regazo—. Eso no.

—¿Entonces qué? —pregunto.

—Quererte tanto.

Levanto una ceja.

—¿Quieres que se detenga?

Sacude la cabeza antes de pegar su oreja a mi vientre. Levanto una mano y le rozo el pelo con cariño.

—Entonces no creo que lo haga.

—Es agotador —dice, con los labios apretados contra mi bulto.

—Ah, bueno, lo siento mucho —digo riendo.

—No, no quiero decir eso. Quiero decir que siento como si mi corazón estuviera fuera de mi cuerpo —dice, con la voz baja—. Y te echo tanto de menos, incluso cuando estás a solo unos metros de

distancia. Pienso en ti cada segundo del día y me cuesta pensar en otras cosas. Lo que dije aquella primera noche iba en serio. Eres enloquecedora.

Paso los dedos por su pelo, dejándolo caer contra el dorso de mis nudillos.

—Lo sé. Yo también lo siento. Pero también es maravilloso, ¿verdad?

Se incorpora tras darme un beso en el vientre y busca una caja debajo de la mesita. Es del tamaño de una caja de zapatos, pero de madera oscura y cierre dorado.

—¿Qué es esto? —pregunto, sentándome con impaciencia, girándome para poner los pies en el suelo.

—Es… bueno, supongo que somos nosotros —dice, entregándomelo—. Hasta ahora.

Lo sostengo en mi regazo, trazando la madera con los ojos y la palma de la mano.

—Cuando me hablaste por primera vez del bebé, empecé a pensar mucho más en mi madre. Aunque no tenía muchos recuerdos, mi padre tenía todos esos… restos de ella. Lo guardaba todo. Así que cada vez que necesitaba algo de mi madre, sabía que podía acudir a él y me enseñaría algo nuevo. —Bo se gira, apoyando la rodilla en el sofá para mirarme—. Tenía una caja debajo de la cama llena de fotos, joyas. Cosas tan insignificantes como botones que se le habían caído del abrigo o peniques que había recogido de la calle. Todos los cuadernos de mamá llenos de música que había escrito… diarios, notas, cartas… —dice Bo, mirando hacia el comedor por encima de mi hombro.

Alargo la mano derecha, la pongo sobre su rodilla y aprieto lo mejor que puedo.

Bo sonríe con nostalgia, inspira profundamente y sus ojos se vuelven hacia mí.

—Y a través de esas cosas, a través de esos trocitos de ella, aprendí que su historia no era solo cómo acababa. Aprendí sobre su vida. Vi todos esos retazos que papá guardaba de ella y me di cuenta de lo profundamente que se habían amado. —Traga saliva, relamiéndose los labios—. Quería que nuestro bebé también lo tuviera. Aunque no estuviéramos enamorados. Incluso si el bebé es inesperado… Quería que tuvieran algo a lo que aferrarse. Recuerdos tangibles. Algo que significara que si uno de nosotros… —dice, su barbilla se dobla hacia abajo y su voz se tambalea—. Si me enfermará de nuevo y…

Le pongo la mano en la mejilla y le rozo suavemente la línea de la barba con el pulgar.

—No vas a ir a ninguna parte —digo con firmeza, asintiendo con la cabeza para que él haga lo mismo.

Sonríe, inclinando los labios hacia mi mano.

—Lo sé. No se me permite.

—Claro que sí —susurro, con la voz temblorosa.

—De todos modos, quería que tuviera esto —dice Bo, señalando el cerrojo de la caja—. Pero ahora, creo que también quiero que lo vea. Porque… siempre me pregunté si mi madre sabía que papá había guardado estas cosas. Que había estado tan locamente enamorado de ella, que la había conmemorado incluso antes de que se hubiera ido.

Desengancho el pestillo y abro la caja, revelando el tesoro de objetos que contiene.

—En su mayoría es basura… —dice Bo, frotándose la nuca mientras saco un recibo y lo leo por encima.

—¿Del… del café en Cosgrove? —pregunto.

—El día que me hablaste del bebé.

Meto la mano y saco un tarro de piedras y cristal de mar turquesa.

—De nuestros paseos a la playa —dice Bo.

Me río y se me saltan las lágrimas al sacar la foto que nos hicimos en la primera ecografía: mi sonrisa aturdida y confusa contrasta con el entusiasmo de Bo en el vestíbulo del edificio médico. Debajo hay una foto mía, una que no sabía que me había hecho él. Estoy haciendo jardinería en el patio trasero, con la cara cubierta de tierra y la barriga asomando por debajo de la camiseta. Tiene que haber sido hace menos de una semana.

—¿Y esto? —digo riendo mientras levanto un pequeño trozo de plástico rectangular.

—Puede que me haya llevado algunas piezas de Catán… de aquella primera noche de juegos —dice Bo, encogiéndose de hombros—. No se lo digas a Sarah.

Saco el libro del futuro padre que Sarah le regaló, ahora con anotaciones en los márgenes y páginas marcadas con pestañas de color rosa brillante. Lo hojeo y me doy cuenta de que ha dejado notas para el bebé entre las páginas. Le cuenta lo emocionado que está por cada etapa. Las ganas que tiene de conocerle. «Tu madre está haciendo un gran trabajo criándote», leo. «Va a ser una madre increíble».

Cada pequeño objeto que saco a continuación me llena más y más el corazón. El paquete de veinte preguntas, con breves formularios de nuestras respuestas escritos en el reverso de cada tarjeta. Sus copias de las fotos de la ecografía, trozos de papel, más fotos mías: mi bulto pasa de ser imperceptible a desbordarse.

—Es un regalo precioso, Bo —digo secándome las lágrimas. Muevo la caja al sofá, a mi lado, y lo rodeo con los brazos—. Lo siento —susurro, llorando—. Solo te he hecho calcetines.

—Me encantan los calcetines.

—Te amo.

—Hay una cosa más que saqué.

—¿Hmm? —pregunto, echándome hacia atrás mientras me limpio las lágrimas.

HANNAH BONAM-YOUNG

—¿Recuerdas que el primer día te dije que había escondido algo para que no lo encontraras husmeando? —Mete la mano en el lateral del sofá—. Lo escondí aquí antes, para que conste. Aquí no es donde lo escondí.

—Tan misterioso… —digo, mi sonrisa vacila en confusión cuando él saca… oh.

—Esto no puedo explicarlo —dice, mostrando el pañuelo rojo que perdí en Halloween—. Esto lo guardé antes de saber nada del bebé. Antes de saber cuánto te iba a querer. Porque, claramente, una parte de mí ya lo hacía.

Me tapo la boca y miro su mano, sujeta con fuerza alrededor del pañuelo, mientras mi cerebro se pone a la altura de mi corazón acelerado.

—Creo que sabía que necesitaba un trozo de ti al que aferrarme. Salía de la habitación y vi esto en la silla junto a la puerta y… no sé. Solo necesitaba llevarme una parte de esa noche conmigo.

—Pero… pero te fuiste.

—Dijiste que querías algo casual, Win.

—De verdad que tienes que dejar de escucharme —digo, las lágrimas vuelven a brotar.

—Tomo nota —dice Bo, sonriendo satisfecho. Respira hondo, esta vez con más calma, mientras me mira a los ojos—. Todos los días, durante semanas, pensé en ti. Pensaba en tu sonrisa. En tu risa. En tus ojos… en tu boca. Estuve a punto de pedirle tu número a Caleb, pero tenía miedo. Tenía miedo después de todo lo de Cora, con mi cáncer… con todo, de no ser suficiente. Que no sería suficiente para llevarte de lo casual a más.

Sacudo la cabeza, negándome a aceptar que alguna vez sintiera eso, deseando haberlo sabido, y pongo mi mano en la suya, apretándola con fuerza.

—Entonces, un día cualquiera de diciembre, me mandaste un mensaje. Sentí que me había tocado la lotería.

Me río, poniendo los ojos en blanco, mientras Bo se lleva la mano a la boca y me besa la muñeca.

—Desde entonces, me he enamorado más y más de ti. Tu corazón, tu bondad, tu fuerza, tu alegría, tu desinterés.

Me rodea y deja caer el pañuelo en la caja junto con el resto de nuestra hermosa, aunque poco convencional, historia.

—Bo, yo…

Se da la vuelta, vuelve a meter la mano en el sofá y sonríe con picardía.

—Una cosa más…

—A partir de ahora buscaré en el sofá —digo, limpiándome una lágrima de la mejilla—. Tendrás que encontrar un nuevo escondite.

Se da la vuelta, con la palma de la mano cubriendo algo que ha colocado sobre su regazo. Algo, sospecho, que brilla y está en una caja más pequeña que la que está sentada a mi lado. Me pongo una mano en el estómago involuntariamente, sintiendo cómo el bebé patea al ritmo acelerado de mi corazón.

—Bo. —Me ahogo.

—Tú eres el propósito de mi alma, Win. Conocerte, amarte, formar una familia contigo, pasar cada día cuidándote, verte brillar y conseguir todas las cosas buenas que te mereces en esta vida.

Agacha la cabeza y revela la pequeña caja de cuero que tiene entre las manos, abriéndola para mostrarme el más impresionante y sencillo anillo de oro.

—Sí —digo involuntariamente, levantando la vista hacia él—. Sí —repito.

Se ríe ligeramente, sacudiendo la cabeza.

—¿Puedo preguntar primero?

—Ah, sí. Lo siento. —Le hago señas para que siga, sonriendo mientras las lágrimas se deslizan por las comisuras de mis labios respingones.

—Winnifred June McNulty, amor de mi vida y madre de mi hijo, ¿quieres casarte conmigo, por favor?

—Lo haré —le digo, lanzándome sobre él—. Aceptaré, y te propondré matrimonio también

—Es justo —dice Bo, sus labios tiemblan contra los míos.

—Es hermoso —le digo, besándolo descuidadamente mientras intenta ponerme el anillo en el dedo—. Pero es demasiado pequeño, cariño. Estoy muy embarazada.

—Lo cambiaremos de tamaño cuando le pongamos una piedra —dice tendiéndomelo.

Deslizo el anillo en el dedo anular de mi mano derecha, para el que es demasiado grande.

—Era de mi madre —dice Bo, trayendo mi mano derecha entre nosotros, haciéndola girar con su pulgar—. Espero que esté bien.

—Por supuesto —digo, interrumpiendo con un beso—. No lo querría de otra manera.

Durante el resto de la noche, llevo el anillo en el pulgar más pequeño y me niego a quitármelo. Comemos en pijama las sobras de la fiesta del bebé y después bailamos al son de Frank Sinatra en el comedor, con mi barriga asomando entre los dos.

Toda la tarde miro alrededor de la casa, miro a mi prometido, miro mi barriga, sonriendo con tanta gratitud que casi me duele. Pienso que no puedo esperar a lo que venga después. En lo capaz que me siento de afrontarlo todo con Bo a mi lado.

HANNAH BONAM-YOUNG

August Durand nació a las 23:56 horas del 31 de julio, solo cuatro minutos antes que su tocaya. Su madre se decidió por Sarah para el segundo nombre y su padre decidió que nunca había presenciado algo tan formidable como el parto de su futura esposa. Fue un parto corto pero intenso; apenas llegaron a tiempo al hospital. Sin embargo, se tomaron de la mano durante todo el proceso y dieron la bienvenida a su hija con lágrimas surcando sus sonrisas radiantes.

De hecho, los nuevos padres lloraron mucho más que la pequeña August cuando las enfermeras la colocaron sobre el pecho de su madre por primera vez. Estaban tumbados uno junto al otro, acurrucados en la estrecha cama del hospital, y miraban a su hija con asombro, completamente embelesados por cada parte perfecta de ella. Sus bonitos pies, aunque un poco morados. Sus pequeñas y adorables manos, que no podían dejar de tocar. Su calva y sus ojos oscuros, que les hacen adivinar a quién se parecerá más. En esos primeros momentos, especularon en voz alta que ninguna bebé había sido ni sería tan sabia como August. La observaron mientras parecía asimilar lo que la rodeaba, con los ojos muy abiertos y sorprendentemente conscientes, mientras levantaba la cabeza con unos músculos que sorprendieron incluso a las enfermeras. «Es lista como su padre», dijo su madre en voz baja. «Es fuerte como su madre», dijo su padre en voz alta a quien quisiera escucharla. «Te amamos», le susurraban una y otra vez. «Gracias», añadió su padre, besando a su madre. «Lo he conseguido», susurró su madre, devolviéndole el beso.

Cosmos Dreaming in Space

Out on a Limb

Epílogo

Diez años después

—¡Gus! —grito, tropezando con sus Converse moradas al entrar por la puerta—. ¡Tus zapatos… otra vez!

Charlie, nuestra hija de cinco años, viene saltando en cuanto entro. Le quito los zapatos de una patada, cierro la puerta con la cadera y dejo caer la maleta.

—¿Quieres que te ayude? —me pregunta, tendiéndome las dos manos. Le sonrío, arrugando la nariz mientras ella hace lo mismo. Tiene pecas, igual que su padre y su hermana mayor. A veces me dan ganas de pintármelas antes de salir de casa para igualarlas a todas. Joey, nuestra hija de dos años, se parece más a mí con su pelo negro y sus ojos azules y sin pecas todavía. Y sus babas y su afinidad por los chistes de caca, como le gusta señalar a Bo.

—Hola, cariño. Gracias. —Dejo caer la bolsa de papel marrón llena de comestibles en los brazos de Charlie, que casi se desploma bajo su peso—. ¿Seguro que lo tienes? ¿Está papá…?

—¡Aquí! —dice Bo, apareciendo en el salón con Joey pegada a la cadera como siempre. Ella tiene una amplia sonrisa untada con glaseado de chocolate, y Bo tiene harina por todo el jersey azul marino y los pantalones—. Nos hemos retrasado un poco. Las chicas querían ayudarme a hacerte un pastel de bienvenida, pero Joey fue la única que se quedó. Ninguna de ellas lleva todavía su disfraz, y August, por lo visto, no quiere ser pirata este año. Así que ahora el pastel sigue horneándose, y nadie está vestido a tiempo para salir, y ni siquiera estoy seguro de dónde…

Me pongo de puntillas para besarle y le agarro la cara con la mano para tirar de él hacia mí.

—Feliz aniversario, cariño. —Le acaricio la mejilla y lo miro a los ojos hasta que respira—. Te extrañé

Bo se tranquiliza, su pecho se relaja.

—Hola, cielo. Lo siento. —Se inclina y vuelve a besarme—. ¿Qué tal el viaje? Nosotros también te echamos de menos. *Yo* te eché de menos.

—¡Mamá en casa! —dice Joey, con sus manos sucias tratando de alcanzarme. La tomo y le beso toda la cara mientras chilla. Bo viene detrás de mí y me aparta el pelo para que al menos no se quede con esa parte de mí cubierta de glaseado de chocolate. No tenemos tiempo de ducharnos antes de la fiesta de Halloween de Sarah.

—He tomado más caramelos para dejarlos en el porche. —Señalo la bolsa que Charlie se esfuerza por arrastrar por el suelo hacia la cocina—. Alguien debería ayudarla… —murmuro, siguiendo a Bo hasta la cocina. Él baja en picado y recoge tanto a Charlie como la bolsa de la compra en su camino. Ella suelta una risita y se deja caer como un pez en sus brazos.

—Entonces, ¿tu viaje? —pregunta por encima del hombro, dejando caer la bolsa sobre la encimera, pero acurrucando a Charlie más cerca. No tenemos favoritas, por supuesto. Pero Charlie es la doble de Bo en todos los sentidos. Aunque comparte el mismo pelo dorado, ojos color avellana y pecas que August, el temperamento de Charlie es todo Bo. August tiene una fuerte energía de primogénita. Desde que nació, esa niña ha estado gobernando nuestra casa. Demonios, ya gobernaba nuestras vidas antes de nacer.

Pero Charlie es nuestra niña tranquila, servicial y curiosa. Hace un millón de preguntas todos los días, sobre todo antes de acostarse. Es una táctica para retrasar la hora de acostarse, por supuesto, pero son preguntas tan interesantes que no podemos evitar ceder. Bo especialmente. Se tumba a su lado, con su largo cuerpo encajado en su pequeña cama gemela, y juntos reflexionan sobre la existencia.

«¿Por qué hay tanta gente en la Tierra? ¿Habrá alguna vez demasiada gente? ¿Hay gente en otros planetas? ¿Galaxias? ¿También tienen chocolate?».

También es golosa.

Pero todas tienen eso.

—¿Cariño? —pregunta Bo, sonriendo suavemente—. ¿Tu viaje?

Me sacudo de mis pensamientos errantes.

—Lo siento, sí. Fue estupendo. El campamento Piyette era impresionante. Hice fotos de algunas cosas que creo que deberíamos intentar incluir en el presupuesto del próximo verano. Además, acaban de actualizarlo para que sea para todas las estaciones, y creo que deberíamos considerar seriamente…

—¿Mamá? —dice August, quitándose los auriculares, a medio camino del baño de vuelta a su dormitorio—. ¿Cuándo llegaste a casa? —Sale corriendo hacia mí.

—¡Hola! —digo mientras ella choca contra mi costado, la cadera opuesta a la de su hermanita. August me rodea la cintura con los brazos y me aprieta. Porque, de repente, es lo bastante grande como para rodear a su madre y hacer algo así.

Parpadeé, quizá tres veces de más, y ahora es esta chica grande y fuerte con tantos pensamientos inteligentes y opiniones firmes.

—Yo también te he echado de menos, nena —le digo, apoyando la barbilla en la parte superior de su cabeza—. Fueron cuatro días de más.

—¡Espera! ¡Yo también! —dice Charlie, tirando de Bo por el cuello. Se acerca a nosotras, riendo mientras deja caer a Charlie sobre mis hombros.

—¡Feliz Halloween, mis pequeñas gremlins! —digo riéndome mientras hago malabares con las tres—. ¿Se han portado bien con papá? ¿Todavía podemos ir a la fiesta de la tía Sarah esta noche? —Miro a Bo en busca de una respuesta.

Sonríe con orgullo, inclinando la barbilla mientras admira a todas sus chicas.

—Por un momento, todo fue un tira y afloja. Hubo un incidente con un mordisco —señala a Joey, con el ceño fruncido—, y otra no me dijo nada de sus deberes de matemáticas hasta la noche anterior.

—August Sarah Durand, sabes que le duele a tu padre cuando le ocultamos las matemáticas.

August pone los ojos en blanco.

—Se me olvidó. Aunque saqué un sobresaliente.

—Claro que sí, sabelotodo. ¿Y qué pasa con la señorita Charlie? —digo, encogiéndome de hombros para que rebote—. ¿Qué ha hecho?

—Charlie fue Charlie —dice Bo, con una sonrisa de oreja a oreja—. Mantenía a todos a raya.

—También he encontrado un nido de pájaros en el patio. Está vacío… por ahora —me dice Charlie por encima de la cabeza.

—¿Un nido de pájaros? Es increíble.

—¿Puedo bajar ahora? —le pregunta a Bo, que asiente y se acerca, levantándola y colocándola en el suelo. Se va dando saltitos hacia su dormitorio. Yo arrastro a Joey por la cadera, pero ella se acerca a Bo, que tiene una toallita preparada para limpiarla.

—Entonces… —digo, dirigiendo toda mi atención a August—. ¿Qué es eso que he oído de que no quieres ser pirata este año? —le pregunto, apartándole el pelo de la cara. Trazo con el pulgar la línea de la pequeña cicatriz que tiene en la frente. Se chocó de cabeza contra la mesa de centro poco después de cumplir un año. Bo la convirtió en leña al día siguiente. Éramos tan novatos en esto de ser padres. Tan sensibles a cada corte, golpe y magulladura. Ese, sin embargo, fue horrible—. ¿Por fin hemos superado nuestra pequeña tradición?

—¿Estas molesta? —pregunta August, mirando cautelosamente entre Bo y yo.

—No, claro que no, cariño. ¿De qué te vas a disfrazar? Es un poco tarde para ir de compras.

—Estaba pensando en un fantasma. Si te parece bien que corte una sábana…

Inmediatamente noto su indecisión. La actitud de hacerlo primero y pedir perdón después juraría que la ha heredado de su tía Sarah. Bo y yo hacemos contacto visual desde su posición agachada en el suelo mientras limpia a Joey. Hace una mueca y enseguida veo las tijeras que faltan en el bloque de cuchillos de la encimera.

—Bueno, eso depende, cariño. ¿Ya has cortado la sábana?

—Tal vez.

Sonríe con picardía, girando de un lado a otro. Es tan parecida a la cara de culpabilidad de su padre que me resulta muy difícil enfadarme tanto como debería. Pero acabo de llegar a casa. No puedo ser el poli malo de inmediato. Y le habría dicho que sí si me lo hubiera pedido primero.

Cierro los ojos, asintiendo mientras inhalo profundamente.

—Lo siento —dice en voz baja—. Era una vieja, del armario.

—Pregunta primero la próxima vez, nena. Ve a prepararte. Tenemos que salir de aquí en diez minutos. —Le beso la frente y me agacho para recoger a Joey, ahora descubierta y limpia, del suelo—. Y vamos a prepararte.

Bo saca el delicioso pastel del horno mientras yo llevo a Joey por el pasillo hacia el dormitorio que ella y Charlie comparten. Dentro de la habitación, que es una explosión de flores y naranja, encuentro a Charlie medio cambiada con sus leggins a rayas blancas y negras y poniéndose el vestido pirata por encima de la cabeza.

—¡Sí, sí, Capitán Charlie!

—¡Sí, sí, mamá! —dice riendo mientras desenvaina una espada imaginaria de la trabilla de su cinturón.

—Tu espada está en el armario.

—¿Win? —llama Bo, gritando desde la cocina—. Te llama tu madre. Quiere ver los disfraces de las niñas.

—¡Voy a vestir a Joey! —digo, obligando a Joanna a quedarse quieta inmovilizándola entre mis rodillas. Es mucho más activa que las otras chicas a su edad; juro que escalaría una pared si tuviera la oportunidad—. Dile que la llamaremos cuando estén vestidas.

Bo aparece en la puerta, con un teléfono en la mano, apuntando hacia nosotras, disculpándose en silencio con una sonrisa ladeada.

—¡Hola, mamá! Lo siento, estoy un poco ocupada en este momento —digo, mirando a Bo con una sonrisa mortal.

—Charlie June, ¿vas a ir de pirata otra vez? —pregunta mamá. Siempre la llama Charlie June. En cuanto le dijimos que June era su segundo nombre, la abuela June decidió que Charlie tenía dos nombres de pila.

—Sí, abuela —dice Charlie, corriendo hacia el teléfono—. Pero no August. Esta vez es un fantasma.

—¿Y Joey?

—Un loro —digo, acercándola a la pantalla. El querido disfraz que cada una de nuestras niñas ha llevado en sus primeros Halloween—. Es el último año que le quedará bien a alguna de ellas. —Hago un mohín hacia Bo, fuera de la pantalla—. Apenas pude subir la cremallera.

—Supongo que tendremos que tomar otra —dice Bo, dándole el teléfono a August cuando ésta pasa por detrás de él en el pasillo. Con dos agujeros en los ojos cortados en un lugar no precisamente adecuado, Gus toma el teléfono y se aleja, charlando animadamente con su abuela.

—¿Y ponerlos dónde, exactamente? —pregunto, rodeando el cuello de Bo con mis brazos. Ya hemos llenado esta casita con tantos muebles, niñas y amor como probablemente quepa en ella. Pero somos unos sentimentales. Ninguno de los dos quiere abandonar el hogar donde nos enamoramos o donde trajimos a nuestras hijas.

Hemos marcado la altura de las niñas en la puerta de la habitación desde que podían ponerse de pie. Hemos plantado un manzano en el patio trasero, encima de su improvisada casa del árbol, que está empezando a dar frutos. El invernadero se ha cubierto de hiedra y la tierra lo reclama. Y esta casa me reclama lo mismo.

Tararea, metiendo su cara contra mi cuello y respirándome.

—Te he echado de menos.

—No esquives la pregunta —le digo mientras me besa la mandíbula—. Y tampoco me distraigas. —Suelto una risita.

—¿No te has enterado? Tengo una esposa de primera. Podría comprarnos una casa nueva y lujosa —dice, con las manos bajando por mi espalda.

—Oh, ¿enserio? —pregunto, inclinándome para besarlo.

—Tal vez si se lo pido amablemente… —dice, tirando de mi labio entre sus dientes—. ¿O no tan amable?

—Yo también te extrañé —le digo apartándole el pelo de la cara. Ha seguido dejándose crecer el pelo y la barba a lo largo de los años, y la verdad es que me gusta así de largo. Le sienta bien. También ha cambiado las lentillas por las gafas definitivamente, después de que yo se lo rogara durante varios años.

—Pero no hay casa nueva. Me quedo aquí. Este es nuestro hogar. ¿Cómo podríamos irnos? Ya es bastante malo cuando estamos en el campamento todo el verano.

—Bien, excavaremos el sótano.

—Sí. Y tendremos hijos en el sótano.

—Envejecerán como el buen vino —dice sonriendo—. ¿No quieres otro? —pregunta, con las manos agarrando la plenitud de mis caderas como si estuviera listo para empezar.

—¿De verdad crees que podríamos soportar otro? Acabas de pasar cuatro días a solas con ellas, ¿en serio quieres más?

—Sabes que sí, cariño. —Me roza la nariz y luego los labios—. ¿Quieres jugar al peor de los casos? —pregunta, con su boca rozando suavemente la mía—. ¿O… en el mejor de los casos?

Después de que el campamento fuera un éxito rotundo por quinto año consecutivo —y Bo no pudo resistirse a dejarme embarazada por tercera vez—, decidió dejar la vida empresarial y convertirse en padre a tiempo completo. Nunca ha sido tan feliz. Aun así, tres hijas ya es mucho.

Miro el reloj, gimo y lo beso por última vez. Pero él no se entera.

—Bo, oye —le digo entre besos, sonriendo contra su boca—. Déjalo ya. Vamos a llegar tarde.

—Deja que te ayude a vestirte —me dice, me levanta y me echa al hombro mientras yo me río a carcajadas—. Creo recordar que en un año hubo mallas. ¿Podemos volver a traerlas? —pregunta doblando la esquina del pasillo.

—¡Papá! —dice Joey, de pie junto a Charlie, que entrecierra los ojos mirándome—. ¡No!

—Nos han visto —susurro, aferrándome a Bo con todas mis fuerzas mientras sale a correr.

—¡Baja a mamá! —dice Charlie, riendo mientras golpea las pantorrillas de Bo con su espada de espuma.

—¡Nunca!

Sí, es un caos. Y sí, tenemos las manos llenas. Pero es una pequeña vida perfecta. Una vida hermosa y feliz. Horas pasadas junto al agua cuando podemos. Acogedores días en el sofá cuando los necesitamos. Bailando en el comedor siempre que queremos.

Y cuando August dobla la esquina, se apoya en la pared mientras sacude la cabeza al ver lo ridículos que se comportan sus padres y hermanas. Le doy las gracias, en silencio, por todo lo que me ha dado.

Por todo lo que me ha enseñado. Por reunirnos a su padre y a mí. Por hacerme darme cuenta de lo capaz que soy. Por cada cosa

maravillosa que ha pasado desde que entró en nuestras vidas y las puso patas arriba.

Y sé con certeza que lo volvería a hacer.

HANNAH BONAM-YOUNG

La boda de Bo y Win

Cosmos Dreaming in Space

—*Quelle classe, mon fils.*

—Tú tampoco estás nada mal —respondo, admirando brevemente el reflejo de mi padre en el espejo de pie frente al que estamos. Se abrocha un gemelo de plata en el puño derecho y se endereza la solapa de la chaqueta negra. Como nunca lleva corbata, deja desabrochados los dos primeros botones de su camisa blanca. Una vez más me doy cuenta de que mi padre es mucho más genial de lo que yo seré nunca.

Me doblo por la cintura, entrecierro los ojos y me concentro en ajustarme la pajarita verde pálido por enésima vez. Una vez arreglada, fijo la postura y empiezo a tirar de los extremos de la chaqueta de pana marrón de mi traje, girándome para verla desde todos los ángulos en el espejo.

—¿Ya has terminado de quejarte? —pregunta mi padre, tirándose a lo largo de nuestro sofá antes de dar un mordisco a una manzana—. Es costumbre que llegue tarde la novia, no el novio —añade.

Pongo los ojos en blanco, y admito que están un poco más cansados de lo que me gustaría en un día tan importante. No hay nada que pueda arruinar el día de nuestra boda, pero Gus no jugó en equipo cuando decidió tener su regresión al sueño de los tres meses la semana pasada. He estado despierto con ella las últimas noches, ahora que por fin toma el biberón, y las bolsas bajo mis ojos son prueba de ello.

—Tenemos tiempo de sobra —digo justo cuando Caleb entra por la puerta principal.

—¡Buenos días, amigos! —Observo en el espejo cómo Caleb se detiene detrás de mí y se pone suavemente una mano en el pecho—. Estás… impresionante —dice en tono burlón, pero sonríe de verdad igualmente.

—Tienes los anillos, ¿verdad? —pregunto, gimiendo mientras me desato de nuevo la pajarita para empezar de nuevo.

Como no responde de inmediato, giro sobre mis talones para empezar a reñirle por haberlos olvidado después de recordárselo varias veces. Al girarme hacia él, veo a Caleb con una expresión exasperada y divertida a la vez, que me tiende una cajita de cuero con los dos anillos de boda.

—Por décima vez… sí, tengo los anillos. —Cierra la caja con un chasquido—. ¿Quién iba a decir que serías tan novia? —Mete los anillos en el bolsillo interior de su chaqueta azul marino.

Dejo caer la cabeza tímidamente y me acerco a él. Nos abrazamos y, cuando nos separamos, le agarro el hombro con fuerza.

—Perdona, hombre. Buenos días, gracias, y tú también estás genial.

—Robert —dice Caleb, asintiendo a mi padre mientras vuelvo hacia el espejo para arreglarme la pajarita una vez más.

—Caleb —me responde mi padre con calidez—. Me alegra verte un poco menos pálido.

Resoplo, sacudiendo la cabeza. El fin de semana pasado mi padre y Caleb me organizaron una pequeña despedida de soltero. Caleb competía con mi padre por el número de copas que podían consumir. Aprendió por las malas que nunca hay que intentar beber más que un francés.

—¿Ya has visto a Win con su vestido? —pregunta Caleb, sacando su teléfono del bolsillo y escribiendo, probablemente un correo electrónico de trabajo, conociéndolo.

—No —respondo—. Win y August se fueron temprano esta mañana. La madre de Win las llevó a tu casa para que se prepararan. —Me giro, entrecerrando los ojos con suspicacia—. ¿Y tú?

Asiente con orgullo, sonriendo para sí mismo mientras guarda su teléfono.

—Sí. Se lo probó antes de que me fuera.

Respiro hondo y siento que me invade una oleada de excitación nerviosa.

—¿Y?

—Y yo estaré ahí arriba para atraparte si te falla la pierna. —Se ríe—. ¿Sigue siendo la frase «estar a sus pies» si solo tiene uno? ¿Estar a su pie? ¿A pie? No, no es una frase.

Resoplo una carcajada.

—Ajá, claro. —Termino de atarme la pajarita y, aunque creo que estaba mejor abrochada la vez anterior, decido que no puedo esperar ni un segundo más para irme al lugar de celebración y empezar hoy.

Noventa minutos, un pequeño percance con unas piedras de jardín torcidas, y una nube gris que se avecinaba y que ya ha pasado, ya casi es hora de que empiece la ceremonia. Jer y Kevin llegan junto a mi padre, Caleb y yo para empezar a preparar la recepción. Kevin, o su restaurante, normalmente no atienden eventos, pero no podía decir que no a Win. Además, con solo veinte invitados para alimentar, no era una tarea insuperable.

Win y yo queríamos que la boda fuera pequeña. Solo nosotros, la gente a la que queremos y un nuevo comienzo. Sencilla y hermosa, igual que lo que sentí al enamorarme de la que pronto será mi esposa.

Cuando empezamos a decidir dónde casarnos, Win tenía un lugar en mente: su tienda de plantas favorita. Como me ha convertido en

un idiota devoto sin remedio, acepté la idea y fuimos juntos a preguntarle al gerente si lo considerarían. Fue un no rotundo. Por suerte para nosotros, la encargada tenía unos abuelos que vivían cerca con un jardín que, según ella, sería perfecto para una boda pequeña como la nuestra, y los llamó. Probablemente un favor a cambio de la fortuna que Win ha gastado en su tienda a lo largo de los años.

En cuanto vi la expresión de asombro de Win mientras subíamos por el lateral de la casa centenaria hacia el jardín, decidí que compraría la casa si hacía falta. Afortunadamente, no fue así.

Los propietarios de la casa, Mavis y Roger, accedieron a dejarnos utilizar sus jardines para la ceremonia y su invernadero victoriano para la recepción por un módico precio. Diremos nuestros votos rodeados de vegetación, rosales y sauces caídos, con el invernadero cubierto de hiedra como telón de fondo. No soy tan aficionado a las plantas como Win, pero hasta yo reconozco la suerte que tuvimos de encontrar este mágico oasis ajardinado.

Desde entonces, hemos vuelto varias veces para ayudar a despejar el invernadero, colgar algunas luces y visitar a Mavis y Roger, que se han convertido rápidamente en familia. Son grandes admiradores de Gus, al igual que su madre y yo, y ha sido un placer contar con sus consejos mientras navegábamos por las nuevas etapas de la paternidad sin padres propios cerca. A cambio de una invitación para ellos y un pseudobisnieto, han accedido a que nuestros invitados utilicen el baño de la planta principal y han permitido que Kevin use su cocina. Con eso, todo encajó.

—Buenas tardes —dice mi padre, ahora en su papel de oficiante, con voz atronadora. Llama mi atención y la de todos los que estamos al final del jardín, donde hemos estado bebiendo champán y escuchando a Mavis y Roger hablar poéticamente de la historia de su casa.

—Si quieren sentarse, estamos casi listos para empezar —dice papá, metiéndose una mano en el bolsillo del pantalón y señalando con la otra las filas vacías de sillas de madera. Inmediatamente,

nuestros invitados empiezan a dirigirse hacia el lugar de la ceremonia. Caleb viene a ponerse a mi lado mientras veo a la fotógrafa salir de la casa de Roger y Mavis por la puerta trasera y colocarse en posición.

Mi pecho se eleva en una respiración profunda que tengo que tomar conscientemente, e instintivamente busco a mi padre en busca de consuelo. Sonríe y me guiña un ojo desde lo alto del pasillo. Con todos los invitados ya en sus asientos, el dúo de violonchelistas que hemos contratado agarra sus arcos y empieza a tocar una melodía familiar que al principio no consigo identificar. En el momento exacto en que reconozco la canción, mis ojos vuelven a encontrar a mi padre.

Observo cómo separa los labios y el sutil temblor de su mandíbula antes de llevarse la mano a la boca y la barbilla. Inconscientemente, repito la misma acción mientras la música sube de volumen.

Al crecer, me embolsaba información sobre mi madre como los niños recogen conchas en la playa. Vivió muy poco tiempo después de que yo naciera, y como fue una época difícil tanto para ella como para mi padre, hay pocos recuerdos agradables de ella y de mí juntos que mi padre haya podido compartir. Pero a menudo me ha recordado que *Moon River* era la canción que ella solía cantarme cada vez que me quejaba.

Mucho después de su muerte, se convirtió en la canción que mi padre me ponía cada vez que tenía una pesadilla y necesitaba ayuda para conciliar el sueño. Cerraba los ojos e imaginaba que la voz de Audrey Hepburn era la de mi madre y, efectivamente, me quedaba dormido. Win no sabía nada de esto hasta que empecé a cantársela a August la noche que la trajimos del hospital. Después, ella empezó a cantársela también.

Mi atenta, hermosa y bondadosa Win invitó a mi madre a estar con nosotros hoy, lo mejor que pudo. Otro regalo más de la increíble mujer a la que tengo el privilegio de llamar mía.

Con una mano en el hombro, Caleb hace que me centre en él y me hace un gesto para que me acerque al altar. Lo hacemos, él nos sigue

de cerca, y me detengo frente a mi padre justo cuando termina la canción.

—La canción de mamá —me susurra papá, con los ojos brillantes—. Gracias.

—Fue Win —respondo sin aliento—. Toda Win —añado en voz baja.

Mi padre frunce las cejas y asiente una sola vez. Una lágrima cae por su mejilla antes de apartarla y aclararse la garganta. Veo cómo endereza su postura, mirando hacia el pasillo mientras se interpone entre Win y yo, juntando las manos bajo las caderas. Yo hago lo mismo.

Pasadas las hileras de sillas plegables de madera y bajando por el sinuoso camino de piedra, se abre la puerta trasera de la casa de Mavis y Roger. Los violonchelistas empiezan a tocar una melodía clásica desconocida mientras June, la madre de Win, sale por la puerta cargando a nuestra niña, que está profundamente dormida y sin duda babeando sobre el hombro de su abuela. Sonrío para mis adentros, sintiendo que mis labios se estiran de forma imposible mientras June intenta despertar a Gus frotando la suave piel de su mejilla, sin éxito. Una vez que esa niña sale, sale para siempre. Durante el día, al menos.

June desiste de intentar despertarla y, en su lugar, reajusta a Gus para sostenerla más cerca de su pecho. Luego empieza a caminar con cuidado hacia los jardines y por el pasillo hasta llegar a la primera fila. Cuando me tiende la mano, la tomo con la mía. Nos estrechamos y nuestras miradas se cruzan, compartiendo un silencioso intercambio de aprecio. Después, me aprieta una vez más antes de soltarme y buscar su asiento. No puedo evitar sonreír a mi hija que, aunque no recordará este día, es sin duda la razón por la que todos estamos aquí.

La música vuelve a cambiar y Sarah sale por la puerta de atrás. Está guapísima con su vestido verde salvia y un ramo de flores silvestres que Win y ella crearon minuciosamente ayer en nuestro jardín.

HANNAH BONAM-YOUNG

Me senté en la mecedora con una taza de té en la mano, sintiéndome inconmensurablemente agradecido, mientras veía a Win amamantar a Gus y escuchaba atentamente a su amiga mayor divagar mientras ataba una flor en el ojal. Durante el último año me he encontrado observando a Win realizar tareas cotidianas y mundanas, sintiéndome más entretenido que nunca haciendo cualquier otra cosa. Podría pasarme toda la vida observando a Win desde la barrera y seguiría siendo perfectamente feliz al final de mis días.

Sarah también se ha convertido en una de mis amigas más preciadas. Su continuo apoyo a Win, su experiencia en la organización de eventos y su inigualable obsesión por su sobrina han sido fuerzas estabilizadoras en nuestras vidas durante los últimos tres meses, mientras intentábamos hacer realidad el día de hoy con una recién nacida en casa.

Algunos invitados jadean suavemente cuando el tacón de Sarah no alcanza el siguiente escalón del jardín y tropieza con el dobladillo de su vestido. Pero se recupera rápidamente sin caerse. Oigo a Caleb soltar un suspiro de alivio a mi lado mientras Sarah corrige su andar y hace una mueca de dolor, con los ojos juguetones clavados en su marido.

—Creía que ibas a caer seguro —le susurro burlonamente mientras ella da un paso a mi derecha.

Levanta las cejas en señal de desafío.

—Me opondré —dice mientras los violonchelistas tocan una larga nota final de la canción.

Mi corazón se acelera automáticamente al saber quién será la siguiente en salir por la puerta trasera.

Siento que el tiempo se ralentiza a mi alrededor mientras la expectación alcanza su punto álgido. El viento que atraviesa las ramas de los sauces parece suavizarse, haciendo sus movimientos más delicados de lo que habían sido. Mi padre dice:

—Pónganse de pie, por favor —mientras las hojas caídas en octubre vuelan por el suelo cubierto de piedras y sobre la hierba, como despejando el camino para que pase Win.

Todo el aire de mis pulmones se va en el momento en que la mujer más bella del mundo sale al son de las primeras notas de *Strangers in the Night* de Frank Sinatra. Un gemido involuntario se escapa de mis labios. Oigo a Sarah suspirar con nostalgia cuando la mano de mi padre cae suavemente sobre mi hombro, y puedo sentir su orgullo cuando aprieta su agarre durante un breve instante.

—Guau —Caleb dice en voz alta lo que todos aquí deben estar pensando.

Supongo que todos ellos también pueden verla. Ella es verdaderamente real.

Mi mejor amiga levanta la barbilla y los hombros en lo que parece una larguísima inspiración. Entonces, sus ojos encuentran los míos y el resto del mundo parece desvanecerse.

Su vestido blanco hasta el suelo está cubierto de cientos de flores bordadas en suaves tonos azules, morados, rojos, naranjas y amarillos. Tiene mangas translúcidas hasta el codo, un escote cuadrado y una falda que fluye desde la curva perfecta de su cintura. Le queda y le sienta perfectamente. La corta cola roza suavemente el suelo detrás de ella mientras camina sola por el sendero del jardín hacia el altar. Entonces, se detiene al borde del pasillo y tiende una mano a mi padre, que bruscamente empieza a caminar hacia ella.

Es entonces cuando suelto un sollozo tan feo que no puedo evitar reírme al mismo tiempo que las lágrimas empiezan a correr por mis mejillas.

—Aquí tienes, grandullón —dice Caleb, pasándome un pañuelo blanco. Lucho contra el impulso de agitarlo como una bandera. «Ten piedad de mí, Fred». Sarah me sonríe con empatía, con los ojos llorosos también.

—Es perfecta —susurro a nadie… o quizá a todo el mundo. Estoy demasiado ocupado viendo a Win pasar su brazo por el hueco del de

mi padre. Respiro largamente, estremeciéndome mientras parpadeo para contener las lágrimas, esperando un respiro de mi llanto, pero no llega.

La quiero tanto, maldición. Más de lo que puedo contener físicamente. Amo este lugar. Amo a nuestros amigos. Amo este día y todo este último año también. Amo a mi pequeña y a los otros niños que espero compartir algún día con Win. Amo mi vida ahora, gracias a ella. Ahora tengo una vida, gracias a ella.

A medida que Win avanza por el pasillo, empiezo a oír su risa vertiginosa, aunque un poco nerviosa. Su sonrisa es tan brillante, tan alegre, tan contagiosa, que no puedo evitar empezar a reírme yo también.

—Cariño —digo con ternura, la voz me tiembla cuando ella y mi padre se detienen delante de mí—. Santo cielos —digo mientras me seco más lágrimas y resoplo.

—No está mal, ¿eh? —dice, mirándome con ojos esperanzados.

—Estás divina —respondo con sinceridad.

Sus labios se inclinan hacia un lado antes de girarse y entregarle el ramo a Sarah, que está terminando de secarse las lágrimas. Entonces, cuando la música llega a su fin, mi padre vuelve a su sitio y Win y yo nos tomamos de la mano.

—Hola —susurra, mientras mira nerviosa a la multitud.

—Hola —le contesto, con los ojos clavados en ella mientras lucho contra otra oleada de emociones.

Mi padre habla a mi derecha, y oigo a la multitud responder con risas y murmullos de acuerdo periódicamente a la izquierda. Pero, sinceramente, no sabría decir nada de lo que se dice. Mi atención se centra en el rostro de la persona que nunca pensé que encontraría, que parece tan feliz. El amor de mi vida que pensé que no viviría lo suficiente para conocer.

Ambos elegimos escribir nuestros propios votos pero entregarlos en privado más tarde, así que solo tendremos que hacer el tradicional

«sí, acepto» delante de nuestra familia y amigos. Lo cual es genial, porque yo no consigo organizarme.

—¿Bo? —dice mi padre en un tono que me indica que no es la primera vez que tiene que repetir mi nombre.

—Lo siento. —Trago saliva, mirando al suelo entre Win y yo.

—Concéntrate, amor —se burla Win, arrugando la nariz hacia mí.

—¿Tú, Robert Hugo August Durand, tomas a Winnifred June McNulty como tu legítima esposa, para cuidarla en el amor y en la amistad, en la fuerza y en la debilidad, en el éxito y en la decepción, para amarla fielmente, hoy, mañana y mientras los dos vivan?

La pregunta más fácil que me han hecho nunca.

—Sí, acepto —digo, luchando contra el impulso de atraer a Win hacia mí y besarla hasta dejarla sin sentido.

—¿Aceptas, Winnifred June McNulty, a Robert Hugo August Durand como tu legítimo esposo, para amarlo en el amor y en la amistad, en la fuerza y en la debilidad, en el éxito y en la decepción, para amarlo fielmente, hoy, mañana y mientras los dos vivan?

—Siempre —dice Win, sonriendo de oreja a oreja—. Sí, sí acepto.

—Bueno, entonces por el poder que me confiere el hecho de que ustedes dos ya firmaron todo el papeleo legal frente a un secretario de la ciudad la semana pasada, los declaro, públicamente, marido y mujer. Hijo, ya puedes besar a tu novia.

Al son de los vítores, atraigo a mi mujer hacia mí. Y aunque habíamos practicado un primer beso mucho más casto, algo se apodera de mí en ese momento. La levanto del suelo, giramos los dos y nuestros labios se encuentran para un beso largo y sin reservas.

—Gracias —digo, repartiendo besos por la cara sonriente de Win mientras la bajo al suelo.

—Gracias —responde ella, sonriendo con picardía mientras los violonchelistas comienzan a tocar de nuevo. Otra melodía familiar.

—No —digo entre risas incrédulas.

—Había que hacerlo —dice, encogiéndose de hombros mientras retira su ramo y coloca su otra mano en la mía.

Me inclino hacia su oído para hablar.

—Por favor, dime que esta no es nuestra canción. No cuando sabemos qué clase de material lascivo tiene…

—Feliz aniversario —grita por encima de la música y los aplausos de los invitados antes de vitorear a viva voz. Levanta nuestras manos entrelazadas y los invitados empiezan a lanzar confeti.

Damos nuestro primer paseo tomados de la mano como marido y mujer al son de una versión extrañamente hermosa de *Monster Mash*. Y mientras corremos hacia la casa para besarnos a escondidas, me doy cuenta de que no lo haría de otra forma.

HANNAH BONAM-YOUNG

Sobre la autora

Hannah Bonam-Young es una autora de Ontario (Canadá) que se ha convertido en bestseller de Amazon. Vive con Ben, su amigo de la infancia reconvertido en marido, sus dos hijos y su bulldog cerca de las cataratas del Niágara, en el territorio tradicional de los pueblos haudenosaunee y anishinaabe. Hannah escribe novelas románticas protagonizadas por un elenco de personas diversas, discapacitadas, marginadas y LGBTQIA+, en las que se mezclan historias maravillosas con las realidades hermosas, desordenadas y desafiantes de la vida. Cuando no está leyendo o escribiendo novelas románticas, puedes encontrarla celebrando fiestas en el salón con sus hijos o planeando cualquier ocasión que justifique una tabla de quesos. Puedes seguir en contacto con ella en @authorhannahby en Instagram.